- De la autora superventas con la Serie *Tótem* -

# Todas tus constelaciones

R. CHERRY




- De la autora superventas con la Serie *Tótem* -
Todas tus constelaciones
R.CHERRY

# Todas tus constelaciones

R.Cherry

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CÓDIGO PENAL).

Primera edición: agosto de 2024

ISBN: 9798334677753

Copyright© R.Cherry 2024

Diseño de portada: Rachel’s Design

Maquetación: Rachel’s Design

Corrección: Anna Bissette

Impreso en la UE – Printed in the UE

A todas esas amigas que se convierten en hermanas.



# Prólogo

Cerré los ojos. Allí estaba de nuevo, intentando encontrarme a pesar de que sabía a ciencia cierta que eso jamás ocurriría. Estaba rota. Era como una muñeca de porcelana a la cual probaban a reconstruir después de que, sin querer, a alguien se le resbalase de entre las manos.

Esa era yo, la quebrada Martina, la indómita África y la valiente Elena. Era todas y cada una de ellas, solo que aún había algo que nos diferenciaba.

Yo estaba viva.



# Capítulo 1

Cogí una bocanada de aire, inhalando el aroma a avena seca, arena removida por las cosechadoras del pueblo y al heno que se apilaba en los campos a la espera de que fuese entregado a los animales que posteriormente se alimentarían de él. Había vuelto con el corazón en un puño, deseando enterrarlo en cualquier lugar para dejar de sentir todo el dolor que lentamente iba consumiéndome.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí sentada, y lo cierto era que poco me importaba. Hacía tanto que no estaba a solas que me aterraba pensar en cómo el desconsuelo seguía engulléndome, como una sombra de la que jamás podría huir.

Me había subido en la mítica roca de la cobertura, la más alta de todo el pueblo, la única en la que años atrás conseguíamos tener algo de red para llamar. Sonreí al recordar cómo me escapaba por las noches a llamar a Leo, mi primer amor. Me tenía embelesada, tanto que era capaz de arriesgarme a caer desde aquella altura con tal de poder hablar unos minutos con él. Nuestra historia había sido tan fugaz como el verano e intenso como la dulce fragancia del jazmín de la costa catalana; apenas habían sido unos meses durante los cuales me creí en un cuento de hadas.

—Aurora. —Escuché como me llamaba mi abuela desde la lejanía.

—¡Ya bajo! —exclamé, intentando que me oyese bien.

Adoraba a aquella mujer que decía ser mi abuela, esa que unos años atrás me confesó mi verdadero origen. La quería como a una madre, tanto que me dolía el pecho al mirarla. Ella era la luz de mi vida y mi lugar seguro. Le había confesado todas y cada una de mis preocupaciones, a sabiendas de que sería capaz de curar mi maltrecho corazón, o al menos prepararía con mimo un caldito de pollo bien caliente, de esos que reconfortan el alma. Siempre lo lograba, salvo aquella

vez. Mi dolor iba más allá que en cualquier otra ocasión, era tan fuerte que había logrado consumirme.

—¿Qué hacías ahí arriba? —Quiso saber—. Han ampliado la cobertura.

—Lo sé, abuela, han pasado años desde que lo hicieron —le recordé.

—Ay, sí, hija —comentó con pesar—, creía que no te lo había dicho.

La abuela María siempre gozó de una gran memoria, pero desde hacía un tiempo, ella lo achacaba al paso de la pandemia, había empezado a perder facultades. Hablaba del Alzhéimer como una niebla capaz de opacar sus recuerdos, esa que no le permitía pensar con claridad y que conseguía que olvidase detalles que siempre le parecieron importantes y que ahora se habían convertido en nimiedades.

La agarré por el brazo, por lo que no dudó en recostarse sobre mi cuerpo para que la ayudase a andar. La artrosis la acechaba, y a pesar de que se valía por sí misma, más por cabezonería y orgullo que por otra cosa, al final del día acababa con los pies en alto, intentando remitir sus dolores. Era una mujer muy fuerte y capaz de hacer aquello que se le metía entre ceja y ceja, pero lo cierto era que la edad no perdonaba.

—Estás muy callada, niña.

«Niña», repetí para mí interior. Siempre había tenido aquel apelativo cariñoso, el cual, en la gran mayoría de ocasiones, acompañaba por un «mi» cargado de amor.

—No es nada, abuela —le resté importancia.

—A mí no me engañas —rebatió, al mismo tiempo que me frenaba en seco para fijar su mirada ambarina en la mía—. Mi dulce Aurora, sabes que puedes confiar en mí para sacar de aquí —Tocó mi cabeza— todo lo que te atormenta a tu corazón.

Una de sus manos se posó sobre este, consiguiendo que todo el vello de mi cuerpo se erizase. Solo ella me conocía más que yo misma, y lograba ver en mis ojos lo que mi boca callaba.

—Lo sé, abuela, pero…

—No hay peros que valgan, María Aurora —me regañó, interrumpiéndome y utilizando mi nombre completo.

—Te lo contaré, ¿vale? —claudiqué—, pero dame algo más de tiempo.

Esta asintió para, segundos después, tomar una de mis manos, entrelazar sus dedos con ellas y besar el dorso de la mía con mimo.

—Siempre —juró, mirándome a los ojos con aquel brillo tan especial que solo ella poseía.

—Siempre —repetí, sintiendo las acechantes lágrimas haciendo acto de presencia.

Desvié la mirada, parpadeando en varias ocasiones, como si del aleteo de una mariposa se tratara, y cogí una bocanada de aire, a punto de quebrarme en mil pedazos. Llevaba demasiado tiempo intentando ser fuerte, tanto que ni siquiera recordaba el momento en el que mi coraza consiguió engullirme para evitar que todo ese sufrimiento que ya resquebrajaba mis defensas lograse atraparme.

Estábamos solas, ella y yo. No necesitaba más, hacía mucho que había aceptado que jamás volvería a tener una familia feliz, de esas que se arremolinan alrededor de un árbol de Navidad, de las que viajan juntos atesorando recuerdos con los que algún día sonreirán al acordarse de ellos. Amaba nuestra forma de ser, cómo, a pesar de todo, habíamos creado un tándem perfecto a base de amor, respeto y consideración.

—No te preocupes por nada, ¿vale?

—Es inevitable, abuela —susurré, sintiendo como mi voz se desvanecía, al borde de las lágrimas.

Hablar desde el otro lado del teléfono sobre los demonios que me atormentaban era, incluso, sencillo. Le escondí durante meses mi dolor, ese que ella creía superado. O, al menos, aceptado, así me encargué de hacérselo saber, aunque no era verdad. No quería verla sufrir, y mucho menos estando tan lejos. Llevaba tanto tiempo huyendo de mis sentimientos que solo de pensar en cómo sería el momento en el que todo saliera, las piernas me cimbreaban, dejándome sin fuerzas.

Lo pasé mal, había llorado hasta ahogarme con mi propio dolor, pero ¿qué podía hacer cuando las lágrimas se habían acabado pero el desconsuelo persistía? Esconderlo. Guardarlo en una habitación en lo más profundo de tu corazón hasta que se convirtiese en una sombra de lo que algún día fue.

—He hecho fideos a la cazuela para comer —me informó—, he estado en casa de la Antonia, la prima hermana de la Carmen, ¿recuerdas?

Le dije que sí con un movimiento de cabeza y prosiguió a contarme, de nuevo, la historia de cómo Carmen y ellas habían sido inseparables cuando eran unas niñas. Podría escucharla durante horas contando batallitas, rememorando sus mejores veranos, cómo se enamoró del abuelo y viéndola observar esas escasas fotografías que atesoraba en una cajita de madera envueltas en un paño de gasa bordada con siemprevivas amarillas. Hice una mueca, intentando sonreír, y asentí, aunque apenas le escuchaba, ya que no podía dejar de cavilar.

—Me ha dicho Lola, la abuela de Martina —«Mi buena Martina», pensé para mis adentros.

Aún no era capaz de ir a ver a Lola sin sentir mi corazón resquebrajarse y echarme a llorar recordando a mi amiga—, que son las fiestas del pueblo.

—Ajá —murmuré.

No me apetecía meterme en aglomeraciones, porque si algo tenían las fiestas de los pueblos era que toda la gente de los alrededores acababa asistiendo a ellas para disfrutar del ambientillo tan particular que allí se respiraba.

—Ya he hablado con el primo para que nos baje el sábado —me informó.

Así era ella, hacía lo que le daba la gana y cuando le daba la gana, por lo que apenas había margen de maniobra.

—Pero, abuela… —empecé a decir.

—¡Ni peros ni nada! —exclamó—. Hace demasiado que no voy, y no pienso perderme ni un solo pasodoble más, muchachita.

Dejé ir un suspiro, a sabiendas de que no habría forma de hacerla cambiar de opinión. Siempre había sido más terca que una mula, pero con los años iba incluso a peor.

—Está bien —claudiqué, provocando que una enorme sonrisa se dibujase de inmediato en sus labios—. Lo hago por ti.

—Lo sé, mi niña —susurró para, segundos después, depositar un dulce beso en mi frente.

—Te quiero, abuela.

—Y yo a ti, mi vida.



# Capítulo 2

Llevaba tan solo un par de días en el pueblo. Había aprovechado para descansar, leer y tomar aire fresco, aunque no podía evitar pasar horas observando las fotografías que colgaban en mi pared.

Había sacado la cajita en la que guardaba gran parte de nuestros recuerdos, pero ni siquiera me atreví a abrirla. Sentía pánico, no solo por el dolor, sino porque leer aquellas cartas sería como decirles adiós para siempre. Durante la semana previa a la despedida de soltera de África celebramos un fin de semana rural juntas, en el cual nos dedicamos a mimarnos como nunca. Fue como una fiesta de pijamas eterna, una en la que el *skincare* y el amor propio brilló como nunca antes, pero no solo eso, sino el cariño que nos teníamos entre nosotras se hizo aún más notable. Cada una debía escribirle una carta a las demás, y no podríamos leerla hasta pasada la boda de Afri.

Cogí una bocanada de aire, esa boda jamás llegó. Sentí como el pecho se me oprimía, jamás volvería a verlas, y nuestras últimas palabras fueron peleando. Una pequeña lágrima recorrió mi rostro y cayó sobre la caja. No les había recordado cuánto las amaba, ni las había dejado ir en paz, haciéndoles saber que nunca podría haber encontrado unas mejores amigas que ellas. Nos conocimos cuando no éramos más que unas crías, pero con el tiempo nos convertimos en hermanas. Fantaseábamos con un futuro en el que yo sería la tía molona que consentiría a todos sus pequeños, pero ese momento ya no llegaría.

Cerré los ojos, y a mi mente vino aquella fotografía que tenía enmarcada, esa que nos hicimos el último verano que pasamos en el pueblo antes de marchar a la universidad. El año que separaría nuestros caminos y en el que juramos estar siempre juntas. Estábamos abrazadas bajo el enorme arco de piedra que anunciaba la entrada al pueblo. ¡Cómo nos gustaba aquel lugar!

Un nudo se creó en mi garganta, impidiéndome respirar con normalidad. Definitivamente, no había superado sus muertes, y en la vida lo haría. Me tapé el rostro con las manos, y fue entonces cuando escuché como alguien tocaba la puerta, por lo que intenté recomponerme.

—¿Sí? —pregunté con voz temblorosa, al borde del llanto.

Hice un puchero nada más verla entrar y sentí como todo lo que había conseguido se me escapaba entre las manos como la arena de la playa. Mi abuela se sentó junto a mí en la cama, y sin necesidad de decirle nada, me abrazó con firmeza, recordándome que ella siempre estaría a mi lado para recoger mis lágrimas y sanar mi corazón.

—Las echo tanto de menos... —balbuceé.

—Lo sé, mi vida —susurró contra mi cabello, acariciándolo con mimo.

—No sé si algún día podré vivir sin sentir que se llevaron parte de mí con ellas.

—Se llevaron un pedacito de tu corazón, Aurora —me dijo, sin apartarse de mí—, y eso es lo más bonito que puede haber en el mundo, el amor.

Los hipidos no dejaban de escaparse de entre mis labios, mientras mi respiración era cada vez más agitada, sin que pudiese hacer nada por acompasarla. Cogí aire por la nariz, sorbiendo los mocos, intentando calmarme, pero sabía que ese dolor que sentía nunca remitiría.

—No lo merecían —lloriqueé, a punto de romperme.

—Nadie merece un final así, mi niña —aseguró—. Ese malnacido tendrá lo que se ha ganado, el equipo de tu padre lo conseguirá.

Me abracé más fuerte a ella, sintiendo como su calidez me envolvía y reconfortaba hasta el alma. Lloré contra su pecho, dejando que el llanto rasgara mi garganta, desahogándome como hacía meses que no lograba hacerlo. Solo ella podía ayudarme a sanar, a sacar todo el rencor, la rabia y la pena.

Podía escuchar el crujir de la cortinilla de madera que cubría la ventana, como el aire la mecía con cuidado, igual que lo haría una madre con su bebé. El calor apremiaba en la calle, tanto que al salir sentías una oleada caliente de ese que te impide incluso respirar. Por suerte, la humedad era escasa y se hacía algo más llevadero, además de que dentro de la casa se estaba bastante bien sin necesidad de tener aire acondicionado.

Pasaron un par de horas desde mi instante de flaqueza. Estaba tan agotada que me dormí,

cayendo rendida en el momento en el que la abuela se marchó, dejándome descansar y recuperarme, aunque fuese solo un poquito. Había despertado hacía apenas unos minutos, cuando oí como la puerta de la entrada se abría, dando un fuerte golpe.

—Ya estoy aquí —anunció, cargada hasta los topes y con gesto de esfuerzo.

Salí de la habitación como un remolino, yendo hacia la cocina, donde acababa de entrar cargada de bolsas.

—Me habías dicho que solo ibas a por pan —le regañé, mientras sujetaba su nota manuscrita.

—Ya, mi niña, pero al final he acabado cogiendo algunas otras cosas —se excusó.

—Siempre te pasa lo mismo —murmuré—, la próxima vez no te libras de que te acompañe.

—Estaré encantada, mi cielo —aseguró con una dulce sonrisa en los labios.

La ayudé a sacar todo lo que había comprado en la tiendecita, y en la bolsa encontré un panfleto de las fiestas del pueblo cercano. Por lo que no pude evitar pararme a ver qué actividades se realizarían:

*Sábado, 15 de agosto*

11.00h – Pregón de inauguración del XXIII mercado medieval.

11.40h – Teatro itinerante.

12.30h – Espectáculo de aves.

13.45h – Visita guiada por el castillo de la plaza mayor.

14.30h – Comida popular.

Cogí una bocanada de aire, deseando que a la abuela no le apeteciese acudir al almuerzo, además de al espectáculo de la noche. Sentí mi pecho oprimirse, ¿estaba preparada para volver a relacionarme con todo el mundo como si nada? La respuesta ya la sabía, y era un «no» como una catedral, pero si no lo intentaba, no lo haría jamás. Había vuelto al pueblo para sanar, dejarme llevar por mis sensaciones y reencontrarme conmigo misma. Nada de eso ocurriría si no me daba la oportunidad de salir al mundo exterior sin pavor.

18.00h – Pasacalles.

20.00h – Música medieval en vivo en la plaza Mayor.

21.30h – Cena medieval con carne a la brasa y productos locales.

22.00h – Espectáculo de fuegos artificiales.

—Tenía que decirte algo y no recuerdo qué era —comentó, sacándome de la burbuja de pensamientos en la que estaba metida.

—Sería mentira —respondí, recordando lo que ella misma me decía.

Dejó ir una sonora carcajada, por lo que no pude evitar sonreír, sintiendo como mi corazón se calentaba solo de tenerla cerca.

—Gracias, abuela —susurré, mirándola con cariño.

—No tienes que dármelas, cielo —juró—. No sabes lo feliz que estoy de tenerte de nuevo en casa.



# Capítulo 3

Mirarla mientras hacía ganchillo era uno de mis *guilty pleasures* que no le confesaría jamás a nadie. Estaba sola en la vida, y sabía que llegaría un momento en el que ni siquiera ella estaría a mi lado. No me quedaba nadie, por eso había decidido, después de la muerte de las chicas, que aprovecharía al máximo tanto mi vida como la de la abuela.

Tras la comida, las tardes de verano siempre eran las mismas: ver la película del mediodía, echar una cabezadita sin que nadie se diese cuenta, hacer ganchillo o, directamente, dependiendo de lo que hubiese hecho durante la mañana, había que hacer la reglamentaria siesta de hora y media. En eso consistía la vida allí en las vacaciones de verano: levantarse tarde, desayunar, leer hasta la hora de comer, vaguear, merendar y, a partir de entonces, sobre las seis y media de la tarde, ya llegaba el momento de salir y hacer cualquier plan. A no ser que quisieras madrugar y levantarte a las siete para poder ir a dar un paseo caminando hasta el pueblo más cercano con el fresquito mañanero.

Esa tarde había decidido subir hasta la ermita del santo, lugar al que peregrinaba la gente del pueblo una vez acabada la Pascua. Había ido en infinidad de ocasiones, tantas que no podía recordarlas. Incluso participé en carreras de bicicletas por ver quién llegaba antes con mis amigas.

Cogí una bocanada de aire, nunca me cansaría de otear como en el horizonte se juntaban las praderas desiertas, ya cosechadas, con el cielo más azul que había visto jamás. El pueblo estaba a algo más de cuarenta minutos, por lo que tan solo escuchaba el aire colarse entre las ramas de los árboles y algunos de los mirlos que no dejaban de canturrear y revolotear. Cerré los ojos y me recosté sobre la pradera que bajaba de la ermita. Solo aquel lugar me proporcionaba la paz que

necesitaba, esa en la que podía dejar mi mente en blanco sin sentir como todo se desmoronaba bajo mis pies.

Ese era mi refugio, el lugar en el que nadie lograba perturbarme, ni yo misma lo conseguía, cosa que me ayudaba a meditar con tranquilidad, centrándome en mi respiración y en cómo mi cuerpo se relajaba.

—Aurora —me llamaron desde la lejanía.

Bajé la mirada, extrañada, al no reconocer la voz. Por lo que me erguí y achiqué los ojos, intentando ver de quién se trataba. Había un muchacho de no más de dieciocho años, con el cabello castaño, apostado a los pies de la colina, observándome desde la lejanía con un casco en la mano.

—¿Ha pasado algo? —pregunté preocupada.

Estaba tan metida en mi propia cabeza que ni siquiera escuché como el chico se había acercado con una motocicleta.

—Es tu abuela.

Abrí los ojos, me puse de pie de un solo salto y bajé la colina tan rápido que creí que me saldrían alas de un momento a otro. El corazón se me encogió, mientras mi pecho subía y bajaba con rapidez.

—Toma —me instó a coger un casco de repuesto que llevaba colgado el manillar del vehículo.

Asentí y me lo puse sin pensarlo dos veces. Arrancó la moto, haciendo que un estruendoso ruido molestase a todas las aves que se refugiaban en las copas de los árboles. Maldije para mis adentros, pero supuse que aquello era una urgencia, y por eso había optado por la velocidad antes que la tranquilidad.

—¿Lista? —preguntó.

Me bajé la visera y pasé mis manos por debajo de sus brazos para entrelazar mis dedos a la altura de su vientre. Agarrándome con toda la fuerza que podía.

—Lista.

Este asintió un par de veces y, sin mediar palabra, tiró adelante, consiguiendo que la velocidad me pegase aún más a su cuerpo. El corazón me latía con tanta fuerza que se me antojó que se me saldría del pecho de un momento a otro. De los nervios, un enorme nudo se creó en mi garganta que apenas me permitía respirar con tranquilidad. Necesitaba verla, saber que estaba bien.

Me pasé una mano por el casco, cogí aire y lo dejé ir a modo de suspiro, intentando calmar el desasosiego que empezaba a controlarme. Tenía miedo, un pánico absoluto que conseguía paralizarme y helarme, incluso, el alma. No estaba preparada para ello, no podría soportar otra pérdida.

—¿No puedes ir más deprisa? —Alcé la voz.

—Si lo hago y tenemos un accidente, moriremos —gritó para que le escuchase.

Las manos me sudaban, ni siquiera el aire que nos azotaba conseguía secarlas. Estaba entrando en un maldito ataque de ansiedad, y aquel chaval no era capaz de llevarnos con más premura al pueblo. Era tal mi estado, que unas terribles ganas de vomitar subieron por mi cuello hasta arremolinarse en mi boca. No podía soportarlo más, necesitaba llegar cuanto antes.

Fueron los diez minutos más largos de toda mi vida, los cuales se me antojaron una maldita eternidad. Anticipándome a que pudiera detener la moto, me bajé de un salto, casi arrastrándola conmigo al suelo. Caí de rodillas, sintiendo como un profundo dolor me atravesaba, pero no me importó. Me levanté de un salto, apremiándome, ordenándole a mis pies que se moviesen con agilidad hasta llegar a la entrada.

En la puerta de mi casa se arremolinaban más de cinco personas, o al menos eso pude contar. Pasé entre ellos, apartándolos bajo su atenta mirada. Hasta que llegué al salón donde estaba mi abuela sentada en su butacón de piel, con las rodillas enrojecidas, y un paño húmedo cubriéndole la frente y parte de la cabeza. Cerré los ojos, aguantando las lágrimas que amenazaban con salir de un momento a otro.

—¿Qué ha pasado? —pregunté desde el quicio, en voz baja.

—Aurora, cielo. —Escuché que me llamaba Lola tras mi espalda—. Lamento que nos veamos en estos momentos.

—No te preocupes. —Hice una mueca, intentando restarle importancia al asunto—. ¿Qué ha ocurrido?

—Le ha dado un golpe de calor cuando ha salido a la plaza a pasear —comentó. Suspiré, quitándome un peso de encima—. Se ha desplomado de rodillas, por suerte estaba el médico comprando —me explicó—, y entre los hermanos manchegos y Ricardo hemos podido traerla de nuevo a casa.

Entonces, me percaté de que en una de las sillas del comedor estaba Iñaki, el médico, quien residía en el pueblo, pero no siempre atendía, ya que debía hacer ronda de visitas por las aldeas y

municipios más cercanos. Me acerqué a donde se encontraba y me miró dibujando una media sonrisa llena de ternura en su rostro.

—Madre mía, Aurora… —murmuró—. Eres toda una mujer —comentó.

Su cabello se había vuelto cano y, aunque no sería mucho mayor de lo que sería mi padre, aparentaba tener más de sesenta años.

—Eso parece —bromeé.

—Han pasado muchos años desde la última vez —añadió.

Me acerqué para darle un abrazo. Iñaki y yo hablábamos a menudo, ya que siempre me informaba del estado médico de la abuela. Por suerte, no había tenido ningún tipo de percance, por lo que eran pocos los correos que nos enviábamos.

—Demasiados… —Un gesto de tristeza se atisbó en mis labios.

—Lo importante es que estás aquí.

—Pues sí —bisbiseé con pesar—. ¿Qué le ha pasado?

—Ha tenido una pequeña bajada de tensión que, unida al calor que hace, ha provocado que durante unos minutos María haya perdido la consciencia —me explicó—. Por suerte, estábamos todos en la plaza, por lo que al momento la hemos traído a casa y refrescado —prosiguió, al mismo tiempo que volvía a sentarse—. Le he tomado la tensión y ya se le ha estabilizado, solo tiene unos rasguños en las rodillas, que ya hemos curado —continuó, al mismo tiempo que se acercaba a su maletín—. Tendrás que hacerle las curas un par de veces al día con esto —Me tendió unas gasas, clorhexidina y suero fisiológico—. Ha tenido mucha suerte de no caer hacia atrás.

Suspiré sintiendo como todo el nerviosismo desaparecía. Me pasé una mano por el cabello, recogiendo los mechones que se me habían descolocado a causa del casco. Cerré los ojos y respiré como si me hubiese quitado un peso de encima, de nuevo.

—Aurora. —Oí como me llamaba mi abuela.

—Si me disculpáis…

—Claro, no te preocupes, os dejamos tranquilas —dijo Lola con un cariño inigualable.

—Muchísimas gracias por ayudarla.

Estos sonreían al mismo tiempo que asentían. Ambos se marcharon, cerrando la puerta con cuidado de que no diese un golpe.

—Aurora —repitió mi abuela.

—Voy —respondí, para que no se impacientara.

Sobre la mesa de la cocina vi un abanico que reconocí, era el mismo con el que jugaba cuando no era más que una cría y me disfrazaba de flamenca. Adoraba los vestidos de volantes, llenos de lunares rojos, con mis zapatitos de tacón del mismo color y mi peineta.

—Dime, abuela, ¿cómo te encuentras? —me preocupé.

—Estoy bien, cielo.

—¿Segura? —insistí.

—Ha sido solo un tropezón.

—Bueno… eso de que solo ha sido un tropezón… —intenté corregirla, pero aquella mujer no entraría en razón jamás.

—No te preocupes, ¿vale? —me pidió, interrumpiéndome—. Ya recuerdo qué era lo que tenía que decirte.

La miré confusa, y entonces me acordé el momento de aquella misma mañana cuando no sabía qué tenía que decirme. Tomé sus manos con mimo y las besé.

—Dime.

—Rosa me ha dicho que Marco ha estado en el pueblo —me informó.

«Marco», repetí para mis adentros. Mi corazón se aceleró, latiendo con tanta fuerza que por un instante el repiqueteo se volvió ensordecedor. Lo hizo entre confuso y emocionado, porque sí, a pesar de que hacía muchísimos años que no le veía, algo en mí brillaba solo de pensar en reencontrarnos. Estaba segura de que, si le viese, sería casi incapaz de reconocerle.

—¿Está aquí? —pregunté emocionada.

—Se marchaba esta tarde —añadió.

Quise salir corriendo de casa, ir a buscarle puerta por puerta, para que me estrechase de nuevo entre sus brazos. Aunque después de tanto tiempo, estaba segura de que la confianza que teníamos se habría desvanecido por completo.

¿Y si lo probaba?



# Capítulo 4

Lo intenté, lo hice con todas mis fuerzas, corrí tanto que creí que acabaría volando de la velocidad que había cogido. Eso sí, probando a no tropezar con los adoquines de la calle que sobresalían. No sería la primera vez que ocurría.

Sentía como el corazón se me iba a salir por la boca de la fuerza que tenía al latir en mi pecho. Todo el cuerpo empezó a sudarme, y por un instante mi cabeza me jugó una mala pasada. Lo hizo con tanto ahínco que me detuve, ¿y si no quería verme? Y lo peor de todo… ¿Y si ni siquiera era capaz de reconocerme? Negué con la cabeza, era la única oportunidad que tenía para reencontrarme con él, ¿iba a perderla por todos esos miedos que conseguían paralizarme?

Volví a emprender la marcha, aún con un nudo en la garganta, cientos de temores, pero decidida a plantarme en la puerta de su casa antes de que se fuese de nuevo a Madrid. Le vería costase lo que costase.

Los nervios se instauraron en mi estómago, ¿estaría cambiado? Seguro que sí, hacía demasiados años que no nos veíamos, pero algo me decía que aquella sonrisa perenne que siempre se dibujaba en sus labios no se habría borrado por nada del mundo. Una dulce mueca se esbozó en mi boca, no veía el momento en el que mis ojos se encontrasen, de nuevo, con los suyos.

—Buenas tardes, Aurora —me saludó Matías.

—¡Buenos días! —respondí sin dejar de correr.

—Pero ¿dónde vas? —Quiso saber.

No contesté y continué con mi misión. La casa de los abuelos de Marco no estaba demasiado

lejos de la de mía, pero sí que se escondía entre los callejones de la parte baja del pueblo, por lo que aún tenía que cruzar la plaza principal y girar a la derecha.

Un fuerte sabor a hierro llenó mi boca, y el pecho me dolía de tanto correr, hacía demasiado tiempo que no lo practicaba, cosa que hablaba bastante mal de mi estado físico, pero poco me importaba en aquel momento la resistencia que tuviese.

—Eh, Aurora. —Escuché como me llamaba alguien desde la otra parte de la plaza.

Mascullé para mis adentros, pero me obligué a girar la cabeza para mirar de quién se trataba, ya que su voz me sonó más familiar de lo que quisiese admitir. Era el primo Carlos, llevábamos demasiado sin vernos, igual que a todo el mundo, por lo que no dudé en excusarme, ya tendría tiempo de pasarme a saludar.

—¡Ahora no puedo pararme! —vociferé.

Cinco minutos más tarde, me planté en la puerta de la casa de los abuelos de Marco, hecha un manojo de incertidumbre, con todo el cuerpo cimbreando y con el corazón bombeando con una fiereza inigualable. No sabía si por la excitación del momento, o por la carrera que acababa de pegarme. Cogí una bocanada de aire, intentando llenar mis pulmones, para así respirar con normalidad antes de llamar a la puerta, pero de poco sirvió. Inspiré por la nariz, apoyando las manos sobre mis rodillas, y lo dejé ir por la boca. Tenía que calmarme.

Entonces escuché como alguien se acercaba a la puerta, por lo que me recompuse a duras penas y alcé la mano para golpear la madera con el llamador. Segundos después, se abrió de par en par, pero al otro lado no estaba Marco, sino el cascarrabias de su abuelo José.

—Buenas tardes, señor Ortiz —le saludé con toda la cordialidad del mundo.

—¿Qué quieres?

—*Ehm*… —murmuré—, venía a ver si… —añadí, pero mi voz se desvaneció en el momento en el que vi cómo su abuela aparecía por detrás.

—José, deja a la niña pasar, anda —le ordenó.

—Lo que tú digas —gruñó.

Este se hizo a un lado, dejándome sola en la entrada, aún bajo la atenta y dulce mirada de la abuela de Marco, quien seguía como siempre, con aquella apariencia tan tierna y amable que recordaba desde que era pequeña.

—Buenas tardes, Rosa.

Antes de que pudiese decir nada más, vino hacia mí y me estrechó con fuerza entre sus brazos. Cerré los ojos, sintiéndome de nuevo en casa. Rosa había sido uno de los grandes apoyos de la abuela, por lo que jamás podría agradecerle lo suficiente lo mucho que la cuidó cuando mi abuelo murió.

—Lo siento un montón —susurró, sin dejarme ir.

Apreté la mandíbula, rogándole al universo que no permitiera que me rompiese en aquel preciso instante. Sabía que la abuela le había estado informando de todo. En realidad, lo entendía. Era alguien de su confianza más profunda, y después de tantos llantos, comprendía que necesitase una amiga con quien desahogarse.

—¿Cómo estás, cielo? —Quiso saber.

—Voy haciendo —admití mediante un hilo de voz.

—Me alegra muchísimo volverte a ver en el pueblo —dijo con sinceridad, mientras me miraba con los ojos brillantes.

Alzó una de sus manos y acarició con mimo mi brazo. No hacían falta las palabras, ambas sabíamos a qué nos referíamos. Llevábamos tanto tiempo sin vernos que ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez. Durante unos años, los padres de Marco se mudaron a Zúrich por trabajo, por lo que sus abuelos fueron con ellos para poder ocuparse del adolescente rebelde que odiaba aquella nueva mudanza.

Era madrileño de pura cepa, de esos que alaban el agua de la capital como si hubiese sido bendecida por el mismísimo papa. Marcharse de la ciudad de su corazón debió ser como arrancarlo de los brazos de su abuela, a quien siempre amó como a su propia madre, y fue por eso que decidieron que lo mejor era marchar con ellos.

—Mi abuela me ha dicho que estaba Marco y…

—Se ha ido —bramó José desde el salón, interrumpiéndome, quien ya refunfuñaba porque no le dejábamos escuchar la televisión.

Miré a Rosa, buscando un poco de consuelo y rogándole que me negase que la información que me había proporcionado su marido era real. Esta selló sus labios, formando casi una línea perfecta, y asintió.

—Tenía asuntos que atender —añadió—, lo siento, cielo.

—No pasa nada —Bajé la mirada, sintiendo como las lágrimas asomaban—. Será mejor que…

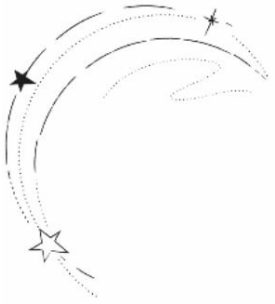
—Que te vayas —dijo José de nuevo, molesto.

—¡Serás maleducado! —le regañó Rosa.

Me dio un fuerte abrazo y besó mi mejilla derecha con tanto cariño que se me encogió el alma. Le agradecí con la mirada que me hubiese atendido, y me despedí, saliendo de la casa con los ánimos por los suelos.

—Ven a vernos siempre que quieras —propuso justo antes de cerrar la puerta.

Tal vez me había precipitado al ir hasta allí con la esperanza de encontrarle. La decepción me asoló de tal manera que me marché con el corazón empequeñecido, sintiendo como toda esa emoción que me recorría se había convertido en tristeza.



# Capítulo 5

*Tres horas más tarde…*

—¿Estás preparada? —pregunté a la abuela, quien se acababa de acicalar, retocándose el cabello antes de salir—. El primo Carlos está a punto de llegar —le recordé.

—¡Espérale en la puerta! —me ordenó desde su cuarto.

La observé a hurtadillas, como una furtiva, y no pude evitar sonreír con ternura mientras la miraba como se maquillaba los labios de un tono coral que le sentaba de lujo. Se me llenaba el pecho cada vez que disfrutaba de ella, de verla de aquella forma tan especial, sintiéndome tan agradecida que jamás podría devolverle todo lo que me había mostrado.

Santi:
Tengo que hablar contigo.

Santi era el que iba a ser el futuro marido de África, un buen amigo de la universidad, donde todos nos conocimos e hicimos un gran grupo. Desde la muerte de las chicas nos escribíamos dos veces al mes para comprobar que todo estuviese bien e intercambiar información sobre el proceso de investigación en el que estábamos metidos.

Aurora:
Ahora mismo no puedo.
Te llamo mañana, ¿vale?

Durante unos minutos permanecí mirando el teléfono a la espera de que me respondiera. Aparecía en línea, lo que me llamó la atención aún más. ¿Qué demonios era tan importante como para no contestarme? Cuando Santi hacía acto de presencia era por algo que de verdad era crucial.

A menudo siempre me encargaba yo de contactarle, ya que la gran mayor parte del tiempo él estaba encerrado en su despacho. Tras la muerte de África se había centrado en el trabajo, obsesionándose hasta tal punto que muchas noches dormía en la empresa, y apenas comía. Aunque no podía decir que yo lo hiciese del todo bien. Mientras él trabajaba, yo decidí marcharme, huir con una maleta llena de libros y mudas limpias. No había dejado de moverme desde que las chicas murieron, ya que creía que si huía así el dolor no me alcanzaría, aunque durante un tiempo así fue.

Aurora:
Me marcho con mi abuela.

Santi:
No, por favor.
Tengo que hablar contigo.

Aurora:
¿Qué ha pasado?

Santi:
Es urgente.

Maldije para mis adentros y cogí una bocanada de aire. Avisé a la abuela que necesitaba hablar un momento por teléfono antes de marcharnos. No quería que aquello nos retrasase, pero supuse que si Santi insistía era porque de verdad era cuestión de vida o muerte.

—Aurora —respondió.

—¿Va todo bien? —pregunté nada más descolgar.

—Me ha llamado López para citarnos el lunes en su despacho.

—Pero yo... —murmuré—. No estoy en casa.

—Lo sé, aun así, dice que quiere vernos cuanto antes.

Suspiré, me pasé una mano por el cabello, y entonces recordé que el primo Carlos aún tenía el coche que mi padre conservaba en el pueblo, por lo que podría llevármelo en caso de necesitarlo.

—Está bien —claudiqué.

No quería marcharme del allí, pero lo cierto era que llevarme el coche de papá era una excusa para tener que volver de manera obligatoria. Para llegar al pueblo había pedido a un taxi que me llevase, no quería tener una forma de volver, pero siempre lograba encontrar alguna.

—Te espero en la Mari a las ocho y media para tomar un café, ¿vale? —propuso.

—Genial, nos vemos allí.

Cogí una bocanada de aire y me senté en el escalón de la entrada.

—¿Con quién te ves y dónde? —Quiso saber la abuela, mientras bajaba las escaleras.

—Era Santi —le informé—, López tiene algo, y quiere que nos reunamos con él el lunes —resumí.

Un nudo se creó en mi garganta, consiguiendo que apenas pudiese respirar. El pasado volvía, y lo hacía de la peor de las formas: mediante pistas y averiguaciones sobre la investigación policial. Fuimos nosotros quienes le contactamos para que se encargase del caso. Antonio había sido abogado de mi padre durante muchos años, pero eso no significaba que fuese menos doloroso. Revivir aquella noche me rompía el alma en pedazos, no quería seguir llorando, dejándome la vida en cada lágrima, sintiendo como con ellas se marchaba parte de mí.

Cerré los ojos, luchando contra las pequeñas gotas que ya se agolpaban. No quería volver a sentirme de aquella forma: tan vacía que podía notar como un profundo eco resonaba en mi interior.

—¿Estás bien, cielo? —me preguntó la abuela cuando se detuvo a mi lado.

Me puse en pie, con la vista baja, advirtiendo que en cualquier momento me desmoronaría como un castillo de naipes soplado por una pequeña brisa. Apreté la mandíbula, percibiendo una amarga gota que descendía por mi mejilla.

—Si quieres, podemos ir a la feria otro día —propuso.

Negué con la cabeza, y sequé el pequeño reguero que había sobre mi piel. Abrí los ojos e intenté esbozar una sonrisa que acabó convirtiéndose en un puchero.

—Eres la mujer más fuerte que conozco, Aurora —susurró, abrazándome con ternura—. Vais a pararle los pies a ese malnacido, sé que lucharás hasta que no haya más opción —continuó—, las chicas estarían muy orgullosa de ti. —Hizo una pequeña pausa—. Lo estaban y lo estarán siempre.

—¿Algún día dejaré de extrañarlas?

—No —respondió con sinceridad—, pensarás en ellas, pero llegará un momento en el que deje de doler.

Deseaba que llegase ese instante en el que pensase en ellas y pudiese sonreír sin remordimientos, sin sentirme culpable de vivir. Porque así era, me fustigaba cada maldito día por seguir respirando sin ellas, por dejar que mis piernas volvieran a caminar, por disfrutar del amor de quienes aún me rodeaban… Culpable. Esa era la palabra que se repetía una y otra vez en mi cabeza.

—Solo quiero descansar, abuela… —admití con pesar.

—Lo harás, cielo, pero el proceso de duelo es necesario —aseguró, pasando una mano por mi cabello—. Debes sacar toda esa pena que hay en tu corazón —posó su dedo índice sobre este—, para poder sanarlo lentamente, sin prisa, y así recordarlas con todo ese amor que desprendíais.

Suspiré, aún al borde del llanto, notando como mi garganta se secaba y mi pecho se oprimía. La abuela siempre tenía razón, pero en aquel momento no sabía cuánto más dolor lograría soportar.



# Capítulo 6

Hacía tantos años que no estaba en una feria como aquella que no podía recordar cuándo fue la última vez. No negaría que me ponía de los nervios saber que allí podría encontrarme a cualquiera, pero al mismo tiempo me sentí decepcionada al comprender que no me reencontraría con mis amigas en nuestro lugar favorito. Aparcamos no muy lejos de la entrada del pueblo, y nada más llegar a la calle principal, un cosquilleo nació en mis manos, haciéndome ver que esa festividad seguía siendo muy especial.

¿Estaba preparada? Tal vez no, las chicas y yo compartimos tantas historias en aquellas fiestas que se me encogía el alma solo de pensar en ello. Todo me recordaba a ellas, a esas noches de verano y borrachera, riendo, bailando y disfrutando de la libertad que nos daba estar allí.

Sentí el dolor asolándome de nuevo, no quería romperme, no allí, no con la abuela tan feliz como lo estaba. No permitiría que nada le estropease la fiesta, merecía disfrutar de su noche, de esos bailes que tanto ansiaba y de comer lo que le diese la gana sin tener que estar pendiente de tensión, colesterol o cualquier otra cosa.

—Está todo precioso, ¿a que sí? —comentó la abuela, entusiasmada—. Mira, nena, qué bonita esa parada.

—Mucho —admití—, sigue igual que como lo recordaba.

—Deberías de haber venido más —me reprendió mi primo.

—¡Deja a la niña tranquila! —le riñó la abuela, aunque sabía que no lo hacía con mala intención.

La miré de soslayo y pude ver una enorme sonrisa dibujándose en sus labios, como sus ojitos

verdes brillaban llenos de emoción. Tomé una de sus manos y la agarré con fuerza, no quería separarme nunca más de ella. Se recostó ligeramente en mi brazo, había echado tanto de menos sentirla así de cerca.

En aquel momento me replanteé el no marcharme más del pueblo, no había nada que me atase fuera de él. ¿Para qué irme si lo único que necesitaba lo tenía allí? Mi abuela era el mayor tesoro que tendría en la vida, así que aprovecharía cada segundo a su lado como si fuese el último.

—¡Qué de gente! —exclamó el primo.

—Y que lo digas, bonico, y que lo digas —comentó la abuela al mismo tiempo que le daba un par de palmadas en el hombro.

Todo el pueblo se había vestido de gala para recibir las maravillosas fiestas que celebraban durante todo el fin de semana. Estaba decorado con grandes banderolas granates, ambientado en un ámbito medieval que me transportaba a esos recuerdos de cuando era una cría y correteaba por todas las paraditas emocionada y deseando comprarlo todo. Cómo ahorraba durante todo el año únicamente para poder comprarme cualquier tontería e invitar a mi abuela a un helado. No negaría que me seguía ocurriendo.

—Me encantaría comprar infusiones de la parada a granel —comentó la abuela.

—Compraremos lo que te apetezca —aseguré con una sonrisa.

Siempre caía algún que otro té, y es que en ese lugar traían de todas las partes del mundo, e incluso te preparaban tu propia mezcla dependiendo de tus necesidades. Mi abuela siempre había sido muy zen. Antes de conocer al abuelo vivió durante un buen tiempo en la India y más tarde en Tailandia, donde se dejó curar el corazón y el alma, aprendiendo todo aquello que le transmitieron las sanadoras que conoció. Su vida no había sido sencilla, trabajó mucho de pequeña, no tuvo opción a estudiar y su vida se reducía a no salir de la provincia.

—Carlos, si prefieres marcharte, buscaremos la forma de volver al pueblo —le informó la abuela.

—Tranquila, tía. —Sonrió—. Daré una vuelta con vosotras y cuando queráis volver nos marchamos.

—¡No me voy sin mis pasodobles! —exclamó.

—Bueno, en ese caso a lo mejor tengo que marcharme antes —comentó—, pero si es necesario, me acerco luego a por vosotras.

Dejé ir una sonora carcajada que no pude detener. Verla con esa energía y alegría me llenaba el alma de luz. Después de sufrir la bajada de tensión de esa mañana, tenía miedo de que le

pudiera pasar de nuevo. Por suerte, el sol estaba muy bajo y apenas hacía calor, además de que le había hecho merendar para curarnos en salud.

—Nos quedaremos el rato que quieras —le informé.

Una enorme sonrisa se dibujó en sus labios. Era como una niña con un juguete nuevo. Adoraba vivir en el pueblo, pero lo cierto era que en algunas épocas se sentía sola, y yo apenas había podido ir a visitarla tanto como me hubiese gustado. Pero ya no permitiría que eso volviese a ocurrir. Nunca más se sentiría así.

—Perfecto, porque pienso tomarme unos vinitos, y tú vas a tomártelos conmigo, mi niña —respondió con rotundidad—, vamos a alegrarte ese corazoncito.

Durante un buen rato, nos dejamos perder entre las callejuelas que conocíamos como la palma de nuestra mano, enamoradas de cada una de las piezas de artesanía que veíamos. Y es que allí no solo contaban con infusiones, sino con carnes, salazones, embutidos, piezas de cerámica, minerales, rituales… Y mucho más. Por suerte, solo la ponían una vez al año, si no, habría acabado gastándome toda la fortuna que me legó mi padre en cualquier tontería de la que me encaprichase.

Unos minutos más tarde, el pasacalles nos hizo apartarnos en el camino hacia la plaza de la iglesia. Uno de los chicos que allí danzaban llamó mi atención, y por un segundo creí reconocerle. Mi corazón se desbocó y las manos empezaron a sudarme. Me detuve en seco, y a pesar de que ordené a mis piernas moverse, estas hicieron caso omiso. ¿Era él? Su cabello oscuro brillaba bajo la tenue luz del ocaso, seguía teniendo aquella sonrisa con la que siempre le recordaba y los ojos más resplandecientes que hubiese visto jamás. Cogí una bocanada de aire, el mundo pareció detenerse por un instante. Antes de que pudiese decir nada, desapareció entre el gentío, dejándome con aquella incógnita que me acompañaría el resto de la tarde.

# Marco

Me senté en el muro después de la actuación mientras aguardábamos a que Óscar y Bárbara trajeran las bebidas. Necesitaba tomar algo cuanto antes, ya que podía percibir la sequedad en mi boca. Sentía como el pecho me subía y bajaba frenético, estaba tan exhausto que me faltaba

incluso el aire. Corretear y bailar por todas y cada una de las calles al ritmo de los tambores era una ardua tarea, aunque no lo pareciese. Mi vista se desvió durante unos segundos, y entonces el mundo pareció detenerse bajo mis pies.

Mi mirada se fijó en ella, en cómo se abría paso entre la multitud, cogida de la mano de su abuela. Aún no se había percatado de que la observaba con deleite, por lo que me permití el lujo de hacerlo con ese anhelo que seguía enraizado en lo más profundo de mi alma. Aurora era la mujer más auténtica que había conocido jamás. Siempre libre, salvaje, indomable… Pero con una inocencia y dulzura que serían capaces de encogerle el corazón a cualquiera. Y allí estaba, frente a mí, con el gesto cruzado y la confusión inundando sus luceros. Dios, estaba tan guapa que creí que moriría bajo sus vivarachos ojos. Y con gusto lo haría.

Cogí una bocanada de aire, armándome del valor que parecía que no había tenido nunca, y me levanté, obligando a mis pies para que caminasen en su dirección y no huyeran en la contraria. El corazón me latía con tantísima fuerza que estaba a punto de salírseme del pecho, luchando por no sentir la avalancha de sentimientos que volvían con ella.



# Capítulo 7

## Marco

—Aurora —susurré, apenas sin fuerza cuando me planté frente a ellas como si mis pies hubiesen tenido vida propia.

Quise estrujarla entre mis brazos, unirme a ella y cerrar los ojos. Pero me limité a tragar saliva, intentando que las palabras que se agolpaban en mi boca saliesen de nuevo antes de que pareciese que me había quedado sin ellas.

—Marco —respondió, apartando la mirada.

Colocó un mechón de su cabello castaño tras la oreja, y una media sonrisa se dibujó en sus labios al mismo tiempo que se le enrojecían las mejillas. Solo Aurora sería capaz de parecer un ángel en la mismísima Tierra.

—¡Ves, niña! —exclamó María—. Te había dicho que Marco estaba en el pueblo.

—Ya lo veo, abuela, ya lo veo —se excusó, sin saber dónde meterse.

## Aurora

Estaba tan nerviosa que temblaba como un maldito flan. Las piernas me cimbreaban, y el corazón me latía con tanta fuerza que ni siquiera podía escuchar lo que hablaban a nuestro

alrededor. Antes de que pudiese responderle a la abuela, Marco me tomó por la cintura y depositó un dulce beso en mi mejilla, consiguiendo que todos mis sentidos se encendieran.

—¿Me he perdido algo? —preguntó confuso.

Quise contarle la carrera que me había pegado hasta casa de sus abuelos, pero decidí omitirlo para explicarle una historia en la que por casualidad pasaba por delante de esta, y llamé a la puerta.

—Mira que le dije a la abuela…

—No te preocupes —le interrumpí.

—Estás guapísima. —Iba a responder, pero entonces, me percaté de que se lo estaba diciendo a mi abuela, por lo que no pude reprimir una sonrisa divertida.

Cogí una bocanada de aire, sintiendo como se me cortaba el aliento cuando nuestras miradas se encontraron. Una dulce mueca se dibujó en sus labios, un cosquilleo se instauró en mi vientre, consiguiendo que todo mi vello se erizase.

—Me alegra mucho verte, Aurora —admitió.

—Lo mismo digo —conseguí balbucear.

Tenía que empujar a las palabras para que salieran de mi boca, era como si estar cerca de él consiguiese dejarme completamente muda.

—¡Marco! —Vi cómo le llamaba una chica desde la lejanía.

—*Ehm*… —murmuró—. Tengo que marcharme, chicas —se excusó—, pero luego os busco —dijo finalmente, clavando sus ojos en mí.

—Claro, cielo, ve con tus amigos —le invitó mi acompañante.

Antes de marcharse, abrazó a la abuela y se acercó a mí para depositar un tierno beso en mi mejilla, haciendo una pequeña pausa que provocó que el mundo entero dejase de girar, para que pudiese centrarme en él. En el pellizco que encogió mi alma, el cosquilleo que nació en mis mejillas y el brillo que empezaba a irradiar mi maltrecho corazón.

—Nos vemos luego, Aurora —se despidió, aunque quise creer que aquello era una promesa que jamás se rompería.

Tras eso, se fue para reunirse, de nuevo, con el grupito de chicos con los que estaba, entre los que pude reconocer a Bárbara, que era un par de años mayor que nosotras y pertenecía a la peña de los mayores, por lo que nunca nos permitieron estar con ellos. Sonreí al recordar cómo nos molestábamos cada vez que nos echaban de su peña, no éramos más que unas crías que

queríamos jugar a ser mayores.

Estábamos a punto de dar media vuelta para seguir nuestro camino cuando mis ojos volvieron a buscar los suyos, encontrándolos con una facilidad pasmosa. Estos sonreían, había tanta luz y felicidad que fue como si flotase en una nube. Había anhelado tenerle cerca, y después de la decepción, podía sentirlo todo con más intensidad.

—Joder… —mascullé para mis adentros.

—¿Vamos? —preguntó Carlos.

Este se había llevado a la abuela hacia adelante, mientras yo me quedaba allí, pasmada como una boba que no comprendía qué demonios se le pasaba por la cabeza. Suspiré y asentí, encaminándome hacia donde se encontraban.

Las horas corrieron y perdí de vista a Marco, quien parecía estar pasándolo en grande con sus amigos. No le culpé por ello, pero lo cierto era que deseé poder hablar de nuevo con él, lejos del bullicio de la fiesta. Puede que aquel no fuese el momento adecuado, por lo que decidí que disfrutaría de aquella noche como lo hice años atrás, bailando, deleitándome con la carne a la brasa que preparaban en la cena popular y bebiendo el vino rancio que siempre servían.

—Está todo delicioso —apuntó la abuela, al mismo tiempo que se llevaba a la boca un trozo de carne.

—Ya le tienen el punto cogido —añadí, observándola con deleite.

El primo había decidido marcharse, ya que esa misma noche llegaría su hermana con los críos y no quería perderse el recibimiento. No nos preocupamos, allí nos conocíamos entre nosotros, la abuela no dejaba de saludar a todo el mundo y, como era obvio, dedicaba varios minutos a informarse de las habladurías que circulaban. Le encantaba enterarse de todo, por eso había insistido tanto en bajar al pueblo.

—No te vas a creer lo que me ha contado antes Chari. —Me agarró la mano para que centrase toda mi atención en ella.

Sonreí, la había echado tantísimo de menos que ni siquiera me percaté de ello hasta que la tuve de nuevo junto a mí.

—El nieto de la Raimunda ha traído a la familia y con ellos a la nini, o *nanny*, vamos, lo que viene siendo una canguro —aclaró para que la entendiese—, para que se ocupe de los niños durante todo el verano —informó, abriendo los ojos al máximo—, ¡y dice que es para que vea el

pueblo! ¡Qué desfachatez!

Negué con la cabeza. ¡Y qué más daría! A mí no me importaba, mientras la muchacha estuviese a gusto y cobrando bien, ¿a quién le incumbía? A nadie, salvo a ellos mismos. Pero me limité a fingir asombro.

—Increíble —añadí, para segundos después romper a reír.

La música empezó a sonar, lo que hizo que mi abuela me mirase con aquella sonrisa pilla que solo ponía en momentos especiales en los que quería algo y, obviamente, sabía qué era lo que deseaba.

—Vas a tener que sacarme a bailar, mi niña —propuso.

—Acábate la cena y hablamos —le regañé como si fuese su madre.

Escuché como alguien carraspeaba a nuestra espalda, por lo que no pude evitar girarme para ver de quién se trataba. La sangre se me heló, pero eso no impidió que mi corazón latiese con una fuerza sobrehumana. Lo hizo con tanto ímpetu que creí que, incluso a pesar de la música, lo escucharía.

—Tal vez pueda sacarte yo a bailar, María —añadió Marco con la sonrisa más radiante que había visto jamás.



# Capítulo 8

La abuela aceptó, no rechazaría un baile ni teniendo las piernas escayoladas y mucho menos si su compañero era Marco. No podía apartar la mirada de ellos, cómo danzaban de un lado a otro, perdiéndose entre la gente y resurgiendo como un fénix envuelto en llamas. Marco tenía tanto cuidado con ella que podía sentir como mi corazón palpitaba emocionado. Dios, le había echado tanto de menos que ya había olvidado el tiempo que pasamos separados. Era como si jamás nos hubiéramos ido, siempre juntos, igual que cuando éramos pequeños.

No recordaba cuántos años hacía desde la última vez que coincidimos, tal vez rondara los quince. No éramos más que unos niños que correteaban por las calles del pueblo mientras creíamos ser mayores.

***

—¡Vamos, Aurora! —Alzó la voz Martina, al mismo tiempo que me llamaba desde la lejanía.

Corría con todas mis fuerzas, estaba empezando a sonar nuestra canción, esa que poníamos en la peña todas las noches y que nos hacía estallar en risas. Bailábamos como locas, porque la buena energía que se respiraba allí era de otro mundo.

Antes de que pudiese llegar a la plaza, vi como mis amigas se perdían entre la gente, desapareciendo. Miré hacia un lado y hacia otro, intentando

encontrarlas, pero de poco sirvió ya que apenas podía ver más allá de la segunda fila de personas. Cogí aire, moviéndome entre todos ellos, hasta que sentí que una mano tiraba de la mía. Giré sobre mis talones, con el corazón desbocado de tanto correr, creyendo que sería África quien me tomaba de la misma, pero entonces mis ojos se fijaron en los suyos.

—¿Qué haces tan sola, Aurorita? —preguntó Marco, levantando la voz y con una sonrisa chulesca dibujada en sus labios.

—Buscarte a ti no —respondí en el mismo tono—, obviamente.

Marco dejó ir una carcajada que me sonó a gloria, y colocó el mechón que caía sobre su frente hacia atrás, apartándolo.

—Pues ha sido tu día de suerte —aseguró—, porque tu mejor amigo ha llegado.

Me guiñó un ojo, por lo que no pude evitar mantenerme seria. Le di un leve empujón, provocando que diese dos pasos hacia atrás.

—Ya te gustaría ser mi mejor amigo —comenté con sorna.

—Esto no dice lo mismo —rebatió al mismo tiempo que tiraba, de nuevo, de mi mano para alzarla, señalando la pulsera que me había regalado días antes en el intercambio.

Cada verano hacíamos un concurso de pulseras. Tal vez fuese una tontería, pero nos encantaba y ya era una tradición que, a pesar de ir creciendo, se mantenía en el tiempo para recordarnos que a pesar de que los años pasasen, nosotros siempre seríamos los mismos.

—Oh, no sabía que llevarla significaba eso —me hice la tonta.

—Obviamente —dijo sarcástico—. Eres mi mejor amiga, y lo serás hasta el fin de nuestros días.

Una mueca se dibujó en mis labios. Suspiré y deseé que aquel verano durase para siempre. Estaba siendo el mejor de mi vida. Fijé la mirada de nuevo en Maco, quien me analizaba con aquellos ojos azules que me traían loca, y aunque me negaba a que eso fuese así, no negaría que era el chico más guapo que había visto.

—Eh, ¿a qué estáis esperando? —vociferó Elena, alzando la mano para que le viéramos.

—A que vinierais a buscarnos —respondió mi acompañante.

—Venga, las chicas están esperando en la zona del escenario —nos informó.

Elena volvió a adentrarse en el tumulto de gente, lo que aproveché para seguirla, intentando hacerme paso, pero entonces, mi amigo volvió a tirar de mí, acercándome a él.

—No irás a rechazarme un baile, ¿no? —preguntó Marco, enarcando una ceja.

—Tal vez. —Le guiñé un ojo, como había hecho él.

Al llegar al escenario, mis amigas no dejaban de brincar de un lado a otro, cantando a pleno pulmón la mítica canción: *La madre de José,* de El canto del loco. Siempre sonaba, y ahí estábamos nosotras para canturrearla a los cuatro vientos, entre risas.

***

Cerré los ojos, deseando que las chicas estuviesen allí conmigo, bailando y saltando frente al escenario, riendo como desquiciadas. Sonreí, pero al instante me sentí tan vacía que pude escuchar el dolor gritando en mi interior. Era culpable de vivir sin tenerlas conmigo, de estar allí disfrutando de la carne asada y de mi abuela cuando ellas ya no podrían hacerlo nunca más. Me recoloqué algunos mechones de cabello, colocándolos tras mi oreja, y enterré mi rostro entre las manos. Intentando calmar el pesar que me consumía con lentitud, como las brasas de una hoguera que jamás se extinguía. Debía dejarlas ir. Pero aún a sabiendas, me aferraba a todos los recuerdos que compartimos tiempo atrás como si de un tesoro se tratase. Incluso una parte de mí aún creía que de un momento a otro despertaría y todo aquello no sería más que una pesadilla. Aceptar que ya no volverían, que no las vería entrar de nuevo por la puerta de casa cargadas de golosinas y cervezas, que no las abrazaría, que no las sentiría hogar, como siempre lo había hecho.

Dejé caer mi cabeza hacia atrás, cogiendo aire, probando a llenar mis pulmones de algo que no fuese el desconsuelo que ya tomaba el control de todo mi cuerpo. Tenía que estar presente, disfrutar de la noche por mi abuela. No quería hacerla sentir mal, que me viese llorar de nuevo.

—¿Estás bien? —Escuché como preguntaba Marco frente a mí.

Abrí los ojos, fijándolos en los suyos. Parecía exhausto. Su pecho subía y bajaba con fiereza,

pero esa mueca tan característica en él seguía dibujada en sus labios. Parpadeé con rapidez, probando a disipar las pequeñas lágrimas llenas de pesar que se agolpaban en mis ojos.

Asentí un par de veces, sin poder articular palabra, ya que sabía que si lo hacía acabaría rompiéndome en mil pedazos ante él.

—Te has perdido el final —me informó, volteándose para mirar a la abuela, quien bailaba con un hombre de su edad—. No sabes lo mucho que está disfrutando —aseguró.

Intenté esbozar una mueca en mi boca, pero de poco sirvió. Carraspeé, empujando a mi voz a hacer acto de presencia. Fijé la mirada en la abuela, quien no dejaba sonreír. Suspiré, y esta vez miré a Marco, sintiendo como todo mi cuerpo se revolucionaba.

—Eso veo —añadí, para segundos después pasarme una mano por los ojos, borrando el posible rastro que hubiesen dejado las gotas sobre mi piel.

No quería tener que explicarle por qué estaba así, ni qué era lo que me afligía hasta tal punto que ni siquiera podía hablar. Pero, lo que no imaginaba era que Marco seguía teniendo aquel sexto sentido que era capaz de leerme la mente, no sabía por qué, pero estaba segura de ello por cómo me miraba.

—Suerte que hay un jovenzuelo haciéndome el relevo —comentó, de nuevo, con aquella guasa que tenía y que conseguía arrancarme una media sonrisa, a pesar de que no tenía fuerzas para ello.

La abuela danzaba de un lado a otro, como si la operación de cadera no fuese un impedimento. No quería ni imaginar cómo estaría al día siguiente. No podría ni siquiera moverse de la cama, pero daba igual, porque lo importante era que disfrutase. Verla de aquella manera me llenaba el corazón y el alma de luz, tanto que me ayudaba a olvidarme del dolor.

—Me parece que la próxima vas a tener que ser tú —añadió con una dulce mueca.

—Creo que la abuela se las está apañando bastante bien —admití.

—No hablaba de bailar con ella —respondió, mirándome de soslayo.

Mis mejillas se enrojecieron al instante, un cosquilleo nació en mi estómago, y por primera vez en mucho tiempo volví a sentir esa sensación tan especial y cálida, esa que mezclaba la emoción con el nerviosismo. La misma que percibí años atrás, cuando no éramos más que dos adolescentes que se dejaban llevar por una inocencia desmedida y una amistad que siempre se me antojó algo más.

—No sé si estoy preparada para algo así —me sinceré.

Sabía que en el momento en el que me pusiese en pie, las piernas me cimbrearían hasta tal

punto que tendría que sujetarme entre sus fuertes brazos. Aquel pensamiento se me antojó un espejismo, un deseo tan inalcanzable como fantasioso, el cual jamás ocurriría. Quise acurrucarme contra su pecho, que me meciese con mimo, perderme en su perfume, escuchando esa voz aterciopelada que solo él tenía.

—¿Estás rechazándome, Aurorita? —preguntó con un tono divertido que consiguió arrancarme una carcajada que me supo a gloria.

Llevaba tanto tiempo triste, sintiéndome vacía por dentro y tan apática que apenas recordaba lo que era sentirse feliz.

—Tal vez —susurré.

Me miró asombrado y, de un salto, como impedido por un resorte, se puso en pie, con una mueca jocosa en los labios, tan desafiante que un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, erizando todo el vello de mi cuerpo.

—¿Cómo te atreves? —inquirió, haciéndose el ofendido, al mismo tiempo que me tomaba por la mano y tiraba de mí con tanta fuerza que acabé chocando contra su pecho.

Mi corazón latió de un modo tan frenético que creí que lo escucharía. Me aparté un poco de él, lo suficiente como para que nuestras miradas se encontrasen, provocando que cientos de chispas saltaran entre ellas. Mi cuerpo ardió en llamas, frente a él, sintiéndome devorada por una sensación que no conocía.

Cogí una bocanada de aire, percibiendo como, por un instante, dejé de respirar. No quise siquiera parpadear para no perderme aquel momento. Marco me sujetaba con mimo por la espalda, agarrándome por la parte baja de esta con un cariño que consiguió estremecerme.

—¿De verdad vas a rechazarme? —inquirió mediante un susurro ronco, sin apartar la vista de la mía.

La boca se me secó, de sentirle tan cerca, cuerpo con cuerpo. El latir de mi corazón se incrementó, ensordeciéndome. Inspiré, llevándome conmigo el dulce aroma del perfume que utilizaba mezclado con el olor a humo por las brasas. Sus ojos brillaron con una fiereza especial borrando cualquier pesar de mi mente.

—¿Debería? —aquella pregunta salió de mi boca sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

—No lo creo —admitió sin separarse ni un solo centímetro de mí, consiguiendo que ni el aire pudiese pasar entre ambos.

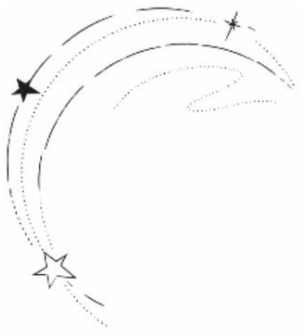
Quería seguirle el juego, pero estaba tan sumamente perdida en su mirada que no lograba unir dos palabras seguidas y que pareciesen coherentes. Estábamos demasiado cerca para dos amigos

que se habían convertido en desconocidos, pero tal vez más lejos de lo que hubiese deseado. Apreté los labios, deseando algo más, algo a lo que no estaba dispuesta a arriesgarme.

Maldije para mis adentros, odiaba sentirme de esa forma, tan desprotegida, tan débil, desnuda. Marco me observaba con la mirada más pura que hubiese visto jamás, pero con un toque sensual que no me dejaba pensar con claridad. Tenía los ojos más hermosos y expresivos del mundo, podía sentir como estaba tan feliz que toda esa emoción no le cabía en el pecho.

—Pues… —empecé a decir, pero entonces colocó uno de sus dedos sobre mi boca, mandándome callar.

—¿Vas a obligarme a arrastrarte hasta la pista de baile?



# Capítulo 9

No me dio tiempo siquiera a responderle, puesto que ya me llevaba hacia la pista de baile, cargándome como un saco de patatas, sobre su hombro, consiguiendo que una risa incontrolable me sacudiese, impidiéndome respirar con normalidad. Lo hice con tanta fuerza que me entró, incluso, hipo, por lo que cuando me dejó de pie en el centro de la zona, le golpeé en el pecho, haciendo que una carcajada saliese de él.

—¡Ya te vale! —exclamé—. No voy a poder quitármelo en la vida.

—Era eso o dejarte toda la noche ahí plantada como un árbol —rebatió, jocoso.

Nuestras vistas volvieron a encontrarse, por lo que segundos después tuve que desviar la mía, evitando ese contacto que me desarmaba. Carraspeé y volví a golpearle en el pecho.

—¡Sabes cuánto me cuesta! —añadí.

—¡Olvídate del hipo! —respondió.

Acto seguido, me tomó por la cintura y me pegó a su cuerpo, encendiéndome y consiguiendo que mis mejillas se sonrojaran al instante. Sonaba música lenta, una canción que no supe reconocer. Todos bailaban abrazados a nuestro alrededor, incluso la abuela, quien parecía haber congeniado con aquel hombre de sonrisa entrañable.

—¿Ahora te da vergüenza? —Quiso saber.

Entre Marco y yo nunca hubo una historia de amor, no de esas que se cuentan en los libros. En realidad, una vez desapareció del pueblo jamás volvió a buscarme como prometió. Le olvidé igual lo hice con todo mi pasado, ese que me había atormentado durante tantos años que no podía

recordar cuántos eran.

No nos debíamos nada, igual que en aquel preciso instante, pero lo cierto era que sentía que existía algo entre ambos que todavía no se había apagado. Algo que era más fuerte que el tiempo o la distancia, algo que lograría sobrevivir a cualquier guerra.

—Vamos, Aurora —me instó a seguir moviéndome, guiando mi cuerpo con una ternura apabullante.

Y es que no me percaté de que por un momento nos detuvimos allí en medio, pasmados, observándonos de aquella forma especial que no lograba comprender. Tragué saliva, sintiendo como un nudo se creaba en mi garganta.

—¿Habéis traído coche? —preguntó curioso, sacándome del estado catatónico en el que me encontraba.

Negué con un movimiento de cabeza. Parecía tonta, pero es que el Marco que recordaba era tan… Crío, que encontrarme con aquel hombre hecho y derecho me había dejado muda. ¡Era boba! Los años pasaban para ambos, pero a él le sentaron tan bien que incluso me atrapaba.

Aparté ese pensamiento de mi cabeza. Marco y yo solo seríamos amigos como lo llevábamos siendo desde hacía mucho tiempo. Debía centrarme en las chicas, averiguar qué ocurrió y disfrutar de la abuela siempre que me fuese posible. No había lugar para distracciones, y él podía ser la más grande de todas las que se pusieran en mi camino.

—Si queréis os puedo llevar —se ofreció.

—*Ehm*… —murmuré—. No hace falta, podemos llamar a Carlos —añadí—, ha tenido que marcharse porque…

—Insisto —me interrumpió, acercándose a mi oído—. Por los viejos tiempos.

Esas cuatro palabras erizaron todo el vello de mi cuerpo, y consiguiendo que ese cosquilleo especial volviese a tomar mi vientre.

—Está bien —claudiqué.

Accedí a sabiendas de que no pararía hasta conseguir lo que quería, por lo que malgastaría tiempo y esfuerzos en hacerle entender que podíamos volver al pueblo con cualquier amigo, o incluso llamando al primo, quien vendría sin poner impedimento alguno.

—¿Cómo has dicho? —Alzó la voz, fingiendo que no me había oído.

—Que sí, ¡está bien! —repetí, riendo al notar como sus dedos se clavaban en mi cintura, provocando que las carcajadas saliesen como impedidas por un resorte.

Una mueca juguetona se dibujó en sus labios cuando me escuchó. Nuestras miradas se fijaron la una en la otra, causando que mis piernas cimbreasen, y contuviese el aliento. Me sentía abrumada, confusa y en cierto modo, incluso, incómoda ante aquellas sensaciones que no dejaban de azotarme cuando estaba cerca de él.

Cogí una bocanada de aire, parpadeé en repetidas ocasiones, intentado olvidar todo lo que mi cuerpo experimentaba ante su cercanía. Por el rabillo del ojo vi como la abuela bailaba tan contenta como un cascabel. Me sentí dichosa de saber que disfrutaba como si tuviese treinta años menos y las rodillas en perfecto estado. Pasaron junto a nosotros, quienes volvimos a danzar alrededor de todo el mundo, y entonces, sin que pudiese esperármelo, Marco me soltó la mano, dejándome en el aire.

—¡Cambio de parejas! —exclamó.

Sonreí, viendo como el hombre con el que bailaba esbozaba una mueca, aguantándose la risa de ver a mi abuela en modo peonza moviéndose hacia Marco. Reí sin control, olvidándome de todo y dejando que el vinito que me había tomado acabase de hacer su magia. La abuela me saludó con la mano cuando volvieron a pasar junto a nosotros. Estaba disfrutando tantísimo que se me llenaba el corazón de alegría. Por su parte, mi viejo amigo no apartaba la vista de mí, observándome con aquella ternura que me encogía el alma.

Dios, tenía tantas ganas de sentarme a hablar con él, saber cómo le había ido la vida sin mí, qué había hecho después de todo ese tiempo, cuánta gente había conocido, los países a los que había viajado... Marco era como retornar al hogar, incluso más de lo que lo era el volver al pueblo. Él provocaba una sensación de calidez a mi alrededor que me embriagaba y causaba un estado de felicidad que, a pesar de ser transitoria, era tan bonita que no podía evitar desear más. Logró aquello que llevaba meses sin sentir, un poquito de alegría que me ayudase a tirar adelante.

Marco había despertado una parte de mí que creí desaparecida, esa que me hacía volver a ser yo misma. Durante mucho tiempo pensé que esa Aurora jamás regresaría, que se había marchado con las chicas la noche del accidente. Pero no, ahí seguía, escondida en lo más profundo de mi corazón, muerta de miedo por sufrir todo ese dolor que se nos agolpaba en la garganta. Los ojos se me llenaron de lágrimas, encontrándose con los suyos. Destellaron y, sin pensarlo ni un solo instante, en el cambio de canción volvió a soltar la mano de mi abuela, haciendo que nos juntáramos de nuevo.

Me abracé a su pecho, intentando enterrar mi rostro en él, deseando que me hiciese desaparecer ese mal que volvía una y otra vez, repiqueteando como la lluvia en una ventana, con insistencia, recordándome que, aunque quisiera fingir, de nada serviría esconder el dolor, porque

los fantasmas que una vez me atormentaron me perseguirían hasta el fin del mundo. Apreté la mandíbula, cerré los ojos, notando como las pequeñas lágrimas se agolpaban en ellos, llenas de dolor y desesperación.

# Marco

Contuve el aliento cuando percibí como su rostro se pegaba a mi pecho, empapando mi camiseta de esas amargas lágrimas que no me permitían ver la galaxia que se escondía en sus ojos. Pasé una mano por su cabello, apartando algunos mechones, deseando alzar su rostro para rogarle que compartiese conmigo ese dolor que conseguía apagarla de aquella forma.

No sabía qué era lo que le afligía, podía sentir su pesar en lo más profundo de mi corazón, cómo su cuerpo temblaba bajo el mío. La abracé, lo hice con tanta fuerza que creí que de un momento a otro seríamos uno solo. Noté el dolor traspasando todas sus berreras, destrozándola por dentro, hiriéndola como jamás había merecido. Quería cobijarla hasta que la noche acabase, hasta que cien veranos nos envolvieran, hasta que todos esos demonios que la aterraban desapareciesen.



# Capítulo 10

## Marco

La mecí entre mis brazos, deseando acallar esas voces, sin juzgarla, aguardando el momento en el que se sintiese cómoda para contarme qué era lo que tanto dolor le causaba. Puede que hiciese demasiados años desde que nos viéramos, aunque podía recordar a la perfección nuestro último momento juntos. Le notaba tan cerca de mí que se me antojaba que tan solo habían sido unos segundos separados.

***

—¡No podéis hacerme esto! —grité con todas mis fuerzas.

Mi madre me miró de soslayo, mientras continuaba guardando parte de la decoración en cajas de cartón que posteriormente llevaríamos al trastero. ¿Cómo podía darle igual irse de aquella manera? No lograba comprenderlo. Era como si no le importase nada de lo que nos ataba a Madrid.

—Marco, ya hemos hablado del tema —comentó mi madre con desgana.

—¡Me da igual!

Estaba enfurecido. Tan solo quedaban dos semanas para marcharnos, y ni siquiera había podido despedirme de la gente a la que más quería. No deseaba irme Zúrich, tenía que dejar a todos mis amigos, a mis abuelos, mi instituto y mi

habitación. Todo desaparecería de mi vida en el momento en el que subiese al avión.

—Estoy harto —bramé, sintiendo como un fuerte calor subía por mi cuerpo —. No pienso marcharme.

—Es mejor que lo hagas por las buenas, Marco —masculló mi padre, con poca paciencia.

Llevábamos discutiendo sobre el tema desde que me informaron de nuestra partida. ¿Cómo demonios iba a dejarlo todo? Contuve las lágrimas, esas que amenazaban con hacer acto de presencia. Estaba tan cabreado que no atendía a razones.

—¿Y los abuelos? —inquirí.

—¿Qué pasa con ellos?

—Me quedaré con ellos —respondí—, en el pueblo si hace falta, me da igual —aseguré—. Iré con Matías a conrear las tierras, a pasear a las ovejas, o a recoger los huevos de las gallinas.

—Pero, Marco… —empezó a decir mi madre.

—¡No, mamá! —rebatí—. No me importa lo que tenga que sacrificar con tal de quedarme.

—Tan solo será una temporada, cariño —aseguró, acercándose a mí y pasando una de sus manos por los mechones rebeldes de mi cabello—. Será una gran oportunidad para mejorar tu alemán.

—¡A la mierda con el alemán! —vociferé—. Quiero quedarme aquí —añadí para, acto seguido, pegar un portazo, encerrándome en mi habitación.

Me tiré en la cama, rompiendo en llanto, con el corazón en un puño. Porque sabía que marcharme era decir adiós a mis amigos, pero también a ella… Aurora.

***

Besé su cabello con mimo. A pesar de los años, el amor que me sacudía al estar cerca de ella no se había disipado, diría que incluso se había vuelto más fuerte. Pasé mi mano por su cabello, con

mimo, percibiendo como el alma se me encogía con cada hipido que se escapaba entre sus labios, la manera en la que se resguardaba en mi pecho, llorando sin control, sintiéndose tan apenada que ni siquiera lograba alzar la mirada. Acaricié con mimo su espalda, intentando reconfortarla, apartándonos de la fiesta, subiendo a la parte alta del castillo, donde tan solo las ruinas y las estrellas nos harían compañía.

Antes de marcharnos lancé una mirada a María, indicándole hacia dónde íbamos, para que no se preocupase. No me separé de Aurora, sino que la cobijé con más ahínco, deseando ser su lugar seguro hasta el fin de los tiempos. Su abuela asintió, pero a pesar de que no quise que interrumpiese su baile, así lo hizo, separándose de la multitud.

Nada más llegar, eché al suelo la sudadera que llevaba e hice que se sentase, para después dejarme caer a su lado. Tragué saliva, sin saber qué decir, por lo que me limité a pasar uno de mis brazos por encima de sus hombros, consiguiendo que, de nuevo, se apoyase sobre mi pecho. Me mataba verla de aquella forma, porque a pesar de todo el tiempo que pasó, lo que sentía por ella era tan fuerte que traspasó fronteras.

—Estoy aquí para ti, ¿vale? —logré susurrar al mismo tiempo que acercaba mis labios a su coronilla y depositaba un dulce beso en esta.

## Aurora

Todo mi mundo se desmoronó al escucharle decir aquellas cuatro simples palabras: *estoy aquí para ti*, esas que desde hacía demasiado tiempo, no oía. Estoy aquí para ti. Nadie, salvo la abuela, estuvo para mí, ni siquiera la psicóloga. No había tenido un hombro en el que llorar, alguien que me acunase cuando mi corazón estallaba en pedazos y que los recogiese para ayudarme a sanarlo de nuevo.

Marco no tenía por qué hacerlo, pero ahí estaba, acogiéndome entre sus brazos con tanto mimo que conseguía encoger mi corazón y estremecer todo mi cuerpo.

Durante muchísimos años, Marco había sido una parte fundamental en mi vida, tanto que incluso lo consideraba mi mejor amigo. Hablábamos por teléfono a todas horas, y aún más después de la muerte de mis padres. Siempre estuvo a mi lado, aunque solo éramos unos críos que no sabían nada de la vida. Adoraba que volviese al pueblo una y otra vez solo por reencontrarme con él. Cogí una bocanada de aire, sintiendo como este apenas podía llenar mis pulmones a causa de los sucesivos hipidos que no dejaban de apresar mi pecho. Me dolía incluso

el alma. El desconsuelo había vuelto igual una jodida avalancha, llevándose consigo todo a su paso. Era como caer una y otra vez por un maldito precipicio sin poder hacer nada por detener la bajada.

***

No lograba comprender cómo eran tan cabezotas. Habíamos hablado decenas de veces la manera en la que íbamos a llevar a África hasta la casa rural que preparamos para la despedida de soltera. Nos habíamos pasado la tarde del miércoles y todo el jueves decorando el lugar y dejándolo preparado para que su llegada fuese estelar.

Martina siempre había sido la que llevaba la voz cantante, pero en el momento de elegir, África me eligió a mí como madrina y organizadora de la despedida. No negaría que odié ese instante. Por una parte, agradecí que lo hiciese; pero sabía que no era justo para las demás.

—No entiendo por qué te ha tenido que escoger a ti —contestó malhumorada Martina, mientras cogía su taza de café.

—Da igual, Marty —le respondí—, sabes que era algo simbólico, y que íbamos a acabar organizándolo entre todas.

Esta hizo una mueca. No podía culparla, la conocíamos demasiado bien como para no haberlo pensado antes. Martina era así, y a pesar de ello, siempre la consideró como mi hermana. Era intensa, divertida, buena e inteligente a rabiar, y tan bonita por fuera como lo era por dentro.

—Me hacía ilusión ser yo… —admitió, haciendo un puchero.

Me acerqué a ella y deposité un dulce beso en su mejilla.

—Si alguna vez me caso, serás tú quien lo organice todo —aseguré con una amplia sonrisa.

Un triste gesto se dibujó en sus labios, intentando imitarme, pero no pudo evitar que el pesar que sentía se viese reflejado en él.

—Te quiero, Aurora —juró abrazándome—, y no estoy enfadada, de verdad, es solo que no me parece justo para las demás, pero estoy feliz de que hayas compartido con nosotras la responsabilidad.

Adoraba el vínculo que había entre ambas, cómo éramos capaces de sincerarnos a sabiendas de que la otra no se enfadaría, y si lo hacía, tendría la confianza de poder decirlo sin herir.

Martina era un cascabel andante, pero hubo un momento en el que se quebró por completo. Había perdido a su hermana mayor por culpa de un cáncer muy agresivo. Cuando no era más que una niña, su padre las abandonó junto a su madre, quien más tarde entró en una profunda depresión con la pérdida de Carla. Martina se echó a las espaldas el negocio familiar, intentando ser el sustento que tanto necesitaba su madre, y aunque no quisiera admitirlo, había momentos en los que incluso ella flaqueaba.

Agarré una de sus manos y la estrujé con mimo. Estaba tan acostumbrada a tirar del carro que se había olvidado por completo de la necesidad de ser cuidada, amada y respetada como tanto merecía. Martina se quitó el corazón para entregárselo a su madre y darle la luz que le faltaba y ni siquiera así pudo hacer que remontase. Dos meses más tarde, cuando todo parecía ir mejor, la madre tuvo un profundo episodio suicida. Marty llegó a casa se la encontró en la cocina, sentada, y un enorme océano de sangre se extendía bajo su cuerpo. En una de sus manos sujetaba la cuchilla de un sacapuntas. Martina había escondido cada uno de los utensilios con los que se pudiera herir, pero jamás pensó que algo tan inofensivo como un sacapuntas podría causar tanto dolor. Aún podía escuchar su llanto resonar en mi pecho, cómo temblaba entre mis brazos, tan asustada y rota que ni siquiera era capaz de articular palabra.

Martina se había lanzado a por su madre, empapándose en su sangre, rogándole al universo que la mantuviese con vida, y en un acto inconsciente me llamó, clamando mi ayuda.

Las ambulancias se llevaron a Olga y, por suerte o por desgracia, sobrevivió.

***

No supe cuánto tiempo llevaba allí, pero lo cierto era que no quería marcharme. Aún le amaba como lo había hecho antaño. Un amor tan puro como aquel únicamente podía permanecer enraizado en mi corazón, manteniéndolo vivo, aunque tan solo fuese mediante su recuerdo. Marco no dejó de acariciar mi espalda con mimo, depositando dulces besos en mi cabello, en

silencio, aguardando a que mi pesar desapareciese.

—No sé qué te aflige, ni si algún día lo compartirás conmigo, pero quiero que sepas que no voy a dejarte sola —murmuró contra mi oído.



# Capítulo 11

## Marco

Nada más escucharme, vi como alzaba la vista, encontrándose con la mía.

Aurora tenía una jodida galaxia en la mirada, estaba llena de vida, pero al mismo tiempo de una tristeza que sería capaz de encoger cualquier corazón. Alcé una mano, acariciando su rostro con una ternura que jamás había experimentado, y por un instante, sus ojos se cerraron, privándome de aquello que ansiaba.

Algo en mí me gritó que la besase, que deshiciese todo ese pesar que tanto la hería, sanando su corazón a base del amor que llevaba guardando en mí y que nunca le llegué a confesar. Mordí mi labio por dentro, aguantándome las ganas, porque sabía que, a pesar de que lo desease con toda mi alma, aquel nunca sería el momento adecuado.

Había esperado tanto tiempo que llegase ese instante que ni siquiera podía creerlo. La busqué, lo hice hasta que conseguí su número de teléfono, pero por alguna razón, todo mi cuerpo se paralizó. El pánico tomó el control, haciéndome ver que había pasado demasiado tiempo para que continuase acordándose de mí, pero allí estábamos. Una vez más, el destino había decidido unirnos como un hilo de estrellas que forman una constelación. Deseé que aquello no fuese una simple coincidencia, que hubiese cruzado nuestros caminos para volverlos a entrelazar.

—Marco, yo… —empezó a decir.

Antes de que pudiese añadiese nada más, deposité un dulce beso en su frente, cerrando los ojos, imaginando todo lo que no llegaría a hacer en ninguna ocasión.

—¿Vamos a casa? —propuse.

—Por favor —respondió mediante un susurro.

# Aurora

Antes de que pudiera ponerme en pie, Marco tomó una de mis manos y tiró de mí lo suficiente para que quedase pegada a su pecho por completo. Mis mejillas se enrojecieron, y sentí el repiqueteo de mi corazón haciéndose cada vez más ensordecedor. Nuestras miradas se encontraron, y por un instante fue como si el mundo hubiese dejado de girar bajo nuestros pies. Solo importaba esa conexión que teníamos, la cual parecía no haberse borrado jamás, a pesar del tiempo.

—Iré a buscar a María —me informó, a la vez que esbozaba una leve mueca en sus labios.

Asentí sin poder articular palabra. No me esperaba una reacción como la que estaba teniendo por su parte. Siempre había sido muy atento y cariñoso, pero aquello… Me había dejado muda.

Una parte de mí deseaba sincerarse con él, pero otra sabía que no estaba preparada para revivir de nuevo el infierno por el que pasé, y lo único que conseguiría sería abrir más las heridas que aún luchaba por cerrar y que no dejaban de sangrar. Cogí una bocanada de aire, sintiendo como este me faltaba y una fuerte presión me oprimía el pecho, impidiéndome respirar. Me pasé las manos por el rostro, intentando borrar el rastro de las pocas lágrimas que aún empapaban mis mejillas.

Me sentía tan perdida, tanto… Dejé ir un profundo alarido, fruto del dolor que no hacía más que corroerme. Mi mente iba tan deprisa que, de forma inconsciente, no paraba de cavilar sobre el accidente. Había buscado todas las posibles razones y excusas habidas y por haber para explicar lo que ocurrió, tantos *y si…* que había logrado memorizarlos al dedillo. *¿Y si hubiese sido yo la que iba en ese coche y no ellas? ¿Y si hubiese podido evitarlo? ¿Y si la discusión anterior hubiese provocado el malestar de África? ¿Y si yo fuese la culpable de sus muertes?*

Alcé la mirada al cielo, y en él encontré tres brillantes estrellas que me observaban como yo a ellas. Las pequeñas gotas llenas de dolor volvieron a bañar mi rostro. Cerré los ojos, recordándoles, abrazadas a mí, y por un instante se me antojó que allí estaban. Una poderosa desolación me atrapó, quebrándome en mil pedazos y provocando que todo en lo que había estado trabajando desde su muerte estallase por los aires.

# Marco

—¿Qué decías que le pasa a Aurora? —preguntó la mujer preocupada.

—Me ha dicho que se encontraba… —Hice una pausa en cuando mi mirada se fijó en el lugar en el que Aurora debía esperarnos— indispuesta.

La sangre se me heló en el instante en el que llegamos. Su bolso se me escapó de entre las manos, cayendo de golpe en el suelo sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Apoyé a María en el muro de piedra en el que habíamos estado sentados, y lo rodeé. Miré hacia todos lados, compungido, intentando encontrarla con desesperación. El corazón empezó a latirme con tanta fuerza que ni siquiera lograba escuchar lo que me decía María, a quien oía de fondo preguntar sin recibir respuesta alguna. Apenas le prestaba atención, es más, no sabía ni qué me estaba diciendo. ¿Dónde demonios se había metido? Un sudor frío me recorrió la espalda, las manos empezaron a temblarme y por un instante me temí lo peor.

—Aguarda aquí hasta que vuelva —le pedí a María, sin darle demasiadas explicaciones para no preocuparla.

No deseaba que se alarmase en demasía, por lo que intenté esconder el nerviosismo que me corroía por dentro. Cientos de alarmas sonaban en mi cabeza a un ritmo ensordecedor, tanto que se me antojó que me volvería loco de un momento a otro. Si le contaba lo ocurrido con Aurora, entraría en pánico, y era lo último que quería. Así que debía darme prisa para encontrarla en el menor tiempo posible.

—Pero, muchacho… —empezó a decir.

—No te preocupes, María —le rogué—, estoy seguro de que ha ido al baño, y por eso se ha ausentado. Voy a ir a por ella, ¿sí?

La mujer cabeceó en señal afirmativa, por lo que intenté esbozar una mueca en mis labios, pero lo cierto era que lo único que ansiaba era marcharme de allí y dar con Aurora. No había tiempo que perder, necesitaba encontrarla costase lo que costase, y sabía que teniéndola a ella como acompañante la tarea sería incluso más ardua. Necesitaba encontrarla cuanto antes.

Salí corriendo, sintiendo como mi pecho subía y bajaba con brusquedad, intentando llenar mis pulmones de algo que no fuese la angustia que me apresaba el pecho sin remedio alguno. Pasé entre toda la gente, rogándole a la vida que estuviese allí por un despiste, que se hubiese desorientado o simplemente me buscase dentro de la multitud que se arremolinaba en la plaza. Pero no la encontré, sino que me topé con Don Pablo, el buen hombre que había estado bailando

con María durante parte de la noche, y quien no dudó en dirigirse con ella para hacerle compañía. Le agradecí tanto el gesto que creí que me tomaría por un loco, pero lo cierto era que mi abuela y ella habían sido tan amigas que era como parte de la familia.

No podía más, las piernas me dolían, y es que no había dejado de recorrer cada una de las calles del pueblo, con el corazón en un puño, sintiendo como mis fuerzas iban desvaneciéndose a cada paso que daba. ¿Y si Aurora había hecho una locura? ¿Hasta dónde podría llegar para mitigar ese dolor que tanta angustia le provocaba? Aquella idea me golpeó como si de un puñetazo se tratase, dejándome inmóvil en medio de la calle, rodeado de cada uno de los bares, peñas y restaurantes a los que entré buscándola.

El alma se me encogió al percatarme de que Aurora había desaparecido como por arte de magia y sin que nadie pudiese seguirle el rastro. Tenía el alma hecha pedazos y apenas podía pensar con la claridad suficiente como para hilar dos pensamientos coherentes seguidos. No se me ocurría ningún otro lugar en el que buscar.

Abatido, me alejé de todo el barullo, intentando aclarar las ideas, con los pulmones sofocados de correr. Mi pecho no dejaba de subir y bajar con tanta fiereza que llegué a asustarme, pero entonces, en la lejanía, vislumbré la silueta de una mujer en medio de la carretera.

—¿Aurora? —pregunté.

No hubo respuesta, no supe ni siquiera si me escuchó. Una luz apareció sobre el asfalto, y mi corazón volvió a latir con ese frenetismo que me acompañó la última hora.

—¡Aurora! —bramé, desgañitándome—. ¡Aurora! —repetí con todas mis fuerzas, avanzando en su dirección.

Era ahora o nunca.



# Capítulo 12

## Aurora

No supe cómo había llegado hasta allí, solo percibía la presión que sentía retumbar en mi pecho, el profundo mal que me nublaba el pensamiento y cómo la vista se me entelaba a causa de las amargas lágrimas que no dejaban de emanar de mis ojos. Aquel pesar dolía tanto que aún dudaba del hecho de que en algún momento pudiera aprender a sobrellevarlo, o siquiera a sobrevivir a la mayor pérdida que recordaba.

Durante meses había logrado ocultarlo o, mejor dicho, a esconderme tras una máscara con la que fingía que todo ese dolor había pasado, al menos en público. Mientras, en privado, me desgañitaba cada segundo que me encontraba con mi propia soledad, esa que se alimentaba del desconsuelo que me asolaba. Había llorado tanto como para llenar océanos, hasta inundarme con esa culpa que me carcomía.

—¡Eh, chica!

No me giré, ni siquiera supe si podría haberlo hecho, ya que mi cuerpo se negaba a alejarse de donde me encontraba.

—Aurora. —Escuché que un hombre vociferaba en la lejanía.

Abrí los ojos y, frente a mí, vi un vehículo que se aproximaba a gran velocidad, cegándome por completo. Parpadeé con rapidez, confusa, notando como los pies empezaban a pesarme como yunques, consiguiendo que ni siquiera mi cuerpo respondiese. Podía oír la voz de un hombre que no dejaba de llamarme. Por un instante creí que no era más que mi subconsciente, diciéndome

que me alejase de ese lugar, pero… ¿Y si aquel era mi final? El último *y si* de la lista.

Una lágrima llena de desconsuelo descendió por mi mejilla mientras permanecía completamente paralizada y sin poder hacer nada por evitarlo. Tal vez esa tampoco fuese una mala forma de acabar, todas unidas por un mismo destino, uno que se entrelazaba en un mismo sino. Cerré los ojos, dejando que las pequeñas gotas llenas de pesar cayeran al vacío, muriendo en el frío asfalto. Por primera vez me permití ser arrastrada por toda la angustia que durante tanto tiempo había cargado a mis espaldas, dándole la única salida que sabía que me aliviaría. Un profundo quejido se me escapó de entre los labios. Alcé la mirada al cielo, dispuesta a dejarme ir, deseando una paz que sabía que no lograría de ninguna otra manera. Les pedí perdón, lo hice con todo mi ser, deseando que les llegase y que no me odiasen un poquito más por romperla promesa que juré: vivir por ellas.

***

*Unos meses antes.*

Las manos me temblaban, hacía tiempo desde la última vez que las visité. No sabía por qué estaba allí, pero lo cierto era que lo necesitaba. Juré que no volvería hasta que tuviésemos el caso cerrado, cuando el culpable estuviese entre rejas, y eso estábamos intentando. Las pruebas que pudimos recabar no dejaban de llevarnos a pozos sin fondo, a hilos de los que, al tirar, se rompían para no conducirnos a ninguna parte.

Me senté allí, cerré los ojos y las imaginé rodeándome, sintiendo cómo me abrazaban igual que las cientos de veces lo habían hecho. Me mataba pensar que no volverían, pero debía seguir adelante, por ellas y por mí. No podía evitar que aquello doliese cada vez más, y que se enquistara en mi corazón. Las extrañaba tanto que no conseguía creer que jamás fuese a verlas de nuevo con esa enorme sonrisa con la que siempre esperaban a que llegase, sentadas en el banco junto a la parada del autobús.

En múltiples ocasiones, había abierto el WhatsApp, dispuesta a escribir por nuestro grupo, alguna vez lo hice, deseando que todo aquello fuese un mal sueño del que despertaría en el segundo en el que me respondieran, pero eso jamás ocurrió.

—Me siento tan perdida... —admití con la voz estrangulada, sintiendo como

ni siquiera las palabras me salían.

Nadie iba a contestarme, pero lo cierto era que no me importaba. Las sentía conmigo, tan cerca que podía notar su eterno abrazo, a pesar de que allí no había nadie más, salvo yo.

—Estamos haciendo todo lo posible por encontrarle, pero… —No pude terminar cuando la congoja me asoló, llevándose las pocas palabras que estaban dispuestas a salir de mi boca.

Me pasé una mano por los ojos, intentando disipar las lágrimas que, una vez más, volvían a agolparse. Cogí aire y lo dejé ir a modo de suspiro, controlando mi respiración, probando a no echarme a llorar.

—No puedo más con esto —me sinceré con todo el dolor de mi corazón—, creí que lograría encontrar la entereza suficiente como para dar con ese hijo de puta, pero todo está siendo tan difícil… —Hice una pausa. Me dolía el alma solo por darme cuenta de que ya nada volvería a ser como antes—. No quiero dejar de luchar por vosotras, merecéis justicia, merecíais mucho más… —susurré—. Merecíais vivir…

Apreté la mandíbula, obligándome a tragar el nudo que se había creado en mi garganta mientras la presión en mi pecho hacía estragos. Aquella herida jamás se curaría, porque nunca lograría habituarme a sus ausencias.

***

Los hipidos hicieron acto de presencia en el preciso momento en el que acepté que, tal vez, aquella fuese mi única liberación, y no la iba a dejarla pasar.

# Marco

Con las pocas fuerzas que me quedaban y el corazón a punto de salírseme por la boca, corrí. Lo hice sintiendo como mis piernas no podían más del cansancio, por lo que le rogué a la vida que me diera una oportunidad para salvarla.

Debía ser rápido, apenas quedaba tiempo. Tan solo fueron unos segundos, los cuales me parecieron eternos y por un instante creí que jamás llegaría a alcanzarla. El coche estaba cada vez más cerca, por lo que, sin pensarlo, me lancé sobre ella, abrazándola y cobijándola con todo mi cuerpo, absorbiendo el impacto contra el suelo.

Mi pecho subía y bajaba frenético a causa de la adrenalina, pero el suyo parecía estar tan en paz que ni siquiera lograba comprenderlo. ¿Qué demonios le pasaba? Apreté la mandíbula con firmeza, sintiendo como poco a poco empezaba a desmoronarme como un castillo de naipes mecido por el viento. Por mi cabeza cruzaron cientos de ideas, pensamientos con los que justificar lo que acababa de ocurrir, pero ninguna respuesta era suficiente para hacerlo.

Durante unos minutos permanecí en silencio, con los ojos cerrados, sintiendo como mi respiración chocaba con su cabello, embriagándome de aquel perfume con notas de jazmín que tanto amaba. Contuve el aliento cuando percibí cómo los ojos se me llenaron de lágrimas al percatarme de que todo su ser empezó a temblar contra mi cuerpo. Lo hacía por ser incapaz de aguantar aquel mal que tanto la aterraba y que la había llevado al límite de querer quitarse la vida frente a los transeúntes. Lloré en silencio, contagiándome de ese pesar, deseando ser el refugio de cada uno de sus dolores, la cura de sus heridas y el maldito amor de toda su vida.



# Capítulo 13

## Aurora

Lloré, lo hice con el alma abierta en canal, a sabiendas de que el universo no quería que aquel fuese mi final. Percatándome de que lo que acababa de hacer había sido una auténtica locura. ¿Estaba dispuesta a morir con tal de no sentir todo aquel dolor? ¿Iba a renunciar a darles la paz que merecían por el egoísmo que no me dejaba ver más allá? Lo había intentado y eso era lo peor que podría haber hecho jamás.

Marco me había salvado la vida de lo que habría sido, presumiblemente, el mayor error de toda mi existencia. Enterré mi rostro en su pecho, deseando quedarme allí para siempre, sin querer separarme de él, sintiendo que solo su calor conseguía calmar los profundos hipidos y llantos que no dejaban de emanar de mí.

Estaba rota. Estallé en mil pedazos, perdiendo el control de mis propios pensamientos, y lo peor de era que además de todo lo anterior, también estuve dispuesta a abandonarlas a ellas. Decidí dejar de luchar por la verdad y la justicia que tanto merecían, esa que me ayudaría a descansar por fin.

—En qué pensabas, Aurora —murmuró con la voz estrangulada, sin siquiera preguntarlo.

Podía sentir el dolor en su voz, estaba más presente de lo que creí que estaría, pero aun así me abrazaba como si no pudiera, o quisiera, soltarme nunca. Deseé que se parase el tiempo, que permaneciésemos allí, juntos, sin que nadie pudiese separarnos. No me lo reprochaba, solo intentaba comprender qué era lo que me ocurría, y a pesar de que no conocía mi secreto, me había salvado de mí misma, de esos demonios llenos de pena que me perseguían para arrastrarme

a lo más oscuro.

En el pueblo conocían el suceso, sabían que las chicas habían muerto un año y medio atrás, y aunque le había hecho creer a todo el mundo que lo había superado, no era así. No había sanado todas esas heridas que seguían supurando, que se negaban a olvidar un pasado demasiado hermoso. Ellas habían sido mis hermanas, esas que nunca tuve de manera biológica. Se habían convertido en los pilares de mi vida cuando mis padres tuvieron el accidente, me arroparon creando un lugar seguro del que tuve que despedirme el día que perecieron.

Un enorme sentimiento de soledad me asoló, consiguiendo que las lágrimas volviesen a hacer acto de presencia. Apenas podía respirar, lo único que deseaba era sacar todo ese dolor de mi corazón, deshacer el nudo que latía en mi garganta sin que pudiese hacer nada por remediarlo. Un quejido ahogado se escapó de entre mis labios, por lo que Marco me abrazó aún más fuerte.

—Por Dios… —susurró tan acongojado que me estremecí solo de pensar en el susto que debía haberle provocado—. No vuelvas a hacerme algo así —suplicó contra mi cabello.

Las pequeñas gotas que emanaban de sus ojos empezaron a mojar mi pelo, por lo que no pude evitar hundir mi rostro aún más pegado a su pecho. Podía percibir su pecho subiendo y bajando frenético, cómo su corazón latía a un ritmo ensordecedor, tan alterado que lo notaba bajo la camiseta que vestía.

—Llévame a casa —conseguí pedirle a modo de ruego.

Durante la vuelta al pueblo no dijimos nada de lo acontecido a la abuela para que no se asustara. Marco decidió que lo mejor era callarnos, decir que me había encontrado con alguna de las chicas de la peña de los mayores y que me había entretenido hablando con ellas. Odiaba mentirle, pero sabía que contarle la verdad sería aún más doloroso para ella de lo que había sido para mí.

Ni siquiera me atreví a mirar a los ojos a Marco, no estaba orgullosa de lo que acababa de ocurrir, me sentía culpable de todo el dolor y preocupación que había causado en él. Podía intuir como el ambiente seguía cargado de tensión, una que no me atreví a romper. Lo percibí en cómo apretaba su mandíbula, estaba segura de que se mordía la lengua para no echarme en cara lo que había pasado. Agradecí su silencio, aunque también me perforó el corazón como si de una bala se tratase. No quería que se enfadase conmigo, pero tampoco podía culparle por hacerlo.

La abuela estuvo contándonos lo agradable que fue el señor Pablo, y que habían decidido quedar al día siguiente para merendar algo en el café de doña Carmen en la plaza del pueblo.

Quise alegrarme por ella, pero estaba tan dolorida física y mentalmente que ni siquiera eso pude hacerlo. Me sentí egoísta. No era digna de ella, igual que tampoco merecía que Marco se preocupase tanto por mí. Tan solo éramos dos viejos amigos que se habían reencontrado después de años.

El coche se detuvo, por lo que me apresuré a bajar, deseando escabullirme hacia el interior de la casa sin que nadie me dijese nada. Nuestro conductor se acercó a la abuela para ayudarla a bajar con una caballerosidad que no había visto nunca, y esta le correspondió con una enorme sonrisa.

—Muchas gracias por traernos, Marco —le agradeció la abuela justo antes de depositar un dulce beso en su mejilla.

—No hay de qué, María —aseguró—, es siempre un placer.

Esta alzó una de sus manos para acunar su rostro y esbozó una dulce mueca en sus labios. Quise romper a llorar, porque había estado a punto de romper algo tan bonito como lo era su felicidad. Si el coche me hubiese llevado por delante, toda su vida se habría visto sacudida sin que nadie pudiese hacer nada por evitarlo.

—¡Qué bonico eres, niño! —exclamó esta con alegría.

Cogí una bocanada de aire, conteniendo el aliento, con la vista clavada en el suelo.

—Descansa —se despidió de ella.

No me aventuré a mirarle, solo quería meterme en la cama a llorar como una cría lo hubiese hecho. Le debía una disculpa y una explicación de lo ocurrido, pero no tenía las fuerzas suficientes como para hacerlo sin romperme de nuevo. Sin pensarlo dos veces, volví a mi objetivo principal. No dije nada, me permití estar en silencio y encaminarme hacia la puerta sin llamar demasiado la atención, y cuando estaba a punto de subir el primer escalón hacia la entrada, escuché como me llamaba.

—Aurora. —Me detuve para girar sobre mis talones—. ¿Podemos hablar un momento?

Asentí, a sabiendas de que no podría emitir palabra alguna sin que me temblase la voz. Cuando la abuela pasó por mi lado, le besé con mimo en la frente, excusándome unos minutos. Le dije que no tardaría, y lo cierto era que habría deseado negarme, pero ver su mirada llena de pesar me hizo acceder.

Las piernas me cimbrearon cuando mis ojos se fijaron en los suyos. Estaban tan brillantes que se me antojó que el miedo aún vibraba en su interior, corroyéndole, mientras intentaba encontrar una respuesta para todas esas preguntas que se agolpaban en su mente.

—No te preocupes, cielo —respondió mi abuela—, tarda lo que tengas que tardar.

—Se la devuelvo sana y salva —juró Marco.

Las ganas de llorar volvieron, y es que eso era cierto en su totalidad, si no hubiese sido por él en aquel momento no estaríamos hablando, y lo más seguro es que mi muerte hubiese pesado como una losa en la vida de la abuela, quien se habría quedado completamente sola.

Caminé junto a Marco, y sin darme cuenta llegamos a nuestro sitio, aquel banco al lado del gran castaño que había en la plaza de la iglesia. Nos dejamos caer en este, y antes de que pudiese decir nada, percibí como me agarraba la mano, cobijándola entre las suyas. Bajé la vista hacia estas, estaban un poco rasguñadas por el golpe sobre el asfalto. De forma instintiva, las acaricié, pasando la yema de mis dedos sobre las pequeñas heridas. No se quejó, se limitó a observarme con devoción, sin hablar, para segundos más tarde tirar de mí, volviendo a abrazarme con aquella ternura que solo él me había profesado.

—Dios… —susurró con la voz estrangulada—. Creí que te perdía —admitió sin soltarme.

Apreté la mandíbula, percibiendo como un ahogado quejido moría en mi garganta, luchando por salir y arrasar con las pocas barreras que quedaban en pie, esas que luchaban por mantenerme a salvo.

—-Tenía tanto miedo… —su voz se deshizo como si jamás hubiese dicho nada—. Verte allí, frente al coche, sin siquiera reaccionar… —bisbiseó acongojado.

Todo mi ser comenzó a temblar, mientras apretaba los labios, formando una línea, acallando el llanto que se agolpaba en mi boca. Rompí a llorar contra su pecho, cuando toda mi fuerza desapareció para dejar caer mi pena como el agua que sale de las compuertas de una presa cuando están abiertas. Sin control, sin remordimientos, causando los estragos que una vez quise evitar.

—¿En qué estabas pensando? —musitó.

No había reproches en su tono, ni siquiera enfado, solo intentaba comprender lo que había pasado, buscar una razón, una que nunca justificaría el hecho que estuve a punto de cometer. Enterré mi rostro contra él, deseando quedarme allí para siempre, sintiéndome cobijada, en casa.

—Lo siento… —conseguí decir entre hipidos.

Marco no dejó de acariciar mi espalda, probando a calmar el llanto que conseguía que todo mi ser temblase bajo el suyo.

—No… —murmuró en voz baja—. Ojalá me hubiese dado cuenta, Aurora —añadió con pesar —, ojalá te hubiese pedido que me lo contaras.

Mi pecho subía y bajaba, me sentía tan culpable que apenas lograba hilar más de dos palabras juntas. Marco no merecía vivir aquel desasosiego por alguien a quien ya no conocía, porque, a pesar de que habíamos sido grandes amigos, la Aurora que conoció ya no era la misma que tenía frente a él. No tenía por qué cargar con mi dolor, y allí estaba, sujetándome cuando ni siquiera yo lograba mantenerme en pie.

—Tú no tienes la culpa —aseguré, apartándome de él para poder mirarle a los ojos, aunque apenas podía ver más allá, ya que mi vista estaba entelada por completo.

Los suyos estaban encharcados en lágrimas, igual que lo hacían los míos, solo que él aún no conocía todo lo que había tenido que vivir los últimos meses de mi vida. Una de sus manos se alzó para recoger cada una de las pequeñas gotas que recorrían mis mejillas. Cerré los ojos, dejando que me acunase el rostro con mimo. Estábamos tan cerca, que mi corazón se desbocó sobremanera cuando volví a abrirlos y lo encontré observándome con una veneración que no había percibido jamás.

—Tú tampoco, Aurora —musitó.



# Capítulo 14

Durante un buen rato le expliqué todo lo ocurrido, no quería seguir guardándolo en mi interior. Puede que si no hubiese acontecido el incidente en el que había estado a punto de morir, me habría esperado a contárselo, pero después de aquello no podía seguir callándome. Merecía unas explicaciones, una aclaración que «justificase» lo que había ocurrido, aunque sabía que nada podría hacerlo. Me había puesto en riesgo, pero no solo eso, sino que también lo había hecho con él. Si ese coche no hubiese aminorado el paso y él nos hubiese lanzado hacia la calzada, estaríamos muertos.

Cientos de hipidos se escaparon por mi boca, apenas podía vocalizar por culpa del llanto. Las palabras se agolpaban en mi garganta, sin que pudiese expresarme como desearía, por lo que mis explicaciones se convirtieron en divagaciones que no hacían más que ir de un lado a otro. En mi pecho se instauró una fuerte presión que apenas me permitía respirar con normalidad y a pesar de que intenté serenarme, dejando a un lado todo el mal que había sufrido, no podía ignorar el dolor que retumbaba en mi interior, demoliendo cada ápice de paz que había conseguido sembrar.

Durante meses estuve acudiendo a terapia, luchando por aceptar ese dolor, ya que la ansiedad no me dejaba vivir como una persona normal. Mi vida se convirtió en una vorágine de dolor y autocompasión de la que no lograba salir. Había días mejores, en los que lograba salir de casa; pero otros en los que apenas lograba salir de la cama. Me atiborraba a pastillas, deseando apagar todo ese mal que me reconcomía. Ni siquiera la terapeuta comprendía cómo después de tanto tiempo aún no había sido capaz de aceptar la muerte de mis amigas.

—Yo… —balbuceé—, no quería que la gente del pueblo hablase, pero…

Dejé ir un quejido, sin poder hacer nada por detenerlo, rompiendo a llorar de nuevo,

lanzándome a sus brazos. Ellas habían sido parte del pueblo, era normal que la gente hablase. No quería que su abuela fuese el centro de los cotilleos, pero así fue. Y no solo eso, sino que gran parte del mismo se volcó con ella después de la tragedia, apoyándola de manera incondicional, igual que lo hizo la abuela.

Contuve el aliento, cogiendo aire por la nariz y dejándolo ir por la boca, probando a calmar la ansiedad que hacía que todo mi cuerpo temblase.

—*Shh*… —susurró en voz baja, al mismo tiempo que acariciaba mi cabello con mimo—. Estoy aquí para ti, ¿sí?

Me limpié las lágrimas como pude, con el corazón en un puño y el alma en pedazos. Aquella pérdida jamás la superaría, y cada vez lo tenía más claro. Saber que no estarían más dolería hasta el fin de mis tiempos. Estaba harta de sufrir, de sentir cómo el vacío lo tomaba todo, incluso mis ganas de vivir. Era como si las agarrase para destrozarlas y hacerlas añicos, consumiéndome. Porque sí, una parte de mí se había rendido, no podía soportarlo más.

—Sabía del accidente, pero no conocía toda la historia —admitió.

—Intenté que se zanjase el tema lo antes posible. —Hice una pequeña pausa—. La abuela permaneció al lado de la familia de las chicas, pero aun así no dejaron de ser la comidilla —comenté—. Ya sabes cómo son los pueblos…

—Lo comprendo. —Suspiró—. Lo siento tantísimo…

Me abrazó con fuerza, resguardándome con mimo, consiguiendo que mis gimoteos cesaran y acabase cerrando los ojos. Inspiré, llevándome conmigo el olor a su perfume dulce y amaderado que lentamente anestesió mi pesar. Por un instante quise quedarme allí para siempre, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío, olvidándome de todo mal, pero sabía que aquello no duraría para siempre. El verano terminaría, y Marco se regresaría a su ciudad para olvidarse, de nuevo, de lo que aquí ocurrió.

—No quiero ni imaginar cómo debes de haberlo vivido, Aurora —confesó apenado—. Joder… —masculló.

Pude percibir como apretaba la mandíbula con tanta garra que se me antojó que en cualquier momento sus muelas saltarían por los aires. Permaneció cobijándome, traspasándome aquella tranquilidad que solo él emanaba, a pesar de que estaba tan turbado como yo.

Minutos más tarde, me separé de él, con los ojos hinchados de tanto llorar, y el rostro ardiendo. Me pasé una mano por el cabello, apartando un mechón que caía por mi rostro, y cuando alcé la mirada, me encontré de nuevo con la suya. Tragué saliva, percibiendo como las palabras apenas podían salir de mi boca.

Estar cerca de él era como olvidarlo todo, entrar en un lugar seguro, una burbuja alejada de todo el exterior y en la que, por un instante, podía dejar de sufrir. Eso era su mirada, su ser, su energía. Tomó de nuevo una de mis manos entre las suyas, y la acarició con mucho cuidado.

—Gracias —conseguí decir.

—No hay nada que tengas que agradecerme —aseguró.

—Me has salvado la vida, Marco —respondí con todo el dolor de mi corazón—, lamento mucho haberte asustado, yo…

—Ojalá hubiera podido hacer mucho más tiempo atrás —comentó con tanto pesar que pude sentirlo como mío—. No hay nada por lo que debas preocuparte —añadió—. Ahora lo entiendo todo, y no pienso dejarte sola, Aurora —juró—, no volveré a hacerlo jamás.

—No prometas algo que no puedes cumplir —susurré, cabizbaja.

Antes de que pudiese decir nada más, colocó su dedo índice bajo mi barbilla y la alzó, para fijar de nuevo su mirada en la mía.

—No faltaré a mi palabra.

# Marco

Cuando llegué a casa me dejé caer en el butacón que había junto a la chimenea, con el corazón encogido y el alma rota en mil pedazos, porque verla de aquella manera me destrozaba sin que pudiese remediarlo. Había pasado casi una hora desde que me despedí de Aurora, pero lo cierto era que no podría dormir sabiendo todo lo que me había confesado. Contuve el aliento al recordar cómo había estado a punto de perder la vida. No quería siquiera imaginar el dolor que tenía que soportar, y lo mucho que debía de lastimarle para tener que llegar a un límite tan impactante como lo era aquel. ¿Cómo de desesperado tienes que estar para querer matarte? Pero no solo eso, sino que lo había intentado estando con su abuela, a sabiendas de que la dejaría sola. Aurora jamás haría algo así, al menos, no si pudiese soportar un poco más. El problema era que llevaba demasiado tiempo siendo fuerte, luchando contra ese mal que le consumía hasta llevarle a cometer actos como aquel. Durante meses huyó del dolor, y la entendía, porque yo también lo hubiese hecho. Enfrentarse a un sentimiento tan poderoso como la culpa podía contaminar al más puro. Me mataba pensar en que Aurora pudiese volver a intentarlo, desear con aquel afán una redención que jamás llegaría era peligroso. Me pasé una mano por el cabello y bufé, intentando

quitarme ese peso que se cargaba sobre mis hombros.

Deseé haber estado con ella durante todo este proceso, apoyarla de manera incondicional, sentirla cerca, permitir que llorase recostada en mi pecho y ofrecerle el consuelo que nada pudo proporcionarle. Pero no lo hice, fui un maldito cobarde que ni siquiera se dignó a escribirle cuando me enteré de lo ocurrido. Tampoco podía imaginar que las chicas y ella aún fuesen tan amigas, pero eso no justificaba nada, tuve que haberla buscado, o al menos haberlo intentado mediante mi abuela. Ella podría haber conseguido el teléfono de María, o incluso el de la propia Aurora.

Una fuerte presión se instauró en mi pecho, ¿y si el coche la hubiese atropellado? Cerré os ojos y apreté con fuerza la mandíbula, tanta que creí que mis muelas estallarían.

—¿Va todo bien, cielo? —Oí como me preguntaba mi abuela desde la cocina, contigua al salón.

Asentí un par de veces, sin querer hablar del tema.

—¿Qué haces despierta?

—Hemos estado disfrutando de las fiestas. Tu abuelo no quería siquiera salir del pueblo, pero nos ha venido bien pasear un rato —comentó sin darle demasiada importancia—. Ahora, cuéntame qué es lo que te aflige, mi pequeño —me pidió.

Permanecí en silencio, debatiendo internamente si debía confesarle todo lo que había pasado unas horas antes de volver a casa. No quería que María se enterase, y mucho menos que lo hiciese por alguien externo a la familia. La abuela se sentó en el reposabrazos del butacón y pasó una de sus delicadas manos por mi espalda.

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

Le dije que sí. Ella siempre había sido mi confidente, mi mejor amiga y el apoyo más incondicional que había tenido jamás.

—¿Es por Aurora?

—Ha pasado algo —musité.

La abuela me tomó de la mano y se la llevó a sus labios, depositando un dulce beso, el cual acompañó de una hermosa mueca. Le expliqué todo lo sucedido, pidiéndole que no saliese de allí, le confesé mi pesar, cómo la culpabilidad me reconcomía al no haber podido acompañarla en su duelo…

—No es culpa tuya, mi amor.

—Lo sé, abuela —respondí.

—Pero ahora tienes el poder de remediarlo, así que deja de hablarte de esa forma —me pidió —, Aurora te necesita, y solo tú puedes ayudarla.

—Lo haré —prometí—, no pienso volver a dejarla sola.



# Capítulo 15

## Aurora

Pasé la noche envuelta en lágrimas, pesadillas que no dejaban de sobresaltarme, despertándome con el corazón encogido y recordándome todo lo ocurrido. Una parte de mí deseó no haber estado sola, pero tampoco podía exigir nada salvo lo que ya había tenido: un cariño incondicional. Marco me acompañó un par de horas más, hasta que el sueño me venció, por lo que no dudó ni un instante en venir conmigo hasta casa. Habría deseado que se quedase conmigo, que pasara la noche acunándome con esa calidez que solo él tenía, para protegerme de esos fantasmas que no hacían más que acecharme sin que pudiese hacer nada por huir de ellos.

—¿Te volveré a ver? —Quiso saber, preocupado.

Contuve el aliento y le observé con pesar. Porque sí, a pesar de que sabía que le tenía para mí, me atemorizaba que me abandonase de nuevo. Durante unos segundos dudé, pero lo cierto era que ya nada me ataba a la ciudad, ni siquiera mi piso en el centro. No iba a volver a estar sola, a dejar que mis demonios me engullesen como si no pudiese hacer nada por remediarlo.

—Sí, volveré —respondí, intentando parecer lo más segura posible.

—No te veo muy convencida —comentó con guasa.

Marco posó una de sus grandes manos sobre mi hombro, probando a destensar un poco el ambiente. No hablamos más del incidente, tampoco de la conversación que habíamos tenido en la plaza del castaño.

—Creo que voy a tener que pedirte una prueba de tu compromiso —propuso al mismo tiempo

que volvía a acercarse un poco más a mí.

Sabía que le preocupaba, podía verlo en su mirada y en las cientos de veces que se había ofrecido a acompañarme.

—Te lo prometo —juré, añadiendo una débil sonrisa.

El viaje no iba a ser fácil, tenía varias horas hasta llegar. Me quedaría en la ciudad una noche y volvería después de reunirme con Santi, lo antes posible, ya que no deseaba permanecer demasiado tiempo en mi apartamento.

—¿Qué pasará cuando vuelva? —pregunté con la voz estrangulada, sintiendo como un nudo se creaba en mi garganta.

—Que aquí estaré para recibirte con los brazos abiertos —se apresuró a responder.

—Prométemelo —le pedí, aunque se me antojó más una súplica que una simple petición.

—Te lo juro, Aurorita —añadió, tomándome de las manos y fijando su vista en la mía.

El corazón se me aceleró sobremanera, consiguiendo que dejase de escuchar nada más allá de su latir. Eso era lo que provocaba Marco, una jodida revolución.

—Es más, si quieres, puedo…

—¡Aurora! —me llamó mi abuela, interrumpiendo a Marco.

Estaba a punto de marcharme, ya nos habíamos despedido, pero por su insistencia supuse que algo se había olvidado. Bajó las escaleras tan rápido como pudo, intentando no caer rodando, y cuando estuvo a mi lado me mostró una bolsa de tela marrón.

—¿Qué demonios hay aquí? ¿Piedras? —inquirí mientras intentaba sujetar la bolsa que me había tendido.

—Te he preparado tortilla de patatas y pollo empanado para que comas este mediodía y por la noche, mi niña —comentó con ese cariño que era capaz de pellizcarme el alma—, no quiero que pases hambre.

—Pero, abuela…

—¡No hay peros que valgan! —exclamó—. Te conozco demasiado bien como para saber que no probarías bocado.

Una ligera sonrisa se dibujó en mis labios. Lo más seguro es que acabase agotada de tanto conducir, y la abuela estuviese en lo cierto, no habría comido nada si tuviese que preparármelo. Le di un dulce beso en la mejilla y le agradecí todo el amor que siempre depositaba en mí. ¿Cómo no iba a volver al pueblo si allí me esperaba lo más importante de mi vida? Ella. Ella

siempre estaba allí, aguardando mi llegada con una sonrisa tan grande que podría eclipsar al mismo sol.

Miré de soslayo a Marco, quien nos observaba con cariño, y le di las gracias en silencio por salvarme la vida. Si no hubiese sido por él, no quiero siquiera imaginar lo que habría ocurrido con la abuela. Se habría quedado completamente sola, desamparada y sin nadie que pudiese cuidar de ella. Contuve el llanto que se agolpó en mi garganta, y decidí tragar saliva, intentando que se llevase ese nudo que no me permitía respirar.

—Espero que todo se solucione pronto y no tengas que pasar mucho tiempo allí —se sinceró mi abuela con pesar.

—Yo también lo espero, abuela —aseguré, intentando esbozar una mueca en mis labios.

Sabía que tenerme lejos, de nuevo, era complicado para ella, conocía mi dolor y no quería que pasase aquel duelo sola, pero era algo a lo que debía enfrentarme. No podía llevarla a todas partes conmigo, como un escudo que amortiguase mis golpes, porque sabía que, si hacía falta, se antepondría entre mi dolor y yo.

—Antes de que puedas echarme de menos estaré de nuevo aquí —le prometí, tomando sus manos y besándolas con mimo.

—Se me va a hacer eterna la espera, mi niña —comentó.

—Tranquila —le pedí al mismo tiempo que pasaba una mano por su hombro, con mimo.

—Es más, cualquier cosa que necesites, María —empezó a decir Marco—, puedes avisarnos, ya sabes que mis abuelos y yo estaremos encantados de ayudarte en lo que sea.

La abuela era una mujer fuerte, guerrera y pura inspiración. Durante muchos años, cuando no era más que una cría, tuvo que trabajar en el campo, segando y ayudando a sus padres, ya que todos en casa debían cooperar. Pero no solo eso, no pudo ir a la escuela más de lo estrictamente necesario, ya que, para que mi bisabuela pudiese trabajar, ella debía de quedarse con sus hermanos. Los crio a casi todos, salvo a José, el mayor de ellos, quien tomó el papel de hombre de la casa cuando mi bisabuelo faltó.

Podía recordar a la perfección cómo mi abuela me explicaba lo mucho que añoraba el haber tenido la oportunidad de estudiar. Cuando era joven, le apasionaba la medicina, la anatomía y los remedios para poder paliar las enfermedades de la época. Aprendió a escribir y leer casi de manera autodidacta, interesándose por lo que actualmente llamábamos medicina alternativa, esa que estaba basada en elementos naturales como especias, plantas varias e infusiones. Pero por causas de la vida, había tenido que resignarse a aprender el oficio que sus padres le dieron, y aunque gustosa lo hizo, siempre quiso más.

Cavilando sobre esto último recordé haber visto en la librería de al lado de casa un libro llamado *Botiquín de hierbas medicinales,* el cual la ayudaría a ir más allá de sus cataplasmas de tomillo, arcilla y cúrcuma. Estaba segura de que le haría muchísima ilusión cuando lo viera, ya que ese no estaba en su biblioteca medicinal.

—Más te vale llamarme cuando llegues e ir informándome de todo lo que pase —me advirtió, alzando su dedo índice.

—¡Lo haré!

Esta se marchó despidiéndose de mi acompañante, dándole un beso, igual que hizo conmigo. Marco siempre había sido como de la familia, por lo que no era extraño tenerle siempre cerca.

—Aurora, no te vayas —me rogó Marco.

Pude ver como sus ojos tintineaban, llenos de un pánico que comprendía a la perfección.

—No tengas miedo —le pedí, aunque más bien fue una súplica.

Entendía su temor, porque después de lo ocurrido la noche anterior, cualquiera podría pensar que habría un nuevo intento, pero si había algo de lo que me había percatado, era de que no podía rendirme y debía luchar con uñas y dientes por ellas y por conseguir traer la verdad de vuelta.

—Volveré —le prometí.

Antes de que pudiese decir nada más, le di un fugaz abrazo, me coloqué la mochila y empecé a caminar en dirección hacia el coche que había preparado mi primo. Estaba todo listo para marcharme. En unas horas volvería a mi antigua realidad, esa en la que los fantasmas no dejaban de rodearme. No permitiría que volvieran a tomar el control, eso jamás.

Estaba a punto de llegar cuando noté como me agarraban por el brazo y, sin que pudiese hacer nada por evitarlo, tiraron de mi mano, haciendo que quedase completamente pegada al pecho de Marco. Cerré los ojos e inspiré, llevándome conmigo el perfume amaderado con notas dulces, el cual me embriagó, dejándome una sensación de calidez y de hogar que jamás creí que sentiría.

—No puedo volver a perderte —susurró contra mi cabello.

—Recuerda tu promesa.

—Te esperaré —respondió—, siempre.

Alcé la mirada. Sin decir nada, subió una de sus manos hasta acariciar con ternura mi mejilla, provocando que cerrase los ojos. Deseé quedarme allí, olvidarme de todo lo que me esperaba en la ciudad. Estar frente a él era como sentirle abrazar mi alma, como si fuese capaz de cobijar mi

corazón para cuidarlo con todo el amor del mundo, y no negaría que cada vez me gustaba más aquella sensación.



# Capítulo 16

## Marco

No negaría que me aterraba pensar que, en cualquier momento, Aurora podría perder el control de su dolor, que este lograría tomar el mando para hacerle cometer cualquier locura de la que después pudiese arrepentirse.

No quería dejarla marchar, la necesitaba. Pero no era quién para retenerla a mi lado, ni siquiera tenía derecho u opción a ello. Había intentado acompañarla, no dejarla sola, y es que me moría solo de pensar en que algo podía ocurrirle. Deseé haber estado a su lado en un momento tan complicado y no haberme marchado de la forma en la que lo hice, sin mirar atrás. Pero lo cierto era que no podía culparme por ello, no era más que un adolescente con las hormonas revolucionadas y enamorado hasta las trancas.

***

Le había dejado una nota en el bolsillo de su sudadera mientras jugábamos a polis y cacos por todo el pueblo. Ni siquiera se había percatado de ello, pero esperaba que antes de cenar se diese cuenta y acudiese a mi llamada.

Llevaba esperando alrededor de diez minutos en la pradera que había junto al molino abandonado, sentado en la hierba, escuchando como el agua corría a mi lado. Los pájaros no dejaban de cantar, y el aire mecía con cuidado las ramas de

los árboles que me rodeaban. ¿Y si no acudía? Miré al cielo, el sol empezaba a desaparecer, escondiéndose en las montañas más allá del pueblo. Debía apresurarme para no quedarme sin luz antes de que pudiese volver a casa, por lo que decidí esperar unos minutos más.

Saqué de mi bolsillo una pequeña bolsa de rafia que me había dado mi abuela para que pudiese guardar el regalo que había preparado para Aurora. Las manos me temblaban y, aunque había ensayado mi discurso cientos de veces en la soledad de mi habitación, sentía como mi voz se trababa una y otra vez sin que pudiese remediarlo. Aurora tenía ese poder, era la única capaz de dejarme sin palabras.

Miré al cielo, las estrellas ya relucían en lo más alto del firmamento. Esa misma noche habíamos quedado toda la peña para ir a ver la lluvia de San Lorenzo, también conocida como las Perseidas. Siempre duraba varios días, pero según nos habían dicho, aquel se preveía como el mejor de todos y con el que teníamos mejores condiciones para poder disfrutar de ellas. Para poder verlas bien nos alejaríamos hasta el silo de la carretera, donde plantaríamos nuestro fuerte. Siempre extendíamos las mantas en el suelo, o toallas, en su defecto, para no tener que tirarnos al suelo, aunque poco nos importaba, ya que muchas otras noches lo habíamos hecho. Pero esa era especial. Se decía que si pedías un deseo a las Perseidas acababa cumpliéndose, y yo tenía muy claro qué era lo que más ansiaba.

Viendo que Aurora no había encontrado la nota, me puse en pie, dispuesto a irme, cuando de repente, en la lejanía pude vislumbrar cómo alguien se acercaba corriendo. Sonreí de oreja a oreja, pletórico. La había encontrado.

—¡Marco! —gritó, al mismo tiempo que alzaba una de sus manos, llamando mi atención.

El corazón me dio volteretas en el pecho, y los nervios volvieron a hacer acto de presencia sin que nadie los hubiese invitado a ello. Las manos empezaron a temblarme, intenté hacer caso omiso y levanté una de estas, imitando su gesto, para saludarla.

Cuando llegó a donde me encontraba, se apoyó contra sus rodillas, tomando aire, probando a calmar su agitada respiración. Le tendí la mano para ayudarla a erguirse, y fue entonces cuando le dio un pequeño mareo que provocó una carcajada. Su risa era como el canto de un pájaro, tan alegre que podría

enternecer a cualquiera.

—¡Perdona! —se disculpó a duras penas—. Acabo de ver tu nota.

—¿Y has venido corriendo todo el camino?

—¡Claro! —exclamó—. ¿Cómo iba a dejarte aquí solo?

Un cosquilleo nació en mi vientre, y no pude evitar que una enorme mueca se dibujase en mis labios. Aurora era la mujer más buena, dulce e inteligente que había conocido en toda mi vida. Muchas chicas en clase habían intentado llamar mi atención, pero lo cierto era que nadie se podía comparar a ella. En mi mente solo había su hermoso rostro, ese que me sonreía sin dudarlo. No podía apartar la vista de ella, quería acordarme para siempre de cómo las pecas bañaban su rostro y el brillo de sus ojos al mirarme.

Aún no le había contado los malditos planes de mis padres. En apenas unas semanas nos marcharíamos a Zúrich, lo que quería decir que no volvería a verla nunca más. Aquel pensamiento me encogió el corazón, provocando que unas incipientes ganas de llorar me sacudiesen.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí, mejor que nunca —musité, al mismo tiempo que sacaba la bolsita del bolsillo de mi sudadera—. Es solo que... bueno… El verano se está acabando.

—¡Serás exagerado! —Alzó la voz—. Aún tenemos tres semanas por delante.

«Yo no», pensé para mis adentros. A lo sumo me quedarían unos pocos días en el pueblo antes de irnos.

—Ya, bueno…

—¿Ocurre algo?

Quise confesarle que mis padres y yo nos teníamos que cambiar de país por culpa del trabajo de mi padre, pero no fui capaz. Solo de imaginar la decepción en su rostro, se me encogía el corazón.

—Te he traído una cosa —comenté, alzando el regalo—. Hay una nota dentro, pero no puedes leerla ahora.

—¡Cuánto misterio! —bromeó.

—Un poco. —Alcé los hombros—. Es para ti.

Le tendí el regalo y, cuando sacó el detalle que había preparado, sus ojos se abrieron de manera exagerada.

—Un anillo de siemprevivas —musitó.

Era su flor favorita, solo se encontraba en una zona alejada del pueblo, junto a la carretera que se dirigía hacia la localidad vecina. Al menos habría cuarenta minutos caminado, solo ida, por lo que eran difíciles de dar con ellas. Algunas veces, incluso, habíamos ido en bicicleta, para poder llevarle un ramo a María, quien las guardaba en casa, secándolas para que permaneciesen intactas para siempre.

Deseaba que me recordase para siempre, y no había mejor forma que aquella, regalándole un anillo de plata con una siempreviva encapsulada en resina transparente. Verla tan feliz me llenó el corazón de alegría, igual que lo hacía cada vez que la veía sonreír.

—Es para que…

Antes de que pudiese terminar de hablar se lanzó a mis brazos, para segundos después depositar un dulce beso en mi mejilla derecha.

—Gracias, gracias, gracias —repitió.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! —aseguró, al mismo tiempo que se colocaba el anillo—. Nunca me habían hecho un regalo tan bonito.

La observé con detenimiento, grabando a fuego su hermoso rostro, fijándome en aquellas pecas que bañaban su piel.

—Recuérdame siempre, ¿vale? —le pedí.

—¿Por qué iba a olvidarte, Marquito? —cuestionó, llamándome de aquella forma que me sacaba de quicio.

Le di un ligero empujón, por lo que dejó ir una sonora carcajada que me embriagó como la más dulce de las mieles. Estaba enamorado de ella, más de lo que jamás me hubiese gustado admitir. Nunca se lo diría a nadie, pero atesoraría aquel instante en mi corazón hasta el fin de mis días.



# Capítulo 17

## Marco

Aurora se había enraizado en lo más profundo de mi corazón, envolviéndolo todo, encendiendo aquel sentimiento que creí olvidado. Me había perdido en su mirada, en esa colección de estrellas que siempre había en ella y en el brillo que emanaba cada vez que hablaba de su abuela, o simplemente la observaba con ternura.

Aurora era todo lo que estaba bien en la vida, una mujer valiente, inteligente, culta, dulce e independiente. Durante años creí no ser suficiente para ella, y solo de pensar en que jamás sería parte de mi vida me rompía en mil pedazos. No permitiría que nada nos volviese a separar, a no ser que ese fuese su decisión, lucharía por ella todo lo que hiciese falta y más. Me negaba a volver a perderla.

¿Cómo demonios se suponía que debía vivir sin tenerla a mi lado? Una parte de mí deseaba acostumbrarse a su presencia, a tenerla cerca a todas horas, a amarla con toda mi alma, y perder el miedo que una vez tuve. Lo peor de todo era que por culpa de ese maldito miedo, lo único que casi perdí fue a ella.

## Aurora

Me marché del pueblo sintiendo que dejaba parte de mí en él, ya no solo por la abuela, como me

había sucedido en cientos de ocasiones, sino porque esta vez una pizca de mi corazón se quedaba con Marco. Volverle a ver había sido como una brisa de aire fresco en las noches de verano, una pequeña luz brillante en el más oscuro cielo. Solo él había sido capaz de hacerme pensar en otra cosa que no fuesen mis propios demonios. No negaría que deseaba seguir sintiéndome de aquella forma tan especial. Con él sabía que podía llegar a ser yo misma de nuevo, o al menos una nueva versión de mí misma, esa que creí haber perdido durante el duelo.

Habían pasado alrededor de seis horas desde que salí del pueblo y ya echaba de menos estar allí, con toda la tranquilidad del mundo, escuchando los pajarillos piar, el sonido del agua correr por las acequias, o el crujir de las ramas de los árboles bajo mis botas.

Suspiré cuando cerré la puerta de mi apartamento. Dejé la mochila caer a mis pies, y, durante unos minutos, permanecí en silencio, observando como la tenue luz del sol se colaba por las rendijas que quedaban libres en los grandes ventanales. Cogí una bocanada de aire y lo dejé ir de forma paulatina, probando a relajar mi pecho, ya que empezaba a subir y bajar con mayor intensidad. Me llevé una mano a la parte baja de mi cuello y cerré los ojos. Apenas había nada en el salón. Antes de marcharme, llevé todas mis pertenencias a un trastero vigilado, dejando únicamente el sofá, que estaba cubierto con una tela blanca, y un juego de sábanas para el colchón de la habitación por si en algún momento precisaba de ellas.

—Venga, Aurora —me auto animé.

Aquel piso estaba casi tan vacío como lo estaba yo. Volver a enfrentarme a aquella soledad era abrumador, tanto que ni siquiera podía moverme. Cuando las chicas murieron hui alejándome de este lugar en el que habíamos pasado tantas noches de chicas, confidencias y fiestas. Quise derrumbar el edificio, olvidarme de lo que una vez vivimos, pero eso jamás habría sido una opción. Me dolía el alma recordar eso que deseé tiempo atrás, borrar todos los pensamientos que pudiese tener por ellas, incluso el amor que compartimos. Había viajado, escondiéndome de mí misma, de mi dolor y de esos fantasmas que me habían arrollado de nuevo sin que pudiese hacer nada por detenerlos. Tal vez solo debía hacer eso, dejarme morder, que me devorasen hasta que no quedase nada más que una Aurora rota y quebrada que debería aprender a vivir de nuevo, o al menos a intentar hacerlo con sus ausencias. En cierto modo, así era como me sentía. En ruinas.

Cogí la bolsa y me dirigí hacia mi habitación. Abrí los grandes ventanales, dejando que la luz entrase, permitiéndome ver cómo el sol empezaba a decaer y pronto llegaría mi momento favorito del día: la puesta.

Saqué la comida que mi abuela había preparado, dejándola sobre la encimera de la cocina, mientras encendía la nevera para que fuese enfriándose. Fue entonces cuando vi como un pequeño papel doblado caía al suelo, a punto de colarse bajo esta. Me agaché, estaba doblado

por la mitad y, cuando lo abrí, vi que era una nota:

*Vuelve sana y salva.*

*Te estaré esperando.*

*-Marco.*

Debajo del texto manuscrito, encontré un número de teléfono, por lo que entendí que era el de su móvil, así que lo guardé en la agenda y abrí WhatsApp. Durante unos minutos permanecí parada, observando su dulce semblante en la fotografía que tenía como perfil. Salía tan sumamente guapo que no pude evitar que mis mejillas se encendieran al recordarle tan cerca de mí. Una enorme sonrisa se dibujaba en sus comisuras, los mechones ondulados le caían por la frente, enmarcando su rostro, dándole ese aire de chico bueno que siempre llevaba y que me tenía robado el corazón. Sentí cómo me embriagaba su mirada azul, hasta tal punto que deseé volver a verle en aquel preciso instante.

Por un instante dudé en si escribirle. No sabía qué demonios había en él, o qué era lo que había cambiado como para que tuviese aquel magnetismo que me dejaba sin habla. En realidad, sí que lo sabía, y era que siempre había estado enamorada de él. Ni siquiera el tiempo había osado intentar que me olvidase de Marco.

Aurora:

Sana y salva, ya en casa.

Dejé el teléfono sobre la mesa de la cocina y continué recogiendo lo poco que había traído y fregando algunos platos para quitarles el polvo que tuvieran. Un rato más tarde, escuché como mi teléfono empezaba a sonar. Cuando vi su nombre en la pantalla percibí como todo mi cuerpo empezaba a revolucionarse. El corazón comenzó a retumbar en mi pecho con tanta fuerza que podía escuchar cada uno de sus golpes, cómo luchaba por salir, a sabiendas de lo que estaba por venir conseguiría trastocarlo. Me mordí el labio inferior, mientras un cosquilleo recorría todo mi ser.

Cogí una bocanada de aire, armándome del valor suficiente como para contestar su llamada sin parecer una boba que se había quedado sin palabras. Porque así era, Marco lograba que mi mente se fundiese, sin permitirme pensar con normalidad. Me pasé una mano por el cabello y,

segundos después, decidí descolgar.

—¿Sí? —pregunté, a sabiendas de quién era, llevándome el móvil al oído.

—Buenas tardes, Aurorita —me saludó con aquella alegría que solo él tenía.

Por un instante, el mundo pareció detenerse. El corazón me brincó en el pecho, llenándomelo de amor. Escucharle de esa forma me reconfortó e hizo que todo mi pesar se desvaneciese como por arte de magia.

—¿Ha ido bien el viaje? —Quiso saber.

—Sí, no había demasiado tráfico —le informé, sin darle demasiada importancia.

Le oí suspirar al otro lado, y durante unos segundos permaneció en silencio. Supuse que estaría pensando en qué decir a continuación.

—Me hubiese gustado acompañarte —se sinceró acongojado.

Una leve mueca se dibujó en mis labios. Le importaba. De verdad que lo hacía. Y como una boba, no podía evitar pensar que todo lo que sentía por él pudiese ser correspondido. Aunque una vocecilla no dejaba de decirme que no era más que una tonta por pensar que un hombre como Marco podría estar interesado en alguien como yo… Una mujer con una mochila tan grande que conseguía opacarla.

—Lo sé —admití, intentando alejar esos pensamientos—, pero esto es algo que debía hacer sola.

Y estaba cien por cien segura de ello. Si no me enfrentaba a todo lo que estaba sufriendo yo sola, jamás sería capaz de lidiar con ello sin tenerle cerca. Sentirle tan próximo, pero al mismo tiempo tan lejos me hacía replantearme muchas cosas, sobre todo esos sentimientos que creí extintos y que una vez brillaron en mí.

—Puede que te vaya a sonar extraño, pero… —Hizo una pequeña pausa—. Echo de menos tenerte cerca, Aurora.



# Capítulo 18

## Aurora

Durante unos segundos permanecí pensativa, en silencio, repitiendo en mi mente aquel *echo de menos tenerte cerca*, una y otra vez, sin poder creerlo. Antes de que pudiese responder, oí como carraspeaba al otro lado del teléfono. Intuí que su nerviosismo era el mismo que sentía yo. Las manos empezaron a sudarme, y el corazón no dejó de repiquetear ansioso en mi pecho con tanto ímpetu que dejé de escuchar la respiración de Marco al otro lado.

Sonreí para mis adentros.

—Ehm, quería decir que… Bueno… —balbuceó—. Después de tanto tiempo separados, haberte encontrado de nuevo ha sido… —su voz se desvaneció como si de un hilo se tratara.

Podía percibir sus nervios por lo que me apresuré a tomar aire para responderle con la voz tan clara como pude:

—Te entiendo, Marco —me aventuré a decir.

Escuché un leve sonido que me hizo pensar que una dulce mueca se dibujaba también en sus labios, igual que lo había hecho hacía unos segundos en los míos. El alivio tomó su cuerpo, estaba segura de que se había quedado completamente tenso aguardando a mi respuesta.

—No sabes cuánto te agradezco lo mucho que te estás preocupando por mí —admití.

Tenía un nudo en la garganta. Eran tantas las cosas que quería confesarle que se me agolpaban sin que pudiese hacer nada por empujarlas a salir. Tampoco sabía si me atrevía a ello.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —preguntó incrédulo.

Cualquier otra persona podría haberse olvidado de mí, haberme dejado allí sola, sin importarle lo más mínimo. No éramos amigos, al menos no en la actualidad, podría haberle no importado lo que me ocurriese, pero él… Marco era una caja de sorpresas, porque a pesar de todo, él había seguido ahí, a mi lado.

—Tú habrías hecho lo mismo —añadió unos segundos más tarde.

—Claro que lo habría hecho —aseguré.

—¿Entonces? ¿Por qué me das las gracias?

—Porque lo mereces, Marco.

Nunca lograría agradecerle lo suficiente todo lo que estaba haciendo por mí, y lo más importante, por haber impedido que cometiese el mayor error de mi vida. Si no hubiese sido por él, yo… Cerré los ojos con fuerza, conteniendo las incipientes lágrimas que luchaban por salir. El silencio se había instaurado entre ambos, hasta que decidió acabar con él.

—Me importas, Aurora —reveló.

Quise abrazarme de nuevo a él, perderme en su dulce perfume y olvidarme de todo lo ocurrido tiempo atrás. Pero lo cierto era que esa no era una opción viable, al menos no por el momento. Debía encargarme de mis asuntos en la ciudad antes de volver. Antes de intentar abrir mi corazón de nuevo y permitir que viese todas esas heridas que aún seguían supurando sin poder cerrarse. La Aurora con la que se había encontrado llevaba demasiadas batallas encima, y lo cierto era que no logró ganar ninguna de ellas, ni siquiera la de mantenerse a salvo. Ahogué un quejido y me llevé una mano a los labios.

—Cambiemos de tema, mejor —pidió, acto que agradecí sobremanera ya que necesitaba dejar de pensar en todo ello—. ¿Qué vas a cenar?

—Lo cierto es que no tengo nada de hambre —admití—, creo que me daré un baño y me iré a dormir.

Marco bufó. Me lo imaginé con los brazos cruzados por encima de su pecho, negando con la cabeza, con los ojos achicados, lo que provocó que una media sonrisa se dibujase en mi boca.

—Como se entere tu abuela… —murmuró jocoso.

Tenía razón. Como se enterase de que no me había comido lo que había preparado me agarraría de los pelos para pasearme por todo el pueblo gritando a los cuatro vientos que era una desagradecida.

—Creo que ninguno de los dos se chivará, ¿no? —comenté, siguiéndole el juego.

Me lo imaginé alzando una ceja, con actitud desafiante, pero también queda.

—Vas a tener que sobornarme, Aurorita —propuso con socarronería.

Mi corazón empezó a latir con fuerza, casi tanta que podía llegar a escucharlo retumbar en mi pecho, al mismo tiempo que un cosquilleo bajaba por mi vientre hasta llegar a mi sexo, humedeciéndolo.

—Ah, ¿sí? —las palabras salieron de mi boca como impedidas por un resorte sin que pudiese hacer nada por detenerlas.

—Deberías darle un poquito a la imaginación —añadió con un tono que consiguió que mi pecho empezase a subir y bajar con fuerza.

Mi mente voló, lo hizo como si tuviese alas, yéndose a un pensamiento demasiado ardiente como para confesarlo. Las mejillas se me empezaron a encender, poniéndose como dos tomates y provocando que el calor me invadiese, sofocándome hasta límites insospechados. Marco siempre había sido el chico de mis sueños, aquel con el que jamás estaría, pero no negaría que cuando no era más que una adolescente fantaseé cientos de veces paseando por El Retiro, agarrados de la mano, siendo algo más que amigos.

Una armoniosa carcajada se escapó de entre sus labios, la cual sentó como bálsamo para mi dolorido corazón. Me conocía, y sabía lo que esa clase de comentarios podían provocar en mí. Siempre había sido una chica vital, pero al mismo tiempo tímida, al menos en esos temas.

—Estoy seguro de que ahora mismo tienes los mofletes más rojos que Heidi —comentó socarrón, lo que hizo que quisiese tenerle delante para darle un golpe en el brazo.

Me llevé una mano al rostro, sintiendo como, efectivamente, estaba ardiendo a causa del calor que él mismo había provocado.

—Ni confirmo ni desmiento —me limité a responder, probando a no parecer tan nerviosa como lo estaba.

Fijé la mirada en el atardecer, en cómo los débiles rayos del sol se colaban por mi ventana. Por un instante nos imaginé observándola juntos, cada uno en una parte del país, pero compartiendo aquel momento tan especial.

—Oye, Aurora —musitó.

Mi nombre en sus labios sonaba tan bien que apenas lograba pensar con claridad. Cogí una bocanada de aire, percibiendo como un cosquilleo nacía en mis manos para recorrerme el cuerpo entero. El corazón me dio un brinco en el pecho. Dios, Marco era tan jodidamente especial que me moría solo de pensar que en algún instante pudiese llegar a perderle de nuevo. Nuestro

reencuentro había sido la luz en el abismo, ese en el que solo había oscuridad. Una mano que agarrar en todo el dolor para que me guiase de nuevo a un lugar mejor.

—Dime —empujé a las palabras a salir, sintiendo como me faltaba, incluso, el aliento.

Antes de que me respondiese, escuché como su abuela le decía algo desde la lejanía, mientras su abuelo no dejaba de quejarse. Marco le respondió, pero apenas pude entender de qué hablaban, aunque tampoco era de mi incumbencia.

—Perdona, voy a tener que dejarte —se excusó.

La pena me asoló, porque sí, deseaba seguir teniéndole al otro lado del teléfono, haciéndome compañía. Marco era como una luz en la oscuridad, esa que mantenía a los fantasmas de mi pasado alejados.

—No te preocupes —le resté importancia y suspiré—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Miré el reloj, eran casi las nueve de la noche, el sol estaba cayendo, y decidí cambiar el chip por completo. Bajé al supermercado, compré una botella de vino y una bolsa de palomitas de microondas. Al subir, llené la bañera hasta los topes, llevaba años sin darme un buen baño, y aquel iba a ser especial. Era momento de eliminar todo ese dolor, ese mal, llorar hasta quedarme seca y avanzar en la vida. No podía permitir seguir en aquel bucle infinito que lo único que conseguía era herirme a más no poder.

# Marco

—Ahora voy —le dije a la abuela nada más colgar.

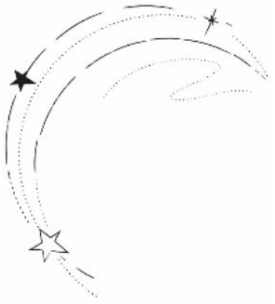
Me pasé una mano por el cabello, recolocándome alguno de los mechones que caían sobre mi rostro, y suspiré, sintiéndome como un tonto. Le acababa de decir a Aurora que echaba de menos tenerla cerca y ella ni siquiera había sido capaz de contestarme. ¿Qué esperaba? ¿Que me dijese que ella también? Negué con la cabeza una y otra vez, maldiciendo para mis adentros el haber sido un cobarde, de nuevo. Porque sí, llevaba siéndolo demasiado tiempo como para que no se me notase.

Estaba jodidamente enamorado de ella, siempre lo había estado, pero encontrármela en el pueblo había logrado traer de vuelta todos esos sentimientos que no había vuelto a experimentar con nadie. Aurora era la luz en la calma, una paz que era capaz de sosegar el latido de mi

corazón y al mismo tiempo revolucionarlo hasta límites inalcanzables.

Me había pasado años fantaseando con el hecho de verla de nuevo, y cuando la tenía frente a mí no era capaz de sacar todo eso que llevaba guardándome desde lo que a mí me parecían eones. Quería decirle que estaría ahí para ella, que no me amedrentaría por nada en el mundo, pero al mismo tiempo sentía pánico solo de pensar en que su respuesta no pudiese ser la esperada.

—Te quiero, Aurora —musité, mirando la pantalla del teléfono—, más de lo que jamás podrías imaginar.



# Capítulo 19

## Aurora

Estaba en la bañera cuando escuché como mi móvil emitía un leve pitido, anunciando que me había llegado un mensaje. Desvié la mirada cuando la pantalla se encendió, pero apenas me dio tiempo a leer nada, por lo que estiré el brazo para secarme las manos y cogerlo con sumo cuidado, para que no se me cayese al agua.

Marco:
Discúlpame por haber tenido que cortar así la llamada.

Tenía tantas cosas que decirle y de las que ni siquiera me atrevía a hacerlo que agradecí el hecho de que hubiese colgado de aquella forma tan repentina. Una parte de mí deseaba seguir hablando con él, recuperar el tiempo perdido, pero otra se moría de la vergüenza de poder decir una barbaridad.

Aurora:
No te preocupes, de verdad.

Le resté importancia, porque no quería que se sintiese mal, además de que tampoco había sido algo que la tuviese.

Marco:

Me hubiese gustado poder hablar un poco más contigo, pero mi abuela necesitaba que le echase una mano.

El sentimiento era mutuo, y es que hablar con él era como hacerlo conmigo misma solo que el apoyo que me estaba demostrando no podía dármelo yo. Las vocecitas del dolor no se detenían jamás, salvo cuando estaba a su lado.

Me mordí el labio, dejando el teléfono de nuevo sobre la alfombrilla del baño, para segundos después hundirme en el agua caliente, cubriéndome por completo. Cerré los ojos, y fue entonces cuando a mi mente acudió un recuerdo que creía olvidado: no tenía más de dieciséis años cuando nos dio por jugar a polis y cacos por todo el pueblo, escondiéndonos entre las callejuelas, perdiéndonos sin miedo.

***

Corrí con todas mis fuerzas, huyendo de Mario, sintiendo como el corazón se me saldría por la boca de un momento a otro. Estuve a punto de trastabillar con una piedra que sobresalía, pero conseguí apoyarme en la pared que subía a la calle La cuesta. Las piernas me dolían, igual que lo hacía el pecho. Un sabor a hierro tomó mi boca, inundándolo todo. Apenas podía retener el aire en mi interior cuando escuché un «¡voy!» que resonó por todo el lugar. Abrí los ojos como platos, cuando los pasos empezaron a resonar a mi espalda, y fue entonces cuando sentí como alguien tiraba de mi mano con tanto ímpetu que consiguió arrastrarme al más oscuro de los callejones, tras el panel de luces de la casa de doña Sancha. Un grito ahogado murió en mi garganta cuando su mano se posó en mis labios. Podía sentir como mi pecho subía y bajaba con garra, igual que lo hacía el suyo. Nuestras miradas se encontraron y una dulce sonrisa se dibujó en su boca.

—No grites —me pidió—. Si me prometes que no dirás nada, te suelto. —Asentí a modo de respuesta—. Está bien, una, dos y… —contó mediante un susurro, al mismo tiempo que apartaba poco a poco su agarre.

Nuestros cuerpos estaban tan cerca que podía sentir como su respiración chocaba contra la mía. Marco era más alto que yo, al menos una cabeza, pero estaba lo suficientemente agachado como para que nadie pudiese verle desde

fuera.

Su mirada estaba tan fija en la mía que creí por un instante que podría llegar a leerme la mente. Un cosquilleo recorrió mi vientre y llegó a erizarme todo el vello del cuerpo cuando pude sentir como el suyo se pegaba más al mío. El latir en mi pecho se incrementó, tanto que se me antojó que desfallecería allí en medio. Alzó una de sus manos para acariciar mi rostro con mimo, apartando uno de los mechones que caían por mi frente.

Marco posó una de sus grandes manos en mi cintura, sin decir una sola palabra. Limitándose a observarme con deleite y al mismo tiempo con socarronería, provocando que todo mi cuerpo se prendiese en llamas. La tensión era tal, que sentí como me asfixiaba, provocando que no pudiese pensar con normalidad.

Cogí una bocanada de aire, intentando alejar aquellos pensamientos de mi mente, ¿quién demonios me creía? Suspiré. Bajé la vista, encontrándome cómo nuestras manos aún seguían cogidas, como si jamás quisieran separarse la una de la otra, pero por desgracia, Marco se marcharía al día siguiente a Madrid para desaparecer de nuevo. Me lo había confesado hacía apenas unas horas, las suficientes como para conseguir que apenas hubiese podido comer del disgusto, porque sí… Marco y yo no nos veíamos tanto como nos gustaría, tan solo coincidíamos en el pueblo, pero solo de pensar que se marchaba a otro país me mataba.

—No te olvides de mí —susurró al mismo tiempo que depositaba un dulce y casto beso en mis labios.

Antes de que pudiese decir nada más, Marco se marchó, desapareciendo tras la esquina, como si jamás hubiese estado allí.

***

Me llevé la punta de los dedos a los labios, recordando aquel beso que depositó antes de salir de mi vida. Aquella, sin que ninguno de los dos lo supiéramos, sería la última vez que nos viéramos. Jamás le olvidaría y, por suerte, nuestros destinos estaban tan entrelazados que volveríamos a encontrarnos.



# Capítulo 20

## Aurora

Me desperté entre sudores fríos a las cinco de la mañana, hecha un manojo de nervios y con una sensación extraña que se instauraba en mi pecho y que me consumía por dentro tan lentamente como lo haría el fuego con una ascua.

Durante unos minutos tuve que situarme, ver dónde me encontraba, y es que me había levantado tantas veces con aquella corazonada que no podía reconocer el lugar en el que estaba. Cerré los ojos, cogí aire por la nariz y lo dejé ir por la boca, intentando calmar la ansiedad que empezaba a rodearme, porque así era… Las manos me temblaban, y una fuerte presión se instauraba en la parte baja de mi garganta, impidiéndome respirar. Era como si el pecho me ardiese, ahogándome despacio. Todos los miedos volvían con la noche, con la oscuridad que me engullía de forma paulatina y, a pesar de que quería avanzar, sabía que no me lo pondrían fácil. Esos fantasmas que me habían acompañado durante meses no me soltarían el brazo de una forma tan sencilla.

Fui a por un vaso de agua, encontrándome mi teléfono en la mesilla de al lado del sofá, por lo que me dejé caer en este, aún con el vaso entre mis manos, y le di un largo sorbo. El led de la parte superior de mi móvil tintineó como una estrella, y fue entonces cuando decidí ver quién me había escrito.

Marco:
Se eliminó este mensaje. - 00:15h

Se eliminó este mensaje. - 00:17h
Descansa, Aurora.

Estaba tan dormida que ni siquiera había escuchado el sonido de este cuando me los envió, ya que a esas horas hacía un buen rato que estaba en la cama. Me sentía cansada de haber conducido tantas horas que no pude evitar sucumbir al sueño sobre las once.

Volví a centrarme en la conversación, y no negaré que al principio me molesté por no saber de qué se trataban los mensajes que había borrado. La curiosidad podía conmigo. Dos minutos más tarde, una sonrisa se dibujó en mis labios, porque a pesar de que había dos mensajes borrados, había tenido el detalle de desearme buenas noches. Marco era dulce, detallista y tan atento que era capaz de percibir cada uno de mis pensamientos sin tan siquiera decírselo. Por alguna razón el tiempo no había sido impedimento para que nuestra conexión permaneciese como ese vínculo casi telepático que una vez tuvimos.

Nunca creí que nos volveríamos a encontrar, pero ahí estábamos al menos diez años más tarde, conociéndonos de nuevo, siendo dos personas completamente distintas. Una parte de mí deseaba hablarle de mis sentimientos, de cómo lo había trastocado todo a su paso, y de la paz que me proporcionaba cuando estaba cerca. Pero, por otra parte, me aterraba pensar que aquella confesión pudiese romper la amistad que teníamos, y que empezaba a revivir como el fuego de una hoguera. ¿Debía arriesgarlo todo con tal de confesar lo que percibía cuando estaba a su lado o pensaba en él?

Cogí una bocanada de aire, de nuevo, notando como un cosquilleo empezaba a recorrer la punta de mis dedos. Aún era demasiado pronto como para decidir algo así, no sabía si tenía pareja, ni cuales eran mis verdaderos sentimientos. De lo que sí estaba segura era de que no quería perderle por nada del mundo.

Me eché hacia atrás en el sofá, quedando estirada, dejando que la brisa que entraba por la ventana me acunase. Cerré los ojos, deseando que aquel malestar con el que me había despertado desapareciese por completo. Aunque debía admitir que pensar en Marco me ayudaba a hacerlo, al menos a que una dulce mueca se dibujase en mis labios, recordando cada una de las suyas. Me salvó la vida, y de mí misma; ni en toda una eternidad podría agradecerle lo que hizo. Reencontrarme con él fue como recibir una parte de mí misma que creía olvidada, o al menos escondida en lo más profundo de mi corazón. Él había traído de vuelta la chispa de esa Aurora que creí muerta después de vivir el accidente de las chicas.

Mi mente jugó sus cartas, imaginándome a su lado. Deseé sentirme arropada por sus brazos, cobijada bajo su cuerpo, igual que lo había hecho al intentar salvarme, pero en vez de eso, me

encontré sola, en mi piso y sin esa calidez que tanto necesitaba.

Unas horas más tarde, alrededor de las ocho de la mañana, desperté sobresaltada por el tono de llamada de mi teléfono, el cual empezó a retumbar por el salón. «Mierda», pensé. Al cogerlo me di cuenta de que era Santi quien me llamaba.

—¿Va todo bien? —pregunté nada más descolgar.

—Buenos días, ¿no? —Escuché como renegaba al otro lado.

—Sí, disculpa —murmuré—, buenos días, Santi.

—Así sí.

Dejó ir una carcajada que me molestó un poco, ya que no era de esas mujeres que se levantan a las cinco de la mañana y tienen una gran rutina, sino que necesitaba mi tranquilidad para despertarme.

—¿Qué ha pasado? —Quise saber—. ¿No habíamos quedado en… —Hice una pausa para mirar el reloj, y entonces me di cuenta de lo tarde que iba— …media hora?

—Sí, habíamos, pero tengo malas noticias… —comentó—. López ha cambiado la cita a mañana, tiene un caso urgente que requiere de su atención hoy mismo, y me ha preguntado si nos importaba modificarlo.

—Oh… —dije en voz baja.

Percatarme de que iba a estar un día más fuera del pueblo y alejada de la abuela me sentó como un balde de agua fría. La ansiedad volvió a mí, prendiendo mi pecho de nuevo, creando ese enorme nudo que no me permitía respirar. Suspiré y me pasé una mano por el cabello.

—Te dejo el día libre —bromeó.

—Vaya, muchas gracias —respondí sin ganas de seguirle el juego.

—No parece que te haga mucha ilusión.

—Y no me la hace —mustié con apatía.

Conocía lo suficiente a Santi para saber que sus ojos se habían vuelto blancos al escucharme, pero me dio igual. No tenía ganas de hablar con él, y mucho menos tras haberme despertado de esa manera tan brusca.

—¿Es que acaso tienes prisa por volver al pueblo? —preguntó con una mezcla de prepotencia

y altivez.

—Lo cierto es que sí —contesté con su mismo tono—. Valoraré qué hacer y te digo cualquier cosa.

No me apetecía tener que darle explicaciones de nada, y mucho menos de las razones que tenía para querer irme con esa ansia que me consumía con lentitud.

—Está bien.

—Luego hablamos —sentencié de malas maneras, colgando y dejando caer el teléfono sobre el sofá.

Tal vez estuviese haciendo una montaña de un grano de arena, pero no me sentía bien estando en aquel piso. Eran demasiados los recuerdos que se agolpaban en mi mente, igual que el dolor que se enraizaba en mi alma, consumiéndola sin control, ahogando a la Aurora que una vez fui.

Antes de que mi cabeza volviese a jugarme una mala pasada, me calcé las deportivas con las que había venido y rebusqué en el armario hasta encontrar algo que pudiese ponerme y fuese lo suficientemente elástico y cómodo como para correr. Necesitaba sacar todos esos malos pensamientos que empezaban a agolparse en mi mente, nublando el poco sentido común que me quedaba. Era eso o perderme de nuevo en la más profunda oscuridad, y no podía permitir que ocurriese.



# Capítulo 21

## Aurora

Estaba tan exhausta que el latir del corazón resonaba incluso en mis oídos, ensordeciéndome. Llevaba corriendo sin rumbo algo más de una hora, hasta que detuve mis pasos no me percaté de dónde me encontraba y es que había llegado a un hermoso parque lleno de flores en el que no había estado jamás. Cogí una bocanada de aire, apoyé las manos sobre mis rodillas, sin poder respirar con normalidad.

Me acerqué a la fuente que había unos pasos más allá, junto a las gardenias, cogí un poco de agua con mis manos y me las llevé al rostro, quitándome el sudor. Hice lo mismo con mi nuca y parte del cabello, el cual llevaba recogido en una larga coleta que no había dejado de balancearse de un lado a otro durante el trayecto.

Alcé la mirada encontrándome de frente con unos ojos verdes que conocía a la perfección y que llevaba años sin reconocer. Por un instante me quedé paralizada. Mis pies no respondieron, sino que se anclaron al suelo como si de yunques se tratase.

—¿Vega? —dije sin creer lo que veía.

Parpadeé en repetidas ocasiones.

—¿Aurora? —Oí como gritaba desde la entrada del parque.

Vega acababa de bajar de un taxi, con el bolso colgando y las gafas de sol sobre la cabeza, como si fuese una diadema. Seguía igual de guapa que siempre, con aquel cabello cobrizo que no dejaba de relucir bajo los rayos de verano que nos acompañaba aquella mañana. Me quedé

inmóvil sin conseguir que mi cuerpo avanzase. El pasado volvía a pasos agigantados, primero con Marco y en aquel momento con Vega. Mis pies se encaminaron hacia ella sin que pudiese detenerlos, aunque lo cierto era que por nada del mundo lo hubiese hecho.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunté cuando estuve a su altura.

Sin mediar palabra, se lanzó a mis brazos, abrazándome con tanta fuerza que sentí crujir hasta mi espalda. Una enorme mueca de felicidad se esbozó en mis labios, al mismo tiempo que cerraba los ojos. Tomé aire, sin poder creer lo que estaba pasando.

—¡Vas a estrujarme! —exclamé.

—Dios, no creí que fuese a verte nunca más —balbuceó sin apartarse de mí—. Madre mía, Rory —musitó al mismo tiempo que daba un paso hacia atrás.

Me repasó de pies a cabeza con un cariño inigualable. Ella seguía tan maravillosa como siempre, solo que ahora era algo más alta de lo que recordaba. Vestía unos pantalones *palazzo* beige y una blusa de mangas vaporosas con tonos anaranjados y blancos que le sentaba de maravilla.

—Estás preciosa —juró.

Negué con la cabeza. Tenía el cabello alborotado, iba sudada de pies a cabeza y me había puesto lo primero que había pillado por casa. No diría que eso era estar preciosa.

—Lo mismo digo. —Reí—. ¿Tú no estabas en Los Ángeles?

—Ay, *darling*[1]… Tengo tantas cosas que contarte —comentó—. ¿Tienes un rato para tomarte un café conmigo?

La observé con cariño. Una enorme sonrisa se dibujaba en sus labios, y sus ojos brillaban con tanta fuerza que serían capaces de deslumbrar al mismísimo sol. Vega era pura alegría, siempre lo había sido.

—Bueno, estoy segura de que lo que me tengas que contar será para más que un café —bromeé.

—Venga, te invito a un buen *brunch* [2]—propuso.

Me miré, iba con las mallas de deporte viejas, las zapatillas llenas de tierra, y estaba tan sudada que me hubiese dado asco incluso acercarme a mí misma. Suspiré.

—¿Te importa si pasamos por casa a que me cambie?

—No, claro, ¡ningún problema! —exclamó—. Mientras no me hagas *ghosting*[3]... —añadió, riendo.

—¡Te prometo que no!

Antes de que dijese nada más, alzó la mano, parando un taxi, el cual nos llevó a mi apartamento en el centro donde me di una ducha rápida y me coloqué una muda limpia y cómoda. Sabía que aquello se demoraría, pero lo cierto era que ya no me importaba. Debía quedarme en la ciudad, por lo que agradecí al destino que la hubiese puesto de nuevo en mi camino.

Ese había sido el mejor regalo que me podría haber dado, y es que tal vez, el universo quería que nos reencontráramos, y por eso mismo la cita con López se había atrasado.

—Madre mía, aún estoy en *shock* —comentó ella al mismo tiempo que agarraba mi mano con mimo.

Vega y yo nos conocimos en la academia de inglés a la que me llevaban mis padres cuando no era más que una cría. Debíamos tener alrededor de los diez y once años, ya que Vega era algo mayor que yo. Recordaba cómo nuestra amistad secreta era lo mejor del mundo, cómo disfrutábamos de escaparnos de las clases o de engatusar a nuestros padres para vernos a escondidas.

Antes de que mis padres murieran, vivimos mucho tiempo en la ciudad, y fue entonces cuando la conocí. Nos hicimos tan inseparables que, a pesar de que sus padres no querían que fuéramos amigas, lo éramos en secreto. Nunca supe la razón por la que eran tan reticentes a que nos lleváramos tan bien. Éramos unas gamberras sin igual, por lo que los años posteriores a conocernos, buscábamos cualquier excusa para escaparnos.

—Lo mismo digo —aseguré.

Al llegar al restaurante elegido por Vega, en el que según ella hacían los mejores *brunch* de la ciudad, nos sentamos en una de las mesas que daban a al jardín colgante que lucía al final del gran salón. Estaba tan emocionada que no dejaba de hacer aspavientos mientras hablaba y me contaba cómo había llegado a la ciudad hacía apenas unos días.

Tras la muerte de mis padres, me marché al pueblo con la abuela, y Vega se mudó a los Estados Unidos tras el divorcio de los suyos, ya que sus abuelos eran de allí y su madre decidió llevársela bien lejos. Aún podía recordar las noches llorando su marcha, lo mucho que me dolió aquel acto que creí egoísta entonces y que ahora lo entendía un poco más.

Durante un tiempo intentamos enviarnos emails y correspondencia, hasta que la madre de Vega decidió castigarla sin ordenador, eliminándole cualquier contacto conmigo. Además, según

me contó, años más tarde descubrió que le había estado escondiendo todas las cartas que le envié en una caja de zapatos. Cuando quiso volver a contactarme, la dirección remitente ya no existía, por lo que jamás volví a recibir nada suyo.

La observé de soslayo, como no dejaba de hablar de una cosa y otra, mientras una enorme sonrisa se dibujaba en sus labios. Irradiaba una luz y felicidad tan contagiosa que no pude evitar que una mueca divertida se dibujase en la mía. Vega tenía un marcado acento estadounidense al hablar, había pasado más de quince años allí, por lo que el inglés se había convertido en su lengua.

—Es que de verdad… Aún no me creo que esté aquí contigo —aseguró, apretando ligeramente mi mano, la cual sostenía con cariño.

—Han pasado tantas cosas desde entonces… —murmuré.

—Tengo tantas que contarte. —Sonrió al mismo tiempo que alzaba una de sus manos mostrándome un anillo de oro blanco con un enorme brillante en el centro—. ¡Me caso! —exclamó.

—¡Oh, Dios! —Alcé la voz y me lancé a sus brazos—. ¡Muchas felicidades! ¿Quién es el afortunado? —Quise saber.

—¿Recuerdas a Ian?

Abrí los ojos como platos. ¡Claro que le recordaba! Ian era uno de sus nuevos compañeros de instituto. Siempre hablaba de él, de cómo se habían convertido en buenos amigos nada más llegar y lo bien que le había recibido entonces. Además de ser compañeros de clase, era su vecino.

—¡No me lo puedo creer! —bramé, haciendo que parte de la cafetería se girase a mirarnos.

—¡Al final me conquistó! —clamó para, segundos después, empezar a reír—. Y que sepas, que ahora que nos hemos reencontrado, quiero que estés en mi boda —juró.

Aquello me revolvió las entrañas. Recordé a Afri, imaginando cómo iba a ser su boda y cómo no llegó a casarse jamás. Contuve el aliento y las incipientes ganas de llorar. Le di un largo trago a mi zumo de naranja y carraspeé, intentando empujar a las palabras a salir.

—Pero…

—Me da igual lo que diga mi madre, siempre has sido y serás mi amiga, Rory —me llamó, de nuevo, con el diminutivo inglés que me puso cuando llegó a Estados Unidos.

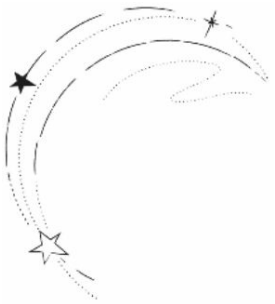
Sonreí, agradecida de que el universo hubiese unido de nuevo nuestros caminos. Agarré con mimo su mano y suspiré.

—Entonces no me quedará más remedio que ir —bromeé, probando a quitar esos pensamientos que me acongojaban.

—¡Ya puedes ir buscando acompañante!

Mi mente voló al pueblo, y si es cierto que pensé en Marco, pero segundos más tarde mi abuela apareció en mi mente, con aquella sonrisa perenne que siempre llevaba en sus labios. La imaginé con un vestido azulado, a juego con sus ojos, y un labial rosado, de esos que tan bien le sentaban.

—Creo que tengo a la acompañante perfecta.



# Capítulo 22

La noche llegó tan rápido que ni siquiera fui consciente de ello. Vega y yo pasamos tantas horas juntas que apenas me di cuenta de que pasaba el tiempo. Cuando llegué a casa dejé el bolso sobre el butacón del salón, mientras me dejaba caer sobre el sofá y conecté mi móvil al cargador, ya que hacía horas que se me había terminado la batería. Tomé aire y, unos minutos más tarde, mientras le daba una pequeña tregua, fui al baño para desmaquillarme, a pesar de la pereza que eso conllevaba, y me puse el pijama para poder estar cómoda.

Al encender el teléfono, empezó a emitir pitidos y, por un instante, llegó a colapsarse por completo. Contuve el aliento, mi mente voló al pueblo, a mi abuela, pero no solo a ella:

> Marco:
> Aurora, llámame.
> Tu abuela está preocupada porque no te localiza.
> ¿Aurora?

Las manos empezaron a temblarme, sintiendo como el corazón se me iba a salir del pecho de un momento a otro por el ímpetu con el que latía. La cabeza empezó a darme vueltas, imaginando todos y cada uno de los pensamientos que podrían haberle pasado por la cabeza a Marco.

> Marco:
> Dios… Dime que estás bien.
> ¿Dónde estás, Aurora?

Igual que le había ocurrido al teléfono, esta vez fui yo la que entró en un absoluto colapso. Me había olvidado por completo de avisar a la abuela de que la reunión se había retrasado hasta el día siguiente. Cogí una bocanada de aire, sintiendo como el corazón se me iba a salir del pecho sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Llamé a la abuela, era tarde, aunque no lo suficiente como para que estuviese dormida, pero no hubo respuesta. Me pasé una mano por la cabeza y volví a llamar. Lo hice hasta en tres ocasiones más, y temiéndome ya lo peor. Volví al chat con Marco.

> Marco:
> Por Dios, Aurora.
> Te estamos llamando todos, ¿estás bien?
> ¡¡¡Dime que no has hecho una locura!!!

Una lágrima recorrió mi rostro, había sido una egoísta de mierda, y aunque tan solo había sido un despiste, después de todo por lo que les había hecho pasar, una ausencia como aquella era motivo para imaginar cualquier desastre. Contuve el aliento, intentando que las pequeñas gotas llenas de dolor no volviesen a asolar mi rostro. Me sentí tan culpable… Tanto que un fuerte vacío me llenó por completo. Imaginé a Marco, tan preocupado como el día en el que me salvó, llorando contra mi cabello, temblando contra mi cuerpo, besando mi cabeza con una congoja indescriptible.

—¿Aurora? —Escuché su voz estrangulada al otro lado del teléfono.

Pude percibir su desasosiego, cómo la ansiedad había tomado el control hacía demasiado tiempo, y el nerviosismo era quien hablaba por él. Quise abrazarme a su cuerpo, jurarle que estaba todo en orden, que no había nada de lo que preocuparse. Perderme en su dulce aroma y olvidar que en algún momento tuve que sufrir un dolor tan fuerte como el que me corroía.

—Aurora —repitió ansioso—, ¿estás bien?

—Estoy bien, Marco —juré.

—¿Segura?

«Me faltas tú», pensé para mis adentros, callándome todo lo que no me atrevía a decir por miedo que lo que empezaba a fraguarse de nuevo estallase en mil pedazos.

—¿Hola?

—Sí, solo me he encontrado con una vieja amiga cuando he salido a correr esta mañana y

bueno… —respondí, sintiendo como tenía que empujar las palabras a salir.

—Joder… —masculló entre dientes—. Pensé que… —Hizo una pequeña pausa, callándose lo que había estado a punto de decir—. He sido un idiota, perdóname.

—No lo has sido —aseguré.

—De verdad, lo siento.

—No te preocupes —le pedí, aunque me sonó más a suplica, ya que no quería que se sintiese mal por pensar en que podría haber cometido una locura.

Comprendía su preocupación, que el miedo le hubiese sacudido, sobre todo después de presenciar el casi accidente de la noche de las fiestas. No le culpaba, en realidad agradecía su desasosiego.

—Perdimos la noción del tiempo mientras charlábamos y me quedé sin batería.

# Marco

*Unas horas antes.*

> Marco:
> No sabes lo mucho que te he echado de menos, Aurora. Cuánto me muero por besarte, por curar cada una de tus heridas y mimar cada una de tus cicatrices, esas que no te dejan brillar. Sé que todo esto puede tomarte por sorpresa, pero llevo enamorado de ti desde que no éramos más que unos críos. Ojalá mis padres no me hubiesen obligado a mudarme con ellos. - *00:15h*
>
> Aurora, eres el mejor regalo que podría haberme preparado el destino, la sorpresa que jamás creí que llegaría, pero ahí estás. No quiero marcharme jamás de tu lado… - *00:17h*

Releí los mensajes, estaban escritos desde lo más profundo de mi corazón, dejando a un lado los miedos, el temor a que no pudiese ser correspondido. Hubiese querido ser más valiente y decírselo a la cara, estrecharla entre mis brazos, pero sabía que no podría siquiera intentarlo.

Durante unos segundos permanecí pensativo, deseando que se conectase y los leyese, pero entonces mi mente me jugó una mala pasada. Llevaba guardándolo tanto tiempo que soltarlo de esa forma hizo que entrase en pánico. ¿Y si Aurora se sentía dolida u ofendida por ellos? ¿Y si me rechazaba? ¿Qué ocurriría entonces con nuestra amistad? No podía perderla por nada en el

mundo.

Me arrepentí del arrebato de sinceridad y sentimientos que había tenido, porque sí, los había vomitado todos en dos mensajes cuando lo que Aurora merecía era alguien valiente, que la valorase y pudiese decírselo en la vida real. Siempre había sido un cobarde.

> Marco:
> Eliminaste este mensaje - 00:15h
> Eliminaste este mensaje - 00:17h
> Descansa, Aurora.

«Te quiero», gritó una voz interior en el momento en el que bloqueé la pantalla del teléfono.

*Al día siguiente*

La noche anterior había estado escribiéndole. Una parte de mí creyó que a eso se debía su ausencia. A que mis sentimientos por ella no eran recíprocos y que, obviamente, había leído cada una de las palabras que le profesé antes de que pudiese borrarlo. Me sentía tan mal... Había sido un necio al pensar que en algún momento podría ser correspondido.

Tenía el corazón en un puño, llevaba horas escribiéndole, intentando averiguar su paradero, ya que no sabía nada de ella desde hacía demasiado. No quería ser demasiado insistente o parecer desesperado, pero la urgencia no dejaba de apremiar en mi mente. A cada minuto que pasaba sin saber de ella un pensamiento catastrófico me nublaba el juicio. Una parte de mí estaba tan aterrorizada que no había podido comer nada durante el día del enorme nudo que se había creado en mi garganta. Solo de pensar en que podría haberle ocurrido algo, me moría por dentro.

Había sido tal el desasosiego que tuve durante todo el día que incluso llegué a hablar con mi abuelo para que me prestase su coche y así poder ir a buscarla donde demonios estuviese, porque pensaba encontrarla costase lo que costase.

—¿Se puede? —pregunté mientras dejaba que mis nudillos golpeasen la puerta de madera.

Oí el crujir de una silla de mimbre, y luego varios pasos que se acercaban a la escalera.

—¿Marco? —Quiso saber.

—Soy yo —le informé.

Di varias zancadas en dirección al inicio de la entrada. No quería que bajase a donde me encontraba, por lo que di varios pasos, encaminándome hacia ella lo suficiente como para que

pudiese verme desde las alturas.

—María, aún no sé nada de ella —confesé, intentando aparentar una tranquilidad que no tenía —. Estoy seguro de que se habrá quedado dormida, o tal vez se ha dejado el teléfono en casa.

—No, no puede ser —respondió tajante—, ella nunca se lo dejaría. Sabe que le llamo todas las tardes —rumió—, debe haber sido otra cosa.

Su abuela estaba con el corazón en un puño, aunque intentaba buscarle una explicación a su falta. No le había contado lo sucedido la noche anterior en las fiestas, no quería asustarla. Me mataba pensar que aquello pudiese provocar que su congoja fuese a más, no merecía vivir con ese miedo, pero debía admitir que al mismo tiempo me sentía culpable por privarle de aquella información.

—Búscala, Marco —me suplicó—, por favor.

—Haré todo lo que esté en mi mano, María —juré.

—Lo sé, cielo —dijo con tanto pesar que sentí un pellizco en mi corazón—. Consigue que vuelva sana y salva —rogó.

—Lo haré.



# Capítulo 23

*En la actualidad.*

## Marco

—¿Aurora? —Empujé a mi voz a salir de forma clara, percatándome del temblor de esta.

Tenía el corazón en un puño, y por un instante cerré los ojos, deseando que fuese ella y que nada malo le hubiese ocurrido. Contuve el aliento, notando como el palpitar retumbaba en mi pecho con tanta fuerza que apenas podía escuchar nada más. Me temía lo peor.

—Aurora —repetí ansioso—, ¿estás bien?

—Estoy bien, Marco. —Oí la serena voz de Aurora al otro lado.

Eché la cabeza hacia atrás y suspiré aliviado. Estaba a punto de darme un infarto allí mismo, en medio de mi habitación. La noche había caído por completo, apenas entraba luz solar por la ventana, la suficiente como para que fuese tan tenue que apenas se vislumbrasen algunas sombras en ella.

No saber nada de ella durante todo el día había sido una jodida tortura, ni siquiera me había saludado por la mañana. No la culpaba, sobre todo si había leído los mensajes que le había envido. Tal vez por eso estaba tan distante.

—¿Segura? —percibí como mi voz salía estrangulada.

Durante unos segundos permanecimos en silencio, apenas podía escuchar su respiración al otro lado. ¿Y si de verdad le había pasado algo y no podía confesármelo?

—¿Hola?

Necesitaba preguntarle qué era lo que le había pasado, o si se había molestado al leer los mensajes, aunque lo cierto era que los borré con la mayor rapidez del mundo. Me aterraba pensar en que aquello pudiese volver a distanciarla de mí.

—Sí, solo me he encontrado con una vieja amiga cuando he salido a correr esta mañana y bueno… —respondió, cambiando el tono, siendo esta vez más conciliador y no tan seco.

—Joder… —mascullé entre dientes—. Pensé que… —Hice una pequeña pausa, intentando buscar las palabras para no cagarla—. He sido un idiota, perdóname.

—No lo has sido —aseguró.

—De verdad, lo siento.

—No te preocupes —me pidió.

—Quiero que sepas algo y que se te quede grabado en la cabeza —comenté, sintiendo como el repiquetear de mi corazón se desbocaba sobremanera—. Estoy aquí para ti, Aurora —juré.

—Lo sé, y te lo agradezco.

Joder, quería abrazarla, estrecharla entre mis brazos hasta que todos esos pensamientos que en algún momento tuvo se desvaneciesen como por arte de magia. Quería estar seguro de que realmente estaba bien, dejar de vivir con el miedo de que pudiese sucederle algo.

Cogí una bocanada de aire, intentando apaciguar el latir en mi pecho. Me sentía tan perdido y al mismo tiempo tan yo mismo cuando la tenía cerca que ni siquiera lograba pensar con claridad. Aurora era capaz de borrar cualquier pensamiento de mi cabeza para embobarme con aquella hermosa sonrisa. Era única e incondicional, siempre lo había sido, solo que, en aquel momento, una parte de mí me gritaba que deseaba tenerla a mi lado de una forma más especial

—No te preocupes —me pidió—. Perdimos la noción del tiempo y me quedé sin batería.

—¿Cuándo vuelves? —investigué, cambiando el tono de mi voz, intentando ocultar todo lo que me corroía por dentro.

No quise sonar invasivo y mucho menos controlador, en realidad, podría no responderme a aquella pregunta y estaría en todo su derecho.

—¿Ya me echas de menos? —bromeó.

Una enorme sonrisa se dibujó en mis labios. Me acababa de quitar un peso de encima con aquel maldito comentario. Aurora no había visto los mensajes, o simplemente prefería no hablar del tema, por lo que decidí hacer caso omiso.

—No tanto como tú a mí —le seguí el juego.

—Puede que tengas razón —comentó, aguantándose la risa.

Segundos después y sin poder resistirse más, dejó ir una sonora carcajada que consiguió que una sensación de calidez me invadiese. Quise decirle tantísimas cosas que callé, y que una vez más, me hicieron sentirme como un auténtico gilipollas. ¿De verdad iba a perder la oportunidad de decirle cuánto la amaba? Había pasado años deseando verla de nuevo, buscándola en cada una de las mujeres con las que estuve, pero ninguna despertó en mí esa luz que solo Aurora contagiaba.

—Regresaré mañana, el abogado nos ha retrasado la cita, en cuanto terminemos volveré para allá —me informó.

—¿Va todo bien?

—¿Te refieres a que si estoy bien? —repreguntó.

# Aurora

—Estoy intentando gestionar la soledad —respondí con pesar.

Era cierto, llevaba acostumbrándome a mi antiguo piso desde que llegué, y lo cierto era que no lo lograba, pero tampoco me preocupaba. Mi destino estaba en el pueblo. Había decidido que quería vivir allí, al menos durante un tiempo, dedicarme a aprender de la abuela todo aquello que quisiese compartir conmigo y olvidarme de todo el mal que una vez sufrí. Pero admitir que la soledad me aterraba era un paso que tenía que dar. No podía estar siempre rodeada, siendo salvada por la gente a la que amaba, sin ser capaz de salvarme a mí misma.

—Estaré bien —prometí con la voz estrangulada.

Sabía que nadie podría creerse lo que estaba diciendo, y mucho menos él, después de ver lo que fui capaz de hacer para aliviar ese dolor que me carcomía hasta lo más profundo de mis entrañas.

—Y si no lo estás… —Hizo una pequeña pausa—. Aquí estaré yo para sujetarte —juró.

«Te quiero», quise gritarle a los cuatro vientos, pero callé. La bondad que había en él era tal que conseguía encogerme el alma y pellizcarme el corazón. Solo Marco era capaz de ayudarme a acallar esas voces que no dejaban de recordarme mi enorme pérdida.

Me aterraba meter la pata, sincerarme, y que eso acabase con la nueva amistad que habíamos

forjado de las ascuas que no llegaron a apagarse. Tal vez solo fuese producto de mi imaginación, por primera vez en mucho tiempo había permitido que alguien entrase en mi coraza, me meciese en sus brazos y limpiase las lágrimas llenas de pesar.

—Es tarde… —murmuró.

—Lo es —dije con pesar.

No quería colgar, necesitaba tenerle a mi lado, conversar viendo las estrellas, como hicimos cientos de veces cuando no éramos más que unos críos, perder la noción del tiempo, bailar en las fiestas del pueblo hasta desfallecer, olvidarme de la realidad en la que vivía.

—Será mejor que te marches a dormir —comentó—, las niñas buenas tienen que irse pronto a la cama.

Negué con la cabeza, al mismo tiempo que una mueca divertida se dibujaba en mis labios. Marco era dos años mayor que yo, pero aun así siempre habíamos sido inseparables; era lo bueno de los pueblos, todos los niños de una edad similar se juntaban, y allí estábamos nosotros. Por ser menor, siempre me trató como a la niñita buena que no osaba contradecir a su abuela, pero con el paso del tiempo, nuestra relación fue cambiando hasta lo que terminó siendo: La historia de dos chiquillos que a pesar de ser muy distintos se habían convertido en almas gemelas.

—Oye, Marco… —dije en voz tan baja que se acabó convirtiendo en un hilo insignificante.

Por un instante deseé que no me hubiese escuchado, que hubiese pasado desapercibido, pero su respuesta no tardó en llegar. Deseaba confesarle tantas cosas que ni siquiera sabía si lograría callarlas en el momento en el que me preguntase. Contuve el aliento, escuchando su respiración al otro lado. Era como si estuviese debatiendo si responder o hacer como si no hubiese escuchado nada.

—¿Sí?

Me mordí el labio, barruntando cómo afrontar el tema sin perderme a mí misma en el proceso. No quería sentir mi corazón romperse de nuevo, pero las palabras salieron de mi boca como si algo las hubiese empujado.

—¿Alguna vez pensaste en buscarme? —Quise saber.

La voz me tembló tanto como lo hicieron mis manos, sintiendo como el latir en mi pecho se acrecentaba al mismo tiempo que yo le rogaba al universo que su respuesta no fuese negativa. No podría soportar un no. Un enorme nudo se creó en mi garganta, provocando que apenas pudiese respirar. Carraspeé.

—Lo intenté —juró con la voz teñida de congoja—, pero tal vez no lo hice lo suficiente.



# Capítulo 24

Su respuesta fue tan honesta que sentí como mi corazón me pellizcaba. Apenas había podido dormir durante la noche. Me buscó… Lo hizo cuando ni yo misma lo intenté, y es que la vida nos colocó en dos momentos muy distintos, tanto que habría sido casi imposible que nuestros caminos se entrelazaran como acababan de hacerlo.

Miré la pantalla de mi teléfono, observando con deleite esa fotografía que tenía como perfil: aparecía tumbado en una tumbona sobre el mar azul, con esa mirada tan pura, dulce y serena que solo él tenía. Contuve el aliento, deseando escribirle para preguntarle cómo había pasado la noche, si había sido tan tortuosa como la mía, si había pensado en mí o si simplemente no había estado cavilando sobre nada.

Antes de que pudiese hacerlo, el tintineo del teléfono llamó mi atención, era un mensaje, pero no suyo:

Vega:
¿Café después de tu cita?

Aurora:
¡Me encantaría!
Pero no creo que me dé tiempo,
en dos horas tengo que marchar de nuevo al pueblo.
Todo depende de lo que pase en la reunión.

No le había contado todo lo ocurrido con las chicas, no estaba preparada para, una vez más, revivirlo. No quería que sintiese pena por mí, que su actitud cambiase por el simple hecho de que todas mis amigas habían muerto en un accidente de coche del que apenas sabíamos nada. Solo

teníamos un nombre, pero ni siquiera esa persona había pagado por lo ocurrido.

Cogí una bocanada de aire y me puse las gafas de sol, dándole un largo sorbo al café que reposaba en la mesa. Santi llegaba tarde, como siempre. Por suerte, hacía mucho tiempo que había entrado en un modo zen en el que la paciencia era mi modo de vida y la única forma de sentirme tranquila. Había aprendido a controlar la ansiedad que me provocaba el no poder saber qué pasaría, y es que, desde la pérdida de las chicas, todo se me había ido de las manos. El mundo se había puesto patas arriba y no dejaba de girar, mareándome sin control. Solo Marco lograba sujetarlo para detenerlo en el preciso instante en el que sus ojos se fijaban en los míos.

—¡Aurora! —Escuché en la lejanía.

Santi se apresuraba a llegar a mi posición, por lo que alcé una mano, haciéndole saber al camarero que me preparase su café. Alonso nos conocía desde hacía muchos años, por eso la complicidad entre ambos era notoria.

—Discúlpame —me pidió a la vez que se pasaba una mano por los mechones dorados que caían sobre su rostro, echándolos hacia atrás.

Cogí aire y lo dejé ir a modo de suspiro, uno tan profundo que sentí como me vaciaba por dentro.

—No te preocupes, me ha dado tiempo a tomarme un café sin prisas —intenté quitarle hierro al asunto.

—Me he quedado encerrado en el ascensor —se justificó.

Una mueca divertida se dibujó en mis labios. Santi era el típico hombre torpe, bonachón, pero torpe y con excusitas para todo, metido en un cuerpo de surfero australiano en versión española. Sabía que aquello no era más que otra de sus evasivas para que no le echase bronca, como había hecho cientos de veces cuando se retrasaba al quedar con todo el grupo para cenar.

—Mira, ahí viene tu café —le informé al mismo tiempo que Alonso aparecía por la puerta.

—Muchas gracias, colega.

Le dio un golpecito en el hombro al camarero para segundos después coger el vaso de cartón. Estaba a punto de sentarse cuando le tomé del brazo y tiré de él hasta que llegamos al paso de cebra.

—¿Has pagado? —se informó cuando vio cómo nos encaminábamos hacia el despacho del abogado.

—Obviamente. —Reí.

Antonio López. Estábamos frente al mejor abogado de todo el país, y es que gracias al gran equipo de mi padre habíamos conseguido que nos representase en la denuncia interpuesta contra el kamikaze que había matado a mis amigas. Porque así había sido, aquel hombre tenía las manos llenas de sangre, y por suerte o desgracia, no había muerto en el accidente.

—Buenos días, señorita de Castro —me saludó al mismo tiempo que me tendía la mano, la cual agarré con ligereza—, señor Martínez —esta vez se dirigió hacia Santi, quien también le estrechó la mano.

—Cuéntenos —le pedí.

Antes de hablar hizo un gesto con la mano para que tomáramos asiento en los butacones que había frente a su enorme escritorio. Estábamos en uno de los edificios más altos de la ciudad, por lo que desde su despacho podíamos observar como las construcciones se erguían, llegando incluso al cielo. Estaba decorado de forma minimalista, las paredes eran blancas, apenas había un par de muebles y una gran estantería llena de libros en la pared contraria al gran ventanal que había a su espalda. Al fondo había varios cuadros colgados con condecoraciones, diplomas y premios que había recibido Antonio.

López había trabajado durante años con mi padre, formando parte de su equipo legal, y a pesar de que le había visto en repetidas ocasiones y de que me conocía desde que no era más que una cría, seguía chocándome la formalidad con la que me trataba. Era un hombre elegante, frío y tan profesional que no dejaba que nada lo sacase de su papel. Podría defender al mismísimo diablo y te creerías a pies juntillas cada una de sus alegaciones.

—Os he hecho venir hoy aquí porque, según hemos podido averiguar, el kamikaze, llamado… —empezó a buscar su nombre en la denuncia mientras pasaba el dedo índice sobre esta— David Vázquez, sigue en coma desde el accidente. Lo han mantenido escondido durante todo el tiempo que ha sido posible, pero gracias a la investigación policial hemos logrado localizarle —nos informó—. Está en un hospital de A Coruña, tenemos un hombre movilizado e investigando cualquier paso que puedan llegar a dar.

«David Vázquez», repetí su nombre en mi cabeza durante tanto tiempo que quedó grabado a fuego en mi mente como si del hierro incandescente que marca un caballo se tratase. Ese hijo de puta había matado a mis amigas y habría hecho lo mismo conmigo si hubiese tenido ocasión.

Aquello me hizo pensar que se estaban utilizando métodos no muy ortodoxos para lograr averiguar de dónde demonios había salido aquel hombre y cuál era la causa del accidente. Desde

el hospital pudieron hacerle un test de droga y alcoholemia, dando negativo en ambos, por lo que se descartaba que hubiese sido esta la causa. No se conocían posibles problemas psiquiátricos del hombre, ni siquiera tenía antecedentes, por lo que todo empezaba a complicarse.

—Sospechamos que alguien pudiese haber pagado a David para que hiciese aquello —sentenció.

—¿Cómo? —inquirió.

El corazón me dio tal vuelco que por un instante creí que perdería el conocimiento allí en medio. Parpadeé en repetidas ocasiones y cogí aire por la nariz, probando a calmar todo el mal que empezaba a subirme de pies a cabeza. Me pasé una mano por la cabeza mientras la otra sujetaba la de Santi, quien no me había soltado desde que entramos. Sabía cuan nerviosa me ponían esta situación, y lo mucho que había sufrido la pérdida de las chicas.

—¿Qué…? —empecé a decir, con las manos temblorosas, percibiendo como un sudor frío empezaba a recorrerme la espalda—. ¿Qué quieres decir, Antonio? —le tuteé.

Negué una y otra vez, entrando en un maldito bucle, aguardando la respuesta del abogado. Mi cabeza no dejaba de rememorar el accidente, cómo todo pasó tan rápido ante mis ojos que apenas pude ver nada más allá del coche saliendo por los aires y prendiéndose fuego. El aire me empezó a faltar, una fuerte presión me apretaba en el pecho, impidiéndome respirar con normalidad. Las lágrimas se agolpaban en mis ojos, por lo que no dudé ni un solo instante en borrarlas. Me negaba a seguir llorándolas. Pero fue entonces cuando comprendí que aquellas pequeñas gotas no eran de dolor, sino de la más pura rabia.

—Aún es pronto para determinarlo de manera firme —Hizo una pequeña pausa, bajando la mirada para segundos después volver a alzarla—. Creemos que alguien pudo haber encargado vuestra muerte —concluyó.



# Capítulo 25

—¿Qué…? —intenté decir—. ¿Qué cojones estás diciendo, Antonio? —bisbiseé.

Perdí las formas, porque me cabreaba sobremanera pensar que alguien hubiese podido conspirar en nuestra contra. ¿Cómo alguien iba a pagar por algo así? No me entraba en la cabeza. Acabar con la vida de una persona eran palabras mayores, ¿pero con la de cuatro? No tenía ningún sentido. Apenas podía aguantar las lágrimas que no dejaban de empujarse las unas a las otras, luchando por salir y apaciguar el desasosiego que me corroía.

—Todavía no puedo asegurarlo al cien por cien, pero todos los indicios apuntan a que así ha sido —concluyó.

—No puede ser… —musitó Santi con la voz rota.

—Lo siento mucho —aseguró el abogado.

Un fuerte dolor me atravesó el pecho, consiguiendo que incluso el aire me faltase. Me llevé la mano a la zona, apretando con fuerza, sintiendo como todo empezaba a darme vueltas. Mi respiración se volvió cada vez más agitada, podía sentir como aquel pinchazo no desaparecía, provocando que todo mi cuerpo se estremeciese. Eché unos mechones hacia atrás, intentando calmar mi ansia, poniéndome en pie.

¿Quién demonios podía haber hecho algo así? ¿A quién buscaban? ¿Y si solo querían matar a una de nosotras y las demás fueron daños colaterales? Mi cabeza iba a dos mil revoluciones por minuto, era tal la velocidad que apenas me daba tiempo a parar en cada uno de los pensamientos que cruzaban mi mente sin control. Solo había ruido en mi cabeza, las preguntas me aturullaban, provocando que todo fuese aún más confuso.

—Aurora. —Oí en la lejanía a Santi.

Los pies se me volvieron pesados, un poderoso pitido me atravesó los oídos. Entonces, mi vista se volvió borrosa y se fue apagando hasta que se volvió de un color tan profundo que se tornó negro. Todo a mi alrededor giraba, hasta que de un instante a otro dejó de hacerlo, y caí desplomada al suelo.

El miedo no salió de mi cuerpo ni siquiera cuando desperté en aquel mullido sofá en el que estaba estirada. Santi no dejaba de moverse de un lado a otro mientras Antonio hablaba con un hombre, el cual supuse que era médico, o eso creí al verle con un maletín en la mano y lo que creí que era un tensiómetro en la otra. Ambos hablaban con seriedad, y poco después vi cómo se despedían, estrechándose la mano.

—Aurora —me llamó esta vez el abogado.

Santi estaba frente a mí, sentado en una de las sillas de la mesita auxiliar, con el rostro descompuesto y teñido de una tristeza desoladora que me encogió el corazón. Tragué saliva, al mismo tiempo que me pasaba una mano por el rostro. Me recosté ligeramente sobre el asiento, y miré a mi alrededor, tan confusa como cuando había perdido el conocimiento, con todas aquellas preguntas que no dejaban de retumbar en mi interior.

—¿Cómo te encuentras? —Quiso saber Santi, mientras me ayudaba a erguirme un poco más.

Recogí mi cabello en una coleta alta, intentando apartar mechones que caían por mi tez, cubriéndola y molestándome.

—Floja —admití con pesar.

Este asintió con lentitud, aún con la mirada llena de miedo. No éramos los mejores amigos del mundo, pero sí que es verdad que la muerte de las chicas nos había unido un poquito más. Había pasado de ser el novio de África a mi amigo Santi, el surfero cañón con origen madrileño.

—Has tenido una bajada de tensión —me informó Antonio, intentando dar explicación a lo que acababa de ocurrir.

Este se sentó frente a mí, mientras Santi se agachaba junto al sofá, tomándome la mano con cariño. Suspiré. La cabeza aún me daba vueltas, por lo que cerré los ojos por un segundo, lo suficiente como para que todo se asentase de nuevo. No negaría que me sentía aturullada, agobiada por mis propios pensamientos, por esa vocecita que no dejaba de hablarme al oído diciéndome que yo era la culpable de que mis amigas hubiesen muerto en aquel accidente.

—¿Seguimos? —propuse.

—El doctor nos ha dicho que lo mejor es que reposes un rato y tomes algo de comer, así que he pedido que traigan algo para desayunar —comentó López.

Asentí un par de veces, sintiendo su profunda mirada fija en la mía. Aunque no lo dijera, podía percibir la preocupación en aquellos dos pozos oscuros que tenía por ojos. Cómo me observaban con cariño y dedicación. Al fin y al cabo, seguía siendo Aurora de Castro, la hija de un gran amigo y cliente.

Cuando mis padres murieron, Antonio estuvo ahí para apoyarme de manera legal y ayudarme con algunas gestiones que quedaron pendientes de arreglar. Él había sido el encargado de encontrar alguien que se ocupase de las recién heredadas empresas para que no tuviese que preocuparme de nada, gente de confianza que pudiesen ser el legado de mi padre mientras yo seguía formándome y viviendo esa vida que tanto amaba. La misma que se fue al traste en el momento del accidente.

—Aurora, ahora mismo ya no hay nada más que puedas hacer aquí —aseguró López—. El único trabajo que queda es el de los investigadores e inteligencia que tenemos en el caso para encontrar las pruebas que necesitamos —me informó—, y te aseguro que las encontrarán cueste lo que cueste.

No lograba procesar aquella información, no podía creer que alguien podría hacernos algo así. Desde luego que la vuelta a la ciudad había sido por un buen motivo, aunque esperaba no tener que hacerlo de nuevo, al menos no hasta que tuviésemos alguna otra certeza.

—La pregunta es, ¿por qué y quién lo haría? —preguntó Santi—. Ninguna de ellas tenía problemas con nadie, y mucho menos enemigos.

Los ojos se me inundaron de lágrimas repletas de dolor al pensar en mis amigas, en cómo sus vidas se habían desvanecido como si nada. Contuve un fuerte quejido que acabó ahogándose en mi garganta, mientras el corazón repiqueteaba con fuerza en mi pecho a un ritmo ensordecedor.

—Eso es lo que debemos averiguar ahora, quién y porqué —sentenció López.

Suspiré, la situación en la que estaba metida me venía tan grande que apenas podía hilar dos pensamientos coherentes seguidos en mi cabeza sin entrar en colapso. Intentaba recordar cada conversación con las chicas, algo que me diese una pista de que ser atroz podría ser capaz de matar a otra persona sin tener remordimientos. Pero no solo estaba esa cuestión, sino que seguíamos teniendo a David en coma, un hombre que había aceptado un pago a cambio de su vida. ¿Tan poco tenía que perder como para poner en peligro lo más valioso que tenía?

—No sé qué pensar… —musité con un nudo en la garganta.

—Envíame todas las conversaciones que tengas con las chicas, haremos un peritaje y buscaremos algún hilo del que poder tirar —me pidió, o, mejor dicho, ordenó López.

—De acuerdo —respondí, y me alegré de no tener que repasar cada una de las conversaciones con ellas.

Aún debía enfrentarme a leer las cartas que nos escribimos, ese sería el instante en el que mi corazón volvería a romperse en mil pedazos, porque a pesar de que cada vez aceptaba más su pérdida, seguía anhelando cada uno de sus abrazos. Leerlas sería decirles adiós de manera definitiva, no tener nada nuevo que saber de ellas, permitir que se desvaneciesen como si jamás hubiesen estado ahí.

Necesitaba volver al pueblo como el aire que respiraba, contarle a la abuela lo que nos había explicado Antonio, pero no solo eso, necesitaba con todo mi corazón que Marco me abrazase con fuerza, estrujándome contra su pecho, calmando todo ese dolor que estaba segura de que volvería a sacudirme en cuanto me tumbase tranquilamente.

—¿Hay algo más de lo que nos quieras informar? —Quiso saber Santi.

Cogí una bocanada de aire. Una parte de mí deseó que no hubiese más «noticias» de las que informarnos o acabaría por darme un ataque de ansiedad allí mismo y sin que nadie pudiese hacer nada por evitarlo. Posé una de mis manos sobre mi esternón, controlando mi respiración, percibiendo como la presión empezaba a aumentar en esa zona.

Le di un sorbo al vaso de agua que había sobre la mesa, definitivamente me urgía tomar aire fresco, pensar y olvidarme un poco del tema, porque a pesar de todo, me sentía frustrada, dolida, pero sobre todo furiosa.

—No, creo que eso es todo, de todas formas, haré que mi ayudante os envíe los últimos informes que hemos realizado y recibido a vuestros emails —nos informó.

—De acuerdo —murmuré, aún perdida en mis pensamientos.

Me dolía la cabeza, y por un segundo pensé que me saldría humo de esta de tanto pensar y darle vueltas a la situación, una de la que no tenía el control.

—Me gustaría recordaros que estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano para conseguir lo que haga falta para que ese malnacido pague por lo que ha hecho. —Antonio se puso en pie, estirándose el traje mientras hablaba.

—López —lo llamé, al mismo tiempo que me ponía en pie a duras penas y me acercaba a él —, haz lo imposible, y contrata a quien tengas que contratar para acabar con ese cabrón —siseé cabreada—. Me da igual si encuentras un sicario, si tienes un *hacker* o quien demonios haya en

el equipo, pero quiero que se pudra en el mismísimo infierno, igual que quien haya detrás de todo esto.



# Capítulo 26

Vega:
¿Va todo bien?

Aurora:
Sí, no te preocupes.

Le había mentido por no preocuparla, por no contarle que había perdido el conocimiento en el despacho de López e iba a conducir más de seis horas con tal de llegar al pueblo cuanto antes. No podía quedarme en la ciudad un día más, me daba igual tener que hacer noche en un área de servicio o conducir sin parar, lo único que deseaba era llegar. No nos habíamos despedido, aunque en cierto modo, deseé no hacerlo jamás, no quería revivir nuestro último abrazo aquella tarde de verano cuando nos escapamos de la fiesta de final de curso de la academia de inglés.

Vega:
Prométeme que no vamos a dejar que nada vuelva a separarnos.

Aurora:
Nada hará que me olvide de ti.

Vega:
Además… Me hubiese gustado decírtelo comiendo, pero quiero que seas una de mis damas de honor, así que ya puedes buscar vuelo.

Una sonrisa llena de dolor y de ilusión se dibujó en mis labios. Lo hice al pensar en África, en cómo todas íbamos a ser sus damas de honor. Podía recordar el hermoso vestido rosa *nude* que habíamos seleccionado, con escote corazón y falda vaporosa. Aún lo guardaba en el armario de mi piso, ese en el que no me había atrevido a mirar.

Aurora:
Tendrás que buscarme un buen vestido, ¿eh?
¡Dime que no será rosa fucsia!

Intenté darle un toque de urgencia que no sabía si en aquel preciso instante tenía. Me sentía mal, como si aceptando estuviese traicionando a África y a las chicas. Debía de ser dama de honor a su lado, no con Vega. Contuve el aliento, lo dejé ir a modo de suspiro, probando a contener las lágrimas.

Vega:
Tranquila.
Veré qué podemos hacer.

Aurora:
Tengo que marchar ya.
Hablamos pronto, ¿vale?

Vega:
Ve con cuidado, y avísame en cuanto llegues.

Cogí una bocanada de aire y abrí la ventanilla al máximo. Los pensamientos no dejaban de rondar mi cabeza, de aturullarme hasta tal punto que llegué a perder la noción del tiempo. Era como si llevase una eternidad conduciendo, y lo cierto era que aún me quedaban varias horas hasta llegar.

Mi mente no dejaba de darle vueltas a todo lo que nos había contado López, a lo que ya sabíamos sobre la muerte de mis amigas y al hecho de que alguien hubiese podido organizar nuestra muerte. «Nuestra», repetí para mis adentros. ¿A quién demonios querían matar? Me derrotaba al pensar en que podían existir personas con tanta maldad dentro como para asesinar a sangre fría a un grupo de chicas indefensas. Porque eso éramos, unas amigas que lo único que deseaban era celebrar la vida.

Intereses. Aquella palabra resonó en mi interior, el único motivo que se me ocurrió fue que alguien tuviese intereses ocultos en la muerte de alguna de las chicas. Martina provenía de una familia de lo más humilde, aunque era cierto que sus padres, por herencia de los abuelos de ella, tenían grandes extensiones de viñedos y una bodega de renombre. Pero jamás habían tenido ningún problema con nadie, ni siquiera con un solo trabajador. Sabían lo mucho que costaba la vida y el sacrificio que suponía estar trabajando de sol a sol para ganarse un jornal, por lo que siempre intentaban que todos sus asalariados estuvieran contentos tanto con su paga como con

las condiciones de trabajo. Por otra parte, teníamos a África, quien, a pesar de haber vivido como una auténtica *hippie* durante años, formaba parte de la alta alcurnia madrileña y, por ende, Santi estaba a punto de hacerlo. Tampoco conocíamos que tuviese ningún problema, y mucho menos sus familiares directos, porque si de algo tenían fama era de callar bocas a golpe de billete.

Cogí una bocanada de aire, cerré los ojos un microsegundo y mi mente voló hacia la tarde del accidente.

***

—No entiendo cómo pueden ser siempre tan cabezonas —renegué una y otra vez.

Había quedado con las chicas hacía más de una hora, pero aún no habían aparecido. Siempre tenía mucha paciencia y no me importaba que llegasen tarde, simplemente disfrutaba de no hacer nada. Pero aquel día era distinto. África se casaba en apenas una semana y ese era el único fin de semana en el que todas habíamos podido coincidir para poder celebrar una despedida de soltera de la forma que mejor se nos daba: siendo nosotras mismas.

—No se lo tengas en cuenta —me pidió África, quien aguardaba junto a mí.

Ella no conocía los planes, solo que íbamos a estar todo el fin de semana solas y bien lejos de cualquier civilización. Debíamos llegar a tiempo para poder recoger las llaves antes de que la mujer se marchase. Nos había hecho el favor de dejarnos estar en la casa varios días antes para poder decorarlo todo, lo único que faltaba era que también tuviese que esperar a que llegáramos.

—Es que siempre es la misma historia.

Estaba cabreada porque horas antes las chicas habían decidido cambiar todos los planes, y a pesar de que siempre vibrábamos en una sintonía similar, llevábamos unos días en los que parecía que no nos poníamos de acuerdo. Todo empezó cuando África me pidió que fuese yo la que organizase su despedida de soltera, y ahí todo cambió.

—Creo que no debería de haber sido yo —musité con pesar.

África me tomó por las manos y las apretó con ternura.

—Has sido la mejor —juró—, no podría haber tenido una mejor amiga que no fueses tú.

***

Mis ojos se llenaron de lágrimas al recordar las palabras de África, cómo me miraba con esa ternura inigualable y una hermosa sonrisa dibujada en sus labios. Negué con la cabeza, al mismo

tiempo que sentía como las pequeñas gotas empezaban a emanar, empapando mis mejillas sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

Ahogué un quejido cuando mi mente voló al momento exacto de la tragedia, cuando vi como frente a mí su coche salía volando por los aires, dando dos vueltas de campana antes de quedar completamente del revés. Me llevé la mano a la frente recordando la herida que me hice en esta cuando tuve que chocar mi propio automóvil con el quitamiedos para no ir tras ellas. Una fuerte presión empezó a tomar mi pecho, impidiendo que respirase con normalidad. Los sollozos no dejaban de llenar el vehículo sin que pudiese frenarlos, y es que me dolía tanto su pérdida que jamás lograría aceptar por completo su pérdida. Cogí una bocanada de aire, percibiendo como aquella tortura no parecía querer desaparecer jamás. La vista se me enteló de tal manera que apenas podía ver, las lágrimas ya morían en la tela de mis vaqueros, igual que había deseado hacerlo yo cientos de veces.

La presión se instauró en mi pecho, provocando que un fuerte ardor arrasase con todo lo que había en mi interior, sobre todo, con esa seguridad que había intentado mantener desde hacía unos días. Coloqué alguno de los mechones que caían sobre mi rostro tras mi oreja, probando a despejarme. Iba por la autopista, atravesando un campo de molinos de viento. Probé a fijarme en ellos, en cómo se extendían a ambos lados, pero no sirvió de nada. La congoja no me dejaba respirar, era tal que ni siquiera lograba pensar con claridad. ¿Y si solo necesitaba era dejarme caer? Odiaba aquellos malditos cambios de pensamiento, pero era tanto el dolor que me atormentaba que no sabía cómo lograría seguir viviendo con él a cuestas, sabiendo que ellas jamás regresarían. Martina, África y Elena eran mis hermanas, esas que nunca tuve de manera biológica, el apoyo que siempre estuvo ahí desde antes de que mis padres murieran, y haberlas perdido a ellas también solo conseguía romperme en mil pedazos. Llevaba tanto tiempo aguantando aquel dolor, que ya era insostenible.

Todo lo que amaba había desaparecido, ¿qué me quedaba? Nada. Saber que en algún momento mi abuela moriría y me quedaría sola de nuevo, en un mundo hostil que odiaba, y del que había perdido toda la fe. Un fuerte quejido me arañó las entrañas y resonó por todo el habitáculo. No podía dejar de llorar, percibiendo como mi pecho subía y bajaba con urgencia, sin poder respirar.

—¿Aurora? —decía una voz, resonando por los altavoces del coche.

—¿Marco?



# Capítulo 27

## Marco

Podía oírla al otro lado sollozando con una agonía que me encogió el corazón. Lloriqueaba de manera incontrolada, y su voz parecía tan rota como lo estaba ella. Cerré las manos en puños, poniéndome en pie de inmediato, sintiendo como la sangre me hervía.

—Aurora —repetí ansioso—. Escúchame.

—Yo… —musitó.

Podía notar como su voz temblaba, igual que lo haría todo su cuerpo. Una fuerte sensación de desconsuelo me asoló por completo, pero también lo hizo la rabia. Sabía qué había provocado ese dolor, o al menos era capaz de imaginarlo. Sus propios demonios no dejaban de consumirla lentamente, consiguiendo que su estabilidad se fuese desvaneciendo, hasta perecer ante ellos.

—Aurora, escúchame —le ordené, de nuevo, aunque pude percibir un deje de desesperación en mi voz que supe que ella también podría ver.

No dejaba de gimotear, como si el aire no pudiese llenarle los pulmones.

## Aurora

El llanto se volvió incontenible al escucharle, sintiéndome tan perdida como al principio, solo que esta vez, el universo me había mandado una señal para no dejar de luchar, o al menos así

quise tomármelo. Cogí una bocanada de aire, intentando calmar mi lamento, no quería preocuparle, y mucho menos estando a tanta distancia. Pero de nada servía tomar aire, ya que los quejidos no dejaban de sucederse uno tras otro.

—¿Estás bien? —preguntó acongojado.

Un profundo gimoteo se escapó de mi interior. No, claro que no lo estaba, no podía mentirle y seguir escondiéndolo todo como llevaba tiempo haciendo. La barrera que había creado alrededor de mi corazón se había desmoronado, dejando entrar todo el dolor.

—¿Dónde estás, Aurora? —inquirió con un tono duro que jamás hubiese imaginado en él. Pude vislumbrar una preocupación terrible, pero también pesar—. Dímelo ahora mismo.

—Estoy… —balbuceé con la voz estrangulada.

—Si estas conduciendo, detente en la próxima área de servicio —me ordenó—, no pienso colgar hasta que lo hagas.

Suspiré, probando a controlar cada uno de los quejidos que luchaban por salir de mí. Volví a pasarme una mano por los ojos, intentando ver con claridad, y entonces me percaté de que justo estaba a la altura de la salida de un área de servicio, por lo que de un volantazo giré entrando en el carril. Por suerte, no había nadie en la carretera que pudiese estar en mi trayectoria.

—Envíame la ubicación —añadió con seriedad.

Y eso hice. Ni siquiera respondí, me limité a proceder con lo que me pedía, a sabiendas de que era lo mejor para mí y para todos esos fantasmas que luchaban por arrastrarme a lo más profundo.

—Quédate ahí y ni se te ocurra moverte —me advirtió.

Ni siquiera sabía cuánto tiempo pasó desde la llamada de Marco. Me había encerrado en la parte trasera del coche y, no negaré, que aproveché para revolcarme en mi propia miseria, compadeciéndome, una vez más, de mí misma y de todo el mal que me corroía lentamente y sin que pudiese hacer nada por que sucediese. Tenía los ojos tan hinchados de llorar que apenas podía ver con claridad. Me pasé las manos por estos, probando a enfocar algo que no fuesen mis manos, pero de poco sirvió.

Alguien tocó la ventanilla del coche, provocando que diese un bote en el asiento. El corazón se me aceleró sobremanera, tanto que creí que me moriría de un micro infarto allí mismo. Deseé que se marchase, solo quería llorar y olvidarme de todo. Lo más seguro es que aprovechase a

pasar la noche allí, aunque fuese durmiendo en el automóvil para poder descansar un poco. Insistió. Cuando me giré para mirar de quién se trataba, con el corazón en un puño, me encontré aquellos dos luceros azules de los que llevaba enamorada tantos años. Todo eso que llevaba intentando apaciguar desde hacía horas, se veía evocado a salir en cuanto nuestras vistas se fijaron la una en la otra.

Salí del coche y, antes de que pudiese decir nada, con la mirada tan brillante como la luna que ya nos acompañaba, posó sus manos a ambos lados de mi rostro y unió nuestros labios en el beso más dulce que me había dado nadie. El tiempo pareció detenerse, era como si el mundo bajo nuestros pies dejase de moverse y no existiese nada salvo nosotros.

Cerré los ojos y sentí mis pies volar, como si levitase entre sus brazos, los cuales pasaron a rodear mi cintura, pegándome a su cuerpo por completo, como si no quisiese que nada nos separase. Le devolví el beso, igual que lo hizo él segundos después. Aquel simple gesto había sido un bálsamo para recubrir esas heridas que aún debían sanar, o al menos, con las que debía aprender a vivir, esta vez, de una forma saludable. Los labios me hormigueaban cuando se separó de mí unos milímetros, podía sentir el retumbar en mi pecho y mis piernas flojear. Aún tenía los ojos cerrados, pero podía percibir su respiración chocando contra mis labios, mezclándose con la mía. Sus manos permanecían sujetas a mi cintura, como si no quisieran despegarse jamás.

Marco siempre fue mi primer amor, ese que creí que jamás olvidaría, y estaba en lo cierto. Tal vez mi mente lo había ocultado durante un tiempo en un cajoncito de mi memoria, pero todo mi ser seguía reaccionando a él, gritándome que le recordaba como si fuese el primer día. De repente, una intensa lluvia comenzó a caer sobre nosotros, calándonos hasta los huesos, pero no sirvió de mucho, ya que no habría nada que pudiese separarnos.

El agua empezó a calar mi ropa, igual que la suya, pegándola por completo a su cuerpo, pero nada nos importaba, ni siquiera el estruendo de un poderoso trueno resonando entre las montañas.

—Aurora, yo… —empezó a decir—. No pretendía apro…

Sin permitirle terminar y pudiese sacar conclusiones que no eran estampé, de nuevo, mi boca contra la suya, callándole. Noté cómo estábamos tan cerca que ni siquiera el aire podía pasar entre ambos. Acabábamos de cruzar una delicada línea, iniciado un camino que no sabía a donde nos llevaría, pero de lo que estaba segura era de que lo único que quería era tenerle cerca. Me abracé a él. No quería hablar, necesitaba enterrar mi rostro en su pecho, sentirle pegado a mí, haciéndome ver que realmente tenía algo importante por lo que luchar y sentirme querida.

Me aparté un poco, lo suficiente como para poder fijar de nuevo la mirada en él, viendo como

los mechones de su cabello caían sobre su hermoso semblante. Alzó una mano y la colocó sobre mi mejilla, como había hecho minutos antes. La acarició con mimo y por alguna razón no pude evitar cerrar los ojos, permitiendo que meciese mi rostro con aquel cariño tan especial.

—Creo que será mejor que nos cobijemos —susurró aún con la vista fija en mí.

Asentí un par de veces, me mordí el labio inferior, recordando como segundos antes nuestras bocas se unieron en aquel tierno gesto que logró acelerar mi corazón sobremanera. Miré a nuestro alrededor y me percaté de que allí no había ningún otro coche, ¿cómo demonios había llegado? Sería prácticamente imposible que un taxi le hubiese traído, ya no solo por el gasto económico, sino porque al pueblo no llegaban. Cuando estuviese la cosa más calmada le preguntaría cómo lo había hecho.

Miré el reloj, eran las nueve y media de la noche, la espera había hecho que pasase el tiempo tan deprisa que ni siquiera lo percibí. Incluso había llegado a quedarme dormida sin apenas darme cuenta.

Apreté la mandíbula cuando Marco me abrazó, intentando no volver a romperme, reteniendo esas lágrimas que luchaban por volver a bañar mi rostro, llenas de dolor, pesar y arrepentimiento.

—Aurora —me llamó mientras abría la puerta del copiloto. Me dejé caer sobre el asiento y tomé aire—. Aún tenemos tres horas hasta llegar al pueblo —me informó.

Le hice un gesto para que se metiese en el vehículo lo antes posible, alejándonos de la lluvia para que no nos mojase aún más.

—Es demasiado… —advertí.

—No quiero que suene mal, pero, bueno… —Hizo una pequeña pausa, al mismo tiempo que se pasaba una mano por la nuca—. Hay un hostal no muy lejos de aquí, según *Google Maps* está bastante bien, y había pensado que tal vez podríamos dormir allí, cenar algo, y mañana salir en dirección al pueblo —propuso.

Mi mente estaba llena de preguntas, tan aturullada que solo me limité a asentir con la cabeza.

—De verdad que no-no… —balbuceó, ligeramente nervioso.

Sabía que era conocedor de la línea que habíamos cruzado, pero la cuestión era: ¿sentía lo mismo que yo? ¿O se intentaba disculpar porque no era un amor correspondido? Tal vez ese beso tan solo hubiese sido fruto de la preocupación, de esa congoja que lo había carcomido con tanta fuerza como para hacer que se presentase en el aérea de servicio. Lo cierto era que en aquel momento lo único que me importaba es que ambos estuviéramos bien y no volviéramos a perdernos como habíamos hecho tiempo atrás.

—No te preocupes, por favor —le rogué con la voz neutra.



# Capítulo 28

Marco consiguió la última habitación que quedaba en el hostal, y es que, debido a las goteras del ala norte, muchas habitaciones habían quedado inutilizadas. Por suerte, la nuestra estaba situada en la zona central del edificio. Una parte de mí deseó estar en lugares separados, pero otra rogaba al universo por poder dormir acostada en su pecho.

Nada más entrar en el cuarto, nos dimos cuenta de que tan solo había una cama, por lo que cerré los ojos y me pasé una mano por el cabello. El corazón me dio volteretas en el pecho, porque de verdad deseaba sentirme cobijada a su lado, pero, obviamente, no le obligaría a hacerlo si eso le provocaba incomodidad.

—*Ehm*… —musitó al mismo tiempo que dejaba una bolsa sobre la silla del escritorio—. Tranquila, dormiré en el suelo —comentó al ver mi rostro.

El lugar era pequeño, tenía el suelo de madera, y contaba con un gran armario a mano derecha nada más entrar. La cama estaba acompañada de dos mesitas de noche, con dos lamparitas a conjunto y un teléfono, que supuse que llamaría a recepción. Al fondo estaba la mesa en la que Marco había dejado su mochila, donde reposaba una enorme televisión. La cama estaba vestida con una colcha fina en tonos tierra, mientras que frente a esta quedaba la puerta del baño.

—Bueno… —musité.

Cogí aire y lo dejé ir a modo de suspiro, deseando contestarle otra cosa. Estaba tan confusa que ni siquiera sabía qué demonios decirle. Me dejé caer sobre la cama.

—¿Te importa si me doy una ducha? —pregunté.

—Toda tuya —me instó.

Nada más entrar, fijé mi mirada en la Aurora que había en el espejo, tenía las ojeras marcadas por no haber podido dormir bien los últimos dos días, parecía estar consumida, como si no pudiese sostener siquiera el peso de mis propios pensamientos. Una mueca de tristeza se dibujó en mis labios.

—Ahora vengo —voceó Marco al otro lado de la puerta, sacándome de esa burbuja de pesar en la que estaba metida.

—Ve con cuidado —le pedí.

No supe cuánto rato llevaba bajo el chorro de agua caliente en la ducha, cuando escuché como Marco llamaba a la puerta con los nudillos. Abrí los ojos de golpe, dejando que el líquido continuase cayendo sobre mi rostro. Me pasé las manos por la cabeza, echando hacia atrás el cabello que caía sobre mi rostro, y enjuagando el poco jabón que quedaba.

—¿Estás bien? —Quiso saber.

Carraspeé, sintiendo como las piernas me temblaban solo de pensar que podría entrar de un momento a otro. Paré el agua y me envolví en una toalla, recogiendo mi empapado cabello en otra.

—Sí, salgo en un momento —obligué a que las palabras saliesen de mi boca.

—Perfecto, tengo una sorpresa —anunció.

Arrugué el entrecejo sin entender muy bien a qué se refería. Podía escuchar al otro lado algo que supuse que sería una televisión. Abrí la puerta llena de curiosidad, miré por el pequeño espacio que quedaba entre esta y el quicio, encontrándome con una muda limpia sobre la cama y una luz tenue que no sabía de dónde provenía.

Aún envuelta en la toalla, salí por completo del baño, encontrándome con la habitación llena de velas, una botella de vino y unas hamburguesas con patatas fritas sobre la mesilla auxiliar. La televisión tenía puesta una *playlist cozy lofi* de lo más relajante. Marco estaba apoyado en el ventanal que daba a la zona del *parking*, con la vista perdida en la lejanía mientras no dejaba de llover. Tan solo vestía unos calzoncillos, y su ropa descansaba sobre las sillas del escritorio, supuse que secándose, por lo que aproveché para observarle.

Me sentía como una furtiva, indigna de admirar el hermoso cuerpo que tenía y cómo cada músculo de su espalda se contorneaba como si hubiese sido cincelado por el mejor de los escultores. En esta había un pequeño párrafo tatuado sobre su escápula derecha, mientras que sus

brazos se llenaban de tinta, con ilustraciones de línea fina que le sentaban de lujo. Era una jodida obra de arte. Sus piernas eran fuertes, más de lo que jamás hubiese imaginado, y su trasero… Me mordí el labio inferior de manera inconsciente. Mis mejillas se enrojecieron en el preciso instante en el que giró sobre sus talones y su mirada se fijó en la mía.

—Perdona, yo… —empecé a decir, pero mi voz se desvaneció como si jamás hubiese estado ahí.

Una sonrisilla se dibujó en sus labios, por lo que no pude evitar que el calor subiese por mi vientre hasta encender todo mi rostro. No podía apartar la vista de la suya, que se había tornado algo más verdosa de lo normal. Por un instante me sentí desnuda, como si Marco pudiese atravesar mis ojos para leer mis pensamientos.

Di un par de pasos hacia adelante, apartando la vergüenza que se había apoderado de mí hacía apenas unos segundos. Quería recorrer cada centímetro de su piel con la punta de mis dedos, reseguir cada ápice de tinta en ella, descubrir qué historia escondía cada uno de esos tatuajes. Cuando estuve frente a él, alzó una de sus manos, en ese gesto que me tenía robado el corazón, y acunó mi rostro con tanto mimo que sentí como se me encogía el corazón en el pecho.

—Te he conseguido una muda limpia y algo de cena —me informó, cambiando de tema por completo—. Y también algo con lo que ahogar las penas —bromeó, dando un paso hacia atrás y alzando la botella de vino.

Seguía con aquella mueca divertida en su boca. No sabía qué tenía, Marco era único en su especie y, por alguna razón, a pesar de los años, seguía siendo mi mayor debilidad. Él era todo lo que estaba bien en la vida, era bueno, dulce, amable, cariñoso, divertido… El hombre perfecto.

—Vaya… Muchas gracias —Hice un esfuerzo para que las palabras salieran.

Me acerqué a la cama y cogí la camiseta que había sobre ella. Sería una talla XXL, por lo que iba a llegarme, incluso, por las rodillas, aunque agradecía sobremanera el gesto que había tenido. Al desplegarla me di cuenta de que era de publicidad de la zona, la típica camiseta de recuerdo que te llevas de la ciudad a la que visitas, solo que nosotros estábamos perdidos en medio de la nada.

—Vuelvo en un minuto —le avisé.

Este asintió sin apartar la mirada de mí. Sus ojos estaban llenos de ternura y de algo más que no supe descifrar, aunque consiguió que mi corazón se acelerara de manera considerable, y es que solo de tenerle cerca latía de una forma especial.

Antes de volver a salir, sequé ligeramente mi cabello con el secador, y me coloqué la maxi camiseta, la cual me llegaba por debajo de los glúteos, cosa que, en cierto modo, agradecí. No

quería que aquella fuese una situación violenta, y mucho menos incómoda para alguno de los dos.

—No te queda nada mal, Aurorita —comentó al verme abandonar el baño.

Mi sexo ardió al escucharle llamarme de esa forma. Un cosquilleo nació en mi vientre, y también lo hizo en la punta de mis dedos. Porque el pensamiento de recorrerle volvió a mi mente, arrasando con todo. Tragué saliva, intentando apartar esa idea, y una mueca divertida se dibujó en mis labios.

—Creo que podría servirle a Hulk —bromeé.

—La cena no es nada del otro mundo, pero…

—Nos valdrá —aseguré.

Me acerqué a él, de tal modo que tuve que alzar la mirada para encontrarme con la suya. Marco era una cabeza y media más alto que yo, por lo que siempre había tenido que observarle de aquella manera. A su lado me sentía una muñeca. Estábamos tan cerca que casi podía escuchar el repiqueteo de su corazón y su respiración chocando contra la mía. Tomé aire y, sin que pudiese decir nada más, me agarró de la mano, tirando un poco de mí, abrazándome.

—No sabes cuánto me alegro de que estés bien —juró contra mi cabello.

Pegó su boca a este, y depositó un casto beso en mi coronilla.

—Parece que voy a tener que llamarte mi Superman personal —le quité hierro al asunto—, no dejas de salvarme.

—Me gusta eso de ser tu Superman.

Su voz salió de una forma que no esperaba, algo más ronca, pero al mismo tiempo clara y alta.

—Bueno, que no se te suba a la cabeza demasiado —añadí al mismo tiempo que me apartaba de él y le guiñaba un ojo.

Esbozó una mueca burlona en su boca, lo que hizo que negase con la cabeza. Le di un pequeño pellizquito en el brazo, por lo que se quejó de inmediato, a pesar de que no había hecho apenas fuerza.

—Será mejor que cenemos, o se nos enfriará —comentó.

Le dije que sí con un movimiento de cabeza, y nos acercamos a ella para ponernos manos a la obra. La duda me reconcomía, había algo que era imperativo que supiese, si no, no podría dormir tranquila, por lo que le di un largo trago a la bebida y me aventuré a ello:

—Oye… —murmuré justo cuando nos sentamos frente a la mesita auxiliar—. ¿Cómo has

podido llegar hasta mí? —Quise saber.

—Me ha acercado mi tío —me informó—. Aunque por ti iría al fin del mundo andando con tal de encontrarte, Aurora.



# Capítulo 29

No sabía qué demonios había dentro de él, pero tan solo percatarme de la forma en la que me miraba, mi corazón se disparaba, latiendo con una fuerza sobrenatural que llegaba a cohibirme y dejarme sin habla. Era una sensación tan especial que solo podía hacer que amarla, aunque al mismo tiempo me cabreaba darme cuenta del poder que tenía sobre todo mi ser.

Marco había sido tan especial en mi vida que se había quedado grabado a fuego en mi mente, pero aún más lo había hecho en mi corazón. Aún recordaba el día en el que nos conocimos: no éramos más que unos críos, en realidad ni siquiera sabía cómo lograba acordarme de aquello, ya que apenas tendríamos cuatro o cinco años. El abuelo siempre repetía la historia de cómo nos convertimos en inseparables. Su yayo y el mío fueron amigos de la infancia, por lo que en cuanto pudieron, nos instaron a conocernos, o al menos a nuestros padres. Lo que no esperaban, y estaba segura de ello, es que después de tantos años, siguiéramos teniendo esa conexión tan especial que siempre compartimos.

Cenamos y charlamos durante horas, embriagándonos con aquella botella de vino a la cual le sucedió otra. Estar con él era tan especial que me sentía como en una burbuja, una en la que no podía ocurrir nada malo. Marco era la bondad personificada, nadie habría sido capaz de recorrer tantos kilómetros solo para venir a buscarme, para darme esa seguridad que necesitaba y cobijarme entre sus brazos. Me habló de su vida en el extranjero, lo difícil que fue para él tener que empezar de cero, conocer a nueva gente y, en definitiva, hacerse a un país que no era el suyo. Hasta los veintidós años, vivió con sus padres, estudió una ingeniería de biosistemas en

Londres para cinco años después mudarse a Edimburgo. Él seguía viviendo allí, había venido a España a pasar el verano con sus abuelos, y en cuanto terminasen sus vacaciones tenía planeado regresar.

—Y… ¿cuándo te marcharás? —Mi voz sonó insegura y temblorosa.

Solo de pensar en su partida se me encogía el alma. Me negaba a verle desaparecer de nuevo, a perderle como había ocurrido años atrás. Tal vez no pudiésemos ser de la forma que deseaba, pero con tenerle a mi lado ya me bastaba.

—Debería hacerlo en una semana —murmuró para, acto seguido, darle un sorbo a su copa de vino.

El estómago se me revolvió solo de imaginarle subido en el coche desapareciendo en la lejanía, saliendo del pueblo. Un enorme vacío me asoló. Tal vez fuese una egoísta, no me debía nada, tampoco sabía qué clase de vida le esperaba en Edimburgo.

—¿Deberías? —repetí—. ¿Y de qué depende que lo hagas?

Sentí vértigo solo de atreverme a preguntar. ¿Y si su respuesta no era lo que esperaba? Las manos empezaron a sudarme, y sentí como todo el vello de mi cuerpo se erizaba bajo su atenta mirada.

—De las razones que tenga para quedarme —respondió—, aunque creo que he encontrado alguna.

Bebí un poco de vino, sintiendo como hasta la garganta se me había secado con aquella respuesta. El corazón me dio volteretas en el pecho, e hizo un salto mortal al notar como sus ojos brillaban fijos en los míos. Una parte de mí quería creer que esa razón era yo, pero la otra me decía que no era más que una boba haciéndose ilusiones sobre algo que jamás ocurriría.

Carraspeé sin saber qué decir, percatándome de que mis mejillas se encendían sobremanera bajo su atenta mirada y con mis pensamientos por bandera. Estaba enamorada de cada poro de su piel, de cómo me observaba con aquella sencillez, esa bondad que emanaba de su ser y el cariño con el que siempre me trataba. Tal vez por eso me sintiese confundida respecto a sus actos y me hiciese ilusiones que jamás serían reales.

—Creo que es un poco tarde —comentó al mismo tiempo que miraba el reloj.

Asentí un par de veces, sin siquiera aportar nada a su anterior respuesta, sin apenas poder articular palabra. Guardó las botellas de vino en la misma bolsa en la que las había traído y lo dejó todo bien cerrado para que al día siguiente pudiéramos tirarlo a la basura.

—No hace falta que duermas en el suelo —le informé con la voz temblorosa, al ver cómo

dejaba la almohada en el suelo y tiraba una manta junto a ella en la que poder tumbarse—. En realidad… —Mi voz se deshizo como si de un hilo se tratase, como si jamás hubiese estado ahí en el preciso instante en el que Marco giró sobre sus talones y quedó tan cerca de mí que ni el aire lograba pasar entre ambos.

—¿En realidad…? —Quiso saber.

Cogí una bocanada de aire, mis mejillas se encendieron y el latir en mi pecho se convirtió en un estruendo que me ensordecía. Las piernas me cimbrearon cuando colocó una de sus manos en mi cintura, mientras la otra subía hacia mi mejilla. Contuve el aliento, sin atreverme a romper la conexión que se había creado entre ambos.

—Joder, Aurora… —masculló, apretando la mandíbula, provocando que su semblante pareciese aún más masculino.

Por un instante pareció pensar en qué decir a continuación, como si en su interior se estuviese librando una batalla infinita.

—No sabes cuánto me alegro de tenerte aquí —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—, sana y salva.

—Yo… —musité—. Es todo gracias a ti.

Marco alzó una mano, en ese gesto que tanto apreciaba, y paseó sus dedos por mi mejilla, acunándola con mimo.

—Me gustaría que durmieras conmigo —confesé por fin, en un acto de valentía.

Sus ojos se abrieron sobremanera y en ellos vislumbré el asombro, pero también una chispa especial que nunca había visto en ellos. Contuvo la respiración, y segundos después la dejó ir en un sonoro suspiro que me erizó el vello. No apartó su mano de mi rostro, al menos durante un instante, hasta que nuestras miradas volvieron a encontrarse. Entonces, se apartó de mí, como si el tacto de mi piel le quemase.

—¿Te importa? —pregunté.

Marco carraspeó y negó con la cabeza, a la vez que se agachaba para recoger la almohada que había tirado al suelo.

# Marco

Entré al baño con el alma abierta en canal y dispuesto a confesarlo todo. A decirle que estaba jodidamente enamorado de ella desde el preciso instante en el que mis ojos se toparon con esa constelación de su mirada. Aurora era como la luz del sol, o, mejor dicho, como la de la luna. Aunque no la viese, siempre estaba presente en mi memoria, con aquella radiante sonrisa que una vez me conquistó.

Me apoyé en el lavamanos, cerré los ojos con fuerza y, cuando alcé el rostro, me encontré directamente con la mirada de ella, quien había abierto la puerta de par en par y me observaba bajo el marco de esta. Cogí aire, reprimiendo las ganas que tenía de besar cada centímetro de su piel, para hacerle olvidar todas las lágrimas desperdiciadas y los días grises en los que no había podido disfrutar de la vida que merecía.

—Quería decirte que… —empezó a balbucear, y por un instante pareció arrepentirse de haberlo hecho. Dudó, se pasó la punta de los dedos por los labios y prosiguió—… que gracias por venir a buscarme una y otra vez, jamás creí que nadie que no fuesen las chicas fuese a estar de manera incondicional.

Me mordí la parte interior del labio para no lanzarme sobre ella y jurarle amor eterno, decirle que la amaba con toda mi alma, y que mi corazón siempre había sido suyo. Agarré la toalla de manos con fuerza y asentí como un bobo, sin ser capaz de articular palabra alguna sin que se me escapase la verdad.

—Te lo agradezco de veras.

—No hay de qué —conseguí decir.

Aurora volvió a abrazarse a mí con firmeza y una intensidad que me demostró lo mucho que significaba aquello para ella, por lo que no pude evitar rodearla con mis brazos para cobijarla contra mi pecho, sintiendo su respiración chocar contra mi piel.

Ojalá hubiese sido valiente.

Ojalá habérselo confesado a tiempo.

Ojalá no haber perdido tantos años de mi vida lejos de ella.



# Capítulo 30

Durante horas la observé dormir.

Me sentí culpable de hacerlo, como si no mereciese deleitarme con su hermoso rostro. Mirarle de aquella forma se me había antojado la misma que tiene un pintor admirando su bella obra, solo que Aurora era artista, lienzo y cada una de las pinceladas. Ella lo era todo.

Eran las tres de la mañana cuando varios rayos cruzaron el cielo mientras la lluvia no dejaba de repiquetear en los cristales de la ventana. Aurora se estremeció en sueños, lo que hizo que se acercase un poquito más a mí. Mi corazón se saltó un latido cuando su mano se deslizó hasta tocar mi brazo, porque sí, deseé con todas mis fuerzas tomarla, recostarla contra mi pecho y cuidar de ella hasta que su alma estuviese en calma.

En un impulso lleno de atrevimiento, alcé una de mis manos hasta llegar a su mejilla, y con la yema de mis dedos reseguí su mentón, para segundos después echar hacia atrás varios de los mechones que caían por su cara. El contacto con su piel provocó que un rayo de electricidad me recorriese el cuerpo, consiguiendo que todo mi vello se erizase.

El rostro de Aurora parecía haber sido tallado en mármol, cincelado a la perfección, dejando a la vista esas preciosas pecas que salpicaban su semblante. Tenía los labios carnosos y al mismo tiempo delicados. Cogí aire, sintiendo como las ganas de volver a besarla me carcomían.

Tal vez me hubiese sobrepasado, en realidad, desde ese momento no había podido dejar de pensar en ello. El cosquilleo en mi boca, cómo Aurora había correspondido al beso… Ni siquiera sabía si era producto del nerviosismo y de esa ansiedad que la había mantenido alerta tanto tiempo, pero me había sabido a gloria.

Había aguantado las ganas de besarla en cada una de las ocasiones en las que había estado cerca de ella, porque sí… Aurora se había colado hasta lo más profundo de mi ser, y si me lo hubiese pedido, habría venerado el suelo que sus delicados pies pisaban. Joder, ¿cómo no iba a estar loco por ella? Era la mujer más dulce, inteligente, divertida y hermosa que mis ojos hubiesen visto jamás. Llevaba más de diez años lejos de ella, y aunque era demasiado tiempo, no fue suficiente como para que la borrase de mi memoria.

Maldije para mis adentros, porque observarla de aquella forma me mataba. Lo hacía al darme cuenta de que no me había atrevido a buscarla más allá de preguntarle a mi abuela si sabía algo de su paradero. Hubiese sido tan sencillo como pedirle su número a María, pero no… ¿Cómo había sido tan cobarde? Me lo había preguntado en tantas ocasiones que estaba cansado de seguir sin tener una respuesta que justificase mi silencio. Me aterraba pensar que lo que sentía por Aurora no se viese correspondido, que no me pidiese que me quedase a su lado hasta el fin de los tiempos cuando era algo que había ansiado durante toda mi vida. Contuve el aliento. Quería confesárselo, arriesgarme, porque amarla en silencio lo único que conseguía era que su dolor no dejase de hacer mella en mí. No quería ser un amigo más, necesitaba ser algo más allá, algo que ni siquiera se pudiese categorizar.

—No sabes lo mucho que significas para mí —musité con la voz estrangulada.

Por primera vez me atreví a decírselo, pero no quería conformarme con eso, deseaba gritárselo desde la roca más alta del pueblo, que todo el mundo se enterase de que había sido un miedoso y que se había acabado eso de temerle a la verdad.

Aurora se removió en la cama hasta que quedó casi pegada a mi pecho, así que en un leve movimiento la recoloqué, percibiendo su pausada respiración.

—Estaré aquí para ti siempre, Aurorita —susurré, pasando mis dedos por su cabello.



# Capítulo 31

## Aurora

Desperté sobre su pecho, cubierta por una sábana y rodeada por uno de sus brazos que se encajaba en mi cintura. Alcé la mirada, permitiéndome el lujo de observarle con la devoción que sentía por él y el amor inconfesable que le profesaba.

Le amaba como nunca había querido a nadie y lo cierto era que ninguna de mis relaciones había sido tan duradera como para significar algo. Ni siquiera me llenaron lo suficiente. Creí que no eran los hombres adecuados, pero en aquel preciso instante caí en la cuenta de que el problema no era ellos, sino yo, que tenía el corazón ocupado. Marco lo había tenido desde antes de que me besase en aquel callejón a oscuras, antes incluso de que nos hubiésemos despedido.

Me mordí el labio inferior, alcé una de mis manos, en un acto de valentía que no logré descifrar de dónde venía, y acaricié con mimo su rostro. Era tan hermoso que los ángeles debían parecerse a él, tan perfecto que conseguía que me doliese el alma de quererle en aquel silencio que me perforaba por dentro. Estaba tan dormido que no se percató, cosa que agradecí. «Dios, lo daría todo por tenerle siempre a mi lado», me confesé a mí misma.

Unos minutos más tarde, noté como empezaba a removerse bajo mi cuerpo, agarrándome con más ímpetu. Con lentitud, me miró, parpadeando en repetidas ocasiones. Una dulce sonrisa se dibujó en su semblante, por lo que no pude hacer otra cosa que corresponderle. Antes siquiera de que pudiese decir nada, su mirada descendió hasta mi boca, por lo que mis mejillas se enrojecieron y nos unió en un dulce beso que consiguió que ese cosquilleo tan especial naciese de nuevo en mi vientre. Cerré los ojos, quería atesorar aquel momento y grabarlo a fuego en mi

mente para no olvidarlo jamás.

Deseé devolverle el beso, deshacerme en sus brazos, perderme en su mirada azul y en su cabello rizado. Deseaba reseguir cada centímetro de su piel, buscar cada una de sus pecas que, como constelaciones, se repartían por todo su cuerpo desnudo, y esos tatuajes que lucía por todo él.

—Buenos días —me saludó, como si aquel beso no hubiese sido nada, aunque para mí lo había significado todo.

¿Cómo podía amarle con aquella intensidad? ¿Cómo podía haber permanecido todo aquello en mi corazón a pesar del tiempo? Había guardado cada recuerdo juntos como la más valiosa de las joyas, preservando cada momento a su lado para no olvidarlo. Tragué saliva e intenté reponerme de aquel gesto.

—Buenos días —pronuncié con la voz estrangulada.

Aún estaba perdida en su mirada, en cómo sus ojos me escrutaban con aquel cariño que lograba acunar mis miedos y sanar cada una de mis heridas.

—¿Has podido descansar? —se preocupó.

—Lo cierto es que sí —me apresuré a responder, alejando de mi mente los pensamientos que no dejaban de repetirse en mi cabeza.

—Me alegro —aseguró, al mismo tiempo que una dulce sonrisa se dibujaba en sus labios, embriagándome como el mejor de los néctares.

Antes de decir nada más, se puso de pie y se encerró en el baño, por lo que aproveché para pasar la punta de los dedos por mis labios, sintiendo el cosquilleo que aún permanecía en ellos tras aquel beso. Estaba tan confusa… Una parte de mí deseaba preguntarle, saber qué sentía por mí, pero otra estaba aterrorizada, solo de pesar que no me correspondiese me mataba por dentro. Por lo que pensé que la mejor opción era no saber qué era lo que sentía, que sentir el rechazo en su mirada. En realidad, dudaba que pudiese seguir adelante tras tanto dolor.

Me puse la ropa del día anterior, la cual ya estaba más que seca, y bajé a la recepción del hotel a encargar algo de desayuno para que lo subieran a la habitación ya que no teníamos nada. Mientras esperaba a que la mujer me informase de lo que tenían en el buffet, aproveché para salir al porche y así respirar aire fresco. Inspiré profundamente, cerré los ojos y, al abrirlos, se toparon con un hombre que se fumaba un cigarrillo, o eso creí ver, mientras se apoyaba en mi coche. Achiqué la mirada, asegurándome de que de verdad ese era nuestro coche.

—¡Eh, tú! —grité cuando estuve segura.

Este, sin hacerme caso, tiró el cigarro al suelo y lo pisoteó con ímpetu hasta que estuvo apagado. Me lanzó un último vistazo. Pude percibir el desprecio de sus ojos, cómo se clavaban en mí con rabia, algo que ni siquiera lograba entender. No aparté la vista de él. Cogí una bocanada de aire, armándome de valentía. Pero cuando me encaminé hacia donde estaba, este comenzó a caminar en dirección contraria a la mía.

Sin pensarlo dos veces salí corriendo tras él, gritando una y otra vez, intentando que alguien me prestase atención y detuviese a aquel hombre. Si le había hecho algo a mi coche, debía identificarle antes de que fuese demasiado tarde, pero entonces, choqué con alguien, cayendo de culo al suelo.

—Mierda —maldije para mis adentros.

—¿Estás bien? —me preguntó el hombre contra el que había chocado.

Le dije que sí con un movimiento de cabeza, y me levanté de un bote, justo a tiempo para ver como el otro se entremezclaba con los coches y la gente que se marchaba, consiguiendo que le perdiese de vista. ¿Quién demonios era y qué había hecho?

Mi teléfono empezó a sonar, lo que me sacó de ese estado de alerta en el que me encontraba. Lo saqué del bolsillo, y fue entonces cuando me percaté de que era mi abuela quien llamaba, por lo que no dudé ni un instante en responder.

—Buenos días, abuela —la saludé.

—¿Buenos días? —inquirió—. ¿Tú sabes la noche que me has dado? —añadió cabreada.

Cogí aire y suspiré. No iba a excusarme, porque tenía más razón que un santo. Estaba segura de que cuando llegase al pueblo, me agarraría de la oreja y me pasearía por cada una de las calles. Con todos los nervios del trayecto, el ataque de ansiedad y la llegada de Marco ni siquiera había recordado escribirle.

—Tienes suerte de que Marco pasase por casa antes de marcharse a buscarte —comentó, aún con aquel tono de reprimenda.

—Lo siento, abuela, de veras —le contesté con todo el pesar—. Están siendo días muy complicados, salir del pueblo no me está haciendo nada bien —me sinceré—. Lo cierto es que… Bueno… —Hice una pausa—. Tuve mucha suerte de que Marco me llamase y viniese a buscarme —aseguré.

—Marco es un muy buen chico —aseguró.

—Lo es… —musité, recordando nuestro beso—. No sé qué habría ocurrido si él no hubiese venido a buscarme.

—No sabes cuánto me alegro de que Marco haya vuelto a tu vida, Aurora —admitió, cambiando el tono por completo.

—Abuela, Marco y yo solo somos amigos.

No quería que confundiese términos ni el cariño que nos teníamos porque a pesar de que estaba enamorada hasta las trancas de él, seguíamos siendo eso: solo amigos. Aquel pensamiento me dolió en el alma, porque en lo más profundo de mi corazón sabía que deseaba que esa relación cambiase. Aunque tal vez, por la distancia que tuvimos, ni siquiera eso podíamos llegar a ser. Habían pasado tantos años que nos habíamos convertido en dos desconocidos dispuestos a saberlo todo del otro.

—Bueno, ¿y qué más quieres? —Quiso saber para, segundos después, dejar ir una carcajada —. Ay, mi niña —murmuró—, siempre supe que estabais destinados a estar juntos —aseguró—, y estoy segura de que vuestro vínculo jamás desaparecerá, no ahora que ha vuelto a su ser.

Una amarga lágrima recorrió mi mejilla, encogiéndome incluso el alma, por lo que no pude evitar coger una bocanada, contener el aire y suspirar, intentando frenar la pena de pensar en un futuro sin él.

—No quiero que se marche —lloriqueé, sintiendo como mi entereza iba desapareciendo poco a poco, como la arena de la playa entre mis manos.

El dolor de su pérdida me asoló por completo, arrollando la tranquilidad que había mantenido desde su llegada. Un gimoteo se me escapó de lo más profundo de mi garganta, por lo que la abuela chistó al otro lado, y la imaginé negando con la cabeza.

—Si tú se lo pides, no lo hará.



# Capítulo 32

—¿Va todo bien? —Quiso saber Marco, cuando subí.

Me sequé las pocas lágrimas que aún quedaban en los ojos, y respondí con un escueto «sí» mientras me encargaba de recoger lo poco que tenía en la habitación. Suspiré, y entonces sentí como sus manos se colocaban a ambos lados de mis hombros, instándome a girar, por lo que acabé claudicando.

—Lo digo en serio —insistió.

Su mirada estaba tan fija en la mía que creí que en cualquier momento podría leerme el pensamiento como si tuviésemos telepatía.

—Sí, no es nada —intenté parecer lo más segura posible.

No quería preocuparle, y lo cierto era que mi único mal era no confesar lo que llevaba guardándome durante tanto tiempo. Esbocé una mueca en los labios, aunque supe que en cierto modo acabó siendo más triste de lo que me hubiese gustado.

—Quiero que confíes plenamente en mí, Aurora —aseguró, al mismo tiempo que tomaba mis manos y las acariciaba con los pulgares—, y que me cuentes cuando algo te preocupe.

La vista se me empezó a turbar, tanto que apenas podía enfocar. Me merecía tener a alguien tan bueno como él a mi lado, sabía que así era, pero saber que no lo estaría de la manera que esperaba me partía el corazón.

—Pues ahora que lo dices… —murmuré nerviosa—. Cuando he ido a pedir el desayuno, he visto por la ventana como un hombre se fumaba un cigarrillo apoyado en mi coche —le relaté lo ocurrido, y se pasó una mano por el rostro, pensativo.

Intenté pensar en qué demonios estaría haciendo el hombre, mi mente iba más allá, aunque otra parte de mí creía que empezaba a comportarme como una loca al pensar que solo porque se hubiese apoyado en el coche ya podría estar tramando algo, pero… ¿y si estaba relacionado con el accidente de las chicas y había venido a terminar lo que ese malnacido no pudo llevar a cabo?

—No te preocupes —me pidió Marco—, revisaremos que esté todo bien antes de salir hacia el pueblo.

Le dije que sí con un movimiento de cabeza, aún preocupada, pensando en las posibilidades que había de que aquello fuese solo una paranoia mía o algo real.

Tras mirar que todo estuviese en su sitio, cogimos carretera y manta en dirección al pueblo. Aún tardaríamos varias horas, aunque la verdad era que no me importaba. Estar con Marco era siempre un placer.

—Háblame de tu vida —solicité mientras fijaba la vista en el horizonte.

Marco había sugerido ser él quien condujese las horas que nos quedaban por delante, ya que, aunque estaba mejor, no sabíamos en qué momento podría volver a tener un ataque de ansiedad como el que sufrí mientras volvía hacia casa.

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntó.

—No sé… Han pasado muchos años desde que nos vimos por última vez —comenté.

Mi mente voló, de nuevo, hacia nuestro último encuentro, ese en el que me besó justo antes de desaparecer por el callejón. Contuve una ligera sonrisa que ya empezaba a percibirse en mis labios.

—Ya me has hablado de tu trabajo, pero ahora quiero que me hables de ti.

—Sigo siendo el mismo de siempre —aseguró.

—Nadie es el mismo cuando pasan más de diez años —suspiré con pesar, porque lo sabía a ciencia cierta, yo no era la misma, ni siquiera podría decir que lo era igual que el día anterior.

Este asintió un par de veces, sin estar demasiado convencido de lo que acababa de decirle, y me lo dejó aún más claro cuando una mueca divertida se dibujó en sus labios.

—¡Vamos! —exclamé—. ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

—Pues te sorprenderá, pero llevo unos años aficionándome al arte.

—¿Qué clase de arte? —Quise saber.

—Me encanta leer, sobre todo novelas históricas, es fascinante cómo te transportan a una época que no es la tuya con tan solo palabras —comentó mientras continuaba con la vista fija en la carretera—. También he empezado a pintar.

—Oh, vaya, eso sí que no me lo esperaba —espeté, llevándome una mano a la boca.

—Tal vez algún día tengas el placer de recibir una obra personalizada, Aurorita.

«Aurorita», repetí para mis adentros. Mi nombre sonaba como una melodía en sus labios, como el cantar de un pájaro, tan alegre y dulce que jamás me cansaría de escucharlo.

—Sería todo un honor, señor Ortiz.

Una sonrisilla burlona se creó en mis labios, y no pude evitar que poco después una carcajada se escapase de lo más profundo de mi ser. En realidad, lo sería. Me encantaría poder tener un lienzo pintado por él, sería un nuevo tesoro que añadir a la lista de los que ya tenía.

—¿Y tú? —inquirió—. ¿Qué te gusta hacer?

Durante unos segundos permanecí pensativa, porque apenas había vivido desde la muerte de las chicas, aunque sí que lo hice años atrás cuando disfruté de mi paso por la universidad, el vivir con ellas y conocer mundo. Uno en el que me había escondido para que el dolor no me encontrase.

Cogí una bocanada de aire, sintiendo como una presión se instauraba en mi pecho, en la zona baja de mi garganta, como si un nudo se hubiese creado en esta. Carraspeé, empujando a las palabras a salir.

—Me he aficionado a correr —comenté sin darle demasiada importancia—, también he viajado mucho en los últimos años.

—Tal vez, algún día puedas venir a Edimburgo —comentó—, podría hacerte de guía privado —añadió, guiñándome un ojo.

Percibí como todo mi gesto se ensombrecía, porque una parte de mí identificó que ese «puedas venir a Edimburgo» efectivamente quería decir que en cualquier momento Marco se marcharía.

—Dime lo que de verdad quieres saber —me instó al mismo tiempo que giraba el rostro para mirarme.

Un poderoso fuego me subió hasta las mejillas mientras arrasaba con todo a su paso. Contuve el aliento. Me moría de curiosidad por saber si había alguien esperando en Edimburgo, si después de tantos años allí había formado una familia… Pero lo cierto era que no estaba preparada para preguntarle.



# Capítulo 33

—¡Vamos! —me instó—. ¿O es que ahora te ha comido la lengua el gato?

—No, ¡claro que no! —exclamé ofendida.

—¿Entonces? —Enarcó una ceja.

—Es puro chisme —admití.

Marco parecía estar pasándoselo en grande, lo que conseguía que un cosquilleo se instaurase en mi vientre y llegase a mis labios. No había dejado de sonreír en todo el trayecto. Tenerle tan cerca hacía que me olvidase de todo el mal que me había asolado en algún momento, era como entrar en una burbuja donde no existía nada que pudiese herirme.

—*Ehm*… —musité—. Yo…

—¡Venga, arranca! —bramó divertido.

Negué con la cabeza.

—Creo que voy a reservármelo.

Desvié la mirada hacia los campos que nos rodeaban, podía sentir como mi pecho se llenaba de orgullo al pensar que esa era mi tierra, la que durante años me acogió con los brazos abiertos.

—Aún queda mucho trayecto, ¿vas a quedarte callada? —inquirió socarrón.

—Tal vez.

Sin que pudiese esperarlo, Marco depositó su mano derecha sobre mi muslo, provocando que todo mi ser se revolucionase. Las mejillas me ardieron, igual que lo hizo el contacto de su piel contra la mía, aunque esta vez no pareció molestarle. El corazón me dio un brinco en el pecho

con tanta fuerza que creí que se había saltado un latido de por medio.

—No voy a morderte, ¿lo sabes?

—¿Tienes pareja? —mi pregunta salió como impedida por un resorte, sin que nadie le diese permiso y sin siquiera haberlo pedido.

Marco dejó ir una sonora carcajada que me sonó a gloria, mientras no dejaba de negar una y otra vez con la cabeza.

—¿Esa era la pregunta? —inquirió entre risas.

Asentí, sabiendo que su respuesta tal vez no sería la que esperaba. No supe en qué momento había dejado de respirar cuando lo dejé ir en el preciso instante en el que respondió:

—Creo que te responderé a tu pregunta con una condición.

—¿Qué condición? —Quise saber, llena de curiosidad.

—Te la diré cuando lleguemos.

El resto de la mañana pasó bastante deprisa, más de lo que me hubiese gustado. Durante el resto del viaje recordamos batallitas de cuando no éramos más que unos críos que jugaban por el pueblo a polis y cacos. Había sentido mis mejillas arder en el instante en el que rememoró nuestro encuentro en el callejón, obviando un pequeño detalle que yo atesoraba como un maravilloso regalo. Por un momento deseé que aquel viaje no terminase jamás, que el pueblo cada vez estuviese más lejos con tal de poder disfrutar un ratito más de él.

Desde que murieron las chicas había estado tan encerrada en mí misma y en mi dolor que apenas tuve tiempo de ver más allá de todo ese mal. Mirar al pasado me mataba, y por no hacerlo había enterrado a alguien a quien amaba consigo. Marco me hacía sentir en un lugar seguro del que no me quería marchar, era como estar en una burbuja de luz llena de amor donde nada podía herirme, ni siquiera los fantasmas del pasado que no dejaban de susurrarme al oído. Era como un salvavidas, como esa estrella que nunca se apagaba en la oscuridad, o esa sonrisa perenne que era capaz de alegrar a cualquiera.

Le miré de soslayo, cómo su vista estaba tan fija en la carretera, esa que se conocía como la palma de sus manos. Había tantas cosas que callaba, que ni siquiera sabía cómo lograría contárselo todo, si es que en algún momento lo hacía.

Mi teléfono emitió un sonido, lo que hizo que lo mirase de inmediato. Ya había avisado a la

abuela de que llegaría para comer, pero no le había dicho nada a Vega, quien seguía en ascuas desde el día anterior.

Vega:
Me tienes preocupada.

Aurora:
No te preocupes, tuve un pequeño ataque de ansiedad y Marco vino a buscarme.
Se nos hizo un poco tarde y paramos a dormir a medio camino.

Respondí con sinceridad, si quería tenerle de nuevo en mi vida sería con todo. Tal vez aún no me sintiese igual de conectada con ella que antes, pero en algún momento lo haría, porque sabía que la Vega que una vez conoció y que se convirtió en su hermana de otra madre seguía dentro de la chica que había vuelto de Estados unidos.

Vega:
¿El chico del pueblo?

Aurora:
Sí, ese mismo.

Sabía de su vida porque no dejaba de hablar de él cuando éramos unas crías. Le había relatado cómo eran mis veranos cientos de veces, cómo se sentía una al vivir en un pueblecito tan pequeño durante dos meses al año. Vega no tenía uno al que ir, por lo que le encantaba que le explicase cómo era. Algunas veces llegué a sentir pena por ella, ya que tener un pueblo al que retornar era la sensación más bonita del mundo.

Vega:
¿Va todo bien?

Aurora:
Sí, ahora sí.

A su lado todo iba bien, demasiado. No me acostumbraría a vivir con su ausencia, pero tendría que aprender a hacerlo cuando se marchase a Edimburgo.

# Marco

Dios, no éramos nada y lo quería ser todo a su lado. Tan solo mirarla sentía mi corazón latir frenético, cómo todo mi ser se revolucionaba para entrar en colapso y renacer segundos después. Aurora era como un maldito imán hacia el que me veía atraído de un modo irresistible.

Quise estirar mi mano para agarrar la suya, besarla con mimo, posando en él todo el amor que jamás verbalizaría. Me mordí el labio inferior, deseando que fuese el suyo. Negué con la cabeza, intentando apartar de mi mente aquellos pensamientos que lo único que hacían era distraerme. No iba a volver a atreverme a posar mi mano en su pierna, ni siquiera a besarla como hice esa misma mañana. Aunque era lo que más ansiaba. Me humedecí los labios y carraspeé, empujando a las palabras a salir de mi boca:

—No queda nada para llegar —comenté, probando a romper el silencio que se había instaurado en el coche.

La música había dejado de sonar, por lo que Aurora callaba irremediablemente. Durante todo el trayecto no habíamos dejado de hablar, y ella de canturrear alguna que otra canción, distrayéndose de lo ocurrido la noche anterior. Agradecí al universo el poder estar a su lado en un momento tan duro como el que atravesaba, y es que no quería siquiera imaginarme qué podría haberle ocurrido si no hubiese respondido mi llamada por accidente.

Aurora siempre fue una persona vital, alegre y risueña, pero desde que nos habíamos encontrado solo la veía como un fantasma de lo que una vez fue, tan gris como el cielo nublado y encerrada en sí misma. Se había colocado una coraza en la que no permitía que nadie entrase, y a pesar de esto, me había prometido a mí mismo que antes de partir, lograría colarme en ella costase lo que costase.

—¡Mira! —exclamó—. ¡Ya se ven los molinos!

Ver los molinos de viento indicaba que estábamos cerca. Tan solo un par de curvas más, una larga recta y llegaríamos.

Aurora esbozó una leve sonrisa en sus labios, el latir en mi pecho se incrementó, y es que estaba tan jodidamente enamorado de ella que ni los años habían conseguido borrar lo que sentía al tenerle cerca.



# Capítulo 34

## Aurora

—Ya sé qué quiero a cambio de la respuesta —comentó Marco socarrón, al mismo tiempo que cogíamos la última recta que nos llevaba a la entrada del pueblo.

—Sorpréndeme.

—¿Te apetece que cenemos juntos esa noche? —propuso con una dulce sonrisa.

Un cosquilleo recorrió mi estómago, y llegó hasta la parte baja de mi vientre. Una mueca bobalicona se dibujó en mis labios sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Cuando nuestros ojos se encontraron fue como si me taladrase el alma, y volví a percibir esa sensación, como si lograse entrar en mi mente para averiguar hasta el más grande de mis secretos. Lo cierto era que ni siquiera necesitaba que utilizase su don, solo con abrir la boca y pedírmelo sería capaz de contárselos sin poder hacer nada por remediarlo.

Dios, estaba enamorada de él hasta las trancas. El problema no eran los otros chicos con los que intenté tener algo, el único inconveniente era que no eran ÉL. Marco siempre había estado escondido en un rinconcito de mi corazón, deslumbrando y aguardando el momento para volver a llamar a mi puerta.

—¿Entonces? —insistió al ver que no le contestaba.

—Me encantaría —respondí con total sinceridad.

—Genial —Hizo una pequeña pausa—, porque a mí también —aseguró, tomándome la mano, igual que lo había hecho durante el trayecto, y acariciándola.

Quise gritar, todo mi cuerpo se revolucionó hasta límites insospechados, consiguiendo que el latir de mi corazón fuese tan ensordecedor que ni siquiera lograba escuchar con claridad la música que aún sonaba en la radio. Me mordí el labio, y una enorme sonrisa se dibujó en estos por arte de magia. Él era magia, o al menos el mago que conseguía que todas las nubes de mi mente se desvanecieran, plagándola de estrellas.

—Marco, yo… —empecé a decir.

—¿Sí?

Contuve el aliento, porque después de todo el trayecto, de lo que habíamos estado hablando, sentía que faltaba algo por decir. La boca se me secó, por lo que abrí la botellita de agua y le di un largo trago.

—Es solo que… bueno… —balbuceé—. Te agradezco sobremanera que hayas venido, de verdad. Sin ti no sé dónde estaría.

—No hay nada que agradecer, Aurora. —Negó con la cabeza, restándole una importancia que para mí sí tenía—. Cualquiera lo hubiese hecho.

—No, cualquiera no —respondí al mismo tiempo que desviaba la mirada hacia el horizonte, perdiéndome entre los molinos de viento.

Al llegar a casa Marco saludó a la abuela, agarró su mochila y, tras depositar un casto beso en mi frente, se marchó sin decir nada más. No supe si mi último comentario le había molestado, pero seguía pensando lo mismo. No todo el mundo se recorrería doscientos kilómetros para ir a buscar a otra persona, al menos no a una con la que lleva más de diez años sin verse. Al menos, eso quería pensar una parte de mí, pero estaba tan confusa por todo lo que llevaba viviendo en los últimos días que no lograba pensar con la claridad suficiente como para poder distinguir a ciencia cierta cada sentimiento que afloraba en mi pecho.

—¿Cómo te encuentras, mi niña? —me preguntó la abuela, al mismo tiempo que me agarraba por el brazo.

Subimos con cuidado las escaleras y, antes de que pudiese decir nada más, me disculpé por haberla asustado. Porque sí, en los últimos días la había tenido con el corazón en un puño por culpa de mi caos mental y del pesar que seguía martilleando mi espíritu. No lo había hecho a propósito, y aunque sabía que la abuela era consciente de ello, quise recalcarlo.

—Entonces, dime —insistió—, ¿cómo te encuentras?

—Me encuentro, o al menos trato de hacerlo —admití con pena.

Me hubiese encantado decirle que estaba bien, pero lo cierto es que, a pesar de que Marco me había ayudado lo inexplicable, aún sentía esa presión en mi pecho que no me permitía respirar. Lo peor de todo era que me aterrorizaba verbalizar cada uno de mis sentimientos, porque sabía que eso haría que fuesen aún más reales.

—¿Qué te parece si comemos y después me cuentas qué os ha dicho el abogado? —preguntó —. He hecho albóndigas con salsita de almendras, esa que tanto te gusta.

Sonreí de forma inevitable, porque así era ella, su forma de amar era mediante la comida, los caprichos de última hora y los cientos de besos que guardaba para dártelos cuando menos lo esperabas. La estreché ligeramente entre mis brazos y pegué mis labios a su coronilla, ya que era más bajita que yo.

—Me parece perfecto —comenté—, pero antes voy a lavarme las manos.

Esta asintió un par de veces, por lo que me separé de ella y entré a mi habitación, dejando sobre la cama la bolsa que me llevé con ropa. Entonces me percaté de que mi baúl de los recuerdos estaba en ella. Por un instante dejé de respirar, y no me di cuenta hasta que los pulmones me ardieron. Boqueé, buscando el poco aire que volvía a colarse en mi pecho, y reseguí sus costuras con la punta de los dedos. Cerré los ojos, ¿estaba preparada para darles el lugar que merecían? ¿Y yo? ¿Estaba preparada para afrontar el último adiós? Mi móvil emitió un pitido, sacándome del estado en el que me encontraba.

Vega:
No sabes cuánto lamento no haber podido estar ahí para ti durante todo este tiempo. No solo por la muerte de tus padres, irremediablemente tuve que distanciarme por culpa de mi madre… Solo espero que algún día nuestra relación vuelva a ser la misma que una vez fue, me encantaría poder estar a tu lado en lo bueno y en lo malo, aunque haya un océano entre nosotras.

Aurora:
Un océano no logrará separarnos, Veg.
El tiempo pasó, nosotras crecimos y la vida nos puso a cada una en el lugar en el que debíamos estar. No te preocupes por mí, lo que pasó quedará en el pasado, y ahora lo único que quiero es centrarme en el presente, y tú estás en él.
Eso es lo más importante.

Vega:
Quiero que confíes en mí, Aurora.

Aurora:
Lo hago, pero hay cosas que siempre duele contar.

Vega:
Lo entiendo, y sé cómo te sientes.
Aquí estaré para cuando estés preparada.

Aurora:
No te preocupes, ¿vale?
Estaré bien, y cuando no lo esté, te lo haré saber.

Vega:
Gracias, Rory.
¿Estás ya en casa?

Aurora:
Sí, hemos llegado hace escasos diez minutos.
Voy a comer algo.
Luego hablamos.

Deseé tenerla más cerca, poder abrazarla y que me reconfortase, sentirme como aquella niña que una vez fui a su lado.

Comimos tranquilamente, aunque apenas tenía hambre, pero con tal de no escuchar a la abuela renegar, me acabé todo lo que había en el plato sin rechistar. Estaba a punto de marcharme a la habitación para descansar cuando de repente esta habló:

—¿Quieres que hablemos de lo que ha ocurrido? —me preguntó mi abuela, con aquel gesto lleno de preocupación y cariño que tenía cada vez que intentaba abordar el tema del accidente.

Asentí un par de veces mientras me acercaba a ella y me lanzaba a sus brazos. Le expliqué mi reencuentro con Vega, la ilusión que nos había hecho a ambas la casualidad tan bonita con la que nos había sorprendido el destino. También le conté sobre lo que nos comunicó el abogado y las sospechas que tenía sobre el pago encontrado en sus cuentas bancarias. Y, por último, rompí a llorar, aún cobijada por sus brazos, rememorando el ataque de ansiedad que había sufrido de vuelta a casa.

—Cielo, el duelo no es algo que debas olvidar o simplemente esconder —Agarró mis manos con mimo y se las llevó a la boca para besarlas con ternura—, llegará un día en el que tu vida crezca alrededor de ese dolor, aprenderás a sobrellevarlo y, aunque nunca desaparecerá, convivirás con él y recordarás a las chicas con todo ese amor que una vez sentiste por ellas.



# Capítulo 35

Tomé los consejos de la abuela, y es que tenía toda la razón del mundo. El duelo siempre estaría en mi corazón, solo debía aprender a vivir con él y no intentando luchar en su contra. La única forma de hacerlo era enfrentándome a aquello que tanto temía: sus cartas. Iba a abrirlas, aunque me costase la vida, porque sabía que lo único que conseguiría sería abrir más las heridas que tanto probé a cerrar.

—¿Estás preparada? —preguntó la abuela en el momento en el que pasó junto a mi habitación y me vio sentada en la cama.

Las manos me temblaban tanto como lo hacía mi espíritu, porque sí, al fin y al cabo, sabía que aquella sería la última vez que sabría de ellas.

—Nunca estaré lo suficientemente preparada para decirles adiós —admití—, pero si no es ahora, no lo haré nunca.

Mi abuela asintió al mismo tiempo que acababa de abrir la puerta, se acercaba a mí y depositaba un dulce beso en mi frente.

—Adelante con ello, mi niña —me animó.

Dejé que una mueca se dibujase en mis labios, intentando sonreír, pero lo cierto era que ni siquiera tenía fuerzas para ello. Lo que estaba a punto de hacer marcaría un antes y un después en mí, pero no solo eso, iba a abrir la herida que llevaba probando a cerrar desde hacía demasiado tiempo.

Cogí una bocanada de aire, posé dos dedos a ambos lados del baúl en el que las guardaba, y tiré de la tapa hacia arriba. El corazón me latía tan rápido que apenas me daba tiempo a

identificar cada uno de los sentimientos que me asolaban. Durante unos segundos las sostuve entre mis manos, pensativa, dudando cuál de ellas abrir, y es que sabía que leyese cual leyese me dejaría el alma en cada lágrima que saliese de mis ojos. Marta, África y Elena. Sus nombres se escribían en cada uno de los sobres. Los reseguí con la punta de los dedos, sintiendo como todo mi ser se estremecía.

—Puedes hacerlo —me repetí a mí misma.

Si quería avanzar, esa era la única forma de conseguirlo. No podía seguir anclada en el pasado, no debía permitir que sus fantasmas me arrastraran de nuevo a aquella noche, despellejándome, haciéndome sentir culpable por seguir viva.

Sabía que ellas que jamás me habrían recriminado el accidente, y me habían perdonado hacía mucho tiempo, era momento de que yo también lo hiciese. Lo que no disculparían sería que esas cartas permaneciesen en el baúl hasta el fin de los tiempos.

> «No sé siquiera cómo empezar esta carta. Sé que no estamos en nuestro mejor momento, que tal vez haya metido más cizaña de la que debería y que lo haya enturbiado todo más de lo necesario. No quiero que pienses que es por ti. Me he sentido invisible tantas veces, Aurora, que no deseaba volver a hacerlo a tu lado. Marta y tú siempre estáis unidas, y ver que África te había concedido el honor de ser su dama de honor principal y la organizadora de la despedida me dolió más de lo que debería».

Una triste mueca se dibujó en mi rostro. Elena siempre había pasado desapercibida, era la típica chica calladita, divertida pero que nunca quiere ser el centro de atención. Me sentí mal y apenada por ella, porque por una vez en la vida quiso tener esa confianza de África y yo se la arrebaté. Podía recordar la de veces que Elena no había estado de acuerdo con mis ideas, como había rebatido cada una de ellas encontrándoles un «pero» que las invalidase. Todo tenía su porqué y allí estaba. Ojalá lo hubiese sabido, tal vez no habrían muerto, al menos no con aquella congoja.

> «No te culpo, de verdad… Incluso Marta hubiese estado encantada de hacerlo. Sé que has intentado involucrarnos a todas, que fuese algo en equipo, pero al final la que acababa decidiendo eras tú. Tú, la Aurorita perfecta, la niña sin papás».

Pude percibir un deje de rencor en sus palabras, en esa forma que había tenido de escribir la última parte del párrafo. Yo no había elegido vivir sin padres, ser adoptada, o luchar por lo que amaba. No era perfecta, y jamás lo sería. Lo que no comprendía era ese desprecio, aunque decidí que eran los celos quienes hablaban por ella.

«Lo siento, Aurora.

Esta carta no debería ser para reprocharte nada, sino para agradecerte la maravillosa amiga que has sido siempre. Has estado a mi lado, igual que las chicas, para apoyarnos en cualquier decisión, para aconsejarnos, aunque no siempre te hiciésemos caso, pero, al fin y al cabo, has estado ahí y hay muy poca gente que pueda decir que tiene esa incondicionalidad que solo tú tienes.

Nunca te importó ser la primera, ni la segunda, eras feliz dando, cuidándonos, preocupándote, y ahora me he dado cuenta de que no te lo he agradecido lo suficiente. Siempre envidié la bondad que había en ti, esa luz que irradiabas a pesar de las circunstancias. Ojalá algún día puedas contarme tu secreto, y me dejes ser un poquito más como tú.

Te quiero.

-Elena».

La vista se me empañó, me hubiese gustado tanto poder abrazarla, decirle que fue más que suficiente y que a pesar de que ella no se diese cuenta, la queríamos como a la que más. Si nuestra amistad persistía era porque la teníamos con nosotras, con aquella risa contagiosa que nos calentaba el corazón tan solo escucharla.

Suspiré, intentando contener el llanto. Las manos me temblaron cuando dejé la carta de Elena a un lado y tomé la de África.

«Mi amada Aurora:

Dios, tengo tantas ganas de veros que no sé ni qué decirte. Ni siquiera recuerdo un día en el que no hayas estado presente en mi vida, y sentir que te tengo que decir adiós me mata por dentro. Durante años has sido mi mejor amiga, mi confidente, y por eso he decidido que seas tú la que organizase la

despedida de soltera. Eres la niña de mis ojos, la hermana pequeña que nunca tuve y creo que eso se podía percibir en el ambiente desde el principio. Amo a Elena y Marta, pero contigo es todo tan distinto. La vida es sencilla a tu lado, hablar sin tapujos, ser real, sin aparentar… No aspiro ni quiero nada más que no sea eso, y contigo lo puedo tener, incluso con las chicas.

Nunca creí que llegaría a tener una conexión con alguien tan especial como la que tengo contigo, es por eso por lo que quiero que seas mi madrina de bodas y nos acompañes al altar. No te lo he dicho antes porque quería que fuese una sorpresa, así que aquí está… ¡*Tachán*!

Gracias, mi Aurora. Juntas iremos al fin del mundo, ¿te apuntas?

Siempre estarás en mi equipo.

-África».

Lloré. Lo hice con el corazón en las manos, recordando aquella frase que ella misma había escrito. Cuando no éramos más que unas niñas, África era la única que cuando salía como capitana en los juegos del pueblo me elegía entre todas, la primera, y eso jamás ocurría. ¿Cómo se suponía que debía seguir viviendo con su ausencia? Jamás dejaría de anhelar el poder estrecharlas entre mis brazos, decirles cuánto las quería y compartir esas noches de chicas que con tanto cariño atesoraba.

Me sequé las lágrimas, con el pecho encogido, gimoteando como una niña pequeña, removiendo toda esa congoja que llevaba guardando en mi interior desde su muerte. Había llorado tantas veces, pero aún no había tenido que despedirme de ellas como en aquel momento. No existían más cartas, más despedidas, más de ellas… Sollocé, cubriéndome el rostro con las manos. Recogí un mechón que caía sobre mi rostro cuando alcé de nuevo la mirada, colocándolo tras mi oreja, y miré hacia el baúl, cogiendo la última carta y viendo como en su interior aún quedaba doblado algo más.

«Querida Aurora:

Puede que no te lo diga con la frecuencia que desearías, o que no te lo demuestre muy a menudo, pero lo cierto es que te necesito como el aire al que respiro. Cuando nos conocimos no éramos más que dos mocosas a las que obligaban a jugar sus abuelas. ¿Te acuerdas cuando perseguíamos las gallinas que se le escapaban al señor Juan? Estoy segura de que sí. Al final acababa

abroncándonos porque decía que las estresábamos y luego no daban huevos. ¡Pobre hombre! Santa paciencia. Con los años te has ido convirtiendo en algo más que todo eso. Eres mi hermana, y así has demostrado serlo durante todo este tiempo. No importa dónde estemos, ni si en algún momento discutimos, porque sé que, a pesar de todo, vas a estar ahí».

La tinta se emborronó en al final de la línea, cosa que no logré entender hasta que leí el párrafo siguiente.

«Te voy a necesitar siempre a mi lado, aunque te diga que no. Eres la única capaz de sostenerme, de saber qué pasa por mi cabeza cuando ni siquiera yo sé qué es lo que ocurre. Jamás podré olvidar el momento en el que entraste por la puerta de mi casa, hecha un manojo de nervios, y sin saber qué hacer, me abrazaste con fuerza, permitiéndome llorar en tu pecho, calmando el desasosiego que me destrozaba por dentro. Joder, no éramos más que unas crías.

Nunca podré devolverte todo lo que me has dado, pero lo intentaré por el resto de mis días.

No sé qué más decirte, pero creo que todo puede resumirse en:

Te quiero. Siempre.

-Marty».

Mis ojos se llenaron de lágrimas, porque, al igual que le ocurría a ella, ese momento de nuestra historia estaba grabado a fuego en mi mente y en mi corazón. Deseé que aquella carta no acabase nunca, poder estrechar a Marta entre mis brazos para no soltarla jamás. Las manos empezaron a temblarme, y las gotas cayeron sobre la tinta, creando una lágrima azul que recorrió el papel hasta morir en mis piernas. Ella era la hermana que no había tenido, mi confidente, esa persona especial a la que sabes que siempre puedes llamar. Marta lo era todo, y en aquel instante había desaparecido para no ser nada más.

Echaba tanto de menos escribirle que en cientos de ocasiones lo hice, abrí su chat y le dije lo mucho que anhelaba nuestras conversaciones, a sabiendas de que no recibiría respuesta alguna. Una parte de mí deseó hacerlo, quería despertar y que no fuese más que una pesadilla, que estuviese de nuevo ahí, a mi lado, acariciando mi cabello.

Dejé la carta sobre la cama, al mismo tiempo que un fuerte alarido se escapaba de mi interior, lleno de dolor y rabia. Tapé mi rostro con las manos, dejándome llevar por todo el tormento que llevaba meses corroyéndome.

—Cielo, ha venido Marco a buscarte —me informó la abuela al otro lado de la puerta.

Apreté con fuerza mis labios, sellándolos en una línea, conteniendo el pesar que me mataba lentamente. No quería romperme de nuevo, porque sabía que, si lo hacía, esta vez arrasaría con todo y a ella le afectaría tanto como yo.

—Dile que se vaya. —Alcé la voz.

Escuché unos pasos subir las escaleras de dos en dos, y segundos después cómo alguien tocaba la puerta con los nudillos. Podía ver su figura al otro lado del cristal, cómo se apoyaba sobre el quicio de esta, aguardando a que le abriese.

—Déjame, Marco —le rogué tan acongojada que incluso el aire me faltaba.

—No pienso dejarte jamás, Aurora —aseguró—, ¿me escuchas?

Sentí mi labio inferior temblar en un puchero, como todo mi cuerpo lo hacía, hecho un manojo de nervios y lágrimas.



# Capítulo 36

El aire me faltaba, apenas podía respirar, pero aun así saqué las fuerzas suficientes como para rogarle a Marco que se marchase.

—Por favor, Aurora —me pidió tras la puerta.

—Márchate —le supliqué, con los ojos llenos de lágrimas.

Me dolía incluso el alma de tener que estar pidiéndole aquello cuando mi corazón lo único que necesitaba era que me estrechase entre sus brazos, cobijándome de nuevo. Me tiré en la cama, haciéndome un ovillo, regodeándome en mi propia desgracia.

—Aurora… —empezó a decir.

—Por favor —rogué al borde del llanto.

—Llámame, ¿vale? —claudicó justo antes de marcharse, sin siquiera esperar respuesta alguna.

Rompí a llorar, sintiéndome aún peor por haberle echado de mi lado, pero necesitaba pasar por aquello sola. Él no estaría toda la vida para protegerme de mis propios demonios, por lo que debía aprender a hacerlo por mí misma. El pecho me dolía, apenas podía respirar con normalidad y todo mi cuerpo temblaba a causa de cada quejido que se escapaba entre mis labios. Me pasé una mano por el rostro, notando como me ahogaba poco a poco. Las lágrimas apenas me dejaban ver los papeles que se amontonaban sobre la cómoda. Eso era lo único que me quedaba de ellas, tres notas en las que apenas decían nada, en las que jamás podría encontrarlas. Ellas no eran tres cartas, sino mis hermanas. Tal vez no siempre nos lleváramos bien, discutiéramos y nos enfadáramos, pero, al fin y al cabo, eso era lo que nos unía.

Lo habían sido todo para mí, y ya no tenía nada de lo que ellas representaban, tan solo el recuerdo de lo que una vez fuimos. Miré las fotografías que colgaban de la pared de mi habitación, como sonreíamos en cada una de ellas. No pude reprimir un fuerte quejido que resonó en esta, rasgándome la garganta, rompiéndome en mil pedazos. Se decía que nadie podía morir de pena, pero haberlas dejado marchar de aquella forma me hacía dudar de que no pudiese conseguirlo. Me ahogué con mi propio llanto, notando como un enorme nudo se creaba en mi garganta.

Bajé al suelo, dejándome caer, abrazándome a mí misma sobre la alfombra, pasando los brazos alrededor de mis rodillas. Estaba sola y jodida, más de lo que hubiese imaginado. Tal vez no estaba, ni por asomo, preparada para abrir aquellas cartas y decirles adiós para siempre. Cogí una bocanada de aire, percibiendo como mi pecho subía y bajaba con insistencia. Me sequé las lágrimas con un pañuelo, intentando hacerlas desaparecer, pero lo que jamás se desvanecería de mi interior era ese sufrimiento que me paralizaba hasta dejarme sin aliento.

Desperté en medio de la noche, hecha un ovillo en el suelo, con los ojos hinchados de tanto llorar, porque a pesar de que me había quedado dormida, ni siquiera en sueños dejé de anhelarlas. Bajé al baño a lavarme la cara y tomarme una pastilla para poder seguir durmiendo, pero ni así conseguí hacerlo.

Eran las seis de la mañana cuando llegué al cerro, donde me senté a ver el amanecer, en la piedra de la cobertura, deseando grabar a fuego aquel sentimiento de autenticidad que me invadía. Había estado allí tantas veces que ni siquiera recordaba cuántas habían sido, pero aun así continuaba deseando atesorar cada amanecer que veía, guardándolo en mi corazón para reconfortarme cuando las fuerzas me faltasen.

Durante mucho tiempo subí a la roca para pensar, intentando evadirme de todo lo que me rodeaba, huyendo de todo y todos. Suspiré, una parte de mí deseaba poder compartir, de nuevo, aquellos amaneceres con mis amigas, tras las fiestas, con una buena papelina de churros con chocolate.

Era momento de decirles adiós, aunque sabía que nunca desaparecerían de mi corazón. Siempre quedaría algo de ellas, un recuerdo por el que sonreír y una despedida arrebatada por la que llorar. Les escribiría una carta a cada una de ellas, y permitiría que mi pesar se marchase.

—¿Qué haces aquí? —Escuché como me preguntaba Marco un metro más allá.

Ni siquiera me sobresalté al oírle. Había podido percibir sus pisadas en el crujir de la arena

bajo sus pies. Giré lo suficiente la cabeza como para poder verle de soslayo, iba con unos pantalones de deporte y una camiseta blanca. Se quitó los auriculares, guardándolos en uno de los bolsillos para no perderlos.

—No podía dormir —me excusé, sin importancia—, ¿y tú?

—Lo mismo —respondió al mismo tiempo que se colocaba a mi lado—, ¿te importa si me quedo?

—Adelante —le insté a sentarse.

Una triste mueca se dibujó en sus labios. Sabía que estaba dolido y que, en cierto modo, y solo tal vez, yo fuese la causante de su insomnio. Una parte de mí se arrepentía de lo ocurrido, aunque sabía que esa soledad a la que me había sometido era la que necesitaba. No me comporté bien con él, lo eché de mi lado sin darle razones para ello, aunque lo único que deseaba era tenerle cerca.

—Lo siento —susurré.

Durante unos segundos permaneció en silencio. Ambos lo hicimos, permitiéndonos el lujo de escuchar los pájaros piar.

—¿Por qué? —inquirió poco después, volteando el rostro para mirarme.

—Por todo —admití—, por dejarte colgado ayer, por los intentos de… —Hice una pequeña pausa, para recuperar el aliento, sin saber cómo hablar de ello—. Bueno, ya sabes… —murmuré —. No puedo tenerte siempre a mi lado para que me salves, Marco.

—¿Quién ha dicho que no? —Quiso saber.

Cogí aire y lo dejé ir a modo de suspiro, probando a aguantarme las incipientes ganas de llorar que me sacudían como un vendaval.

—Yo, Marco —respondí sin fuerzas.

—No creo que este sea el momento para hablar del tema —intentó zanjarlo, pero no estaba dispuesta a callar más.

Le miré con los ojos encharcados en lágrimas, mientras no era capaz de soportar el derramar una más.

—¡Claro que lo es! —exclamé al mismo tiempo que me ponía en pie de un salto, ignorando por completo mi propósito allí—. Estoy harta de sufrir, de evadirme de todo, de desear morir… ¿Por qué no íbamos a hablar del tema?

Se levantó, igual que había hecho yo segundos antes. Durante unos segundos permaneció en

silencio, negó con la cabeza y cerró los ojos, para abrirlos y fijarlos con firmeza en los míos. Eran tan azules como el mar de la Costa Brava en verano, relucientes, aguamarina, salvajes y puros.

—Porque no quiero que me eches de tu lado, Aurora —se sinceró.

Su respuesta me tomó por sorpresa, pero no lo suficiente como para no contestarle:

—Tú, irremediablemente, te marcharás de nuevo a Edimburgo y…

Mi voz se deshizo como por arte de magia. No quería que se fuese, deseaba tenerle a mi lado, no perderle de nuevo como habíamos hecho años atrás. Tragué saliva, al mismo tiempo que sentía como sus manos se posaban sobre mi cintura, acercándome a él.

Su mandíbula se tensó, podía escuchar el rechinar de sus muelas, cómo contenía algo que no lograba comprender, hasta que de su boca salió una confesión que no esperaba:

—No hay nadie esperándome en Edimburgo.

El latir en mi pecho creció, resonando con tanto ímpetu que creí que me desmayaría. Las manos me temblaban, y por un instante dejé de respirar. ¿Qué demonios me estaba ocurriendo? ¿Por qué me sentía de aquella forma con Marco?

—Pídemelo, Aurora.

—¿Qué? —pregunté confusa, sintiendo como mis pernas cimbreaban de los nervios.

—Pídeme que me quede —me ordenó con un tono de súplica que consiguió robarme el corazón.



# Capítulo 37

—Marco yo…

Antes de que pudiese decir algo más, posó sus manos a ambos lados de mi rostro y nos unió en un dulce beso que me supo a gloria. Solo él tenía el don de conseguir que todos mis males desaparecieran, y una vez más lo había conseguido. Me sentía en una nube, con los ojos cerrados, como si levitase en el sitio aún sujeta por sus manos. Podía notar su respiración chocando con la mía, cómo mi corazón latía con tanta fuerza que se saltó un latido, y por un instante deseé no abrir los ojos para que aquel instante fuese eterno.

—Pídemelo —rogó aún contra mi boca.

Di un paso hacia atrás, aunque todo mi ser me pedía que no me separase de él. Nuestras miradas se encontraron, y entre ellas saltaron unas chispas que jamás había experimentado. En los ojos de Marco no había solo un amor irracional e incondicional, sino también una súplica que no atendía a nada que no fuesen nuestros sentimientos.

Cogí una bocanada de aire y lo dejé ir a modo de suspiro. El corazón se me iba a escapar de un momento a otro de la fuerza con la que palpitaba en mi pecho, era tal su latir que se había vuelto ensordecedor.

—Marco —empecé a responder, viendo la duda en su mirada—, jamás podría pedirte algo así, tú tienes tu vida allí y…

—Entonces ven conmigo —propuso, interrumpiéndome.

Aquello me pilló por sorpresa, dejándome sin palabras. Tragué saliva. ¿Qué demonios se suponía que debía decir a aquello? Desvié la mirada, intentando pensar con la poca claridad que

me quedaba, y es que solo de sentir sus ojos sobre mí, notaba como todo mi mundo se tambaleaba de nuevo.

—Creo que todo esto está yendo demasiado deprisa y… —murmuré—. Necesito centrarme en las chicas.

Todo eso no era más que una excusa. Me moría de ganas de tenerle cerca, de marcharme con él bien lejos, de olvidarme de todos los fantasmas que no dejaban de perseguirme, pero también me mataba pensar en dejar a la abuela allí sola, de nuevo, sin nadie que le hiciese compañía. Era una cobarde, le había dicho que no por miedo a sufrir, temerosa de que me rompiese el corazón y lo pisotease.

—Lo siento —dije en voz baja mientras me acercaba a él para depositar un beso en su mejilla.

Antes de que pudiese dar más de tres pasos, noté como me agarraba de la mano, tirando de mí. Haciendo que quedase pegada a su cuerpo, percibiendo como su agitada respiración iba calmándose.

—Dame una última oportunidad —me pidió con un tono de voz que consiguió erizar todos los vellos de mi cuerpo.

No la necesitaba, porque estaba enamorada hasta las trancas de él, tanto que, si me lo hubiese pedido una vez más, habría aceptado sin tener que darle más vueltas. Pero necesitaba ser fuerte y firme en mi decisión. Si no cerraba esa etapa de mi vida jamás lograría sanar como tanto deseaba.

Mis piernas cimbrearon al percibir su cercanía, igual que le había ocurrido a mi corazón minutos atrás. Marco era el único que había logrado conquistarme y lo cierto es que ni siquiera había tenido que intentarlo. Le quería desde que no éramos más que unos críos y reencontrarme con él había sido un bálsamo para mis heridas.

—Esta noche, a las nueve, te espero en el silo —añadió antes siquiera de que aceptase.

Pasó su mano por mi mejilla, en ese gesto tan especial que tenía, por lo que no pude evitar cerrar los ojos y dejar que meciese mi rostro. Cuando los abrí, me encontré una dulce mueca llena de tristeza dibujada en sus labios.

—Está bien —claudiqué—, nos vemos luego —zanjé el tema, marchándome de allí sin darle opción a decir nada más.

Era un manojo de nervios, no lo negaría. Deseaba volver a su lado, besarle y jurarle que nunca me marcharía de entre sus brazos. Pero en aquel momento, nuestra posible relación era lo menos importante. Debía averiguar quién estaba detrás del accidente de las chicas y por qué sucedió

todo. Me negaba a pensar que todo hubiese sido fortuito, sobre todo, después de haber encontrado el pago que le hicieron al kamikaze.

Nada más llegar a casa me di un baño caliente, dejando que el vapor del agua me envolviese, nublando mis sentidos, haciendo que mi mente volase. Eran tantas las cosas que recaían sobre mis hombros, que había empezado a pensar que en cualquier momento no lograría ni siquiera mantenerme en pie.

Aún en el agua, llevé la punta de los dedos a mis labios, recorriéndolos, sintiendo ese hormigueo que percibía cada vez que Marco me besaba. Al principio creí que su beso no era más que fruto del pánico que había vivido, pero que lo hubiese vuelto a hacer me descolocaba por completo. No quería pensar en ello, hacerme ilusiones para que volviesen a herirme. La vida era una hija de puta, injusta, y siempre acababa arrebatándome aquello que más amaba. Primero mi perrita Luna; después a mis padres; y posteriormente a las chicas, dejándome un vacío tan grande que de ningún modo lograría llenar.

Me aterrorizaba solo de pensar que en cualquier momento él pudiese desaparecer igual que lo habían hecho todos. Me sentía sola, perdida y, en cierta manera, abandonada. No quería tener que volver a pasar por aquel dolor, cargar con la culpa de su marcha o con el miedo de no ser suficiente para él. Era una cobarde que se había enamorado de su mejor amigo de la infancia.

Media hora después, salí de la ducha, envuelta en la toalla, cuando escuché como de repente empezaba a sonar mi teléfono. «Qué oportuno», pensé para mis adentros. Cuando miré de quién se trataba, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Era López, cosa que me extrañó, ya que él no trabajaba a esas horas.

—¿Va todo bien? —Quise saber nada más descolgar.

—Sí, es solo que hay algo que debo contarte.

Todo aquello me sonó insólito. López jamás nos informaba por separado, ya que siempre nos citaba en su despacho para que hablásemos los tres juntos.

—¿Y Santi? —inquirí, nerviosa.

Tragué saliva. Mi mente iba tan deprisa que apenas podía ordenar todas las preguntas que se agolpaban en ella. ¿Y si algo malo le había ocurrido y era eso lo que deseaba contarme? Cogí

aire, sentándome sobre el váter, pasándome una mano por el cabello y rogándole al universo que mis sospechas fuesen falsas.

—No te preocupes por él, le llamaré nada más colgar contigo —me informó.

Suspiré de alivio, ya que supuse que mis ideas no eran las correctas.

—¿Te va bien que hablemos ahora? —Escuché que me preguntaba el abogado al otro lado del teléfono.

—Claro, ningún problema —respondí con tranquilidad—, ¿va todo bien?

—David Vázquez ha despertado del coma.

Aquello me cayó como un jarrón de agua fría. Ese malnacido había despertado del coma cuando lo que de verdad debería de haber hecho era morir entre terrible sufrimiento. Pero no, allí estaba él, en su camita de hospital, rodeado de su familia, sin pagar por todo el mal que nos había provocado.

—Está en un hospital de Pontevedra, donde residen sus padres junto a su hija —añadió.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que creí que en cualquier momento se me chascarían las muelas, saltando por los aires. La furia empezó a nacer en mí, recorriendo todo mi cuerpo y subiendo desde mis pies hasta mi cabeza. Ese maldito hijo de puta no merecía vivir.

—Matadlo —siseé.

—Ojalá pudiéramos —comentó con pesar—, pero me temo que eso no es posible.

—Sabes tan bien como yo que existe gente como él dispuestos a hacer cualquier cosa por un puñado de billetes.

Estaba tan cabreada que no me reconocí. Lo quería muerto, deseaba ver el padecimiento de toda su familia. Tal vez no estuviese bien pretender algo así, pero era tal la rabia que recorría mis venas que podía sentirlas arder.

—Aurora… —empezó a decir.

—Estoy harta, López, harta de ser la buena, de intentar hacer las cosas bien —lloriqueé—, quiero verle sufrir, ansío pisotearlo con mis propios pies.

—Y lo harás, Aurora —aseguró—, pero por el cariño que le guardo a tu padre, no puedo permitir que te metas en líos. —Hizo una pequeña pausa.

Mi padre y él eran grandes amigos de la facultad, habían crecido juntos y durante toda su vida López ascendió a su lado, llevando los casos más importantes del país.

—No dudes en ningún momento que haré todo lo que esté en mis manos y más para que ese

malnacido pague por lo que hizo —juró—. Es más, ya tengo a Hernán trabajando en ello.

Hernán era un hacker al que habían recurrido en varias ocasiones en las que habían necesitado información confidencial con la que achuchar a los posibles socios de mi padre. Era un hombre muy desconfiado, por lo que siempre intentaba conseguir la mayor información de todo el mundo.

—Haz que lo averigüe todo —le ordené.

—Así será, Aurora.



# Capítulo 38

—¿Estás preparada? —preguntó Marco, al oído, con aquella voz tan cálida y aterciopelada que tenía.

Todo el vello de mi cuerpo se erizó cuando sus manos se posaron sobre mi cintura y sentí como su pecho quedaba completamente pegado a mi espalda. El latir de mi corazón se desbocó de tal manera que creí que Marco, estando tan cerca de mí, lo escucharía repiquetear en mi pecho como un tambor.

Habíamos quedado en el silo, pero al final, media hora antes del momento acordado, Marco vino a casa a buscarme. Sorprendida, le pregunté qué era lo que hacía allí y si no era otro el plan, y a pesar de que estaba en lo cierto, Marco negó con la cabeza. Había algo que quería enseñarme, y por alguna razón, a unos pocos metros de donde se encontraba el depósito de grano me tapó los ojos, con la excusa de querer enseñarme algo.

—Poco a poco y con cuidado —me informó al mismo tiempo que avanzábamos juntos, subiendo una ligera colina.

—¿Voy a caerme? Sabes que soy una patosa y…

Sus dedos hicieron fuerza, agarrándome aún con más firmeza de lo que ya lo hacía. Abrí los ojos como platos bajo el antifaz que me había puesto, e inspiré con fuerza, tratando de calmar el latir que rugía en mi pecho, llevándome conmigo el varonil y dulce aroma del perfume de Marco.

—Te tengo bien sujeta, no pienso dejarte caer.

No pienso dejarte caer. Esa frase resonó en mi cabeza, la repetí una y otra vez, como un mantra, deseando que no fuese solo de manera física y literal, sino que estuviese ahí para mí

siempre.

Mis mejillas se enrojecieron al instante, provocando que un escalofrío recorriese todo mi cuerpo como por arte de magia. Tragué saliva, sin saber qué más decir. Marco tenía el don de dejarme sin palabras, y eso me encantaba, ya que si algo me caracterizaba era hablar, a pesar de que en los últimos meses todo hubiese cambiado un poco.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí, Marco? —conseguí decir.

—Porque te quiero, Aurora —respondió sin siquiera tener que pensárselo—, eres mi… amiga.

«Amiga», repetí para mis adentros. Aquello me sentó como un balde de agua fría. Todo lo que empezaba a sentir se desvaneció como si jamás hubiese ocurrido. Ese escalofrío, ese palpitar… Amigos, eso era lo único que éramos. Aunque me doliese, yo misma había provocado que me llamase de esa forma. Le había dicho que no le pediría que se quedase ni me marcharía con él. ¿Por qué iba a considerarme de otra forma que no fuese fuera de esa amistad que siempre habíamos compartido?

Continuamos caminando durante unos minutos hasta que de repente, hizo que me detuviese, aún tomando mi cintura. A pesar de lo que me había dicho, mis sentimientos seguían siendo los mismos. Sin mediar palabra se deshizo del antifaz, dejando que mis ojos quedasen al descubierto. Durante unos segundos dudé si abrirlos, hasta que con un ligero movimiento me instó a ello.

—Adelante.

Cuando lo hice me encontré con una enorme y mullida manta, la cual reposaba en el suelo y estaba rodeada de seis velones que alumbraban en la más oscura noche. Sobre esta había preparado una tabla de quesos y embutidos, algunos picos de pan y dos copas vacías junto a una botella de vino.

—Vaya… Marco… —Giré sobre mis talones, encontrándome de bruces contra él.

Nuestros ojos se encontraron y por un momento sentí que las palabras ya no eran necesarias. Podía ver en ellos la dedicación, el cariño y la pasión que emanaba, lo que consiguió confundirme por completo. Me acababa de decir que era su amiga; pero por otra parte era capaz de preparar una cita romántica para ver las estrellas. Cogí aire, suspirando, eso sería algo que hablaríamos más tarde, o tal vez otro día.

—¿Te gusta? —Quiso saber.

—Me encanta —aseguré, percibiendo como una sonrisa tonta se dibujaba en mis labios.

Una de sus manos se alzó hasta llegar a mi mejilla y, con mimo, la acarició con su pulgar, sin

separar la vista de la mía. Dios, ¿cómo había sido tan tonta como para no buscarle? Todo lo que sentía por él volvió como un huracán en el minuto en el que nuestras miradas se encontraron en las fiestas. Estaba enamorada de él quisiese o no admitirlo en voz alta.

Cenamos con tranquilidad, rodeados del sonido de las hojas moviéndose con el vaivén del aire en la copa de los árboles, como los grillos no dejaban de grillar y algún que otro corzo corría por los prados cercanos de donde nos encontrábamos. Las noches en el pueblo eran mágicas, pero aquella lo era aún más. Las lágrimas de San Lorenzo habían empezado, y ese era el mejor día para verlas. Tan solo se podían disfrutar un par de noches al año, y las condiciones meteorológicas debían ser muy específicas, ya que, si no, apenas se podían distinguir.

Eran alrededor de las doce, cuando Marco apagó todas las velas, y de una cestita de mimbre sacó una botella de cava y una caja de bombones.

—¿Y todo esto?

Estaba tan sorprendida que no pude evitar que se me notara. En el pueblo no había tienda más allá de las ambulantes que paseaban por las aldeas cercanas. Para poder adquirir todo aquello debía de haber conducido al menos cuarenta minutos para llegar a la ciudad cercana más grande, donde había supermercados, por lo que me dejó sin palabras ver todo lo que había preparado.

—Era una sorpresa —comentó al mismo tiempo que descorchaba la botella.

—¿Para convencerme de que te lo pida? —bromeé.

Marco esbozó una sonrisa en sus labios y cabeceó en señal negativa. Una parte de mí quiso que así fuese, deseaba que intentase convencerme, ver ese amor incondicional que vi en el cerro. Sirvió un poco de cava en cada una de las copas y me tendió una de ellas.

—Por nosotros —susurró, al mismo tiempo que chocaba la suya contra la mía.

—Por ellas —respondí con la mirada fija en el cielo para, acto seguido, sentir como un pellizco estremecía mi corazón.

Una pequeña lágrima se escapó, recorriendo mi mejilla y muriendo en la manta que había bajo nosotros. Sequé el rastro que había dejado en mi piel e intenté sonreír. Les habría encantado disfrutar de un plan como aquel.

Cogí aire, me centré en respirar con tranquilidad, alejando de mi mente todo rastro de pena, probando a disfrutar del momento tan especial que estábamos viviendo. No había mejor compañía que Marco para ver la maravillosa lluvia de estrellas que ya empezábamos a disfrutar.

Este me tendió la cajita de bombones abierta, instándome a coger una. Lo que no sabía era que una vez los probase, lo más seguro fuese que no le dejase coger ni uno. Era una adicta al chocolate, sobre todo desde que toda mi ansiedad empezó.

—Gracias —musité con los ojos fijos en lo que creí que eran los suyos.

—A ti, por aceptar —aseguró, tomándome de la mano y llevándosela a los labios.

Por un instante dejé de respirar, recordando el momento en el que nuestras bocas se habían encontrado en ese tierno beso lleno de delicadeza y pasión.

—¡Eh, mira! —exclamó, señalando al cielo.

—¿Has pedido ya un deseo? —le pregunté, mirándole de soslayo, aunque apenas podía intuir una figura.

Marco estaba pensativo, como si hubiese algo rondándole la mente, por lo que le di un ligero golpecito con mi hombro contra el suyo.

—Hace mucho tiempo que lo pedí —susurró.

—¿Y se cumplió? —Quise saber, al mismo tiempo que me volteaba para poder mirarle mejor.

Antes de que pudiese decir nada más, colocó una de sus manos a cada lado de mi rostro y estampó sus labios contra los míos. Me besó con tanta ansia como si fuese el aire que necesitaba para respirar, y es que, en cierto modo, esa necesidad que sentía era correspondida por la mía. Mis dedos se enredaron en la parte baja de su cabello, mientras sus manos se acercaban a mi cintura, para tomarme en brazos, colocándome a horcajadas sobre él. Un gemido se escapó de mi interior cuando nos separamos, por lo que Marco gruñó contra mi boca.

—Joder, Aurora… —espetó con la voz estrangulada.

—Dime tu deseo —le supliqué.

—Tú, Aurora —juró—, siempre fuiste tú —se sinceró—. Me robaste el corazón —aseguró—, lo hiciste en el preciso instante en el que tus ojos se fijaron en los míos.

—Marco, yo…

Este negó con la cabeza y posó uno de sus dedos sobre mis labios, haciéndome callar con una ternura sobrenatural.

—Déjame acabar —me imploró, tomando mis manos entre las suyas, cobijándolas como el mejor de los tesoros—. Yo no era más un cielo sin estrellas, hasta que llegaste tú, Aurora, con todas y cada una de tus constelaciones

—Pero has dicho que…

—Te quiero, Aurora, nunca he dejado de hacerlo.



# Capítulo 39

—Y-yo… —balbuceé sin saber qué demonios decir.

Me aparté de él lo suficiente como parar mirarle a lo que creí que eran sus ojos, ya que la oscuridad apenas me dejaba ver nada y la luna estaba desaparecida en combate. Acaricié su rostro, imaginando cada centímetro de su piel, y esa dulce peca que tanto me gustaba y que se posaba bajo su ojo izquierdo. Me mordí el labio inferior, recordando el tierno beso que acababa de darme. Todas las dudas que tenía se habían disipado como por arte de magia, no había lugar a confusiones. Marco me quería, y lo mejor de todo era que yo llevaba haciéndolo toda mi vida.

—Lo siento si no es esto lo que esperabas, pero…

Antes de que saliese nada más por su boca, estampé mis labios contra los suyos, callándole para que dejase de decir tonterías. Sus manos se posaron a ambos lados de mi cintura, de nuevo, y no pude evitar abrazarme a él, pasando mis brazos tras su nuca. Me devolvió cada uno de los besos que le di, dejando que nuestras lenguas se unieran en un dulce baile.

Los besos se volvieron cada vez más húmedos, pero al mismo tiempo estaban cargados de un anhelo que jamás había experimentado. Quise perderme en él, que me amase como merecía y como había soñado.

—Ahora sí que se ha cumplido —musitó contra mi boca.

Enredé los dedos en su cabello. No me lo podía creer. Habían sido meses de pesar, de derramar cientos de lágrimas, de sacrificios, de olvidarme de mí misma; pero desde que llegué todo había sido completamente distinto. Marco, la abuela y el pueblo le habían dado una nueva forma a mi vida, pintando de color todas esas nubes grises que una vez me atormentaron.

Quise besarle de nuevo, sintiendo como mis labios hormigueaban. Me contuve en el momento en el que sacó una pequeña almohada y se recostó sobre el suelo, instándome a hacerlo con él. Me estiré, tomando una de sus manos.

—No querrás perderte este espectáculo, ¿no? —preguntó inocente.

Una mueca burlona se dibujó en sus labios, como un niño pillo que había conseguido aquello que tanto ansiaba. Deseé pedirle que me cuidase hasta el fin de mis tiempos, que no tirase mi corazón y lo mimase tanto como había hecho conmigo desde que nos reencontramos.

—Ninguna de esas estrellas podría haber cumplido el deseo que tanto ansiaba —susurré en voz tan baja que apenas me escuchó.

Durante unos segundos permaneció en silencio, supuse que intentando descifrar lo que acababa de expresar.

—¿Qué has dicho? —preguntó curioso.

—Que no me lo perdería por nada del mundo —mentí, esbozando una sonrisa llena de felicidad.

Por primera vez pude sentir esa emoción de nuevo, el cosquilleo en mi vientre y las ganas de que la noche pasase para verle al día siguiente.

Después de una hora viendo la lluvia de San Lorenzo, decidimos que ya era momento de marchar, el frío y la humedad empezaban a hacer acto de presencia a pesar de que en el pueblo siempre vestía una chaquetilla, sobre todo cuando bajaba a ver las estrellas.

—¿Nos vemos mañana? —me dijo justo cuando estaba a punto de meter la llave en la cerradura de casa.

—Claro, me encantaría.

Giré sobre mis talones para mirarle, y antes de que pudiese decir nada, dio dos pasos hacia mí. Apoyó la mano en la puerta a mi espalda, por encima de mi cabeza, escondiéndonos de miradas furtivas y provocando que todo mi ser se revolucionase ante su cercanía. El corazón me dio volteretas en el pecho cuando sentí su respiración chocando contra mi boca, y como una media sonrisa se esbozaba en sus labios. Mi sexo palpitó cuando nuestros cuerpos se pegaron por completo, ya que estaba atrapada entre él y la puerta.

—Te estás poniendo roja —comentó guasón.

Podía sentir el calor subiendo hasta mi rostro. Marco bajó la mano que tenía libre a mi cintura para, segundos después, depositar un tierno y cálido beso en mi frente, embriagándome como siempre hacía. Alcé la mirada, fijando mis ojos en los suyos; habían cambiado tanto como lo había hecho nuestra relación. Brillaban llenos de pasión y amor, haciendo que pareciesen incluso más azules de lo que ya eran de normal.

—Me ha encantado la cena —comenté, con la voz titubeante.

—Y a mí me encantas tú, Aurora —juró.

Bajé la vista, percibiendo como todo mi ser cimbreaba al mismo tiempo que se prendía en llamas, deseoso de sentirle de todas las maneras posibles. Pasé una mano por mi cabello, mientras mis mejillas volvían a enrojecerse y escuché como carraspeaba.

—No quería incomodarte —rectificó.

Sin pensarlo dos veces, acaricié su rostro viendo como cerraba los ojos, igual que lo hacía yo cuando el gesto era suyo. Marco era el hombre más guapo que hubiese visto jamás, su rostro era tan perfecto que solo podía haber sido creado por los dioses. Me fijé de nuevo en esa pequita que tanto me gustaba, esa que descansaba bajo su ojo, en cómo la barba poblaba su piel, y la forma de su mandíbula. Contuve el aliento, cuando volvió a abrirlos para mirarme con esa devoción que me profesaba, y supe que siempre había sido él.

—Lo siento.

—¿Qué? —inquirí—. De eso nada. No hay nada que sentir —aseguré—. Es solo que… Bueno… No estoy acostumbrada y me gustas demasiado —admití—, me dejas sin palabras.

—¡Quién lo iba a decir! —Rio.

—Tonto —comenté, al mismo tiempo que le daba un golpecito en el hombro que le hizo sonreír—. Buenas noches, Marco.

—Descansa, Aurorita.

Después de mucho tiempo, sentí el corazón henchido de amor. Volvía a tener aquella sensación que tanto había anhelado: querer a alguien y ser correspondido. Durante años tonteé con chicos, dejándome engatusar, pero lo cierto era que nadie logró cautivarme, porque ninguno de ellos era Marco. Siempre había creído que el amor era complicado, pero lo cierto era que no. Lo único complicado era no encontrarle a él en otros hombres. Marco era tan sencillo, atento y dulce que a su lado la vida era como ver el amanecer cada día: especial.

—¿Habéis visto muchas estrellas? —preguntó la abuela desde el salón cuando me escuchó que subía el último escalón.

—Bastantes —contesté con una sonrisilla bobalicona la cual intenté disimular como pude, aunque a la abuela no se le escapaba nada y, por mucho que lo probase, siempre se daba cuenta de todo.

Me acerqué a la salita de estar tras dejar mi bolsa de tela en el colgador junto a las escaleras. La encontré sentada viendo la televisión, aunque nada más asomarme, fijó su mirada en mí y achicó los ojos, creando una fina línea.

—Uy, a ti te pasa algo. —Frunció el ceño.

—No es nada, abuela —me excusé—, hemos bebido un poco, y ya está.

Deposité un beso en su frente y me alejé de la sala mientras la escuchaba renegar por lo bajini, a sabiendas de que lo que le acababa de decir no era toda la verdad que deseaba oír. Una mueca divertida se dibujó en mis labios, adoraba ese don que tenía para averiguarlo todo con tan solo una mirada.

Cuando entré en mi habitación me dejé caer sobre la cama, estaba exhausta. Había dormido entre poco y nada la noche anterior, me dolían incluso los ojos. Sobre la mesita de noche estaba el baúl de las cartas. Durante unos segundos permanecí observándolo, saqué de nuevo las cartas e intenté recordarlas con cariño. Ellas no habrían querido verme sufrir como lo estaba haciendo, por lo que acababa de decidir que tiraría adelante costase lo que costase.

Al final del baúl encontré un sobre sin nombre, pero con una fecha que llamó mi atención sobremanera. Lo cogí, dejando las otras a un lado: «25 de agosto de 2010», leí. Cuando saqué la carta del interior no reconocí la letra, por lo que me quedé en *shock*. Busqué en el dorso y fue entonces cuando di con la firma del remitente: Marco Ortiz. Contuve el aliento, ¿debía abrirla? Habían pasado demasiados años desde entonces.

> «Hola, Aurora:
>
> A lo mejor te parece estúpido leer todo esto, así que espero que me des una oportunidad y lo leas.
>
> Puede que esto no sea más que un hasta luego, pero irme tan lejos hace que crea que es un adiós definitivo. No quiero marcharme, Aurora, necesito estar cerca de ti. Solo de pensar en que no volveré a verte me quiero morir. Nunca te he dicho lo que siento, ni siquiera sé si te daré esta carta antes de marchar, pero necesitaba sacar todo lo que llevo dentro.
>
> En realidad, solo quiero decirte que te quiero. Ojalá no tuviese que

marcharme, porque estoy enamorado de ti, siempre lo he estado. Desde que éramos pequeños supe que la conexión que había entre ambos era especial, como si solo de mirarnos saltaran chispas. No entiendo muy bien qué es esto que siento, pero cuando te miro se me vuelve loco el corazón. Mi primo Hugo me ha dicho que eso pasa cuando quieres mucho a alguien. Así que supongo que te he querido siempre. No recuerdo un día en el que no haya sentido eso cuando me mirabas.

Te juro que cuando vuelva de Zúrich, te buscaré. Cueste lo que cueste te encontraré y te besaré. Puede que ahora sea un cobarde, pero si tú sientes lo mismo, no habrá nada que me frene.

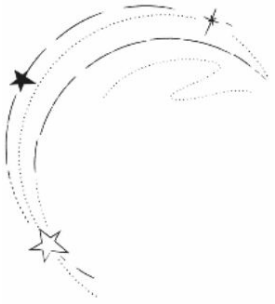
Gracias por regalarme cada una de tus sonrisas, mi dulce Aurora.

Espérame, porque siempre te amaré.

Tuyo, Marco Ortiz».

Una pequeña lágrima recorrió mi mejilla, cayendo al vacío, desapareciendo en el abismo como si nunca hubiese estado ahí. Una parte de mí deseó haber sabido aquello antes, haberle buscado por todos los medios. Si hubiese leído la carta antes todo sería distinto. Aunque, por suerte, o casualidades del destino, nos habíamos reencontrado en el momento en el que más le necesitaba.

Sonreí, recordando su beso de despedida y el estado de *shock* en el que entré, sintiéndome tan cohibida que no pude despedirme de él, a pesar de que desapareció en la oscuridad. El universo ponía a cada uno en su lugar, y el mío era a su lado.



# Capítulo 40

Vega:
Buenos días, mi Rory.
La semana que viene me vuelvo a Los Ángeles.
¿Crees que podríamos vernos?
Me encantaría poder abrazarte de nuevo sin tener que esperar a la boda.

Miré el calendario que había colgado de mi pared. Por un instante dudé, porque no quería malgastar el poco tiempo que me quedaba con Marco, teniendo que hacer doce horas de coche entre ida y vuelta, pero tampoco deseaba que Vega se marchase sin haberme podido despedir de ella.

Aurora:
¡Ay!
No sabes cuán difícil se me va a
hacer tenerte tan lejos…

Vega:
Antes de que te des cuenta estás tú en mi boda.

Añadió un par de emoticonos riéndose, por lo que no pude evitar que una sonrisa tontorrona se esbozase en mi boca. En cierto modo tenía razón, el tiempo pasaba tan deprisa que lo más seguro es que el momento esperado llegase antes de lo que creía.

Aurora:

Si te va bien el jueves puedo intentar estar allí.

La vida nunca era justa, me arrebató a mis mejores amigas, pero por suerte o por desgracia hizo que Vega se cruzase de nuevo en mi camino, cosa que agradecí sobremanera. Tener un nuevo apoyo y alguien con quien compartir, de nuevo, mi vida era un regalo. Aún debíamos volver a conocernos, ya que después de tantos años, inevitablemente, habíamos cambiado.

Vega:
Me parece estupendo.
Yo me marcho el domingo.
Ian viene desde Estocolmo el sábado noche, para recogerme e irnos a Madrid junto con Laurence, el nuevo marido de mamá.

Pensar en su madre provocaba en mí un sentimiento agridulce. Siempre había sido muy estricta, ya no solo en casa o con los estudios, sino que llegaba al punto de ser obsesiva y controladora con Vega, tanto que ni siquiera nos dejaba estar juntas fuera de la academia. Es más, incluso habló con la directora del centro para que cambiasen a Vega de clase. Por suerte, no hubo ninguna plaza disponible para ello.

Aurora:
Perfecto, entonces aún tenemos tiempo.

Vega:
Estaba pensando que…
¿Y si te vienes con Marco y os presento a Ian?
Modo cita doble.

Cabeceé para mí misma, ni siquiera sabía en qué punto estábamos Marco y yo como para decirle que viniese a una cita con mi amiga desaparecida que acababa de volver de Estados Unidos. ¡Era una locura! Además, tampoco conocía su fecha de vuelta a Edimburgo, ni si estaría dispuesto.

Aurora:
Marco no va a poder venir.

Mentí y lo hice por no tener que dar explicaciones. Hasta que no supiese a ciencia cierta qué iba

a ocurrir entre nosotros, intentaría no hacerme demasiadas ilusiones. Necesitaba hablar tranquilamente con él, ver qué punto de vista tenía sobre lo ocurrido la noche anterior.

Vega:
¡Venga! ¡Convéncele!

Aurora:
Te aviso si hay cualquier cosa, ¿vale?

Volví a mentir, porque no iba a hacerlo. Me negaba en rotundo a tener que arrastrar a Marco hasta Barcelona, cambiando sus propios planes para presentarle a Vega y su futuro marido. Sobre todo, porque me aterraba pensar que en cualquier momento pudiese marcharse de nuevo, volver a la vida real y no poder seguirle.

Vega:
Está bien.
Nos vamos en unos días, ¿de acuerdo?

Aurora:
Sí, en nada nos vemos.
Me da muchísima pena que te marches.

Vega:
Pero volveremos a estar juntas muy pronto.
Acuérdate de que tienes una boda a la que asistir.
Necesitarás acompañante.

Vega añadió un emoticono de una carita guiñándome un ojo. Sonreí, sabía bien quién deseaba que me acompañara a la boda, pero eso ya no estaba en mis manos. Salí de la habitación, aún con esa mueca bobalicona en los labios, atusándome el pelo y sin asimilar lo de la noche anterior.

—Vaya, te veo muy guapa, mi niña —comentó mi abuela—, más de lo normal.

Mis mejillas se ruborizaron. Podía percibir el ardor en ellas, pero también lo intuí cuando vi como una sonrisilla se dibujaba en los labios de la abuela.

—Pues no sé —comenté.

—Será esa sonrisita tan bonita que tienes.

Se acercó a donde estaba y me pasó una mano por el cabello, peinándolo con mimo, igual que hacía cuando no era más que una niña. Cerré los ojos y la dejé hacer, como siempre, por lo que acabó trenzándolo todo hasta poner una pequeña goma en ella.

—Algo me dice que esa mueca tiene nombre y apellidos.

—Puede ser —respondí con toda sinceridad.

No quería crearle expectativas, ni darle falsas esperanzas de que todo pudiese ir mejor, al menos en mi estado de ánimo o aceptando la marcha de mis amigas.

—Me alegro, cielo —aseguró.

La amaba con todo mi corazón, porque cualquier otra persona me hubiese instado a contarle todo lo que ocurrió, insistiendo a pesar de que le hubiese dicho que no, pero allí estaba ella con toda su bondad y cariño.

Estaba en la entrada de la casa, sentada con un libro, viendo pasar el tiempo, oyendo como de fondo los niños correteaban de un lado a otro mientras otros iban en sus bicicletas. Así éramos nosotros, tan salvajes, libres y felices como empezaban a serlo ellos. Volví a recordarnos, riendo como descosidos, las broncas que nos echaba doña Eulalia porque hacíamos mucho ruido. Cogíamos las bicis para ir hasta el camping donde pasábamos horas en las pistas de frontón, adueñándonos del lugar como si nadie más pudiese reclamarlo. Nos creíamos invencibles, y lo cierto era que tan solo una regañina era suficiente para que se nos bajasen los humos. En el pueblo existían varias peñas, a la nuestra la llamamos *buquerín*, porque para nosotros era el buque insignia del pueblo, ¡qué ingenuos! Aún me acordaba del grafiti que hizo Leo en una de las naves de la salida del pueblo. La bronca que nos llevamos fue monumental, tanto que nos obligaron a todo el grupo a limpiarlo. Pensar en aquello conseguía alegrarme, fueron momentos tan bonitos que esperaba que jamás los olvidase.

—¿Podemos hablar? —Escuché como alguien me decía.

Alcé la mirada y ahí estaba él, con aquel gesto que llenaba mi corazón de luz y contagiarme. Me mordí el labio inferior por dentro, deseando lanzarme a sus brazos, pero allí todo se sabía y, si alguien me veía haciéndolo, rápidamente seríamos la comidilla del pueblo quisiéramos o no.

—He leído tu carta —empecé a decir.

—Creo que está claro que sigo sintiendo lo mismo que ese Marco de hace quince años —contestó al mismo tiempo que tiraba de mi mano, haciendo que entrase en casa de la abuela, y cerró la puerta con suavidad.

Antes de que pudiese decir nada más, me agarró el rostro y estampó sus labios contra los míos, devorándome lentamente, con una sensualidad que consiguió que un cosquilleo naciese en la parte baja de mi vientre y recorriese todo mi ser. Le devolví cada uno de sus besos, deleitándome con

los pequeños gruñidos que se escapaban de él mientras sentía como nuestros cuerpos cada vez estaban más cerca.

—¿Hace cuánto que sientes esto por mí? —Quise saber, llena de curiosidad.

Mordió con delirio mi labio inferior, tirando de este, provocando que un gemido se escapase de mi boca. Me aparté de él, mirándole de manera acusatoria, a lo que respondió con una media sonrisa que consiguió que todo mi cuerpo se viese sacudido.

—No recuerdo no haberlo sentido —respondió, con la vista fija en mi boca.

El latir en mi pecho se desbocó en el preciso instante en el que su mirada llena de lujuria y deseo se posó sobre la mía. Volví a unirnos en un beso, el cual se volvió cada vez más húmedo y sensual, tanto que hizo que mi sexo ardiese.

—Me hubiese encantado saberlo antes —admití.

—Y a mí decírtelo —juró—. Ahora ya lo sabes, y no pienso dejarte escapar, Aurora.



# Capítulo 41

Estaba como una niña con zapatos nuevos, tan feliz que ni siquiera lograba creerme que por fin algo bueno en mi vida tuviese sentido. Llevaba tantos años enamorada de Marco que había olvidado lo que era sentirme querida. Jamás creí que sería correspondida por lo que, durante una época, me conformé con fantasear sobre ello.

—Dios, Aurora… —murmuró sin apartar la vista de la mía, esbozando un dulce gesto en su rostro.

Sabía que era algo mutuo, ninguno de los dos creía que algo así fuese real, pero allí estábamos, de nuevo, en nuestro lugar. El pueblo era nuestro hogar, ese sitio mágico al que siempre podíamos volver si algo ocurría.

No quería separarme de él, deseaba que aquel instante fuese infinito, pero sentía como lentamente iba desvaneciéndose entre mis dedos, como la arena de la playa. Tarde o temprano se marcharía a Edimburgo y yo volvería a quedarme anclada en el pueblo, como si el tiempo no hubiese pasado. Cerré los ojos cuando este alzó una de sus manos para acariciar mi rostro con aquella ternura que era capaz de encogerme hasta el alma. Hasta el momento en el que le vi, no me había dado cuenta de lo enamorada que estaba de él y de lo mucho que había ansiado tenerle de nuevo a mi lado. Imaginé tantas veces que incluso había soñado con nuestro reencuentro, aunque el Marco de entonces no era ni la mitad de maravilloso de lo que era en realidad.

—Aún no puedo creer que estés aquí —admitió.

—Yo tampoco —musité dejando ir un profundo suspiro—, no quiero separarme de ti, Marco.

Me aterraba, no iba a negarlo. Pero ¿iba a dejar de vivir lo que había entre ambos por miedo a sufrir? ¿O iba a ser valiente como para afrontar lo que estaba por venir?

—No lo harás —juró.

Me mordí el labio por dentro. Deseé creerle con todas mis fuerzas, mi corazón me gritó que lo hiciese sin dudar, pero después de tantas decepciones y pérdidas, lo único a lo que estaba acostumbrada era a la soledad.

—Eso no lo sabes —contesté con pesar.

Durante unos segundos me permití el lujo de observarle, quería grabar a fuego su hermoso rostro en mi mente. Cómo sus ojos azules se posaban en los míos, acompañados de la hermosa peca que siempre lucía bajo el izquierdo. Quise recorrer su barba, la cual cubría gran parte de su rostro, pero era lo suficientemente corta como para poder ver la piel bajo esta. Sus labios estaban enrojecidos a causa de los besos, pero aun así seguían siendo igual de carnosos y bonitos que siempre. Adoraba las ondas que se formaban en su cabello, tan indomables y libres como lo había sido siempre. Era el hombre más guapo que había visto jamás y, por suerte o por desgracia, su bondad era incluso mayor a su hermosura. Cerré los ojos e inspiré, llevándome conmigo el perfume amaderado y dulce que me embriagaba todos los sentidos.

—Lo tengo tan seguro que puedo llegar a prometértelo. —Esbozó una dulce mueca en sus labios, intentando animarme—. Pero ahora no es momento de preocuparse de eso, primero debemos arreglar lo de las chicas, y después ya veremos qué ocurre. Paso a paso.

Me abrazó, cobijándome entre sus brazos, y depositó un beso lleno de amor en mi frente, como ya había hecho cientos de veces. Tenía tantas preguntas que hacerle que apenas sabía si lograría que algún día salieran por mi boca. No eran más que pamplinas, pero sentía curiosidad por saber si alguna vez pensó en mí, si el recuerdo de cuando éramos pequeños siguió ahí a pesar de los años.

Di un paso hacia atrás, separándome de él lo suficiente como para unirnos de nuevo en un beso lleno de pasión que consiguió que mis piernas cimbreasen, el corazón se me acelerara y todo mi ser reaccionase a su presencia. Marco posó sus grandes manos a ambos lados de mi cintura, apretándome contra él, haciendo que nuestros cuerpos quedasen completamente pegados. Mi sexo ardió solo de sentir como su miembro reaccionaba a mis besos, y una parte de mí se sintió orgullosa, pero también cohibida. Estaba segura de que mis mejillas se habían enrojecido, y lo más seguro es que pareciese un tomate.

—Has llegado en el momento en el que más te necesitaba —musité contra sus labios.

—Tú nunca te has ido —susurró para acto seguido volver a besarme.

Estos cada vez se volvieron más húmedos y apasionados, tanto que sentí la férrea necesidad de escondernos en cualquier lugar para dar rienda suelta al amor que durante tanto tiempo

guardamos.

—Te deseo, Aurora —gruñó, pegando su boca a mi oreja, para que tan solo yo pudiese escucharle.

Cada vello de mi cuerpo se erizó, reaccionando a su declaración. El latir en mi pecho se volvió tan fuerte que estaba segura de que en cualquier segundo lo escucharía o se me saldría por la boca, huyendo de todo lo que estaba a punto de sentir.

—No deberíamos… —Empezó a seguir, pero le interrumpí uniendo de nuevo nuestras bocas.

Le necesitaba como el aire que respiraba. Deseaba sentirme querida de nuevo, amada por él y nadie más.

Antes de que pudiésemos decir nada más, oí como alguien abría la puerta, por lo que me separé al instante de él, dando un salto que por poco acabé en la otra punta de la sala.

—Oh, vaya, Marco —comentó la abuela.

—Buenas tardes, María —le saludó mi acompañante, mientras yo intentaba recomponerme, pero lo cierto era que mis mejillas iban a delatarme una vez más, como a una adolescente tonta a la que pillan con su *noviete*.

—Había venido a… Bueno, ya sabes —balbuceé.

—A buscar el abrebotellas —me rescató él, cuando apenas lograba pensar con claridad.

—Sí, lo debo tener aquí, en la bolsa de ayer. —Empecé a rebuscar entre las *tote bags*[4] que tenía colgadas.

—La bolsa de anoche la tienes en tu habitación —me corrigió mi abuela.

Maldije para mis adentros, porque tenía razón, y aquel detalle no era de los que yo olvidaba por arte de magia, por lo que jamás se creería la excusa que acabábamos de ponerle.

—¿Te quedas a cenar, Marco? —le preguntó.

—*Ehm*… —murmuró.

—Ahora no te dará vergüenza, ¿no? —le insistió.

Ahogué una carcajada que estuvo a punto de escapárseme en el instante en el que Marco esbozó una mueca de: tierra trágame. La abuela era como los zorros viejos y sabios: se las sabía todas. Incluso en alguna ocasión pensé que llegaba a ser bruja o a tener alguna clase de don ya que era capaz de averiguar cosas sin siquiera tener que abrir la boca.

—¿Entonces?

—Me quedo —respondió Marco, fijando la vista en la mía.



# Capítulo 42

—Perfecto, porque iba a hacer unas croquetas y luego me voy al bingo con mis amigas —comentó—, y no quiero que la niña se quede sola —añadió como si nada.

La miré con los ojos bien abiertos, tan sorprendida como perpleja. Ahí estaba su sexto sentido, ese que le decía que entre Marco y yo había nacido algo más fuerte de lo que me atrevía a expresar.

—Pero, abuela… —empecé a decir.

Esta alzó su dedo índice y empezó a negar al mismo tiempo que cabeceaba de un lado a otro con el gesto turbado. Enarqué una ceja, desafiándola.

—Ni peros ni nada, después de todo lo que has pasado, estoy segura de que estar sola no es lo que mejor te viene —comentó sin darnos opción a nada más—. Además, así podéis recordar viejos tiempos.

—¿Desde cuándo vas al bingo? —Quise saber—. Si en el pueblo no hay ningún bingo —añadí cuando pensé bien lo que acababa de preguntar.

—La Loli ha montado un bingo en su cochera, y vamos dos veces a la semana.

Parpadeé en repetidas ocasiones, negando con la cabeza, ¿cómo no me había dado cuenta de eso? ¿O es que desde mi llegada no había ido en ninguna ocasión? No comprendía nada, en realidad, todo aquello me sonaba surrealista, pero si lo pensaba un poco, también era normal que encontrasen la forma de entretenerse, ya que el pueblo no contaba con apenas ocio.

—Pues yo no te he visto ir —repliqué cual niña pequeña en medio de una rabieta.

No es que no quisiese quedarme con Marco a solas, al contrario, pero me turbaba pensar que ella pudiese imaginar cualquier otra cosa.

—Deja que te lleve esto —dijo mi acompañante al mismo tiempo que subía la compra, interrumpiendo nuestra conversación.

—Porque no he ido aún este mes —respondió veloz—. ¿O es que esperas que deje a mi nieta sola en casa después de tanto tiempo sin verla?

Me guiñó un ojo, mientras Marco iba a la cocina y sacaba las cosas de las bolsas que acababa de traer la abuela. ¡Lo sabía! Si ya lo decía el refrán: «más sabe el diablo por viejo que por diablo», y mi abuela sabía más que nadie.

Suspiré, porque ella siempre había sido mi cómplice, la mejor amiga que podría haber tenido jamás, y a pesar de la diferencia de edad, era la única que me comprendía como si de mí misma se tratase.

La abracé, estrechándola con tanto mimo que creí que nos fusionaríamos en una sola. Colocó las manos sobre las mías y no pude evitar cerrar los ojos deseando que el tiempo no pasase. En aquel instante las palabas sobraban, y aún más lo hacían cuando tenías una relación como la nuestra. Una mirada bastaba para entendernos. Había anhelado tanto tenerla cerca que apenas comprendía cómo pude vivir sin ella.

—Muchas gracias por la ayuda, Marco, cielo —le dijo al mismo tiempo que pasaba una de sus manos por su espalda.

Él era alto, al menos metro noventa, brazos fuertes, espalda ancha y con unas manos grandes; mientras que mi abuela no mediría más de metro sesenta, era pequeñita, por lo que sus manitas en la gran espalda de Marco parecían incluso ridículas. Sonreí como una boba, encandilada con la escena que estaba presenciando. Las dos personas a las que más quería del mundo estaban juntas en el mismo espacio, ¿se podía pedir más?

—Voy a hacer un poquito de picoteo, ¿os parece bien?

—Cualquier cosa que hagas estará perfecto, María —aseguró Marco, depositando un beso en su cabeza.

Nos conocíamos de toda la vida, tanto que éramos casi como familia, solo que nuestra relación había evolucionado a algo más que mejores amigos de la infancia. Quería re-conocerle, descubrir cada uno de sus gustos, las hermosas pecas que tanto me gustaban y se extendían por parte de su rostro en verano. Deseaba perderme en él y encontrarme de nuevo. Sabía que, a su lado, un poquito de la vieja Aurora volvería para ayudarme a forjar una Aurora aún más fuerte y feliz, una que aceptase los fantasmas del pasado, las pérdidas y el amor incondicional que siempre había percibido.

—¿No tenías que llevar el abridor? —preguntó la abuela, a sabiendas de que era una excusa.

—*Ehm*…

Ella sonrió, viendo el gesto de apuro que se dibujó en el rostro de Marco, por lo que no pude evitar que una risotada resonase por toda la estancia.

—Nos has pillado —musitó Marco.

—Obviamente.

Me abracé a mi abuela por la espalda para darle un sonoro beso en la mejilla. Fue entonces cuando me percaté de que no necesitaba nada más para ser feliz, solo a ellos. Les quería tanto que me iba a estallar el corazón.

La abuela preparó de todo, y es que no había mujer más exagerada que ella. Lo que iba a ser «algo de picoteo» acabó siendo una mesa llena de comida para, al menos, quince personas. Había preparado tortilla de patatas, croquetas, empanadillas de atún, tostaditas con tomate y pollo empanado, obviamente, todo casero. Además de haber cortado jamón, cosa que no me gustaba un pelo por miedo a que se cortase, pero ella se empeñaba en que no tenía el mismo sabor si se lo cortaban y envasaban en la carnicería, acompañado de queso curado y algunos encurtidos. Incluso llegó a ofrecerle a Marco un plato de sopa o un huevo frito con patatas por si se quedaba con hambre.

No tenía remedio, pero esa era su manera de amar y de decirte «te quiero», cuidándonos mediante la comida y la pasión que ponía en cada uno de los platos que preparaba.

—Bueno, chicos —comentó desde la puerta del salón, por lo que desvié la mirada hacia ella.

—Vaya, vaya… —Me quedé sin palabras al verla aparecer—. ¡Qué guapa! —exclamé.

Se había puesto un vestido que le llegaba por debajo de las rodillas, en tonos tierra y estampado ondulado. Sobre este llevaba un chal de un color más oscuro y unas sandalias de esparto. Pero no solo eso, sino que se había maquillado los párpados en un tono champán y pintado los labios de color rosa palo. Pude sentir el orgullo tirando de la comisura de mis labios, y mis ojos centellear. Estaba espectacular. Siempre iba guapa, pero en aquel momento la vi incluso más resplandeciente que otras veces.

—Muchas gracias —respondió vergonzosa.

Si algo tenía mi abuela es que era muy suya, y los piropos hacían que sus mejillas se enrojeciesen. Mi abuelo siempre la había tratado como la reina que era, pero no era un hombre de muchas palabras, por lo que los halagos no formaban parte de su vida. Él la cuidaba de otras

formas, trayéndole flores frescas cada mañana, preparándole el desayuno, guardándole la última galleta para merendar… Verla con los mofletes enrojecidos me hizo pensar en que, en cierto modo, nos parecíamos, a pesar de que por nuestras venas no corriese la misma sangre.

—¿Va a haber alguien especial en el bingo? —inquirí con tono divertido mientras enarcaba una ceja.

—Puede ser —contestó con una caída de ojos.

Se acercó a donde nos encontrábamos para depositar un beso en nuestra frente. Adoraba cómo trataba a Marco, como si fuese uno más de la familia, y es que llevaba tanto tiempo formando parte de mi círculo de amistades que se le podía considerar como tal. Verla tan contenta de tenernos con ella hizo que algo en mí se encogiese, y por un instante deseé no irme jamás. No había mejor regalo que verla de aquella forma.

—Pásalo genial —se despidió mi acompañante.

—Disfruta —añadí con una sonrisa—. ¡Y ve con cuidado!

—¿Cuidado de qué? —inquirió mi abuela—, ¡si solo tengo que cruzar la calle!

Una risotada se escapó de nosotros cuando la escuchamos renegar. Cuando oí como se cerraba la puerta, mis ojos se desviaron a Marco, quien ya me observaba desde la otra punta del sofá con una devoción que era capaz de estremecerme por completo.

—¿Crees que tu abuela sospecha algo? —preguntó con el semblante preocupado.

Enarqué una ceja, al mismo tiempo que cabeceaba divertida.

—¿Algo? —curioseé—. ¿De qué?

Aquella pregunta me salió rana, o tal vez me hubiese salido demasiado bien, porque Marco no tardó más de un segundo en acercarse a mí con tanto peligro que percibí como mi corazón palpitaba cada vez con más fuerza. Sin mediar palabra alguna, me besó, lo hizo con tanto delirio que sentí que desfallecería en cualquier instante. Le amaba, lo veía tan claro que no lograba comprender cómo había podido estar tantos años sin buscarle. Tal vez por el miedo de que Marco no siguiese siendo aquel niño del que me enamoré, y lo cierto era que el Marco con el que me había encontrado era aún mejor que aquel niño, era un hombre con valores, bondadoso y cariñoso.

—De que estoy loco por ti, Aurora.



# Capítulo 43

Me permití perderme en esos ojos tan azules que solo él tenía y que brillaban como dos luceros en la más pura oscuridad. Marco me observó con atención, tanta que sentí mis mejillas enrojecerse al instante. Era como si me devorase lentamente, deleitándose con cada segundo que pasaba fijo en mí. Volvió a unirnos de aquella forma tan íntima, solo que esta vez me agarró con firmeza, haciendo que todo mi cuerpo pasase por encima de él hasta quedarme a horcajadas. Enterré mis dedos en su cabello, deseando quedarme allí por el resto de mi vida. Mi respiración se volvió cada vez más agitada, beso tras beso, haciéndome olvidar dónde nos encontrábamos: el salón de casa de mi abuela.

Nuestros besos se volvieron cada vez más ardientes y húmedos, tanto que todo mi ser se prendió en llamas. Su respiración chocaba contra la mía, tan caliente. Tiré ligeramente de su cabello, lo suficiente como para que permaneciese estático, sin separar su boca de la mía. En un acto de rebeldía, mordió mi labio inferior, tirando de este y provocando que un gemido se escapase de lo más profundo de mi alma.

—Joder… —masculló, apretando la mandíbula.

Le deseaba tanto que todo mi cuerpo reaccionaba a cada caricia que hacía sobre la piel desnuda de mis piernas. Me aparté de él lo suficiente como para poder observar cómo sus labios estaban aún más enrojecidos e hinchados que antes, su pecho subía y bajaba con ímpetu y me miraba con una lujuria que era capaz de desarmarme.

—Dime que pare —me ordenó, o, mejor dicho, me suplicó tan pegado a mi boca que creí que desfallecería.

Estampé mis labios contra los suyos con una furia que no reconocí como mía, queriendo que

todo aquello fuese a más, porque ya no solo era un deseo, sino que lo necesitaba como el aire que respiraba.

—No pares —le contradije.

Una de sus manos se enganchó en la raíz de mi cabello, tiró ligeramente de mí, hasta que su rostro quedó junto al mío. Entre nosotros empezaron a saltar chispas y supe que esa conexión era tan especial que jamás podría morir, ni siquiera el tiempo podrá interponerse entre ambos. Mi sexo ardió en el preciso instante en el que noté como su abultado paquete quedaba pegado a mí.

—Entonces, dime qué es lo que deseas —susurró contra mi oído con la voz rasgada.

Apartó el cabello que caía por mi cuello y, con mimo, empezó a besarlo, lento, con una sensualidad apabullante que consiguió dejarme sin palabras. Por un instante creí que me desmayaría entre sus brazos, embriagada por todo lo que sentía por él. Estaba jodidamente enamorada, y lo mejor de todo era que no me importaba perder el norte por él. Devoré sus labios con delirio, provocando que nuestros cuerpos reaccionasen a cada uno de los besos que nos profesábamos.

—Dímelo —me instó.

—Hazme tuya.

Sin mediar palabra, me agarró con fuerza, poniéndose en pie y, cogiéndome a plomo, me llevó hasta mi habitación, cerrando la puerta de golpe, para que nadie pudiese molestarnos. En aquel momento le rogué al universo o a quién demonios existiese que la abuela se tomase alguna que otra copa con sus amigas, ganase muchos bingos y tardase en llegar al menos dos horas.

—Me vuelves loco, Aurora —me besó—, eres… Eres un ángel caído del cielo —Volvió a hacerlo—. Me muero por verte, por recorrer cada centímetro de tu piel, por besar cada una de tus cicatrices, grabar a fuego cada peca y desfallecer en tus labios.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero por primera vez en mucho tiempo, esas pequeñas gotas eran de dicha y no del más profundo dolor. Marco, que se dio cuenta de esto, colocó su mano sobre mi mejilla, moviendo el pulgar en círculos, llevándose consigo cada una de estas.

—Eres la mujer más buena, fuerte, inteligente y hermosa que he conocido jamás —musitó perdido.

Sin siquiera responder, uní mis labios a los suyos, dando rienda suelta al deseo que llevaba creciendo en mí desde el primer día en el que nuestras miradas se encontraron en el pueblo. Porque sí, me moría por besarle y deshacerme entre sus brazos.

—Déjate de ñoñerías —le dije con un tono burlesco que consiguió arrancarle una carcajada

—, y haz lo que te he pedido.

—Sus deseos son órdenes para mí —susurró para hacer una ligera reverencia que provocó que una sonrisa se dibujase en mi boca.

Me dejé llevar por el ansia que sentía de tenerle pegado a mí. Con cada uno de sus besos, más se revolucionaba mi cuerpo y más me pedía. Le necesitaba como el aire al respirar. Su lengua se adentró en mi boca, retándome, e inconscientemente empecé a moverme con lentitud sobre él. Las manos que reposaban sobre mi trasero lo apretaron, clavándose con fuerza, acompañando el balanceo de mis caderas sobre su miembro. Podía percibir su dureza entre mis piernas, cómo todo su cuerpo reaccionaba al mío.

Una de sus manos se coló con parsimonia por debajo de mi camiseta para masajear con delicadeza mis pechos, provocándome, haciendo que mi anhelo por sentirle creciese de manera exponencial. Una media sonrisa se dibujó en sus labios al ver cómo mi ceño se fruncía. Me miró divertido, para acto seguido deshacerse de la prenda, dejándola tirada en el suelo. Marco me observó con fascinación, como si fuese lo más bonito que hubiese visto en toda su vida. Con parsimonia recorrió mis brazos desnudos, mientras acercaba su boca a mi pecho, dejando un reguero de besos por mis clavículas que consiguió erizar cada vello de mi piel.

Con un rápido movimiento, me tumbó sobre la cama, quedando sobre mí para, segundos después, proseguir con el caminito de besos que había empezado a hacer y que se acercaba peligrosamente al lugar prohibido. Mi sexo ardió, imaginando lo que estaba por venir y, por un instante, ahogué un gemido que luchaba por salir de mi interior. Le observé con delirio y necesidad, porque sí, me carcomía las ganas que tenía de sentirle dentro de mí. Mientras, él siguió con su cometido, descendiendo con paciencia, haciéndose de rogar y torturándome mientras la punta de sus dedos reseguía mis muslos. Cuando llegó a la cinturilla de mis vaqueros, alzó la vista, lanzándome una mirada desafiante y juguetona. Sonrió de medio lado, como un maldito gato, provocando que todo mi ser se prendiese en llamas. Sin esperar una orden, se deshizo de mis pantalones, dejándolos caer al suelo, mientras se recreaba en el encaje de mis braguitas.

Mi corazón se aceleró sobremanera cuando sus besos se dirigieron a la cara interna de mis piernas y, con sosiego, coló uno de sus dedos entre el encaje y mi piel, para empezar a bajar mi ropa interior, dejándome completamente expuesta ante él. Tragué saliva y cubrí mi rostro con una de mis manos cuando su lengua se adentró entre mis pliegues, robándome un tímido gemido.

Estaba a punto de darme un infarto cuando se detuvo, alzando la mirada, fijándola en la mía. Pude vislumbrar como el más puro deseo había tomado el control, la lujuria se había apoderado de él, y por un instante, se me antojó que, en ellos, incluso, había algo salvaje y sobrenatural.

—Déjame verte —me pidió suplicante con aquel tono ronco que tenía.

Uno de sus largos dedos se coló en mi interior, a la vez que su lengua acometía contra mi pequeño y abultado botón, por no hacer lo que acababa de pedirme. Todo mi cuerpo tembló ante su contacto, mientras él no dejaba de atacar.

—Hazlo —ordenó.

Aquella simple exigencia hizo que mi sexo palpitase, dispuesto a acogerlo en él cuanto antes. Destapé mi rostro, encontrándome con ese gesto felino que acababa de descubrir que tenía. Sin pensarlo dos veces, volvió a su tarea, devorándome lentamente, con una sensualidad que sería capaz de prender hasta la más húmeda de las maderas. Enterré mis dedos en su salvaje cabello, sujetando su cabeza, perdida en el pacer que conseguía erizar cada vello de mi cuerpo.

—Te necesito —susurré al mismo tiempo que alzaba su rostro, apartándole de mí.

—Eres jodidamente deliciosa, Aurora —juró.

Tiré un poco de él, lo suficiente como para que me hiciese caso y escalase hasta llegar a mi altura para estampar sus labios contra los míos, engulléndolos, dejando que nuestras lenguas bailasen a un mismo son. Mi propio sabor me invadió, lo que consiguió encenderme aún más.

—Hazme tuya de una vez por todas —supliqué.

Marco me observó extasiado por la situación. No supe en qué momento se había deshecho de su ropa, pero allí estaba, completamente desnudo. Contuve el aliento al ver como todo su cuerpo cubría el mío, cincelado por el mejor escultor.

—El problema es que sé que siempre has sido mía —me corrigió, luciendo una mueca gatuna en su boca para, segundos después, estampar sus labios contra los míos.

# Marco

Aurora sabía a chocolate y nata, pero también a algo muy suyo que me había vuelto adicto a ella. Era tan perfecta que dolía, me perforaba el alma y me desarmaba hasta límites que jamás había experimentado. Me hacía perder la cordura que me mantenía con los pies en el suelo, y es que por ella habría bajado al mismísimo infierno si me lo hubiese pedido.

Me enterré en ella, provocando que un quejido lleno de gozo escapase de su boca, la cual permanecía entreabierta, intentando conseguir algo de aire que llenase sus pulmones. Su sexo me

acogió por completo, engulléndome, recibiéndome como si fuese la pieza de un acertijo dispuesto a encajar. Me iba a volver una jodida bestia. Llevaba tanto tiempo conteniendo todo lo que sentía por ella, que lo único que quería era escucharla gemir hasta el éxtasis, estremecerse en mis brazos y provocarle todo el placer posible. Iba a sanar sus heridas a base de besos, y cuando ya no pudiese más, volvería a empezar.

La observé con delirio, iba a volverme loca, y lo cierto era que no me importaba con tal de que ella fuese la causa de mi enajenación. Aurora era fuerte como una amazona, libre e indómita, pero al mismo tiempo tan delicada como los pétalos de una rosa.

Joder, estaba perdido en ella, y lo disfrutaba tanto que ni siquiera quería volver a encontrarme con tal de estar un ratito más a su lado.

—Siempre —juró mediante un gemido que me sonó a gloria.



# Capítulo 44

## Aurora

Morí con el rostro enterrado en su pecho, perdiéndome en la inmensidad de su mirada que, como un universo de estrellas, me deslumbraba con cada meteoro que caía. Las piernas me temblaban de la maravillosa oleada de placer que acababa de recorrer todo mi ser, me sentía tan embriagada por su amor que ni siquiera eso me importaba, ni el hecho de que la abuela hubiese abierto la puerta de casa hacía apenas unos segundos.

Posé mi dedo índice en sus labios, rogándole que permaneciese inmóvil y tan callado como pudiese. Todas las luces estaban apagadas, salvo las que ella iba encendiendo para avanzar hasta su habitación. Una sonrisa juguetona se dibujó en mis labios cuando la expresión de Marco cambió y pasó, por un instante, al pánico absoluto, ya que mi abuela pasaba junto a mi habitación.

Nos uní en un dulce beso, y cubrí por completo con la sábana que reposaba a los pies de la cama. Hice pequeños círculos con mi dedo índice sobre su piel, recorriéndola lentamente, grabando a fuego en mi mente aquel instante que se había convertido en mi recuerdo favorito de toda mi vida.

—Quédate —le pedí mediante un susurro.

—Pero tu abuela…

—No te preocupes, ya nos las apañaremos —le dije, restándole importancia.

Quería pasar la noche recostada en su pecho, escuchando el latir de su corazón pegado a mi

oído, sintiendo esa calma que solo él lograba darme. Cerré los ojos e inspiré el dulce aroma que aún se arraigaba en su pecho, dejándome acunar mientras sus brazos me rodeaban y sus dedos recorrían con lentitud mi espalda, formando un delicado camino. No quise pensar en si mi inconsciente le había pedido que se quedase para siempre, o solo a dormir, aunque solo de pensar en la posibilidad de que no se marchase, mi corazón se aceleraba. Tomé aire y dejé ir un suspiro, probando a calmarlo. Tenía tanto que decir, pero callaba por miedo a romper el instante más bonito que había vivido jamás con nadie.

Me apoyé en la cama, alzándome lo suficiente como para permitirme observarle. Cómo aún permanecía con los ojos cerrados, descansando, centrándose en su propia respiración, con las ondas de su cabello desmontadas, tan indomables como lo era él. Quise reseguir sus labios con la punta de mis dedos, besar esos hoyuelos que se le hacían cuando sonreía, y morder ese lunar que me enamoró tiempo atrás. Acaricié su rostro sin miedo, dejándome llevar, dibujando sus formas, perfilando su marcada mandíbula y descendiendo por su cuello, hasta que algo llamó mi atención.

—Llevas una luna tatuada —susurré mientras paseaba mis dedos por encima del tatuaje que reposaba sobre su hombro derecho.

Cogió aire y lo dejó ir con una tranquilidad que se me contagió. Fijó la mirada en la mía, deslumbrándome con aquellos dos luceros que tenía por ojos, tan azules como el mismísimo cielo.

—Te llevo a ti, Aurora —respondió al mismo tiempo que colocaba un mechón tras mi oreja —. Tú siempre has sido mi luna y mis estrellas.

Una sonrisa vergonzosa se dibujó en mis labios en el preciso instante en el que mis mejillas se enrojecían. La pequeña Aurora que seguía viviendo en mí quiso gritar de la emoción, porque estaba tan loca por él como lo estaba yo. Marco se había convertido en un hombre tan bueno que se me nublaba incluso el sentido. Me enorgullecía ver esa bondad en su mirada, el cariño con el que trataba a todo el mundo, en especial a mi abuela, y la servicialidad que mostraba hacia todo aquel que le importaba.

Antes siquiera de que dijese nada y como para llamar mi atención, posó una de sus grandes manos en el nacimiento de mi cabello, un poco más arriba del cuello, y nos unió en un beso tan dulce que, aun siendo casto, consiguió prenderme en llamas.

—Háblame de esto —le pedí.

—¿Qué quieres que te cuente, Aurorita? —preguntó juguetón.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque estoy loco por ti, siempre lo he estado y lo estaré hasta que me muera —se sinceró. Pude ver en su mirada que lo que decía era totalmente cierto, porque sus ojos brillaban de una manera tan especial que sería imposible contradecirlo—. La verdad es que no creí que nada de esto ocurriera, dudaba incluso de que te volviese a ver —admitió—. Estaba locamente enamorado de ti, ¿sabes? —susurró—. Pensaba en ti a todas horas, hasta que un día pasaste a ser un oasis en mi memoria. —Hizo una pequeña pausa, mientras no quitaba la vista de mí—. Llegué a creer que no eras más que producto de mi imaginación, la mujer perfecta de la que me había enamorado en sueños —Acarició con mimo mi rostro—, pero aquí estás, hecha realidad.

Agradecí al universo, a Dios, a Freyja o a quien demonios estuviese allí arriba, que hubiesen vuelto a unir nuestros caminos, porque sabía a ciencia cierta, en lo más profundo de mi alma, que así debía ser. Marco y yo estábamos unidos por aquel hilo rojo del destino que todo el mundo hablaba, estaba segura de ello. Mis ojos se llenaron de lágrimas dichosas, por fin algo en mi vida salía bien.

—Pues ahora ya no vas a tener que preguntar a nadie por mí —aseguré con una mezcla de congoja y alegría.

—He sido un cobarde, Aurora —se lamentó en voz baja—. Cuando volví al pueblo le pregunté a mis abuelos, necesitaba saber que eras real, pero me atemorizaba la idea de que hubieras pasado página, de que te hubieses olvidado de mí o simplemente estuvieras con otra persona —añadió con pesar—. Todo este tiempo…

Su voz se desvaneció como si no hubiese existido, por lo que cabeceé en señal negativa. Ambos lo habíamos sido, y no pasaba nada, necesitábamos avanzar en nuestras vidas hasta llegar al instante adecuado para encontrarnos.

—Cállate —le pedí, besándole, intentando calmar esa pena que percibía en sus palabras—, no hay nada que lamentar, tal vez no era nuestro momento, tal vez tuvieras que volver a mi vida para salvármela —susurré contra sus labios.

—Te quiero, Aurora. —Me besó—. Y ni en mil vidas dejaré de hacerlo.

A la mañana siguiente la abuela pilló a Marco justo cuando estaba calzándose para escabullirse por la ventana del baño que daba a la calle trasera, donde nadie le vería salir. Antes de que pudiese sacar la primera pierna, escuchamos como alguien carraspeaba a nuestras espaldas.

—¿Dónde te crees que vas, muchachito? —inquirió esta.

Un cosquilleo nació en mi vientre, haciéndome sentir como una adolescente a la que pillaban estando a escondidas con su amor prohibido. Solo que, en esta ocasión, éramos dos adultos hechos y derechos que no queríamos que, aún, se enterase nadie. Aunque tenía más que claro que lo del bingo de la noche anterior no había sido más que una excusa de la abuela para poder dejarnos a solas.

—*Ehm*… Perdóname, María, yo… —empezó a decir.

—Ya puedes estar cerrando la ventana y subiendo a desayunar —le ordenó en modo sargento, al mismo tiempo que señalaba las escaleras que llevaban a la planta superior—, ayer compré magdalenas.

—Ahora mismo —respondió este como si fuese un militar.

Apreté los labios con fuerza, conteniendo la risotada que empezaba a subir por mi garganta. Cuando creí que me había librado, su mirada se desvió directamente a mí, por lo que me volteé para ver qué era lo que me encontraba. Mis mejillas se enrojecieron al instante.

—No te creerás que te vas a librar, ¿no? —inquirió al mismo tiempo que hacía un gesto con la cabeza, indicándome que hiciese el mismo camino que Marco—. Tira.

Asentí un par de veces y enfilé camino hacia el salón, donde lo más seguro es que ya hubiese preparado el desayuno, sabiendo que estábamos ambos en la habitación. Mientras estaba subiendo las escaleras, escuché cómo mi teléfono empezaba a sonar, cosa que me extrañó ya que no eran más de las ocho de la mañana de un sábado. Corrí a buscarlo y cuando vi quién era, mi sangre se heló.

—¿Va todo bien? —me preguntó Marco a mi espalda.



# Capítulo 45

«Antonio López», leí para mis adentros. ¿Qué hacía el abogado llamándome un sábado a primera hora de la mañana? Las piernas me temblaron y tuve que sentarme en la cama para poder atender la llamada. Cogí aire y descolgué antes de que fuese demasiado tarde.

—Aurora, disculpa las horas —se excusó el hombre al otro lado del teléfono.

—¿Ha pasado algo?

—Hemos encontrado el nombre del pagador de la transacción que se hizo antes de la muerte de las chicas —espetó sin dudarlo un solo instante, dejándome helada.

Tragué saliva. ¿Estaba preparada para escuchar quién estaba detrás de sus asesinatos? Mis ojos se llenaron de lágrimas y los cerré con fuerza para, unos segundos más tarde, abrirlos y encontrarme con Marco, quien posó una de sus grandes manos en mi mejilla y la acarició con pesar.

—Dímelo —le pedí, notando como las pequeñas gotas llenas de dolor empezaban a correr sobre mi piel.

Todo mi ser se estremeció. Una parte de mí no quería cerrar aquella etapa, decirles adiós de manera definitiva, porque mientras buscásemos a su culpable, ellas seguirían vivas en mi memoria. Cogí una bocanada de aire, ahogando un quejido que rasgó mi garganta, luchando por sacar el dolor que me atravesaba.

—No es un nombre en sí, pero tenemos una empresa con sede en Barcelona como pagador: *Global Legacy Ventures* —me informó.

Tragué saliva, mi mente iba tan deprisa intentando buscar aquel nombre entre mis recuerdos

que apenas podía escuchar lo que me decía Antonio. Lo oía hablar, pero solo podía recrear una y otra vez el accidente, como una enorme bola de fuego se prendió, iluminando la oscura carretera en la que nos encontrábamos.

—¿Quién coño son? —inquirí, apretando la mandíbula, intentando no llorar más.

—De momento no sabemos gran cosa, lo único que podemos saber es que están afincados en Barcelona, pero encontraremos toda la información posible —probó a calmar mi ansia—. Vamos a hacer que paguen por la muerte de las chicas —juró—. Te prometo que no voy a descansar hasta hacerlo.

—Eso espero —susurré, ya sin apenas fuerzas.

—He hablado con Héctor, él se encargará de averiguarlo todo —me informó—. Se personará y vigilará a todo aquel que entre o salga de esa maldita empresa.

—Gracias.

—En cuanto tenga algo de información te la haré llegar —aseguró—, voy a llamar a Santiago, ¿de acuerdo?

—Sí —dije sin poder articular palabra.

—Te mantengo al tanto, Aurora —se despidió—, cuídate, ¿vale?

Oí como la llamada se cortaba, pero no logré reaccionar hasta que Marco se sentó a mi lado, posando su mano sobre mi pierna, llamando mi atención. Tragué el enorme nudo que se había creado en mi garganta, intentando mantener la compostura, pero era casi imposible. Estaba apretando tanto el teléfono que creí que de un momento a otro estallaría en mil pedazos, como si lo hubiese espachurrado Hulk.

—Tranquila, mi amor —susurró Marco cerca de mi oído, al mismo tiempo que me envolvía en un dulce abrazo.

Rompí a llorar contra su pecho, derrumbándome, sintiendo como todo ese dolor que siempre se acumulaba en la parte más profunda de mi corazón salía a flote, arrasando con todo.

—No sé qué quiere esa gente, ni qué les hemos hecho para que pagasen a nadie, Marco… —le dije con una congoja tan profunda que percibí como llegaba a solarme el alma entera—. Te juro que yo no he hecho nada, y ellas tampoco —lloriqueé.

Me moría solo de pensar que aquello pudiese ser culpa mía, porque ellas lo eran todo para mí y quien hubiese orquestado su accidente lo hizo para acabar con una de las que debíamos estar en aquel coche. Pero ¿a quién? ¿Y si era para hacerme algo a mí? Lloré de forma desconsolada, con el corazón hecho añicos.

—Lo sé, Aurora —juró al mismo tiempo que pasaba sus dedos por mi cabello—, no tienes que darme explicaciones de nada.

Una parte de mí creía necesario buscarle algo que justificase que nada de lo ocurrido había sido provocado por mis actos o decisiones.

—Pero ellas están muertas, alguien ha ordenado su puta muerte y yo estoy aquí, vivita y coleando —bramé llena de dolor, percibiendo como me ardía el pecho a causa de la ira—. ¡Debería de haber estado en aquel coche!

Marco tomó con mimo mi rostro, haciendo que le mirase y, por un instante, el mundo dejó de girar. Sus iris se fijaron en los míos, consiguiendo que toda la rabia que corría por mis venas se congelase.

—Por suerte o por desgracia, no lo has hecho, Aurora —me dijo al mismo tiempo que con el pulgar recogía cada una de las gotas que recorrían mi rostro—, y ahora debes luchar por ellas, para conseguir que se haga justicia —intentó animarme—. No estás sola —juró—, te ayudaremos a sobrellevarlo, buscaremos hasta debajo de las piedras para que ese hombre pague por lo que hizo, y te levantaremos cuando caigas.

Me abrazó con tanta fuerza que pude percibir cómo mis lágrimas no dejaban de empapar la camiseta que llevaba. Me dolía percatarme de que había estado sola durante meses, sin dejar que nadie me ayudase a gestionar todo el dolor o simplemente apoyarme en ellos. Había sido egoísta, me había regodeado en mi propia mierda con tal de no arrastrar a mi abuela al pozo en el que vivía, porque a pesar de que sabía que podía contar con ella para cualquier cosa, había decidido no hacerlo. Mantenerla al margen era mi manera de quererla, alejándola de todo el pesar que me había corroído durante meses.

—Eso nunca será suficiente, Marco. —Lloré con todo el dolor de mi corazón—. Nada las traerá de vuelta.

Un profundo quejido rasgó mi garganta, resonando en la habitación, consiguiendo que opacase, incluso, mi llanto. Todo se me vino encima como si de una avalancha se tratase, aplastándome. Una fuerte presión se instauró en mi pecho, que, mezclada con los profundos gimoteos y sollozos, empezaron a impedirme respirar con normalidad. Me llevé la mano a la parte baja de mi garganta, percibiendo como apenas podía respirar. Mi mente iba a dos mil por hora, cientos de pensamientos empezaron a cruzarla, arrollando toda la calma que podía haber tenido. Los hipidos se volvieron cada vez más profundos, tanto que creí que se me escaparía el alma en uno de estos.

—Me ahogo… —susurré entre lágrimas.

Boqueé, sin lograr respirar, sintiendo como el mundo empezaba a girar de manera vertiginosa y ni siquiera la presencia de Marco lograba calmar todo ese desasosiego que me quemaba las entrañas. Todo mi cuerpo empezó a temblar, las manos me sudaban y apenas lograba enfocar la vista a causa de las lágrimas.

—Aurora, mírame —me pidió Marco y, aunque intenté alzar la mirada, ni siquiera eso podía.

Este posó su dedo índice bajo mi barbilla y, con mucha ternura y mimo, fue levantándolo hasta que me encontré con sus dos luceros azules, capaces de taladrarme el alma. Hice un puchero al ver como sus ojos también brillaban a causa de las lágrimas agolpadas, y fue entonces cuando supe que le quería a mi lado hasta el último día. ¿Cómo podía haber tanta bondad en una persona?

—Coge aire por la nariz, poco a poco, en cuatro segundos —me indicó—. Siente como tu abdomen se llena —me instó, colocando una de sus grandes manos en mi vientre—. Mantenlo durante siete segundos —prosiguió—, y déjalo ir por la boca en ocho.

Probé a controlar mi respiración como acababa de decirme Marco, pero lo cierto era que ni así lograba respirar sin tener la sensación de ahogo. Todo mi cuerpo temblaba sin remedio alguno. Mi pesadilla seguía más lúcida que nunca, y esos fantasmas que me atormentaban volvían para hacerse aún más fuertes.

—Una vez más —me invitó a hacerlo, mientras una dulce mueca llena de tristeza se dibujaba en sus labios—, puedes hacerlo —me animó—, podemos hacerlo —rectificó.

—Ellas… —conseguí decir, antes de romperme de nuevo.

—Mi amor… —musitó con la voz estrangulada—, no te las puedo devolver —aseguró con pesar—, pero pienso hacer lo que esté en mi mano para que echarlas de menos sea un poquito menos doloroso.

—Te necesito, Marco —lloriqueé.

—Encontraremos al malnacido que orquestó la muerte de las chicas, te lo prometo —juró solemne.



# Capítulo 46

## Marco

Llegué a casa de mis abuelos aún con el corazón en un puño; ver a Aurora de esa manera me mataba lentamente, y lo peor de todo era que no podía hacer nada por traer de vuelta a las chicas. De lo que estaba seguro era de que haría todo lo que estuviese en mis manos para que el culpable pagase por lo que había hecho, y no me temblaría el pulso en hacer lo que hiciese falta para que sufriese.

Nada más acercarme a la puerta de la casa de mis abuelos sentí como una fuerte oleada de nerviosismo empezó a recorrerme de pies a cabeza. Mi abuelo siempre había sido un hombre autoritario, incluso diría que sus ideales iban más allá de lo común. Por suerte, mi abuela nunca se había dejado pisotear, a pesar de que muchas veces lo intentaba. Ella era puro amor, la mujer más bondadosa y dulce sobre la faz de la tierra.

Cuando nos mudamos a Zúrich decidieron acompañarnos por el simple hecho de que yo no estuviese solo. Querían que me sintiese como en casa, a pesar de que ese lugar nunca lo sería, aunque debía admitir que tenerles cerca me ayudó a integrarme, o al menos a intentarlo. Durante meses odié a mis padres con todo mi corazón, la única que me comprendía era mi abuela, quien siempre estuvo ahí para apoyarme y buscar una solución. Incluso llegó a hablar con mis padres para que pudiese irme con ellos a vivir de nuevo a la capital.

Si hubiese crecido siendo como era, fue gracias a que ella estuvo en mi vida. Mi abuela era mi referente más cercano, incluso más que mis propios padres, quienes se ausentaron gran parte de mi adolescencia con la excusa del trabajo.

Maldije para mis adentros, porque si no nos hubiésemos marchado, todo habría sido distinto, ya no solo con Aurora, sino la vida que habría creado en España. Podría haberla apoyado, tal vez incluso, el accidente jamás hubiese llegado a suceder… Eran tantas las posibilidades que era imposible llegar a predecirlas todas.

—Antes de que digáis nada —Alcé al mano nada más cruzar el quicio de la puerta—, lo siento. —La coloqué sobre mi pecho—. Debí avisar anoche, pero…

—No te preocupes, cielo —aseguró mi abuela al mismo tiempo que se acercaba para recolocarme un par de mechones rebeldes—. María nos comentó que habías estado cenando en su casa.

Mi abuelo renegó por lo bajini, como ya era costumbre, y tras darle un bocado a su tostada, se levantó, como si nuestra presencia le molestase, cogió el plato y se marchó al salón, donde terminó de desayunar en silencio. Puse los ojos en blanco; cuanto más mayor se hacía, más cascarrabias se volvía.

—¿Aurora se encuentra bien? —Quiso saber.

Le conté lo que acababa de ocurrir, la llamada del abogado y el episodio de ansiedad que había sufrido por ello. Sabía que la quería muchísimo, aún podía recordar las tardes que pasaba en su casa. Su abuelo y el mío habían sido muy amigos, tanto que compartíamos gran parte del tiempo juntos.

—Cuídala —me suplicó—, no merece menos, Marco —aseguró con pesar—. Aurora es la niña más buena que he conocido nunca, y estoy segura de que debe estar devastada por la pérdida de las chicas —añadió con pesar—. Ahora solo os tiene a ti y a María.

—Me mata verla así —me sinceré—, le quiero tanto que cuando la miro siento que me va a explotar el corazón, y que tenga que estar pasando por todo esto consigue que quiera ver el mundo arder, abuela.

—Cuando encuentras a tu alma gemela harías cualquier cosa por ella —comentó, tomando una de mis manos con ternura—, y eso te ocurre con Aurora.

—No quiero que sufra —musité, percibiendo como la congoja volvía a nacer en mí.

Había intentado mantenerme firme, no llorar estando con ella, pero vivir su pesar conseguía contagiarme, porque la amaba con todo mi corazón, más allá del sentido y de la razón.

—Puedo verlo en tus ojos, ¿sabes? —dijo la abuela, posando una de sus manos sobre mi mejilla—. Nunca los había visto brillar así —Posó sus iris sobre los míos—, Aurora se ha colado bien hondo en tu corazón, mi pequeño.

—Mi corazón lleva siendo suyo toda la vida, abuela —confesé.

No iba a permitir que pasase por todo esto sola, ya no. Me quedaría a su lado para siempre, y la cuidaría como nadie lo había hecho.



# Capítulo 47

## Aurora

Después de desayunar, Marco se marchó de nuevo a casa de sus abuelos, ya que les debía una explicación de por qué no había pasado la noche en su habitación. Lo bueno es que el coche familiar no se había movido de la cochera, por lo que sabían que él permanecía en el pueblo.

—No te preocupes más, cielo —me pidió la abuela al mismo tiempo que se sentaba junto a mí en la mesa del salón.

Tomó una de mis manos y la acarició con mimo. Su gesto se había vuelto turbado, estaba lleno de preocupación y no la culpaba, después de escucharme llorar de aquella manera, era normal que se afligiese.

—Claro que me preocupo, mi mente no para —confesé con pesar—, intento buscar algo, alguien que hubiese podido tener un problema con nosotras, algún detalle que ellas me contasen, pero no hay nada que se me venga a la cabeza.

Lo había intentado todo, incluso había revisado los miles de mensajes que habíamos compartido, o al menos, los que quedaban dentro de mi teléfono. Pero ni rastro. Era como buscar una aguja en un pajar.

—Tienes que descansar —aseguró—, o te acabará saliendo humo. —Achicó los ojos y me miró—. *Hm*… Creo que ya puedo verlo.

Una media sonrisa que resistía a salir se esbozó en mis labios. Solo ella tenía el don de alegrarme cuando nadie más podía. Cogí la taza de café que aún estaba frente a mí y removí el

líquido para, segundos más tarde, llevármelo a la boca.

—Cambiemos de tema —comentó—. ¿Cuándo ibas a decirme que Marco y tú sois novios?

Abrí los ojos de manera exagerada, y por poco me atraganté. Lo último que me esperaba era una pregunta como aquella. Tosí un par de veces, intentando que el líquido que se me había ido por el lado equivocado saliese. Un poderoso sofoco empezó a subir por mis pies, hasta alcanzar mis mejillas, las cuales se enrojecieron al instante. Vi como la abuela reprimía una risilla, pero entendí su pregunta. A ella le gustaba saberlo todo, y era más que obvio que lo que existía entre ambos era especial.

—No somos novios, abuela —le corregí.

Esta entrecerró los ojos, sospechando, aunque sabía que no la podría engañar de ninguna de las maneras.

—¿Vas a negarme también el hecho de que haya pasado aquí la noche? —rebatió, haciéndose la ofendida.

—Marco y yo… —empecé a decir, pero mi voz se desvaneció y un suspiro tomó su lugar— no te puedo decir que seamos novios ni que seamos nada, él es tan bueno, dulce, cariñoso y atento…

—Y te mira con unos ojos que estoy segura de que podrías pedirle la luna y te la bajaría sin dudarlo un solo instante.

¿Qué debía contestar a aquello? Marco era un maldito tesoro, el hombre que merecía y al que siempre había querido, pero una parte de mí seguía teniendo miedo a perderle, a que desapareciese igual que lo habían hecho las chicas, mis padres o incluso Vega cuando se marchó. Estaba enamorada de él hasta las trancas, siempre lo había estado. Él seguía siendo el chico de mis sueños, con esa luz que desprendía y esa mirada tan pura como el agua de un manantial alimentado por el deshielo.

—Le quiero, abuela.

—Entonces no tienes que decirme nada más, mi niña —aseguró al mismo tiempo que tomaba una de mis manos y la acariciaba con mimo.

Mi abuela me entendía, porque al igual que a mí, nos había conquistado un hombre de ojos azules, tan bondadoso como dulce, y en el mismo lugar: el pueblo. Aún recordaba el amor que había entre ambos, cómo María hablaba de él y le brillaban los ojos como si cientos de estrellas reinasen en ellos.

—Te hará muy feliz, Aurora —añadió—, y sé que te cuidará como si de mí misma se tratase.

—Nadie podría cuidarme como tú, abuela.

María me lo había dado todo: mi nombre, mi familia, un hogar, el saber lo que era el amor de verdad… No me debían nada, ni siquiera me conocían, pero aún se emocionaba al recordar mi llegada. No era más que un bebé, mis padres no podían concebir y decidieron adoptar a una bebé a la que abandonaron a las puertas de un hospital. Esa era yo, Aurora la desvalida. Por suerte, jamás me sentí así. No me pregunté por qué me abandonaron, ni culpé a mis progenitores por hacerlo. No conocía sus historias, si había nacido por accidente, si es que no podían cuidar de mí… Tal vez no fuese la mejor opción, pero gracias a que un día me dejaron sola, la vida me recompensó con la mejor familia que podría haber tenido nunca.

—No sabes lo muchísimo que te quiero, Aurora —dijo, mirándome con aquella ternura que consiguió que un nudo se crease en mi garganta—. Me recuerdas tanto a tu padre que a veces incluso me asusto.

Me hizo gracia que me dijese que me parecía a él, porque a pesar de no ser familia de sangre, había adoptado cada uno de sus gestos y expresiones. Él había sido aún más de lo que hubiese podido pedir jamás. Mi padre me había enseñado a ser fuerte, a luchar con uñas y dientes, a tener el arte como forma de vida y a ser agradecida. Me había ayudado a ser yo misma con libertad, y eso es lo que más valoraba.

—Les echo mucho de menos, abuela.

Mi vida estaba rodeada de un anhelo paralizante, de esos que te dejan vacía por dentro, pero hubo un momento en el que también estuvo repleta de amor.

—Estarían muy orgullosos de ti, mi niña. —Sonrió con tristeza—. Casi tanto como lo estoy yo.

Una pequeña lágrima se escapó de sus ojos verdes, y recorrió su mejilla, hasta morir en la mesa de madera. Estiré uno de mis brazos, y recogí su reguero, me puse en pie, y la abracé por la espalda, deseando no marcharme nunca de su lado.

—Te quiero, abuela —le dije sin separarme ni un solo ápice.

—No más que yo a ti.

Deposité un beso en su mejilla, le dediqué una última sonrisa y me marché a la habitación para recogerla. Entonces me percaté de que el led de mi teléfono parpadeaba, indicándome que alguien me había escrito, o incluso llamado. Al principio creí que se trataba del abogado, no negaré que mi corazón dio un vuelco, pero cuando desbloqueé vi que era Vega quien me escribía.

Vega:
¡Buenos días!
Esta mañana me he despertado pensando en ti.
He soñado que volvíamos a ser niñas, y nos escapábamos de la academia como en los viejos tiempos.
No sabes cómo añoro eso.
Ser una adulta responsable es una mierda.
¿Cómo has dormido tú?

Aurora:
¡Hola!
Nos sentíamos como delincuentes.
Aún me acuerdo las broncas que nos echaba la profe cuando nos enganchaba al día siguiente. Siempre nos amenazaba con decírselo a nuestros padres, y no sé cómo la convencíamos.

Vega:
Éramos unas liantas.

Aurora:
¡Y que lo digas!

Sonreí al recordarnos siendo pequeñas, cómo nos reíamos creyendo que éramos unas gamberras por escaparnos de vez en cuando de las clases de inglés por estar un ratito juntas. En ocasiones simplemente nos marchábamos al parque que había en la calle atrás a columpiarnos mientras hablábamos de tonterías. Pero para nosotras, eso era especial.

Aurora:
Estoy preocupada, Vega…
Hay algo a lo que no puedo dejar de darle vueltas.

Vega:
Cuéntame.
A lo mejor puedo ayudarte en algo.

La adoraba por aquello, siempre estaba dispuesta a ayudar a todo el mundo, tal vez por eso entablamos amistad tan rápido. Aún me acordaba cómo Vega corrió el día que vimos a una niñita de no más de cinco años tropezar y caerse de morros al suelo. ¡Cómo lloraba la pobre! Mi amiga, sin dudarlo, se acercó a ella, recogiéndola con una ternura infinita, intentando consolarla hasta que llegó su madre, quien la había perdido de vista tan solo unos segundos.

Vega:
Venga, suéltalo y no me dejes con la intriga.



# Capítulo 48

Le conté a Vega todo lo ocurrido desde el inicio, no quería ocultarle nada, y aunque al principio era reacia a tener que contarle todo aquello como si no hiciese años desde que nos vimos por última vez, agradecí tener a alguien que me escuchase de forma activa, aportando su punto de vista y animándome a seguir adelante con el procedimiento.

Sabía que de una forma u otra lograríamos encontrar a quien estaba detrás de la empresa que mencionó Antonio. Si alguien podía encontrar un rastro cual sabueso era Héctor, por lo que confié en que, una vez más, estuviese al servicio de mi familia.

Había caído la tarde en el pueblo, por lo que aproveché para salir a dar una vuelta, llegando hasta la fuente y subiendo por el camino de tierra que llevaba hacia los huertos. Las mejores puestas de sol se veían desde la colina de los molinos de viento, los cuales se movían con una lentitud pasmosa en la lejanía, pero sorprendía cómo era todo lo contrario cuando te acercabas.

Eché la sudadera en el suelo para poder tumbarme sin que cientos de hojas y ramas se enredaran en mi cabello. Cerré los ojos, dejándome mecer por el poco viento que había, escuchando cómo los pájaros piaban y algún que otro cuervo graznaba. Cuando me recosté, creí ver un corzo cruzar el prado, y es que en la zona era muy común verlos, incluso acompañados por sus crías. Amaba aquel lugar con todo mi corazón, porque era el único en el que sentía ese bienestar que me ayudaba a olvidarme de todos los problemas. Era como si el tiempo dejase de correr, una pequeña burbuja donde la vida era completamente distinta a la que había en las grandes ciudades, lejos del bullicio, el estrés, los horarios… Era mi pequeño gran oasis en las montañas.

En ocasiones, cuando venía de visita, había ido hasta la zona más apartada del río, junto al

molino, para quedarme en silencio y grabar el sonido ambiental con el que me sorprendían los mirlos y estorninos negros del lugar. Aunque no necesitaba ningún ave para que me acompañase, el simple sonido del aire meciendo las copas de los árboles era más que suficiente como para sentir esa paz que tanto ansiaba.

Sabía que a mi padre le gustaba tanto aquello como a mí, incluso llegó a comprar varias tierras, dos cosechadoras y una casa que estaba más allá del molino, la cual quedaba casi incomunicada en invierno. Aún no había tenido el valor de ir a visitarla. Solo de pensar en ello se me caía el alma a los pies. Siempre hablaba de la casa, de lo mucho que vendríamos al pueblo cuando la reforma hubiese terminado, ya que cuando la compró no era habitable. Lo peor de todo es que ni siquiera pudo verla terminada, ya que las obras acabaron una semana después de su muerte.

Una pequeña lágrima descendió por mi rostro, la cual corrí a ocultar cuando oí como alguien corría cerca de donde me encontraba. Me giré para ver de quién se trataba, y en la distancia pude ver a Marco, haciendo algo de ejercicio con los auriculares puestos. Estaba muy serio, incluso diría que pensativo. Por un instante dudé en si saludarle o no, pero entonces se percató de mi presencia. Alcé una mano y sonreí, por lo que no dudó en acercarse.

—¿Qué haces aquí? —preguntó curioso.

—Me apetecía un poco de silencio, estar sola, escuchar el viento… Ya sabes —respondí—, un poco de tranquilidad de pueblo.

Tranquilidad de esa que solo lograba sentir allí, y es que era como si el tiempo fuese infinito, y eso me encantaba. Durante el invierno podías salir a la calle sin apenas encontrarte con nadie, en cierto modo, ese era el encanto de vivir en un lugar como aquel. Tenías la paz que ansiabas, la libertad de hacer lo que quisieras y la familiaridad de poder contar con el apoyo de casi cualquiera, porque en los pueblos siempre ocurría eso: todos éramos como una gran familia.

Estaba preocupada, no iba a negarlo. Todo lo ocurrido recientemente lo único que conseguía era robarme la poca paz mental que conservaba. Me daba miedo perder el control de nuevo, estar sola, darme cuenta de que en cualquier momento los fantasmas que tanto me atormentaban tenían tal poder que podían conseguir arrastrarme a la oscuridad más profunda.

—¿Te importa si te hago compañía?

Se quitó los auriculares y esbozó una dulce mueca en sus labios.

—Si a ti no te importa abandonar tu momento de deporte —le miré de soslayo, sonriente—, estaría encantada de que me acompañaras.

No dudó ni un instante en dejarse caer a mi lado, sobre la sudadera, y pasó uno de sus brazos

por mi espalda, abrazándome con mimo. Besó mi coronilla y no pude evitar que una oleada de felicidad me recorriese. No necesitaba más, solo el pueblo, mi abuela y a él, pero antes debía solucionar lo de las chicas para poder volver a empezar.

—¿En qué piensas? —Quiso saber cuando mi mirada se perdió, oteando el horizonte.

—En todo y nada —respondí sin ganas.

—Aurora, estás haciendo lo imposible por tus amigas —aseguró—, y lograremos que paguen por todo el mal que han provocado en tu vida y en las de su familia.

Bajé la mirada, perdiéndome de nuevo en mis pensamientos. Cuando todo esto acabase la vida cambiaría, tendría que decirles adiós para siempre, y no solo a ellas. Igual que años atrás, el verano acabaría, todo el mundo volvería a sus rutinas, y Marco no iba a ser la excepción a la norma.

—Hay algo que no me cuentas, ¿no? —indagó un poco más.

Suspiré y me giré lo suficiente como para poder mirarle. Este tomó una de mis manos y la llevó a sus labios, depositando un casto y dulce beso que me encogió el alma. Parpadeé con rapidez, intentando disipar las incipientes ganas de llorar que me acechaban. No quería perderle por nada del mundo, y a pesar de que era lo que más temía, accedí a explicarle lo que tanto me preocupaba:

—No sé qué pasará cuando volvamos, cuando tengas que marcharte, pero…

El corazón se me aceleró de tal manera que el latido consiguió ensordecerme, provocando que no pudiese continuar con lo que estaba diciendo.

—¿Pero? —Quiso saber.

Durante unos segundos dudé en si seguir hablando, porque a una parte de mí le aterrorizaba la posible respuesta de Marco. Cogí una bocanada de aire, sintiendo como todo mi cuerpo temblaba, y lo dejé ir a modo de suspiro.

—Quédate, Marco —imploré con los ojos llenos de lágrimas, a sabiendas de que aquello me rompería el corazón—, o llévame contigo, no me importa, yo…

Antes de que pudiese terminar de hablar, Marco agarró mi rostro con ambas manos y estampó sus labios contra los míos, uniéndonos en un beso tan apasionado como dulce que me supo a gloria. Mis ojos seguían llenos de lágrimas, presos del pánico, tan vidriosos que apenas podía verle con claridad.

—Oh, por Dios… —susurró al mismo tiempo que una sonrisa se dibujaba en sus labios. Sin pensarlo ni un solo instante volvió a besarme, devorándome lentamente, deleitándose en el

proceso—. Quiero estar contigo, Aurora —juró—, es lo que siempre he ansiado, y no hay nada sobre la faz de la Tierra que pueda hacer que me olvide o separe de ti.



# Capítulo 49

Desde mi encuentro con Marco vivía en una nube de serenidad y paz de la que no deseaba bajarme por nada del mundo. Incluso la abuela me había preguntado, de nuevo, el motivo de mi felicidad. Era como estar rodeada de algodón de azúcar, y lo cierto era que me encantaba.

No me daba miedo la incertidumbre de un futuro lejos del pueblo o de cualquier otro país, porque sabía que, al fin y al cabo, en el momento en el que quisiese volver, podría hacerlo sin tener que darle explicaciones a nadie, porque no existía persona sobre la faz de la Tierra que me comprendiese mejor que él. Una parte de mí vibraba cada vez que pasaba por mi cabeza la idea de que fuésemos algo más que amigos. No habíamos hablado de ello, pero no lo necesitaba. Saber que era correspondida en todos los sentidos me ofrecía una seguridad que era capaz de envolverme como la calidez de un café casi hirviendo en invierno.

Estaba acabando de recoger la ropa que había tendida en el antiguo corral, el cual se había quedado como jardín, cuando escuché como alguien golpeaba la puerta de la cuadra, así que no dudé en desviar la mirada hacia allí. Una sonrisa boba se dibujó en mis labios cuando me percaté de que Marco me miraba desde la puerta, apoyado en la pared con aquel gesto dulce que siempre esbozaba.

—¿Podemos hablar? —preguntó Marco desde la puerta.

El corazón empezó a latirme con tanta fuerza que creí que me quedaría sorda solo por su sonido. Tragué saliva, obligué a mi voz a salir lo más clara y serena que fuese posible, aunque estaba segura de que Marco notaría el matiz:

—Claro, ¿ocurre algo? —inquirí, preocupada, hecha un manojo de nervios.

—No, no es nada importante, solo quería hablar un momento contigo —intentó

tranquilizarme, aunque aquello provocó que mi inquietud fuese a más.

—Es una tontería, no sé si… Bueno —su voz parecía salir a trompicones, como si la estuviese empujando palabra por palabra—. Cuando estuve en la ciudad el otro día vi algo que me recordó a ti.

—¿A mí? —pregunté sorprendida.

Este asintió con una sonrisa tímida en los labios, y del bolsillo trasero de su pantalón sacó una cajita borgoña que llamó mi atención de inmediato.

—No te esperes gran cosa —me advirtió.

Sujetó la cajita, para que pudiese abrirla con cuidado, y cuando lo hice me encontré con una tela blanca de satén que cubría algo que no lograba ver, hasta que me deshice de ella poco a poco. Un delicado y hermoso anillo de oro blanco en forma de rosa de los vientos empezó a relucir bajo el sol, destacando el diamante que brillaban en el centro.

—Pero, Marco… —murmuré aún en shock.

Era el anillo más bonito que había visto nunca. Ni siquiera quise pensar en lo que le habría costado, porque había una parte de mí que se sentía una impostora en aquella posible relación.

—No tiene forma de estrella, pero es algo más.

—Una rosa de los vientos —añadí, casi interrumpiéndole.

—Porque sé que pase lo que pase, y esté donde esté, la vida siempre me traerá a tu lado, Aurora —susurró, para segundos después sacar el anillo de la cajita y colocarlo en mi dedo—. Te quiero.

Sin responderle, rodeé su cuello con mis brazos, enterrando la punta de los dedos en el nacimiento de su cabello, y le besé con ansia. Merecía un hombre como él, que me cuidase y amase por encima de todo, y estaba dispuesta a luchar por seguir adelante a su lado.

—Te quiero —musité contra su boca.

Aun sujetándome de la cintura, me devolvió el beso. Se apartó un poco y me observó con deleite.

—Me marcho, que tengo que ayudar a mi abuelo a arreglar no sé qué de la cochera —me informó—, pero esta noche te espero en el muro del arco, ¿vale?

—Allí nos vemos —respondí para, acto seguido, depositar un dulce beso en sus labios.

—Hasta luego, princesita Aurora. —Me guiñó un ojo, robándome el corazón por completo.

Mi teléfono empezó a sonar, por lo que fui a por él y, sin pensarlo, descolgué, y no fue hasta que escuché su voz que supe que había malas noticias.

—Buenas tardes, señorita de Castro.

—Antonio, por favor, llámame Aurora, no quiero ser señorita de nada, ya lo sabes —le corregí.

No estaba descontenta con mi apellido, ni al linaje al que pertenecía, pero nunca me había gustado ser la mandamás, ni siquiera tener la fortuna que durante años mi padre había amasado para que la heredase en cualquier momento. Le gente cambiaba cuando se rodeaba de dinero, se volvía codiciosa e interesada, por lo que yo había optado por alejarme por completo de ese mundo.

—Ahora no es momento de discutir sobre formalismos —aseguró—, le traigo noticias importantes.

—¿De qué se trata? —me preocupé.

Suspiró y aquello me hizo percatarme de que era más serio de lo que creí en principio. Cuando el tono de Antonio se volvía seco, denotaba que algo no iba bien, por lo que sentí mis piernas flojear. Me apoyé en la pared y fui caminando hasta mi habitación, donde me dejé caer en la cama, intentando recomponerme.

—Dime, Antonio —le insistí, presa de los nervios.

—Héctor ha estado vigilando las supuestas oficinas de *Global Legacy Ventures* —me informó —, y digo supuestas porque allí no hay nada.

—¿Cómo que no hay nada? —inquirí sin comprender lo que me decía.

—No existen dichas oficinas —aclaró—, lo único que hay es un edificio vacío con una única planta habilitada, la número quince.

—¿Qué más sabemos?

—Héctor ha encontrado a dos mujeres saliendo por separado de dichas instalaciones, me gustaría que pudieras venir para hacer un reconocimiento —añadió—, tal vez tú puedas conocerlas o te suenen de algo.

—¿Has hablado con Santi?

—Sí, pero está en Helsinki hasta el domingo por motivos de trabajo, por lo que no podréis verlas al mismo tiempo —continuó—. Me gustaría que vinieras lo antes posible, para que así

podamos actuar con la mayor brevedad.

—Claro, no hay problema —aseguré—, puedo estar allí mañana por la tarde, o como mucho pasado por la mañana.

—Perfecto, dejaré que Héctor siga haciendo su trabajo, que así reúna la mayor información posible para cuando llegues.

—De acuerdo —añadí—, te avisaré cuando llegue a la ciudad.

Nos despedimos y nada más hacerlo fui a explicárselo a la abuela. No tenía ni idea de quién se podía tratar. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas una y otra vez. Dos mujeres, pero ¿quiénes podían ser? Antes de que pudiese salir del salón, donde estaba la abuela, me tomó la mano.

—¿Eso es una sortija? —me preguntó la abuela en el momento en el que me vio la mano.

—*Ehm*… —murmuré—. Es un anillo que me ha regalado Marco.

—Pero… ¿Te ha pedido matrimonio? —Abrió los ojos como platos.

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! —exclamé.

—Tampoco me desagradaría el hecho de que Marco fuese tu marido, la verdad —comentó por lo bajini, alzando los hombros.

La fulminé con la mirada, lo que provocó que una risita se le escapase.

—Pues borra eso de tu cabecita, porque no pienso casarme.

—Me vale con que ese hombretón tan dulce y bueno siga cuidando de ti —afirmó, dejando que una bonita sonrisa se dibujase en su rostro.

Esa misma noche hablaría con Marco para pedirle que me acompañase. Podía enfrentarme sola, igual que lo había hecho durante casi un año, pero no me apetecía tener que hacerlo en aquella ocasión. No cuando sabía que podía contar con él para apoyarme y cuidar de mí con aquel cariño tan especial que me profesaba.

También decidí escribir a Vega para avisarle de que todos mis planes habían cambiado, la prioridad era encontrar a esas mujeres y que pagasen por todo el mal que habían provocado en nuestras vidas.



# Capítulo 50

Estábamos entrando en la ciudad y yo estaba hecha un manojo de nervios. Apenas había hablado nada durante el viaje, y es que la ansiedad me carcomía lentamente como una sombra que devora la luz solar cuando el astro se marcha. Por suerte o por desgracia, Marco insistió en conducir gran parte del trayecto, ya que yo no estaba en condiciones de hacerlo. Agradecí su apoyo incondicional, esa mano que se apoyaba en mi muslo con ternura, cómo me observaba de soslayo cuando creía que no me daba cuenta mientras una sonrisa dulce se perfilaba en sus labios.

—Ya verás que irá todo bien.

Suspiré con fuerza y volví a llevarme la mano al pecho, sintiendo como esa vorágine de miedos seguía alojada dentro.

—Me siento como en un bucle, es como si la historia se repitiese una y otra vez, solo que en esta ocasión tú estás conmigo —musité.

—Y lo voy a estar siempre, pase lo que pase —juró.

Una parte de mí necesitaba que todo aquello terminase de una vez por todas. Estábamos a punto de llegar al año de su fallecimiento, eran demasiados meses soportando un dolor que no acababa de curar jamás, porque esa herida seguía abriéndose y sangrando cada vez que Antonio daba un paso más.

Marco tomó una de mis manos y se la llevó a la boca, besándola con tanto mimo que provocó que todo el vello de mi cuerpo se erizase sin control. ¿Estaba loca por haberme enamorado de alguien a quien no veía desde hacía más de diez años? Tal vez, pero lo cierto era que no me importaba, porque el Marco que había vuelto a conocer era exactamente igual a como imaginaba que sería, y eso me congratulaba sobremanera.

—Pronto llegaremos —me informó.

—Lo sé.

Reconocía las carreteras, la entrada a la ciudad y esos edificios que nos daban la bienvenida antes de coger una de las rondas principales. Eché hacia atrás la cabeza, lo suficiente como para recostarme y cerrar los ojos al menos unos segundos. Inspirando con calma, probando a relajar mi mente y esos pensamientos llenos de dolor y pena que no dejaban intentar entrar en ella.

—Me da miedo lo que podamos descubrir —admití con pesar.

—Lo afrontaremos juntos, y si algo sale mal, ahí estaré para ayudarte, ¿vale? —respondió mientras volvía a tomar mi mano—. No pienso dejarte sola por nada del mundo.

Tras cinco horas de viaje, dejamos todas las cosas que traíamos y habíamos comprado en mi piso, y nos fuimos directamente hacia las oficinas de Antonio, donde nos esperaba con las fotografías que había realizado Héctor. Durante ese día y los anteriores.

Las manos empezaron a sudarme en el preciso instante en el que llegamos a la puerta del despacho. Tragué saliva, probando a deshacerme del nudo que se había creado en mi garganta y que apenas me dejaba respirar con normalidad. Maldije para mis adentros el desasosiego que tomaba el control de todo mi ser, impidiéndome ser yo misma.

—No pasa nada, mi amor —susurró contra mi oído, a la vez que colocaba una de sus grandes manos en la parte baja de mi cintura.

—Adelante —nos invitó a pasar la secretaria del señor López.

Ambos asentimos y, cuando entramos, me encontré de cara con Héctor Mendoza, el hombre que se encargaba de sacar los trapos sucios de cualquiera. Era como un sabueso, jamás se le escapaba una presa. Lo conocía porque en ciertas ocasiones papá había requerido de sus servicios cuando estaba en vida.

—Héctor —le saludé.

—Señorita de Castro. —Hizo una leve reverencia—. Ojalá no tuviéramos que encontrarnos en esta situación.

—La vida no siempre es justa —respondí—, tú lo sabes bien.

Héctor trabajó para grandes multinacionales como jefe de seguridad cibernética e infiltraciones, pero en muchas de ellas habían terminado prescindiendo de su trabajo,

excusándose en que era más sencillo utilizar la IA para según qué especificaciones.

—Lamento mucho su pérdida —aseguró.

—Gracias —respondí sin querer darle más explicaciones de nada.

Mi padre y él no fueron amigos, ni siquiera sé si se consideraban colegas, pero sí que tenían un buen trato profesional, ya que Héctor siempre estaba cuando papá lo necesitaba.

—¿Y usted es…? —preguntó.

—Marco Ortiz —se presentó—, la pareja de Aurora.

Mi corazón se revolucionó hasta límites insospechados al ver cómo se acababa de presentar, tanto que incluso consiguió que mis piernas se tambaleasen durante unos segundos. Pude sentir el calor subiendo desde mis pies hasta mis mejillas, encendiéndolas como dos tomates.

—Es un placer, entonces —dijo Héctor, esbozando una mueca en sus labios.

—Lo mismo digo, ojalá fuese en otras circunstancias —comentó Marco.

—Siéntense —nos pidió López.

Hicimos lo que nos ordenó, y fue entonces cuando dejó sobre la mesa dos carpetas llenas de fotografías. Una de ellas me la tendió para que pudiese sacarlas. Fui pasándolas una a una. En la gran mayoría se podía ver una mujer alta y rubia, de una estatura similar a la mía, metro setenta, enfundada en un vestido negro vaporoso, unos tacones de aguja rojos y unas gafas de sol que podrían ocultar a un elefante. En la mano derecha llevaba un teléfono móvil, y del hombro contrario caía un bolso pequeño del mismo color que el vestido.

En otra de las imágenes se podía ver a la mujer, esta vez vestida con unos pantalones chinos grises, tacones negros y todo el cabello recogido en una larga coleta. Sus labios me llamaron la atención, eran de un tono rojo brillante. No llevaba gafas de sol, pero aun así no logré reconocer quién era. Había algo en ella que me resultaba familiar, pero después de tanto tiempo sin tener contacto con nadie así, mi mente empezaba a fallar. Era difícil saber si esa mujer tenía algo que ver con la muerte de mis amigas, o si era parte de la vida de alguna de ellas. De lo que estaba segura era de que no lo estaba en la mía de ninguna de las maneras.

Negué con la cabeza, percibiendo como mis ojos empezaban a entelarse, impidiéndome ver con claridad. Estaba tan cansada de llorar que apenas me quedaba compasión para seguir regodeándome en mi propio dolor. Me sentía inútil, ¿de qué servía que yo viese aquellas imágenes si ni siquiera lograba reconocerla?

—Piensa, Aurora —me insistió Antonio.

Marco colocó una de sus manos sobre las mías, y cuando le miré, me encontré con esos ojos azules que me habían cautivado. Cogí una bocanada de aire, y la dejé ir a modo de suspiro, probando a calmar mi mente, indagando en ella. ¿Y si la conocía y estaba metiendo la pata? Pero ¿y si era todo lo contrario y aquella mujer no tenía culpa ninguna de lo sucedido con las chicas? Era tanta la responsabilidad que mi respiración se volvió agitada, estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad. Marco, que se percató de esto, me sirvió un poco de agua en la taza que había frente a mí y me la tendió para que le diese un sorbo. En su mirada pude leer un: *no pasa nada, tranquila*, que me sentó como un bálsamo.

—No, no la reconozco, no sé quién es —juré.

Antonio pasó un par de fotos, y sacó una nueva del dossier, dejándola frente a mí, y la señaló, acompañándola de un: *¿Y ella?* Que consiguió que mi sangre se helase.



# Capítulo 51

—¡Será hija de puta! —bramé hecha una furia, al mismo tiempo que me ponía de pie y golpeaba con fuerza la mesa, dando un palmetazo.

Por un instante sentí el fuego correr por mis venas, prendiéndome en llamas. Me pasé una mano por el cabello, no me podía creer lo que mis ojos estaban viendo. Si de verdad tenía algo que ver, la mataría con mis propias manos, y si no, ya me encargaría de que alguien lo hiciese por mí. No iba a permitir que jugase más conmigo. Había confiado en ella, y lo único para lo que había servido era para regodearse en mi dolor.

—¿Quién es? —preguntó Marco, extrañado al ver mi reacción.

—Vega.

Mi respiración empezó a cambiar, decir su nombre en voz alta consiguió que toda mi realidad se detuviese y el aire me faltase. El palpitar en mi pecho se volvió más brusco, tanto que creí que me daría un infarto allí en medio. Simplemente no me lo podía creer, me dolía la cabeza de todo lo que me empezaba a cruzar por ella.

—¿Estás segura? —Quiso saber Marco.

Le había hablado de Vega durante el camino, cómo nos conocimos, nuestro reencuentro… Lo curioso es que se acordaba de ella, de cuando le explicaba que nos escapábamos de clase con tal de estar un ratito juntas. Maldije para mis adentros, mientras posaba mi mano en ese sitio donde mi ansiedad se acumulaba.

—Es que no… No puede ser, ¿cómo va a tener ella algo que ver con todo esto? —inquirí tan perpleja que ni siquiera me escuchaba a mí misma—. Las chicas murieron hace casi un año y yo

no he sabido nada de Vega hasta hace apenas una semana. No le conté lo del accidente…

—Aurora, tranquilízate —me pidió Antonio al mismo tiempo que intentaba agarrar mi mano, llamando mi atención.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? —vociferé llena de rabia.

Mi cabeza iba y venía con tanta velocidad que no podía centrarme en un solo pensamiento. Las dudas eran tales que me repugnaba la sola idea de haber podido estar en compañía de la asesina de mis amigas. Pero no solo eso, sino que había sido tan gilipollas de confesarle cientos de cosas que no les conté ni a ellas.

Cogí una bocanada de aire, sintiendo como me faltaba. Había sido una ingenua y una tonta, ¿por qué iba a aparecer «de casualidad» en el mismo lugar que yo? No tenía ni pies ni cabeza, salvo si pensabas en que aquel encuentro fortuito había estado más que orquestado para que aconteciese.

—Me cago en mi vida —siseé.

Todo había sido planificado al dedillo. Me puse en pie de nuevo, acercándome al ventanal, caminando de un lado a otro, intentando pensar con claridad. ¿Y si todo lo que me había contado era mentira? La boda, el nuevo marido de su madre, su prometido, vivir en Estados Unidos… No sabía qué demonios creer, eran tantas las dudas que me asaltaban que creí que me volvería loca en cualquier momento.

La cabeza empezó a darme vueltas, por lo que tuve que apoyarme, de nuevo, y con la poca firmeza que tenía en la mesa, intentando no caer rendida al suelo por la angustia que me estaba provocando aquello.

—¿Por qué esa tal Vega querría hacer algo así, Aurora? —inquirió Antonio.

Desvié la mirada hacia él. Me picaban tanto los ojos que ni siquiera me esforcé a camuflar aquel sentimiento que cada vez se hacía más fuerte en mi pecho.

—No… No lo sé —balbuceé.

—¿Qué sabes de ella?

—Vega y yo nos conocimos cuando éramos unas crías —empecé—, íbamos juntas a la academia de inglés todos los martes y jueves. Sus padres eran muy estrictos y reservados, por lo que no les gustaba que Vega y yo estuviéramos juntas.

—¿Qué más? —Quiso saber.

—Éramos buenas amigas, a veces nos escapábamos de clase para poder charlar juntas en

cualquier banco sin que sus padres pudiesen hacer nada por evitarlo. Nos gustaba creer que éramos un poco gamberras —suspiré—. Un tiempo después de la muerte de mis padres, Vega y su familia se marcharon a Estados Unidos, y fue entonces cuando perdí todo contacto con ella.

Cada vez me sentía más aturdida. Era como estar en un callejón sin salida, rodeada de cientos de preguntas a las que no podría responder jamás. El repiqueteo en mi pecho era tan fuerte que llegaba a ensordecerme e incluso a marearme por su intensidad. Cerré los ojos, probando a centrar mi mente, aunque fuese tan solo por unos minutos.

—Aún no me lo puedo creer…

—Que aparezca en las fotos no quiere decir que al cien por cien tenga algo que ver, Aurora —intentó calmarme Antonio—. Pero sí que es cierto que es mucha coincidencia que Vega esté saliendo de la empresa que pagó al kamikaze.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Joder, qué harta estaba de sufrir. Me daba rabia a mí misma solo de pensarlo. Llevaba meses en los que lo hacía a diario, en los que apenas podía hacer nada sin acabar con los ojos vidriosos a causa de todos los recuerdos que guardaba. Pero en aquel instante fueron gotas llenas de confusión, de pesar, de no querer aceptar una realidad que me había dado en todos los morros sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Creía haber recuperado a una gran amiga y lo único que tenía era la posible sospechosa del homicidio de mis mejores amigas.

Marco me tomó por la mano, haciendo que girase sobre mis talones, dejándome pegada a su pecho. Ahogué un quejido cuando me abrazó, provocando que rompiese a llorar de forma desconsolada.

—Ya está, mi amor —susurró al mismo tiempo que acariciaba con mimo mi espalda, consolándome.

La vida no dejaba de darme palos, uno tras otro. Primero mis padres, luego las chicas y ahora Vega. Se cebaba conmigo sin miedo a reprimendas, y lo único que provocaba era que cada vez tuviese menos ganas de vivir. Los únicos que me mantenían serena eran mi abuela y Marco, no me quedaba nada más.

—No me lo puedo creer… —repetí—. Después de todo lo que he pasado, lo único que deseaba era un poco de tranquilidad, y ahora la vida vuelve a arrebatármelo todo sin piedad alguna.

—Hablemos con ella y aclaremos todo esto —propuso Marco—, estoy seguro de que esto debe ser todo un error.

Negué con la cabeza. No creía en las coincidencias y estaba segura de que aquella no iba a ser

una. Era cierto que deseaba que todo fuese mentira, que Vega únicamente estuviese pasando frente el edificio, pero sabía que Héctor no habría cometido un error garrafal como lo sería ese.

—Aurora… —me llamó el detective—. La oí hablar sobre que lo tenía todo listo para marcharse, los asuntos que tenía que cerrar en España estaban más que cerrados y lo único que tenía que hacer era esperar a su prometido.

—Creo… creo que necesito tomar el aire —dije en voz baja, tanto que apenas llegué a escucharme a mí misma.

—Ve a casa, intenta tomarte un descanso y mañana nos vemos aquí de nuevo para ver cómo abordamos la situación, ¿de acuerdo? —propuso Antonio, aunque sabía que no existía negativa que pudiese darle.

Asentí un par de veces bajo la atenta mirada de Héctor y Marco, quien cogió mi mochilita y vino hasta donde me encontraba para dármela. Salimos del despacho y no dudó un instante en tomar mi mano, cobijándola entre la suya con ese mimo tan especial que solo él me profesaba. Percibí que aquella reunión había sido tan apresurada que apenas me había dado tiempo a procesar lo ocurrido, ¿cómo demonios iba a estar Vega relacionada con el accidente? ¿Qué quería ella de las chicas? ¿Acaso alguna de ellas había tenido un problema con Vega?



# Capítulo 52

Llegamos a mi piso una hora más tarde, tras haber dado un buen paseo, intentando tener algo de tranquilidad tras del ajetreo que habíamos sufrido. Nos habíamos pegado cinco horas de viaje, y después del vaivén de emociones me sentía tan dolorida mental como físicamente. Estaba hecha polvo, pero mi cabeza no dejaba de dar vueltas una y otra vez a lo mismo.

Marco estaba preparando algo de cenar mientras yo ponía la mesa, pero lo cierto era que ya no podía aguantar más la presión que llevaba retumbando en mi ser toda la tarde. Había observado fijamente aquellas fotografías durante los últimos cuarenta minutos, no podía dejar de hacerlo porque no era capaz de procesar la información que acababa de recibir. Siempre había considerado a Vega una chica maravillosa, estaba llena de bondad y cariño, ese que me profesó en cada palabra que me dedicaba. Aun así, no sabía qué creer sobre las pruebas que Héctor nos había traído.

Era una persona impaciente, más de lo que me hubiese gustado admitir, tanto que sabía que no lograría aguantar que pasaran los días sin recibir información alguna, sin actuar. Vega se marcharía de la ciudad pasado el fin de semana, y una vez en Estados Unidos sería imposible darle caza. ¿Qué más necesitaban para ir a por ella? Lo único que Héctor debía hacer era intervenir sus cuentas, acceder a sus redes y emails, y averiguarlo todo. Me daba igual cometer ilegalidades, estaba harta de ser la niña buena, la chica de nombre de princesa. No era una maldita princesa, era una mujer llena de heridas, rota por dentro, que intentaba sobrevivir a las inclemencias de la vida.

No iba a quedarme de brazos cruzados, me negaba a seguir metida en casa, callándome a pesar de los mensajes que me había enviado durante toda la tarde, porque sí, ella sabía que estaba en la ciudad. Miré mi teléfono mientras escuchaba a Marco canturrear de fondo, preparando algo

de cena:

Vega:
Espero que el viaje haya ido genial.
Si os apetece, podemos cenar los tres esta noche.
¡Me encantaría conocer a Marco!
¿Habéis llegado ya?
¿Aurora?

A cada mensaje que leía más rabia me daba. Podía sentir mi sangre hervir bajo la piel de todo mi cuerpo, cómo el enfado iba cada vez a más. No soportaba las hipocresías, la falsedad de la gente y mucho menos cuando me mentían en mi propia cara. ¿Ilusión por conocer a Marco? Tal vez incluso quisiera acabar con él para que yo solo existiese para ser su amiga y arrastrarme a Estados Unidos.

Vega:
Me estás preocupando.
Avísame cuando puedas de que habéis llegado y está todo bien.
Sé que estás recibiendo los mensajes, pero por alguna razón no tengo respuesta.

¿Qué se suponía que debía contestarle? Me negaba a llevarle la corriente, a fingir que nada de aquello había ocurrido, y mucho menos a presentarle a Marco, aunque si Vega era la psicópata que parecía, lo más seguro es que ya lo supiese todo sobre él.

Aurora:
¿Estás en casa?

Vega:
Sí, claro.
¿Va todo bien?

No respondí, dejé su conversación abierta y fui corriendo a la habitación. Había llegado el momento de coger el toro por los cuernos. Me senté en el banco de la entrada desde donde podía ver a mi chico cocinar, pero entonces se percató de mi presencia y se detuvo en seco.

—¿A dónde demonios vas, Aurora? —bramó Marco desde la cocina, confuso, mientras me veía calzándome las zapatillas.

—Voy a ver a Vega, no puedo seguir así —aseguré—. Si no es ahora, no será nunca, porque en cuanto coja ese avión, desaparecerá de la faz de la Tierra.

—Este no es el modo de hacer las cosas.

—Ah, ¿no? ¿Y cuál es? —exclamé—. ¿El de pagar a un hijo de puta para que se estampe contra el coche de cuatro chicas inocentes? —inquirí llena de dolor—. Porque, por si no te acuerdas, yo debía ir en ese coche con ellas. Ni siquiera debería de estar viva, y no pienso seguir permitiendo que esta culpa me devore por dentro sin que pueda hacer nada por remediarlo.

—No puedes ir a estas horas y sola, Aurora —intentó hacerme entrar en razón, pero no existía nada que pudiese hacerme cambiar de opinión, iba a presentarme allí costase lo que costase.

—Claro que puedo —respondí, cogiendo las llaves de casa.

Antes de que pudiese salir por la puerta, me las arrebató de entre las manos, guardándoselas en el bolsillo trasero del pantalón. Me tomó por las muñecas e hizo que retrocediese hasta que mi espalda quedó pegada a la pared.

—No vas a ir —sentenció.

Intenté cogerlas, a sabiendas de que no me lo permitiría. Me sujetó con aún más fuerza de las muñecas y me mantuvo durante unos minutos ahí. Podía sentir su retadora mirada fija en la mía, no iba a dejarme salir del piso. Forcejeé, probando a zafarme de su enorme cuerpo, ya que Marco llegaba al metro noventa, sacándome más de una cabeza de distancia. Sus fuertes brazos me contenían, impidiéndome salir de ahí.

—Aurora, para —me rogó.

—No, Marco, no puedo parar —aseguré al borde del llanto.

Continué moviéndome, pero de nada servía, tenía demasiada fuerza como para que pudiese soltarme de su agarre. Antes de que pudiese hacer nada más, Marco estampó sus labios contra los míos, intentando sobornarme, y aunque en cualquier otro momento lo hubiese conseguido, en aquel todo era demasiado difícil como para limitarme a seguir su juego, dejándome llevar.

—Marco, por favor —lloriqueé—. Es lo único que me queda.

Las lágrimas empezaron a bañar mi rostro sin que pudiese frenarlas. Estaba llena de rabia, frustración y enfado. Tanto que me sentía impotente al no poder hacer nada por detener a Vega.

—Entonces deja que te acompañe —sentenció.



# Capítulo 53

Llevábamos alrededor de diez minutos aguardando en la entrada del ático de Vega. Había llamado tres veces al telefonillo, pero nadie contestaba, lo que me hizo sospechar que mi «amiga» había descubierto que conocía sus crímenes y había decidido desaparecer antes de que pudiese plantarle cara. Viendo que no decía nada, cogí el teléfono y le escribí, disimulando e intentando no irme de la lengua.

Aurora:
¿Estás bien?
Estoy llamando a tu puerta.

Vega:
Disculpa, me cambio y te abro.
Estaba duchándome.

Aurora:
No te preocupes.
Aquí te espero.

Quise sonar agradable, como siempre, pero la frialdad corría por mis venas, igual que la rabia y el rencor. Cogí aire, sintiendo como iba a descomponerme allí en medio. Yo no estaba hecha de esa pasta de superheroína, ni de malota sin remedio, pero me sentía tan decepcionada y cabreada que lo único que se me había ocurrido era plantarme en su casa para enfrentarla. Por suerte o por desgracia, siempre tenía a mi guardaespaldas conmigo, quien no se separaba más de un centímetro de mí. Agradecía tenerle, no iba a negarlo, porque no sabía hasta qué punto podría llegar a afectarme la rabia, ni si me descontrolaría dejándome llevar por ese sentimiento tan feo y oscuro que me corroía lentamente.

—Tranquila —susurró Marco a mi oído cuando percibió el temblor de mi cuerpo.

—No sé en qué momento he pensado que esto era buena idea, y mucho menos sin haber avisado a la policía o algo… —murmuré, para que no nos escuchase.

—Ahora ya no hay vuelta atrás, Aurora —respondió—, vamos a averiguar qué esconde Vega y si es la verdadera culpable de la muerte de las chicas.

Asentí, mentalizándome, recordando el maldito accidente, dejando que mi mente volase hacia el último encuentro que tuve con ellas, viendo sus sonrisas perennes grabadas a fuego en mi memoria. Contuve el aliento y, cuando lo expulsé, sentí como me quitaba un peso de encima.

—Por ellas —susurré.

—Por ellas —sentenció Marco.

Dos minutos después, escuché como alguien se encaminaba hacia la puerta, por lo que deduje que era Vega, quien ya venía a abrirnos, pero entonces dudó, miró por la mirilla, y ya sí que abrió.

—Vaya, Aurora —dijo nada más ver a Marco detrás de mí—. ¿Va todo bien?

—Sí, es solo que quería hablar contigo —me excusé—. ¿Podemos pasar?

—Eh, sí, claro —respondió confusa.

Su mirada se fijó en Marco, quien la saludó con un simple: buenas noches. Estaba colérica, no lo iba a negar, me mataba su hipocresía, que fingiese que de verdad estaba preocupada por mi visita. No quise ni siquiera presentarle a Marco, no merecía saber nada más de él.

—¿Qué ocurre? —preguntó una vez cerrada la puerta.

—Siéntate —le ordené.

Mi tono salió frío y duro, tanto que llegué a sorprenderme a mí misma. Vega me miró tan extrañada como perdida, podía verlo en su mirada, como no podía comprender nada de lo que estaba ocurriendo.

—Aurora, me estás asustando —susurró.

—¿Yo? ¿Por qué debería asustarte, Veg? —inquirí.

Apreté las manos en puños al sentir la falsedad en sus palabras. Sabía a la perfección cuál era su crimen, y aun así prefería fingir que nada de eso había pasado. Supuse que tal vez así la conciencia le dejase tranquila.

La mirada de Vega se fijó en la mía, podía percibir su agitada respiración, como bajo la piel su corazón bombeaba con tanta fuerza que el latido de su corazón podría llegar a ensordecerla.

Lo sabía porque lo había vivido tantas veces que ni siquiera sabía cuántas veces lo había sufrido. Estaba a punto de tener un ataque de pánico.

—Solo he venido a que confieses, Vega —le dije, sintiéndome abatida, porque a pesar de la rabia, una parte de mí seguía sintiendo compasión y pena por ella.

—¿A que confiese qué? —Quiso saber, perpleja.

Me observó aterrorizada, fingiendo no comprender a qué me estaba refiriendo.

—¡Que tú mataste a mis amigas! —bramé, sintiendo el calor de mi enfado recorrer todo mi ser.

—Rory, no sé de qué me hablas.

—No me llames Rory —bisbiseé—. ¿¡Que no sabes de qué te hablo!? —inquirí rabiosa—. ¡De esto te hablo! —respondí al mismo tiempo que tiraba sobre la mesa del sofá frente al que se había sentado, la carpeta con las fotografías que le había hecho.

—No entiendo nada… —musitó.

—Tranquila, yo te lo explico —gruñí, colocándome a su lado—. Esta eres tú —señalé su cara —, saliendo de las putas oficinas de *Global Legacy Ventures* —añadí cabreada—. ¿Y qué es *Global Legacy Ventures*, te preguntarás? Aunque sé a ciencia cierta que lo conoces bien. —Hice una pausa, tomando el aire suficiente como para no agarrarla por la nuca y estampar su cabeza contra las imágenes—. *Global Legacy Ventures* es la maldita empresa que pagó para que mataran a mis amigas y, por ende, a mí. Y vaya, ¡qué casualidad! —ironicé—, en esta imagen apareces tú saliendo de ellas.

—Aurora, creo que hay una confusión y…

—Oh, vamos, Vega… No seas cínica —escupí enfadada—. Porque no solo es una maldita foto, sino que hay varias en días distintos —añadí molesta, y sin dejarla hablar, proseguí—. Al principio creí que debía ser un error, que tú no podías tener nada que ver con aquello, pero a cada minuto que paso dándole vueltas, más me doy cuenta de lo equivocada que estaba.

Fijé mi mirada en la suya. Todo mi cuerpo temblaba a causa del enfado, pero no podía permitir que me ganase la partida. Necesitaba que confesase lo que fuese, pero que lo hiciera o no podría volver a dormir tranquila a sabiendas de que ella estaba libre y mis amigas muertas.

—Dilo, Vega —siseé.

Vi como Marco me observaba, con el gesto turbado y un ápice de orgullo en sus ojos. Porque a pesar de que no estaba a favor de la violencia, me estaba enfrentando al mayor de mis fantasmas: la asesina de mis amigas.

—No sé qué quieres que te diga, Aurora…

—¡Que fuiste tú! —exclamé, llena de dolor y con los ojos encharcados en amargas lágrimas.

—Aurora, te lo prometo —susurró hecha un manojo de nervios, igual que lo había estado yo durante todo el día—, no he hecho nada, tienes que créeme.

—¿Y ella? —inquirí mientras señalaba la otra mujer de la fotografía.

Su expresión cambió por completo, pasando del miedo a la estupefacción, quedándose sin habla, y por un instante creí que se desmayaría de lo blanco que tenía el rostro.

—N-no puede ser… —susurró con la voz estrangulada.



# Capítulo 54

—¿Quién es esa mujer? —inquirí.

—Mi madre —susurró.

Una parte de mi cerebro empezó a atar cabos, pero eran tantos que muchos se quedaban sueltos. ¿Era la madre de Vega la culpable de que mis amigas estuvieran muertas? Tragué saliva, percibiendo como las pequeñas gotas empezaban a emanar de mis ojos, recorriendo mis mejillas, inundándolo todo de dolor.

—¿Qué coño queréis de mí? —Lloré, sintiendo como toda mi fuerza iba desvaneciéndose a cada palabra que decía—. ¿Por qué me habéis hecho esto?

Su mirada permanecía serena, pero estaba tan estupefacta como lo estaba yo o más. «Su madre», me dije para mis adentros. Nada tenía sentido. A cada paso que daba me sentía más perdida y aturdida. No entendía como aquello era posible.

—Aurora, no te hemos hecho nada… —dijo con pesar—. *Global Legacy Ventures* es la empresa que fundaron mis padres, por eso hay fotografías en las que salgo de sus oficinas —admitió—. No trabajo para ellos, ni siquiera tengo un cargo en la empresa, pero sí que es cierto que a veces utilizo el despacho de mi madre para poder trabajar desde allí —me explicó con sinceridad, pero ya no servía de nada. La sombra de la duda estaba sobre ella—. Pero te prometo que no sé nada del accidente de tus amigas —juró.

Tenía tan claro que era ella que su argumento me paralizó. Las manos me temblaban y mi respiración continuaba siendo irregular, mientras un fuerte nudo se creaba en mi pecho.

—Si no has sido tú, ¿quién ha sido? —pregunté sin fuerzas.

—Su madre —respondió Marco, quien se había mantenido al margen durante toda la conversación.

—No hables así de mi madre —esta vez se encaró a Marco, poniéndose en pie y fulminándolo con la mirada.

Como un resorte, me puse en pie como una jodida fiera, colocándome frente a ella, impidiéndole que viese a Marco. Estaba muy cabreada, y lo que no podía hacer era pagar con él los errores de la escoria de su madre.

—Ni se te ocurra volver a hacerlo —bisbiseé.

Marco colocó una de sus grandes manos sobre mi hombro derecho, dándole un ligero apretón, restándole importancia a lo que acababa de ocurrir.

—Tu madre es una homicida, Vega, ¿no lo entiendes? —inquirí con rabia—. Desde la empresa pagó a un tal David Vázquez para que acabase conmigo y mis amigas.

Por un instante permanecimos en silencio, pude ver en su rostro como intentaba pensar alguna explicación para todo aquello, igual que llevaba yo haciéndolo desde que me enseñaron las fotografías. Vega estuvo pensativa, se le estaba viniendo el mundo abajo, igual que me había ocurrido a mí al creer que era ella la culpable de todo.

—No… No puede ser… —susurró—. Aurora, debe ser un error.

—El único error que cometió fue que yo no iba en ese coche —escupí con maldad, tan dolida como rota.

—Mi madre ni siquiera está en la ciudad —la excusó—. Además, ella nunca haría algo así, y mucho menos a ti, Aurora, sabe la estima que siempre te he tenido.

—Las imágenes hablan por sí solas, Vega —dije con tanta inquina que me dolió incluso a mí —, no me creo que tu mamita no te haya dicho que estaba aquí.

Ver que no me estaba colando su patraña hizo que sus nervios fuesen a más, pero también que mi confianza en ella disminuyese a pasos agigantados. Si ella no sabía nada, ¿por qué iba a estar excusando a su madre? Vega no trabajaba para la empresa familiar, por lo que no debía de tener acceso a las cuentas ni a poder hacer pagos en nombre de esta.

—Las fotografías tienen que estar mal.

—¡Son de hace dos días, Vega! ¡Dos jodidos días! —bramé, sintiendo como iba perdiendo el control poco a poco.

—¡Te lo prometo! —exclamó.

—¡No me creo ni una maldita palabra! —siseé entre dientes.

Los apreté con tanta fuerza que creí que en cualquier momento saltarían por los aires sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Marco me sujetó por la cintura, pegándome a él, impidiendo que me acercase más a donde se encontraba Vega. El enfado me consumía lentamente, cegándome, provocando sentimientos en mí que jamás había vivido.

—Hay… Hay una forma de saber si tienes razón o no —dijo con los ojos vidriosos. Se dirigió a lo que supuse que era la habitación y trajo su teléfono móvil—. Si está aquí puedo verlo, tengo la alarma de su casa conectada a mi teléfono, y puedo ver el historial —aseguró.

—Hazlo —ordené.

Estaba tan nerviosa que sentí como mis barreras descendían. Todo pasaba tan deprisa que ni siquiera era capaz de digerirlo. Buscó algo en el teléfono, su gesto volvió a cambiar y, sin mediar palabra alguna, Vega se echó a llorar, cayendo de rodillas al suelo, hecha un manojo de nervios y lágrimas, las cuales no podía detener de ninguna de las maneras.

—¿Acaso crees que a mí no me duele? —pregunté, alzando la voz.

Sin decir nada, se lanzó a mis brazos, llorando desconsoladamente. No pude hacer otra cosa que abrazarla, porque, aunque estaba dolida, sabía que ella también. Podía notarla temblar, cómo los hipidos tomaban el control, impidiéndole respirar con normalidad. Cerré los ojos. A pesar de todo, Vega siempre había sido mi amiga, y si no tenía nada que ver con la muerte de las chicas, no merecía mi desprecio por un error que no había cometido. Mi mente se había nublado hasta tal punto que no me había importado acusarla de algo así. Me sentí despreciable por mi actitud. Estaba tan desesperada por encontrar un culpable que había hecho lo imposible por inculparla, sin pensar en cómo se sentiría ella ante mis acusaciones.

Desvié la mirada hacia Marco, quien me observaba con ternura y compasión. En sus ojos pude leer un: *no pasa nada, ya está*, que consiguió tranquilizarme, lo suficiente como para tomar aire, e intentar pensar con algo más de claridad.

Durante unos minutos permanecimos así, abrazadas, llorando en absoluto silencio. Deseé que aquel no fuese el final, estar soñando y que la realidad no fuese esa que me decía que la culpable era la mujer que engendró a mi amiga.

—Lo siento tanto, Aurora —lloriqueó contra mi hombro—. Me siento tan asqueada y decepcionada por todo esto que ni siquiera sé qué pensar… Una parte de mí no quiere creer que tengas razón, pero ahí está, la única que pudo hacer ese pago es ella. —Su voz se deshizo como si nunca hubiese estado ahí para dejar paso a un gimoteo lleno de dolor—. Todo esto es culpa mía… Si no nos hubiésemos hecho amigas, nada de esto habría ocurrido —añadió.

—Tú no tienes la culpa de tener una madre así —susurré, sin ser capaz de decirle nada más.

Vega dejó ir un profundo suspiro y permaneció entre mis brazos. No quise separarme de ella, porque no solo había pasado un mal trago, sino que encima acababa de descubrir que su madre no era más que una asesina con todas y cada una de sus letras.

—Te-te ayudaré —balbuceó—. Te ayudaré a tenderle una trampa a mi madre para que lo confiese todo.

—Pero…

—Es lo mínimo que puedo hacer —aseguró con una entereza que me acongojó—, encárgate de hablar con tu abogado y la policía, mañana a las seis os espero en las oficinas.



# Capítulo 55

No podía dejar de pensar en lo ocurrido, cómo había reaccionado Vega y la decepción que había en su mirada. No podía culparla por ello, pues a mí tampoco me hubiese gustado que me acusaran de algo que no era cierto. Solo esperaba que en algún momento lograse perdonar mi agravio, porque por nada del mundo deseaba que saliese de mi vida, aunque odiase a su madre con todo mi corazón. Lo que tenía claro era que no iba a permitir que mi rencor hacia ella contaminase nuestra relación, porque a pesar de todo, ella jamás tendría la culpa.

—¿Qué te parece si subes a casa mientras yo voy a por algo de cena? —preguntó.

Al tener que salir deprisa y corriendo de casa, Marco no había terminado de preparar nada, por lo que era una gran idea.

—Claro, no hay problema —respondí.

—No tardo, ¿vale?

Asentí un par de veces e intenté esbozar una mueca en mis labios, pero lo cierto era que pocas cosas podrían reconfortarme después de la agitada tarde que habíamos vivido.

No me iría mal un tiempo a solas para poder pensar en lo acontecido y para llamar a la abuela, así podría explicarle los grandes avances que acabábamos de hacer. Estaba subiendo las escaleras del descansillo de la portería, justo antes de llegar al ascensor, cuando mi teléfono empezó a sonar.

—¿Sí? —respondí al coger la llamada.

—¿Qué ha ocurrido, Aurora? —escuché como me preguntaba Antonio al otro lado.

Acababa de enviarle un mensaje en el taxi de vuelta a casa, informándole de lo sucedido, pero

estaba claro que tenía que echarme la bronca mediante llamada, si no, no se iba a quedar a gusto.

—Mañana le daremos caza, Antonio —aseguré.

—¿Es que has perdido el norte? —inquirió—. ¿A caso sabes lo peligroso que podría haber sido? —añadió, alzando la voz—. ¿Y si Vega hubiese sido la verdadera culpable? —volvió a arremeter, cada vez más molesto—. ¿Cómo habrías reaccionado? ¿Y si te hubiese atacado?

Podía percibir su malestar y el nerviosismo en su voz. En ese momento había dejado a Antonio el abogado a un lado para ser Antonio el amigo de papá, que se preocupaba por mí como si de su sobrina se tratase.

—Lo bueno es que no ha pasado y es lo único que importa —intenté quitarle importancia.

—Has sido una inconsciente, Aurora.

Tenía toda la razón del mundo, no le diría lo contrario, pero lo cierto era que no me arrepentía de lo que acababa de hacer.

—Sí, pero por lo menos ya sé quién debe pagar por la muerte de mis amigas —respondí sin remordimiento alguno.

—Solo espero que lo de mañana no sea una estrategia, Aurora.

Rebufé al mismo tiempo que cabeceaba de un lado a otro, era más terco que una mula, aunque no le culparía por ello. Después de todo lo que llevábamos a las espaldas, tampoco era descabellado pensar que pudiese ser una trampa.

—Haz tu trabajo, llama a la policía, ten a Hernán hackeando las cámaras de seguridad, a Héctor peinando el edificio y estate pendiente cuando te avise —respondí sin ganas de tener que darle explicaciones a nadie—. Yo haré mi parte, que es grabar a esa zorra, y no intentes darme lecciones a esta edad, Antonio.

—Claro que te las daré, y me importará bien poco lo que me digas. —Alzó la voz—. Le hice una promesa a tu padre, y no pienso romperla, así que ve con cuidado.

Sonreí con tristeza, porque sí, a mi padre le prometió que me cuidaría pasase lo que pasase, y allí estaba, ejerciendo del tío que nunca tuve.

—A las seis Vega estará en el despacho, yo llegaré sobre las ocho y su madre a las ocho y media —le informé—, será entonces cuando grabe su confesión mientras Héctor lo hace mediante las cámaras, y a mi señal necesitaré que hagas entrar a la policía.

—Así será.

Sin decir nada más, y hecho una furia, Antonio colgó. Era uno de los mejores amigos de mi

padre, y a pesar de que no siempre habíamos tenido una gran relación, me constaba que había estado vigilando desde las sombras para que nada me ocurriese, y aunque se lo agradecía, en ciertos momentos me sacaba de quicio.

Casi media una hora más tarde escuché como la puerta de la calle se cerraba. Estaba recogiendo la poca ropa que había traído por lo que ni siquiera vi entrar a Marco. Este se dirigió directamente al baño, cosa que me extrañó, y supuse que sería una urgencia como para no decir nada. Le oí salir segundos después, y cuando me volteé, lo encontré apoyado en el marco de la puerta con aquella sonrisa perenne que tanto amaba. Me encaminé hacia él, deseando besarle, perderme de nuevo en esa mirada azulada que tenía, y dormirme apoyada en su pecho.

Cuando estaba a escasos unos metros de él, sacó de su espalda un hermoso ramo de rosas rojas tan brillantes y olorosas que podía percibir su perfume desde la lejanía. No supe de dónde ni cómo las había conseguido, pero no pude evitar que una dulce mueca se esbozase en mis labios. Él me correspondió, enamorándome con su dulce gesto, como siempre hacía. Marco era el hombre más detallista del mundo.

—¿Y esto? —dije sorprendida.

—No mereces menos —respondió con una media sonrisa.

—¿Y la cena?

—Llegará en un rato —me informó—, pero ahora voy a alegrar tu noche, mi amor —susurró, pegando sus labios a los míos para unirnos en un dulce y apasionado beso—. No pienso permitir que te vayas así a dormir —aseguró—, en realidad no creo que tan siquiera duermas.

Tras aquel beso vino otro, y cientos más, a cada uno más húmedo y sensual, tanto que no pude resistirme a perderme en él para encontrarme en esa calma que tanto ansiaba. Enredé mis dedos en el nacimiento de su cabello, obligándole a que no se separase de mí. Con un rápido movimiento hizo que mis piernas rodeasen su cintura, agarrándome con una firmeza sorprendente que me dejaba a la altura perfecta. Su endurecido miembro no dejaba de rozar mi entrada, consiguiendo que mi sexo ardiese de deseo.

—Pero antes hay algo que quiero hacer —dijo al mismo tiempo que caminaba en dirección al baño.

Cuando abrió la puerta pude percibir el calor saliendo de este, al mismo tiempo que escuchaba llenar la bañera. Un dulce aroma a rosas me sorprendió, y cuando encendió la luz pude ver como

no solo el agua estaba llena de pétalos, sino que una bomba se deshacía, creando cientos de burbujas y tornando el mismo de color.

—¿Y todo esto?

Me giré hacia él, observando como su semblante se tornaba lleno de orgullo al ver mi asombro.

—Para que te relajes —respondió.

—¿Vas a relajarte conmigo? —pregunté, haciéndome la inocente, aunque denotando una picardía que ni siquiera yo conocía.

Sonrió como un gato, embriagándome, y sin pensarlo dos veces posó su mano en mi nuca para besarme con ansia mientras la otra se colaba por la parte baja de mi camiseta.

—Haría cualquier cosa que me pidieras —susurró contra mi boca.

—Hazme el amor, Marco —le pedí, aunque se me antojó más una súplica que una petición.

—Ya eres el amor de mi vida, Aurora —juró—, ahora solo hace falta que me permitas ser el tuyo por el resto de nuestras vidas.

—Siempre lo has sido, y siempre lo serás —respondí, perdiéndome en él.



# Capítulo 56

Nos metimos en la bañera, provocando que incluso parte del agua rebosara, pero nada me importó porque lo único que necesitaba era tener a Marco a mi lado, besando cada centímetro de mi piel, meciendo mi cuerpo con esa ternura que solo él tenía, y venerándome como lo hacía. Nunca me había sentido de aquella manera, y mucho menos había amado a alguien de la forma tan visceral que lo hacía con él. Era todo lo que estaba bien en la vida, lo que tanto había ansiado los últimos años de mi existencia.

—No sé si esto es lo normal, pero cuando te miro, siento que me va a explotar el corazón —susurró, mientras empapaba la esponja y recorría con mimo mi hombro—. Jamás había amado a nadie como te quiero a ti —añadió—. Puede que sea precipitado, que no sea más que un flechazo, pero cuando te miro noto como todo mi ser reacciona, es como si tú y yo hubiésemos vivido cientos de vidas, y nos hubiésemos adorado en todas ellas —comentó, agarrando mi mano y colocándola sobre la suya—. Me muero por verte sonreír, por estar dentro de ti, por cuidarte, por oírte gemir, por verte reír de esa forma tan especial…

Mis mejillas se enrojecieron y no supe si era por el calor del agua, por vernos allí desnudos o de escucharle hablar de aquella forma. Su voz era tan sensual y aterciopelada que caería rendida a sus pies una y otra vez sin temor a equivocarme.

—Haz todo lo que plazcas, pero no te mueras —le rogué, bromeando.

Una risilla se le escapó, pero acto seguido su gesto se volvió serio.

—Lo digo totalmente en serio, Aurora —se hizo el ofendido—, cuando todo esto pase y estés preparada quiero que estemos juntos, oficializarlo, gritarle al mundo que te amo.

—Grítaselo —le pedí—, pero no esperes, porque te necesito ya —musité, pegándome más a

él.

Pasé con cuidado mis piernas sobre las suyas, quedando a horcajadas. Podía sentir el latir de su corazón, como su respiración se volvía cada vez más agitada, y su miembro se endurecía ante la proximidad de nuestros cuerpos. Con la punta de mi dedo reseguí la luna que había sobre su hombro, y sonreí: *siempre has sido mi luna y mis estrellas*, recordé. Solo de pensarlo me sentí afortunada, quise chillar como una adolescente emocionada. Allí nos encontrábamos los dos, desnudos, metidos en agua caliente, rodeados de pétalos de rosas, dispuestos a entregárnoslo todo.

Estaba locamente enamorada de él, y no me importaba admitirlo, porque así llevaba siendo toda la vida. Cuando no era más que una niña soñaba con que en algún momento pasearíamos por el pueblo agarrados de la mano, con una sonrisa en los labios, viviríamos juntos en una casita en la montaña y tendríamos un corral con gallinas. No estaba muy desencaminada, porque cualquier plan me parecía bueno a su lado. Me daba igual si nuestro futuro estaba en Edimburgo o en el pueblo, porque iba a amar cada segundo a su lado sin importar dónde estuviéramos.

Cogí aire, al mismo tiempo que me dejaba caer hacia atrás, empapando mi cabello, consiguiendo que el calor me embriagase. Marco me observaba con deleite, como si no pudiese creer lo que veían sus ojos. Durante unos minutos me permití el lujo de hacer lo mismo, observar cada parte de su cuerpo, como los cabellos de su nuca se arremolinaban rizándose por el contacto con el agua. Marco tenía el cuerpo de un dios, forjado a base de trabajo duro y disciplina. Sus brazos eran tan fuertes que podía cogerme a plomo sin siquiera vacilar. Tragué saliva al sentir como mi boca se resecaba, porque una parte de mí deseaba recorrer todo su cuerpo, explorarlo y morir del deseo que me provocaba.

Nos uní en un dulce beso, tan lento y sensual que mi corazón se desbocó, provocando que mi sexo ardiese con fuerza. Su lengua se adentró en mi boca, retando a la mía a un baile del que ninguno de los dos saldría victorioso. Sus manos resiguieron mis muslos, hasta llegar a mi trasero, lo que aprovechó para que ni siquiera el agua pudiese pasar entre ambos.

—Te quiero —ronroneé.

—No más de lo que te quiero y deseo yo —respondió, aún pegado a mi boca.

—¿A qué esperas para hacer lo que te he pedido? —pregunté ida, embriagada por el deseo y la perdición que me recorría al tenerle cerca.

—A que me lo vuelvas a pedir —contestó retador.

—Hazme tuya, Marco.

—Hace demasiado que eres mía, Aurora —rebatió, agarrándome por la cintura y

consiguiendo que su miembro se adentrase en mi sexo, abriéndose paso con una lentitud enfermiza—, y yo no puedo ser más tuyo, porque si lo fuese, caería en la locura, y sería capaz de dar mi vida por ti.

Sus movimientos eran sosegados, pero tan sensuales que creí que me explotaría el corazón por todo el placer que empezaba a sentir.

—Entonces, vuélvete loco por mí —le supliqué—, porque creo que he perdido la poca cordura que me quedaba.

—Me temo, señorita, que ya no hay vuelta atrás.

Hicimos el amor entre burbujas y pétalos de rosa, perdiéndonos el uno en el otro, amándonos como nadie lo había conseguido, poseyéndonos, venerándonos como merecíamos. Compartiendo ese amor que nos profesábamos, embriagándonos con cada beso. Le quería como no había hecho con nadie y lo mejor de todo era que me perdería cien veces en su mirada con tal de encontrarme con él de nuevo.

—Quiero pasar el resto de mi vida contigo, Aurora —musitó al mismo tiempo que recorría con mimo mi espalda—, así, sin preocupaciones, únicamente siendo tú y yo.

—Pídemelo —susurré.

Me sorprendí escuchando aquella palabra salir de mi boca. Siempre había estado en contra del matrimonio, pero con él era todo distinto. Hubo un día en el que deseé casarme con él, tener una familia, amarle cada día, y eso pensaba hacer. Si solo tenía una vida a su lado, iba a disfrutarla al máximo, sin miedos ni dudas.

Marco se separó de mí, mirándome tan anonadado como lo estaba yo, por lo que no pude evitar reírme. Este negó con la cabeza, y se contagió de mi carcajada para besarme unos segundos después. Cuando sus labios se despegaron de los míos fijó su mirada azul en la mía, penetrándome, observando todo lo que mis ojos decían y mi boca callaba.

—Cásate conmigo, Aurora.



# Capítulo 57

*A la mañana siguiente.*

Sentía que se me iba a salir el corazón por la boca. Estaba tan nerviosa que en cualquier momento me desmayaría. La ansiedad había estado presente desde muy pronto por la mañana, tanto que apenas había podido comer en todo el día, ya que las ganas de vomitar me sacudían por completo. No estaba preparada para algo así, no era de las fuerzas especiales, simplemente era una chica que buscaba la verdad. Por desgracia, aquel era el único camino hacia ella, por lo que debía enfrentarme a lo que se pusiera por delante con tal de sacarlo a la luz.

Marco me agarró la mano, esa en la que llevaba el anillo que me regaló y que había pasado de ser un simple regalo a una promesa eterna. Mi corazón se saltó un latido cuando la alzó y se la llevó a los labios.

Le miré de soslayo e intenté sonreír. No había nadie en el edificio, ya que tan solo alojaban las oficinas de la madre de Vega en las dos últimas plantas y el resto estaba completamente vacío.

—Todo va a ir bien —susurró cuando subíamos en el ascensor.

—¿Cómo lo sabes? —dije presa del pánico.

—Porque te lo prometo —aseguró—, no pienso dejar que se nos escape.

Su respuesta no calmó la ansiedad que provocaba en mí, pero tenerle cerca me relajaba lo suficiente como para no desmoronarme y echarme a llorar como una niña asustada. Las manos me temblaban igual que las piernas, que me cimbreaban tanto que parecía que iba a caerme de un momento a otro. Nada más entrar en el despacho Vega me dio un fuerte abrazo que apenas duró

unos segundos, los suficientes como para transmitirme su pesar y el miedo que ella también tenía. Estaba en una posición complicada, incluso más que la mía. Iba a traicionar a su madre, la mujer que la engendró, con tal de hacer justicia. No todo el mundo lo arriesgaría todo por una vieja amiga, y ella lo estaba haciendo. La trampa era la única forma que teníamos de intervenir sus cuentas, investigar cada ordenador y email que hubiese enviado, todo. Solo necesitábamos una confesión y, por suerte, tanto marco como yo llevábamos micros, además de la ayuda de Héctor y un tal Hernán, quien estaba echándonos un cable.

—Prométeme que todo saldrá bien —me pidió Vega, cogiéndome de las manos.

—No te lo puedo prometer, pero haremos todo lo que podamos —respondí de manera automática.

Antonio estaba al otro lado de la acera, no sé cómo, había coordinado un dispositivo policial que había conseguido perimetrar toda la manzana para que no pudiese escapar de ninguna de las maneras. Nos había entregado dos pinganillos, uno a Marco y otro para mí desde el que podían escuchar absolutamente todo, y hablarnos en cualquier momento.

—Cuidado, entra —nos indicó.

Miré a Marco de soslayo, sintiendo como el corazón se me iba a salir por la boca. Un enorme nudo se creó en mi garganta y unas incipientes ganas de vomitar removieron todo mi cuerpo. Los malditos nervios siempre estaban ahí para jugarme una mala pasada. Cerré los ojos, cogí aire por la nariz e intenté sacarlo por la boca, probando a calmar el latir en mi pecho, como me había enseñado mi chico.

—Está subiendo. —Oí como decía.

Nos escondimos a los laterales de la puerta, para que no nos viese al entrar. Marco besó mi coronilla, tranquilizándome, pero de poco sirvió. Necesitaba que todo acabase cuanto antes o me marearía allí en medio.

En la lejanía pude escuchar el sonido de sus tacones retumbar por todo el largo pasillo, ensordeciéndome. Cerré los ojos con fuerza, dejando que una pequeña lágrima recorriese mi rostro. Cuando los abrí, apreté la mandíbula, iba a hacer justicia y lo iba a hacer por ellas.

—Hola, cielo —saludó a su hija tan normal.

Esta no pudo evitar desviar la mirada hacia mí. Su gesto era de dolor e indignación, pero aún más de tristeza. La madre de Vega dejó sobre la mesa el bolso en el despacho, y cuando lo hizo, cerramos con llave la puerta, sorprendiéndola.

—¿Qué cojones haces tú aquí? —escupió Isabella, la madre de Vega.

Seguía igual que siempre con su cabello largo y rubio que le llegaba a la cintura, la piel blanca, el collar de perlas que heredó de su madre, y los pendientes de oro que tanto le gustaban. Podía recordarla a la perfección. Después de verla en las imágenes, mi mente fue capaz de completar la información que me faltaba, tuve visiones lúcidas de esos recuerdos que creí que no existían.

—¡He preguntado que qué cojones haces aquí, Aurora! —exclamó.

—Creo que lo sabes bien, Isabella —respondí con impasibilidad—, aunque tal vez esperabas no volver a verme jamás.

La mandíbula se le desencajó ante mi comentario. Su rostro palideció, aún más, y sus ojos brillaron llenos de ira, pero también de desesperación. Miró a Vega, quien le apartó la vista con un desprecio que jamás creí que vería en mi amiga. No quería saber nada de ella, y con razón.

Lo que había hecho Isabella no tenía perdón, y como que me llamaba Aurora de Castro que haría que pagase por ello.

—¿Qué está pasando, Vega? —preguntó confusa.

Ella se aclaró la garganta, como si las palabras no pudiesen salir por su propio pie. No debía ser fácil estar en una situación así, en la que tu madre ha ordenado la muerte de tres chicas inocentes, y ni siquiera sabes por qué.

—Mamá, necesito que aclares algo con Aurora —le pidió.

—No sé a qué te refieres, mi amor —cambió el tono a uno tan dulce que incluso yo me lo habría creído.

La falsedad salpicó su rostro cuando me miró con una media sonrisa llena de odio que no logró ni siquiera hacerme titubear. Pude percibir su nerviosismo cuando se sentó en el escritorio y empezó a juguetear con un bolígrafo.

—Confiesa, Isabella —le insté con una tranquilidad que no esperaba tener.

—¿Qué quieres que confiese, Aurora? —inquirió con tanto desdén que pude sentir sus palabras como puñales—. ¿Que me llevé a Vega para que no fuese una desgraciada como tú?

Apreté las manos en puños, sintiendo como la sangre me hervía bajo la piel. No me podía creer lo que estaba diciendo. Intentaba herirme, llamándome desgraciada, pero lo cierto era que poco me importaba la opinión que una asesina como ella tuviese de mí. Lo que me dolía era darme cuenta de que seguía haciéndose la loca. Dejé ir una carcajada llena de indiferencia que le sentó como una patada en el culo.

—Que tú ordenaste la muerte de mis amigas —siseé, al mismo tiempo que tiraba sobre la

mesa una carpeta llena de informes con fotografías del vehículo, autopsias, la investigación policial, la que contrató Antonio… Todo estaba ahí dentro—. Quiero que confieses que eres la hija de puta que pagó a David para que las asesinaran, eso es lo que quiero que hagas —añadí con rencor—, y no me pienso ir hasta que lo hagas.

Isabella se pasó una mano por el cabello, colocándoselo hacia un lado, tomó las fotografías, las observó con tanta tranquilidad que consiguió revolverme el estómago y una sonrisa llena de cinismo se dibujó en sus labios, sacándome de quicio.

—¿Qué te he hecho yo para que provoques este dolor en mi vida, Isabella? —Quise saber—. Porque aún no soy capaz de comprenderlo. ¿Por qué yo? ¿Porque fui amiga de tu hija?

La madre de Vega dejó ir una sonora carcajada, se encendió un cigarrillo y le dio una larga calada, sin apartar la mirada de mí. Me observaba con un odio sobrenatural, tanto que podía percibir la frialdad que recorría sus venas. Esa mujer no tenía corazón, no cuando había sido capaz de asesinar a sangre fría a tres chicas inocentes.

—Es una larga historia, querida.

—No me llames así —bramé.

Quería agarrarla por los pelos, arrastrarla por todo el edificio y provocarle cualquier mal con tal de que confesase. No me consideraba una mala persona, pero lo cierto es que le deseaba todo lo peor a la mujer que tenía frente a mí. Se lo merecía, y si el karma no hacía su trabajo, lo haría yo, costase lo que costase.

—Mamá… —susurró Vega al borde de las lágrimas—. Por favor.

—Ella tiene el imperio del que tú debiste ser reina.



# Capítulo 58

«El imperio del que tú debiste ser reina». Esa frase resonó en mi cabeza una y otra vez, como un jodido mantra, para que no se me olvidase. ¿Qué demonios quería decir con eso? ¿Por qué ese afán de robarme el legado que me dejaron mis padres? ¿Qué tenía que ver ella con todo eso? La cabeza no dejaba de darme vueltas, unas terribles ganas de vomitar me arrollaron, provocando que incluso pudiese percibir el amargo sabor.

—¿Qué… qué quieres decir con eso, mamá? —preguntó Vega, tan confusa como lo estaba yo, o incluso más.

—Has perdido la cabeza —siseé con rabia.

Isabella no estaba bien mentalmente, eso estaba claro, si no, ¿cómo había sido capaz de ordenar mi muerte con tanta sangre fría? Era la única explicación que le encontraba, había perdido la cabeza y había creado una película que había creído a pies juntillas.

—¿Seguro, Aurora? —inquirió, mirándome fijamente.

—¡Dime la puta verdad! —bramé, sintiendo como perdía los nervios.

—¿Qué quieres que te diga, desgraciada? —preguntó con rabia—. ¿Que tu papaíto era un mujeriego que se la metía a cualquiera? —añadió con desdén—. ¡Eso era! ¡Un putero!

Quise lanzarme a por ella, arrancarle cada maldito pelo de su cabellera y dejarla calva. Hacerla sufrir hasta que se arrepintiese de lo que acababa de decir de mi padre. Ella no lo conoció, no podía saber cómo era.

Cabeceé turbada, con la única idea de hacerla sufrir, pero entonces Marco me tomó la mano, y segundos después escuché:

—No le hagas caso. —Oí como me decía Antonio al otro lado del pinganillo, quien lo había escuchado todo.

—Repítelo —le reté al mismo tiempo que avanzaba hacia ella, dispuesta a ahogarla con mis propias manos.

Me daba igual lo que dijese de mí, que creyese que no era más que una huérfana a la que nadie quería o cualquier otra cosa, en cierto modo estaba acostumbrada. Muchos de los niños de mi clase me hicieron *bulliyng* por eso mismo, lo había escuchado todo, y hacía demasiado que eso ya no me molestaba. Pero lo que no iba a permitir era que hablase así de mi familia. Antes de que pudiese llegar a ella percibí como Marco tiró de mi mano con firmeza, sujetándome para que no pudiese avanzar más.

—Tranquila, Aurora —volvió a hablar Antonio—, necesitamos una confesión, no te olvides.

—¿Qué estás diciendo, mamá? —preguntó Vega, llorando a lágrima viva—. ¿Qué tiene que ver en esto el padre de Aurora?

La vista se me fue directa a mi amiga, quien no dejaba de sollozar como una niña pequeña, tan aterrorizada como confusa.

—Niña tonta… —murmuró—. ¡Era tu padre, Vega!

La miré sin comprender nada, mis padres jamás habían podido tener hijos, por eso mismo llegué yo a su vida. Me adoptaron cuando no era más que una bebé, me salvaron de vivir en centros de acogida y casas del estado, me amaron como si hubiese nacido de sus entrañas, cuidándome y apoyándome en cada decisión que tomaba. Le dieron significado a la palabra familia.

Tragué saliva, sintiendo como los ojos empezaban a picarme a causa de las incipientes lágrimas. No iba a permitir que esa malnacida me viese llorar.

—¿Eso es verdad? —me dirigí a Antonio, quien permaneció en silencio a pesar de que me había escuchado perfectamente—. Responde.

—¡Claro que es verdad! —contestó Isabella.

—¿Lo es? —insistí.

—Sí —acabó claudicando él.

—Tu papaíto me pagaba cinco mil euros al mes para mantenerme callada, no quería que dijese nada sobre los cuernos que le había puesto a tu querida madre —explicó—. Deseaba seguir viviendo el cuento de hadas al que os tenía acostumbradas. Una vida perfecta que nunca mereciste —escupió con rabia—. Nunca quiso involucrarse con Vega, por eso jamás te recogió

de la academia.

—Tú la pusiste en mi camino —siseé.

—En realidad eso fue pura casualidad. —Le dio una larga calada al cigarrillo—. El único problema eras tú y la zorra de tu madre, Aurora… —Empezó a caminar—. Si no hubiese sido por vosotras, habríamos sido la familia perfecta, tan feliz como lo erais vosotras —añadió con inquina.

—No hables así de ella —siseé entre dientes—. Loca de mierda.

—La puta familia feliz teníais que ser —repitió con ese resentimiento tan acérrimo que había creado hacia mí—. Lo único que tenía que hacer tu padre era abandonaros. Eras lo que más deseaba en el mundo, pero le dabas pena, Aurora —escupió sin remordimientos—, la niñita sin papás que iba a ser abandonada, de nuevo.

Negué una y otra vez, todo lo que estaba diciendo era mentira, me negaba a creer ni una sola palabra que saliese de su putrefacta boca.

—Eres una víbora asquerosa, Isabella —bisbiseé—, deberías ser tú la que estuviese muerta en una cuneta y no mis amigas.

—Eso no es verdad, no le hagas caso —le corrigió Antonio—. Isabella extorsionaba a tu padre con contar la verdad, por eso le pagaba tal cantidad de dinero —me explicó mientras oía a la otra hablar de fondo—. Una noche, tu padre acudió a una cena con varios directivos de la ciudad, entre los cuales estaba Isabella, bebió demasiado y lo más seguro es que le echase algo en la bebida, porque al día siguiente despertó en un hotel, él solo, sin recordar nada de la noche anterior.

—Eres deleznable.

—¡Lo único que quería era aquello que se me prometió! —Alzó la voz, perdiendo el poco control que tenía.

Mi mente iba tan deprisa que incluso llegó a pensar que ella había provocado el accidente de mis padres, ese en el que ambos perdieron la vida cuando no era más que una niña. Pero de eso sí que no tenía prueba alguna como para incriminarla, aunque escuchando lo que decía, no me extrañaría que lo hubiese hecho. Una pequeña lágrima recorrió mi mejilla. Me sequé el rastro y apreté la mandíbula con tanta fuerza que pude sentir la tensión en mi sien y mis muelas crujir.

—Eres una asesina —la señalé con tanto dolor que incluso se me encogió el corazón.

—¿Por qué lo hiciste, mamá? —preguntó Vega, llorando desconsoladamente—. No necesitábamos ese dinero, ni sus empresas, no necesitábamos nada…

—Lo hice por ti, mi amor —aseguró la madre.

—¡Yo no lo pedí! —gritó mi amiga—. Ni siquiera necesité un padre, solo te necesitaba a ti, apoyándome, y lo único que recibí fue a una niñera, un padrastro que me menospreciaba y una madre ausente.

Isabella se giró y sin mediar palabra alguna abofeteó a Vega, cruzándole la cara, provocando que su llanto fuese a más.

—Eres una desagradecida —masculló—. Lo hice todo por tu bien, para que fueses una mujer de éxito —repitió.

—La codicia te ha podrido, mamá —susurró Vega entre lágrimas.

Su madre negó con la cabeza con el rostro casi descompuesto por la locura. Se pasó una mano por el cabello y tras terminar el cigarrillo se encendió otro. Dejó ir una sonora carcajada. Era una jodida demente.

—No es codicia, es afán de verte llegar a lo más alto —la intentó corregir.

—Intentaste conquistar a mi padre y no lo conseguiste, porque nunca te amo, al contrario, le obligaste durante años a mentirnos, pero… —Hice una pausa, viendo cómo me observaba con el mayor odio que había llegado a vislumbrar jamás—. ¿De verdad tu avaricia te daba derecho a matar a mis amigas? —grité con todo mi ser, sintiendo como el dolor emanaba de cada poro de mi piel—. Eres asquerosa, Isabella, una hija de puta que lo único que merece es pudrirse en la cárcel.

—El problema es que hubo algo que se nos escapó… —empezó a decir, con voz serena, como si no le importase nada—. Tus queridas amigas no iban a ser más que un daño colateral, Aurora —explicó con parsimonia e indiferencia—, quien debía morir en aquel accidente eras tú, bastarda.

Antes de que pudiese reaccionar, Isabella sacó una pistola de su bolso y me apuntó directamente. El tiempo pareció detenerse, el latir de mi corazón me ensordeció, mi cuerpo empezó a pesar como un jodido yunque, paralizándose, sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Por el rabillo del ojo pude ver como Marco corría en mi dirección, tomó mi mano y tiró de ella con fuerza, mientras el retumbar de un disparo resonaba por toda la habitación. Marco me abrazó con fuerza, hasta que cayó desplomado frente a mí.

Un grito ahogado murió en mi garganta, rasgándola y prendiéndole fuego a todo mi ser. Aparté a Marco, estirándolo en el suelo, palpando todo su cuerpo, hasta que vi que tenía una herida en la parte baja del abdomen. Su camiseta blanca empezó a teñirse de rojo, tanto que pasó a gotear en el suelo. Presioné la herida como pude, intentando taponarla.

—¡Ayuda! —chillé.

—Estamos subiendo. —Oí como decía Antonio al otro lado del pinganillo.

—Mírame —le supliqué con los ojos inundados en lágrimas—, por favor, Marco —lloriqueé.

Todo mi cuerpo temblaba, estaba tan aterrorizada que apenas podía escuchar nada de lo que pasaba a mi alrededor. El corazón se me resquebrajaba a cada latido, sintiendo como la vida de Marco iba desapareciendo entre mis manos. Me quité la camiseta, colocándola en su herida, y apoyé su cabeza en mis piernas, como pude, tan desesperada que apenas me percaté que al salir la bala había rozado mi brazo derecho.

—Tienes que casarte conmigo, mi amor —lloré—, no me dejes sola, no ahora. —Mi voz desapareció, formando un hilo, como si jamás hubiese estado ahí. El pecho me dolía, pero aún más lo hacía mi alma—. Te necesito, te necesito a mi lado, Marco —le supliqué entre sollozos —. ¿Quién me va a sujetar cuando no pueda hacerlo yo? —añadí, sintiendo como las pequeñas gotas de dolor no dejaban de empapar mi rostro—. Te lo suplico… Sálvame una vez más, porque te juro que, si tú no estás, la vida ya no tiene sentido.

Acaricié su rostro, mientras él intentaba vislumbrarme. Apenas era consciente de lo que le decía, intentaba articular palabra, algo que no lograba entender, pero de nada servía.

—¿Qué demonios has hecho? —chilló Vega, desgañitándose, al mismo tiempo que le arrebataba la pistola a su madre y la tiraba bien lejos—. ¡Has perdido la cabeza!

—Hija mía, yo… —balbuceó.

Isabella lanzó la pistola a la esquina más alejada y se llevó las manos a la cabeza, como si no pudiese creer lo que acababa de hacer.

—¡Tú no eres mi madre! —gritó—. Hace mucho que dejaste de serlo, mi madre jamás sería una asesina.

—No me dejes sola, Marco —lloré contra su pecho con las manos manchadas de sangre—, me prometiste que estarías a mi lado pasase lo que pasase.

La sangre no dejaba de salir a borbotones a pesar de que intentaba presionar la herida con la mayor fuerza posible. La mirada de mi chico iba desvaneciéndose con lentitud, podía sentir cómo su agitada respiración se volvía cada vez más lenta, el latir de su corazón se apaciguaba, pero el dolor no remitía.

—Por favor —lloriqueé—. ¡Avisad ya a una maldita ambulancia, joder! —vociferé.

—Aurora… —musitó Marco, probando a observarme de nuevo con aquellos dos luceros que tenía por ojos.

—Mi amor, por favor —gimoteé con el corazón hecho trizas.

—Te quiero —susurró contra mi oído.



# Epílogo

*Dos días más tarde.*

—Buenos días, princesa Aurora. —Escuché como Marco me saludaba.

Parpadeé adormilada, me había quedado frita en el butacón del hospital mientras hacía mi pequeña guardia. Habían tenido que hacerle una resonancia magnética de urgencia a Marco, porque a pesar de que la bala salió sin problemas, podía tener complicaciones futuras a causa de la gran herida que le había provocado. Pero no solo eso, sino que a causa de la gran pérdida de sangre había tenido que hacerle una transfusión, añadiéndole un extra de hierro para que pudiese recuperarse cuanto antes. Por suerte, ningún órgano interno había sido dañado, y tan solo tuvieron que ponerle algunos puntos de sutura para asegurarse de que la herida cerrase a la perfección.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté mientras me sentaba al borde de la camilla y acariciaba su cabello con mimo.

—Dolorido —respondió, añadiendo una mueca de pesar.

—Llamaré a la doctora para que te den algo.

—No necesito nada, Aurora —aseguró—, solo te necesito a ti.

Intentó erguirse un poco, pero el dolor le atravesó de tal manera que un débil alarido salió de entre sus labios, por lo que me acerqué yo a ellos, y los besé con lentitud.

—Has vuelto a salvarme la vida —susurré.

—Y mil veces más te la salvaría con tal de poder seguir viéndote cada día —juró.

Le observé. Sus dos luceros azules se posaron en los míos, pude verlos sonreír, estaban llenos de esa devoción que me profesaba, y un amor tan puro que ni siquiera podía creérmelo. Acaricié su rostro, deseando grabarlo a fuego en mi mente para no olvidarlo ni en sueños.

—La próxima vez, deja que sea yo quien te salve, ¿vale? —le pedí bromeando—. No me gusta eso de estar en desventaja.

—Espero que no haya una próxima vez. —Rio, por lo que el dolor volvió.

Me tumbé a su lado, abrazándole, cerrando los ojos, disfrutando de tenerle aún a mi lado, consciente y sano.

—¿Qué fue de Isabella? —se interesó.

—La detuvieron, tenían lo que necesitaban para procesarla por tres cargos de homicidio, extorsión por lo de mi padre, tráfico de influencias y alguna que otra cosa más, según me informó Antonio.

—¿Y Vega? ¿Cómo está?

—Está asimilando lo ocurrido —respondí—, no debe ser fácil enterarte de los crímenes que ha cometido tu madre. Necesita tiempo para procesarlo —añadí, a sabiendas de lo mucho que iba a costarle—. Su madre no saldrá nunca más de la cárcel, lo más seguro es que muera en ella… Vega indemnizará a las familias de las chicas por todo el mal que provocó su madre y testificará en su contra cuando sea el juicio.

Dejé ir un profundo suspiro. No podía sentir satisfacción porque, a pesar de que habíamos encontrado a la culpable, Vega fue el verdadero daño colateral. Estaba teniendo que cargar con algo que no merecía, pero, aun así, la ayudaría en lo que estuviese en mi mano y la apoyaría hasta el final.

—¿Te he dicho lo guapa que estás? —preguntó Marco.

—Llevo dos días durmiendo ahí, es imposible que esté guapa. —Reí.

Tenía la espalda hecha trizas, pero nada me importaba con tal de estar cerca de él, vigilando que nada le ocurriese.

—A mí me pareces la mujer más hermosa del mundo —me contradijo.

Esbocé una ligera sonrisa, era tan afortunada de tenerle, solo de observarle con aquella dulce y socarrona mueca que se dibujaba en sus labios me deshacía entre sus brazos. Pero, qué feliz era de hacerlo. Por fin había llegado el momento de vivir sin miedo, de decir adiós y de sentir algo más que no fuese dolor.

—¿Recuerdas lo último que me dijiste? —Quise saber.

—Que te quiero, eso es lo que te dije —susurró, volviéndose a acercar a mí para besarme—. No pienso dejarte sola jamás.

—Eres un chico de palabra, ¿eh?

—Siempre cumplo lo que digo —aseguró—, por eso sé que me voy a casar contigo y voy a amarte el resto de todas mis vidas.

*Una semana más tarde.*

—No sé cómo deciros esto, pensé que jamás llegaría el momento, que perseguiría a vuestro culpable hasta el confín de la tierra, pero aquí estamos… —dije, intentando mantenerme serena. Mis ojos empezaron a enmarañarse a causa de las lágrimas, impidiéndome ver con claridad—. Hoy hace once meses que tuvisteis el accidente, desde que una parte de mí partió con vosotras, mis hermanas. —Las lágrimas empezaron a recorrer mi rostro sin control. Carraspeé, intentando que la voz saliese lo más clara posible.

Estaba en nuestro lugar, bajo aquel olmo que nos había cobijado tantas veces en el prado de abajo del pueblo, junto al río.

—Creo que nunca seré capaz de pensar en vosotras sin llorar, sin echaros de menos como lo hago porque aún no estoy preparada para dejaros marchar —susurré—. Me mata pensar en que jamás volveréis a responder a mis mensajes, que no os estrecharé entre mis brazos… Sé que querríais verme feliz, rehaciendo mi vida, pero sin vosotras es tan difícil que me duele el alma solo de pensar en tener que vivir sin teneros a mi lado.

Cerré los ojos, permitiendo que las gotas llenas de pesar recorrieran mi rostro, llevándose consigo parte de mi dolor.

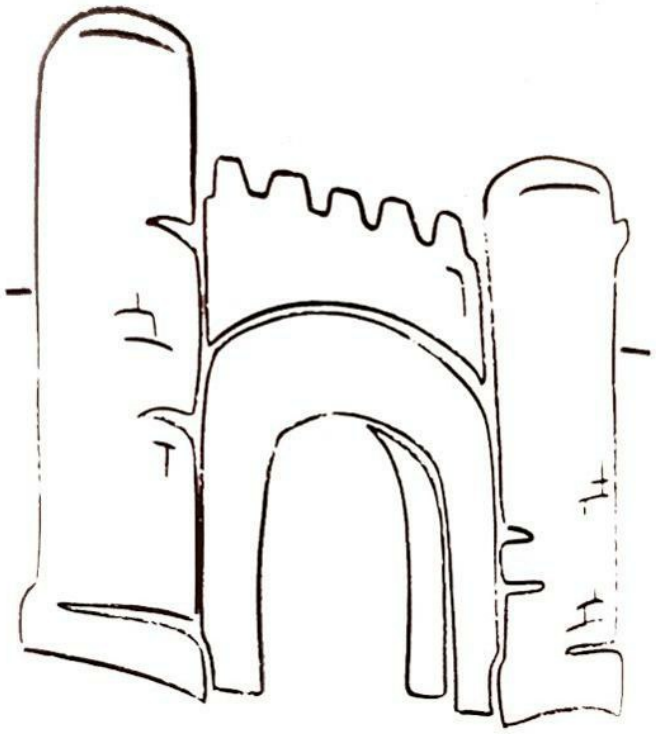
—Pero ha llegado el momento de deciros adiós, de daros la paz que tanto provocabais en mí —dije con la voz entrecortada—. Os voy a echar mucho de menos, chicas, lo hago cada día desde que no estáis…

Un fuerte llanto rasgó mi garganta, resonando en el bosque. Cuando alcé la mirada al cielo, vi como tres enormes estrellas brillaban para mí. Ellas siempre estarían ahí, en las estrellas, en cada una de las constelaciones.

—Os quiero.

Dedicado a mi pueblo adoptivo, el que me inspiró para crear la maravillosa historia de Aurora y Marco.

# Retortillo de Soria



# Agradecimientos

Los agradecimientos nunca son sencillos, y es que a cada libro que pasa, mi corazón se queda en ellos. Pero esta historia ha sido especial.

Quiero agradecerle lo primero de todo a mi suegra Matilde, haberme dado un pueblo que amo con todo mi corazón, Retortillo de Soria, y que me enamoró desde el primer momento en el que llegué hace siete años.

Aurora y Marco nacieron de ese amor, de las caminatas de horas en las que te pierdes por la montaña, del crujir de las cortinillas cuando las mece el viento, de las siestas después de comer, de poder tener la montaña a dos pasos, de las fiestas del pueblo… Las pequeñas cosas me enamoraron, y me quedé prendada de ellos tanto como del pueblo.

También quiero agradecer a mis lectoras beta, mis incondicionales, esas que siempre están ahí para apoyarme al cien por cien: Jessi, Sara, María y Patri. Gracias por seguir acompañándome en esta maravillosa locura. Nada de esto sería posible sin vosotras.

Obviamente quiero agradecerle a mi mentora Elsa, a mi correctora y amiga Anna Bissette, y a mi mejor amiga y limochelo oficial Irene Axelia.

Como no, a mi brujilla, Angy Skay, que está siempre para aconsejarme y sostenerme cuando no puedo más.

También quiero agradecerle a mis chicas de las Cherritas Power, que siempre están ahí para apoyarme y acompañarme en mi vida literaria. Además a mis chicas de Instagram: patryblog, anitadevoradoradelibros, noemilibros, yeranele, natsbooks, locasyencantadoraslectoras, vykamurias, yeseniabook, itahisa_am, entrelibrosyagujas, ganadorademipropiavida tanybooks, marianrubio, Belénuchi, Sara, María, Edurne, Tany, Esther, Isa, Lizbeth, Daysi Perez, Montse, Esther Nvarro, Deli Peña, Laura, Andrea, Toñi, Triana, Nerea, Eva, Noelia, Marta, Níriel, Anabela, Idoia, Laura, Tammy, Cinthia, Lucía, Anita, Ana Andrés, Ana Di Como, Elizabeth Valencia, Keka Dilano…

# Mis otras novelas

Encuentra todas mis novelas tanto en Amazon como en mi página web escaneando los siguientes códigos QR, y suscríbete a mi web para recibir GRATIS ***Un amor a la altura***, además de las últimas novedades:



Encuentra todos mis libros aquí



¡ No te pierdas nada y suscríbete a mi Sociedad romántica!

# Telegram

Únete a nuestra pequeña familia de Telegram y no te pierdas ninguna de las novedades, avances exclusivos, presentaciones de personajes, fragmentos, sorteos, lecturas conjuntas, risas, cachondeo, actualidad, ¡y muchísimo amor!

---

[1] Cariño
[2] Comida que se realiza entre la hora del desayuno y la comida.
[3] Técnica que consiste en desaparecer y cortar definitivamente una relación con alguien.
[4] Bolsa de tela